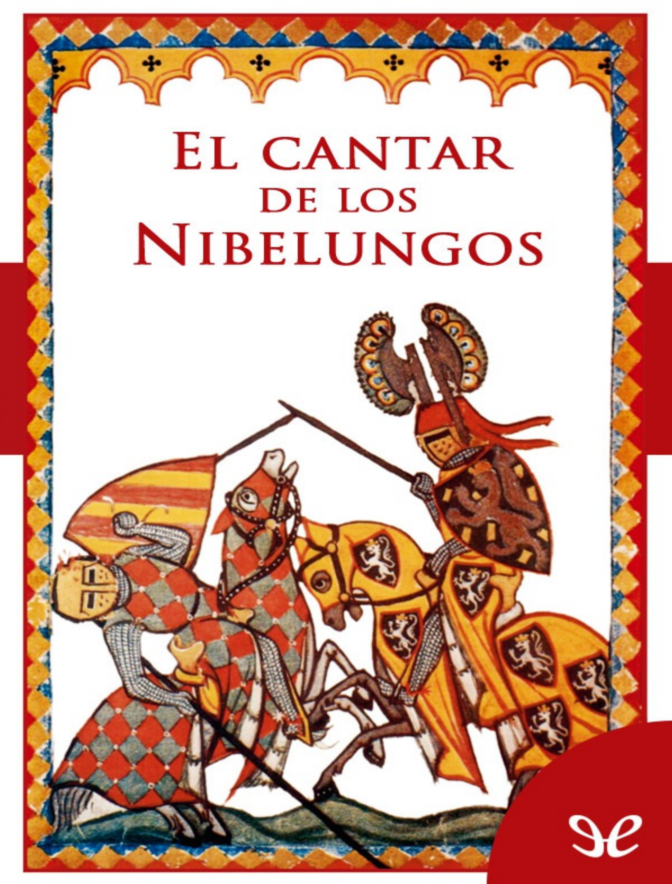

El cantar
de los
Nibelungos



En El cantar de los Nibelungos se narra la gesta de Sigfrido, un cazador de dragones de la corte de los burgundios, quien valiéndose de ciertos artificios consigue la mano de la princesa Crimilda. Sin embargo, una torpe indiscreción femenina termina por provocar una horrorosa cadena de venganzas. El traidor Hagen descubre que Sigfrido es invulnerable, por haber sido bañado con la sangre de un dragón, salvo en una pequeña porción de su espalda donde se depositó una hoja de tilo y la sangre no tocó su piel.



LELIBROS

Anónimo

El cantar de los Nibelungos

INTRODUCCIÓN

De los monumentos literarios que se perpetúan a través de los siglos brotan fuentes históricas de la mayor importancia, allí resaltan las costumbres de la época en que aparecieron, nos dan a conocer las formas del lenguaje que entonces se empleaban y, como si tuvieran la limpidez del espejo, se reflejan en ellos los sentimientos que animaran a los héroes que en él se agitan, pues por embellecida que se encuentre la naturaleza por el arte, es siempre la naturaleza, y la vista deshaciendo el artificio ve sin él la ruda forma y el duro contorno. Esta sola consideración bastaría para que a pesar de la fatiga que produce, no se descansara en el estudio de los antiguos poemas y entre estos hay que conceder un señalado lugar al que abre el ciclo épico de la literatura germánica, más nombrada que conocida, más aplaudida que estudiada.

La afición y el buen deseo, ya que no las propias fuerzas, son los móviles que nos han llevado a aceptar el encargo de hacer una versión castellana de esta obra gigantesca, y si al frente de ella ponemos breves frases, van encaminadas no a encubrir nuestra insuficiencia, sino a declararla, pues el detenido estudio que hemos hecho nos ha convencido de cuán grandes son las dificultades que la empresa ofrece y cuán agudos son los escollos en que se ha de tropezar. Cúmplenos antes de dar comienzo a la tarea, exponer el asunto de esta obra que es admiración de todos y enunciar las principales cuestiones que con respecto a ella han ocurrido. No conocemos frases que del poema den tan exacta idea, como las que el espiritual Heine le ha dedicado; el crítico mordaz que según confesión propia se había hecho un nido en la peluca de Voltaire; aquel alemán que a fuerza de vivir en Francia, consiguió desposeerse de la pesadez que a muchos críticos compatriotas suyos caracteriza, pero que por haber nacido entre las brumas del Rhin no llegó nunca a ser tan ligero como no pocos franceses acostumbran serlo, después de extrañar el furor que el conocimiento del poema despertara, declara francamente cuan poco comprensible será siempre para los hijos de esta raza latina. El lenguaje en que está escrito, dice, les será incomprensible; es una lengua de piedra y los versos son cantos rimados. Acá y allá en los intersticios se ven crecer flores hermosas rojas como la sangre, por entre las que se escapa la hiedra trepadora asemejándose a largas lenguas verdes. Menos posible es aún que podáis formaros idea de las pasiones gigantescas que en el poema se agitan.

Figuraos una noche clarísima de estío, las estrellas pálidas como la plata, grandes como el sol, fulguran en el azul del cielo; todas las catedrales góticas de Europa parecen haberse dado cita en una extensa llanura, y entre aquella multitud de colosos aparecen tranquilamente el monasterio de Strasburgo, la cúpula de Colonia, el campanario de Florencia, la catedral de Rouen, la aguja de Amiens y la iglesia de Milán, que se agrupan alrededor de la bella Notre Dame de París y a la que hacen galantemente la corte. Verdad es que su marcha sería un poco pesada, que algunos se inclinarían de mala manera y muchas veces acudiría la risa a los labios al presenciar aquellos trasportes amorosos, más esta burla cesa desde el momento en que enfureciéndose se atropellan los unos sobre los otros, la sonrisa se apaga cuando Notre Dame, elevando los brazos hasta el cielo, coge repentinamente una espada y cercena la cabeza más grande de aquellos colosos. Pero ni aun así podréis formaros una idea de los principales personajes del poema de los Nibelungos; no hay torres tan altas, ni piedras tan duras como el feroz Hagen y la vengativa Crimilda.

¿Quién ha compuesto este poema?, añade el ilustre crítico. El autor de *Los Nibelungos* es tan ignorado como el de los cantos populares. ¡Cosa extraña!, casi siempre se ignora quién es el autor de los libros más admirables, de los edificios y de los más nobles monumentos del arte. ¿Cómo se llamaba el arquitecto que imaginó la cúpula de la catedral de Colonia? ¿Quién ha pintado bajo aquella cúpula el frente del altar en el que la inefable madre de Dios y los tres reyes están retratados de una manera tan admirable? ¿Quién ha escrito ese libro de Job, que ha consolado tantas generaciones de hombres doloridos? Los hombres tienen el don especial de olvidar muy fácilmente el nombre de sus bienhechores; los nombres de los buenos y nobles que han trabajado por la felicidad de sus conciudadanos se encuentran muy rara vez en boca del pueblo; su persistente memoria no conserva más que el nombre de sus opresores y de sus crueles héroes de guerra. El árbol olvida al silencioso jardinero que lo ha preservado del frío, que lo ha regado en la sequía, que lo ha protegido de los animales dañinos; pero conserva fielmente los nombres que han grabado en su corteza con un acero cortante y los transmite a las generaciones futuras en caracteres cada vez mayores.

Efectivamente nada tan cierto, el autor del *Intermezzo* lo ha dicho y el poema lo acredita; nada tan feroz como la venganza de Crimilda y nada tan salvaje como el furor de Hagen, mas en este salvajismo, en aquella ferocidad, hay rasgos que llegan a lo sublime y que revelan un poderoso genio en el ignorado autor a quien se debe el poema.

De la misma manera que lleva el título de «La Desgracia de los Nibelungos». (Das Nibelungen not) podría llevar el de «La venganza de Crimilda» y aun más propio sería, pues esto es lo que forma el asunto principal del poema. Los celos de dos mujeres, mejor dicho, la rivalidad que estalla entre

ellas, es la causa ocasional de la catástrofe que espanta: Crimilda, la dulce y sencilla joven que quiere preservar su corazón y no sentir amor porque muchas veces éste tiene por continuación el sufrimiento, se hace al fin esposa del sin par guerrero Sigfrido, héroe digno de la mayor estima, que ha realizado cuantas pruebas le exigieran y que por último ayuda a su cuñado Gunter para que logre vencer a Brunequilda, última encarnación de la Walquirie, que no entregará su mano sino al guerrero que la derrote y dará muerte al que quede derrotado. Efectivamente hay concepciones que nos sorprenden y nos extrañan: una mujer hermosa y arrogante que hace depender su posesión de la violencia, es para nosotros un monstruo que inspira repugnancia, pero ¿qué hubiera sido para un germano de aquéllos cuya presencia sola bastaba para contener a las legiones romanas, la mujer de nuestros días? Esta manera de expresarnos podría hacer creer que era preferible para nosotros la mujer bárbara que sobre el carro de guerra combatía por sí y por los suyos; no es así, pero jamás ocultemos que nos causa admiración. Brunequilda, ocasionando que por el amor a su esposo surja la discordia, haciendo que en el afán de su venganza aparezca el perverso Hagen, y Crimilda, sufriendo el dolor horrible que le causa la pérdida de su esposo amado, acechando constantemente la ocasión de vengarlo, son mujeres talladas en inmensas rocas graníticas, figuras tan violentas que al mismo Miguel Ángel hubieran hecho retroceder, máxime cuando se presentan en un cuadro cuyo segundo término tiene colosales proporciones. Querer detallar ahora el poema, analizar sus efectos y enumerar sus bellezas, sería prolija tarea, demás en la ocasión presente en que con mayor fidelidad procuramos presentarlo a nuestros lectores. Pero con respecto a este poema ocurren varias cuestiones que hay que dilucidar, o al menos presentar hasta la altura en que hoy se encuentran.

Si el ciego de Kios fue un personaje real y halló claro lo que dijo en sus inmortales poemas, puede asegurarse que más de una vez sus manes se habían visto privados de reposo, si hasta el lugar en que se encuentren ha llegado el conocimiento de los comentarios y notas de que cada verso suyo ha sido objeto: como obras pertenecientes a la época clásica, todas las edades, todos los pueblos se han dedicado al estudio del gran poeta y cada cual ha dicho por su cuenta lo que más conveniente le parecía para contribuir a su realce; no poco de esto ha sucedido en Italia con el Dante y con Shakespeare en Inglaterra, y hasta en España con Cervantes, cuyos pensamientos se han torcido para que cada autor pueda lucir su fecunda inventiva y su imagen poderosa, pero todo reunido suma bien poco si se compara con lo que acerca de los Nibelungos han hechos los alemanes: no les bastaba ya el estudio individual que cada uno pudiera hacer y se reunieron en cátedras para explicar y comentar el más antiguo poema germánico de la edad media: lo han dividido y fraccionado, lo han considerado desde todos los puntos de vista y casi una biblioteca podría formarse con lo que acerca de él se ha escrito; tiene aquella nación naturalista que se pasó cinco años

estudiando un insecto, un escriturario en que dos lustros no pasó del quinto versículo del Génesis, un crítico que en ocho años explicó los diez primeros versos de Homero y nos tememos que algún nibelungófilo, después de larga investigación, aplique el microscopio y nos diga qué fibras tiene el viejo pergamino en que con ininteligibles caracteres están descritas sangrientas escenas con las que nos sucede lo que con el precipicio, nos espantan pero nos atraen. Es lo cierto que a pesar de tan rudo empeño, se ha conseguido bien poco y subsisten casi todas las cuestiones que desde el principio se originaron.

El nombre que lleva, ha dado lugar a no pocas, pues con efecto el título de *Nibelungos* no puede en realidad decirse que está aplicado a personaje determinado: en un principio y aunque de una manera muy vaga, parece indicar a los poseedores del tesoro conquistado por Sigfrido y este poco después es designado con el nombre de héroe del Nibelungen Land. Más tarde los Borgoñones en posesión del tesoro, tomaron el nombre de Nibelungos, que parece ser más que nada un calificativo dado a las riquezas, pero por fin el último verso del poema indica bien claramente que Nibelungos son los héroes borgoñones sacrificados por los Hunos a la venganza de Crimilda, tornada dulce paloma en leona furiosa privada de su cría.

De mayor trascendencia es si se quiere la referente a la época de su aparición, íntimamente ligada con la del nombre del autor a quien se deba el poema. No hace mucho tiempo que en doctas conferencias dadas en un respetable centro de enseñanza, un académico dio por supuesto que el autor era el minnesínger austríaco Heinrich von Ofterdingen, idea que como la de atribuirlo a Wolfram de Eschembach había desechado la crítica alemana, desde remota fecha. Exceptuando la hipótesis aventurada por el erudito Lachman que, siguiendo en los Nibelungos el sistema que Wolf hubo de aplicar a la *Ilíada*, sostenía que el poema germánico era resultante de la unión de viejas tradiciones de los pueblos del Norte —para lo que ciertamente a primera vista parece sobrar motivo, atendiendo el diverso espíritu de muchos de su cantos—, ninguna opinión se ha sostenido tanto tiempo como la de que este poema, cuyos personajes parecen tallados por los cíclopes, fuera obra de Enrique von Ofterdingen; mas esta idea ¿de qué ha nacido?, ¿qué fundamento puede tener? Ciertamente que no se le halla justificativo ninguno. Del citado poeta, fuera del nombre, se sabe únicamente por la tradición, que fue de los atrevidos minnesíngeres que concurrieron al torneo literario celebrado en 1207 en el castillo de Wartbourg, célebre además por haber sido habitación de Santa Isabel y refugio de Lutero. El retrato de este poeta, así como el de los demás concurrentes a la celebrada lucha poética, puede verse en el folio 23 del *Manessiche Sammlung*, que se conserva en la Biblioteca nacional de París. Pero ni en éste, ni en el Manuscrito de Weingarten de Stuttgart, ni en la gran colección de Heidelberg, precisos documentos en los que se encuentran reunido todo lo que de los minnesíngeres se ha salvado, se

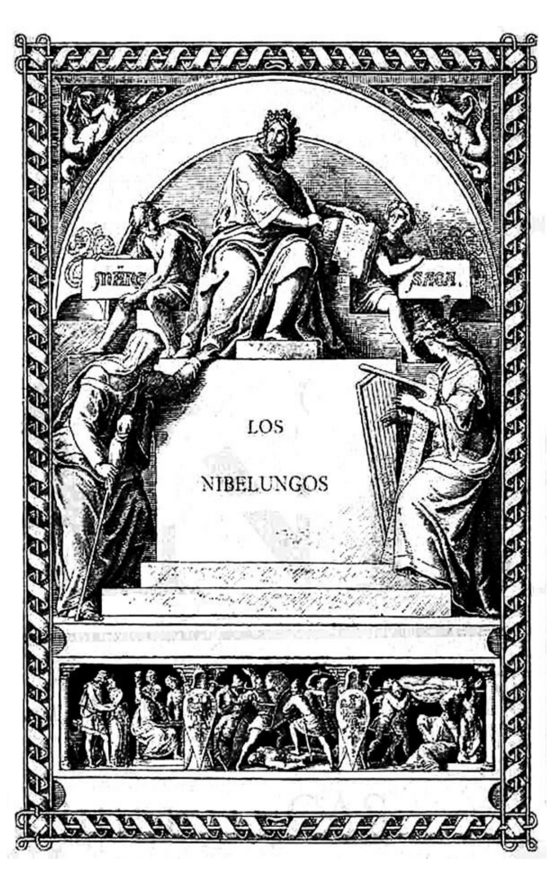
halla un solo verso de Heinrich von Ofterdingen. Su celebridad se debe pues sólo al apuntado detalle de su vida; esto parecía poco para darle como gran poeta y como quiera que nadie podía reclamar la propiedad de tan célebre composición, la encontraron muy a propósito para justificar aquella fama tan débilmente asentada.

Como hemos dicho, la crítica ha rechazado unánimemente y desde hace mucho tiempo esta opinión: fijándose en las formas del lenguaje, es lo más sensato admitir que la obra pertenece al siglo XII y no al XIII, en el que floreció el protagonista de Novalis. En aquella época la estrofa que caracteriza la composición de *Los Nibelungos* constituye una novedad bastante extraña en la literatura alemana, mas ya antes había sido empleada por un poeta cuya vida y nombre se ignoran, pero al que se conoce por el feudo en que naciera y de que fuera poseedor, llamándosele por esto el poeta de Küremberg, único que con Dietmar de Ast florecieron antes del año 1143. Las composiciones líricas que de él se conservan permiten hacer una comparación con *Los Nibelungos*; el lenguaje y la elevación de ideas son muy parecidos y desde que tal paralelo ha podido establecerse se ha afirmado como verdad indudable que *Los Nibelungos* pertenecen al anónimo autor que dejamos apuntado. En apoyo de esta tesis, hay un dato de verdadera importancia, cual es lo que puede llamarse geografía del poema: a partir de Passau (Batava Castra), la descripción que hacen los héroes borgoñones es perfectamente exacta, puede seguirse paso a paso, denota gran conocimiento del país y precisamente cerca de Linz, en la orilla izquierda del Danubio, es donde se encuentran las ruinas del castillo de Küremberg, que ha dado nombre al poeta.

Monumento de grandísima importancia en la Historia de la literatura alemana, ya lo hemos dicho, *Los Nibelungos* han sido objetos de serios y concienzudos trabajos por parte de afamados críticos. Antes del siglo XVIII sólo los hallamos mencionados por el célebre historiador alemán Wolfgang Lazius, mas a partir de dicha fecha parece que los alemanes han querido reparar el agravio que con el injusto olvido se hacían unas y otras, y casi sin interrupción han aparecido muchas ediciones del poema, no pocos volúmenes de notas, comentarios e interpretaciones y gran número de obras cuyo principal objeto es analizar este poema. El primero que acerca de ello excitó la atención de sus compatriotas, en la forma que se debía, fue Bodmer de Zurich, el jefe de la escuela suiza que asociado con Breitinger concibió el empeño de reformar la literatura alemana, supeditada en aquella época casi por completo a las influencias francesas. En sus *Cartas criticas* no pudo menos de revelar el entusiasmo que ya en 1784 había dado a luz la célebre colección de poemas alemanes de los siglos XII, XIII y XIV, pero no halló desde el principio la acogida que merecía. Al enviar el ilustre bibliófilo al rey de Prusia un ejemplar del poema más original de Alemania, Federico II, más versado en achaques de

campañas militares que en cuestiones de literatura, le contestó « que todo aquello no valía lo que un cartucho, y que si antes los hubiera tenido en su biblioteca lo arrojara por la ventana» . Por fortuna esta joya literaria de la edad media, como los alemanes la llaman, es hoy justamente apreciada. En la presente traducción no hemos escatimado medio alguno y, teniendo a la vista los textos universalmente reconocidos como mejores, hemos procurado que nuestra traducción, siendo castellana, conserve algo del carácter que el original tiene y en lo que consiste uno de sus méritos principales: de haber hecho la traducción palabra por palabra, hubiera resultado una obra incomprensible; exponer el pensamiento sólo era darla incompleta; era preciso armonizar ambos extremos, y así lo hemos hecho. Otra de las dificultades con que también tropezaba el traductor era el adaptar a nuestro idioma los complicados y difíciles nombres alemanes, pero ésta nos fue allanada por el ilustre académico Tamayo y Baus.

Madrid, octubre de 1882.
El Cantar de los Nibelungos


SAGA.
LOS
NIBELUNGOS

CANTO I:[1]

El sueño de Crimilda



as tradiciones de los antiguos tiempos nos refieren maravillas, nos hablan de héroes dignos de alabanza, de audaces empresas, de fiestas alegres, de lágrimas y de gemidos. Ahora podréis escuchar de nuevo la maravillosa historia de aquellos guerreros valerosos.

Vivía en Borgoña una joven tan bella, que en ningún país podría encontrarse otra que la aventajara en hermosura. Se llamaba Crimilda y era una hermosa mujer: por su causa muchos héroes debían perder la vida.

Muchos valientes guerreros se atrevían a pretenderla en mente, como se debe hacer con una virgen digna de amor; nadie la odiaba. Su noble cuerpo era notablemente bello, y las cualidades de aquella joven hubieran sido ornamento de cualquier mujer.

La guardaban tres poderosos reyes, nobles y ricos; Gunter y Gernot, guerreros ilustres, y él joven Geiselher, un guerrero distinguido. La joven era hermana de ellos y sus mayores tenían que cuidarla.

Estos príncipes eran buenos y descendían de muy ilustre linaje: héroes probados, eran sumamente fuertes y de una audacia extraordinaria. El país a que pertenecían se llamaba Borgoña y habían realizado prodigios de valor en el reino de Etzel.

En el tiempo de su poder, habitaban en Worms, sobre el Rhin: muchos nobles y valientes caballeros les sirvieron con honor hasta su muerte, mas perecieron tristemente a causa de los celos de dos notables mujeres.

Uta, se llamaba su madre, reina poderosa; y el padre Dankrat, que al morir les dejara una cuantiosa herencia, estaba dotado de grandísima fuerza; también en su juventud había conquistado inmarcesible gloria.

Como he dicho ya, los tres reyes eran valerosos, por lo que tenían a su servicio los mejores guerreros de que se había oído hablar, todos muy vigorosos y sumamente intrépidos en el combate.

Se llamaban Hagen de Troneja y su hermano, el muy hábil Dankwart; Ortewein de Metz, los dos margraves Gere y Eckewart, y Volker de Alceya, de un indomable valor.

Rumold, el intendente de las cocinas, era un guerrero distinguido; Sindold y Hunold debían dirigir la corte y las fiestas como vasallos de los tres reyes, los cuales tenían también en su servidumbre muchos héroes que no pueden enumerarse.

Dankwart era mariscal: Ortewein de Metz, su sobrino, sumiller del rey. Sindold, el guerrero escogido, era copero; Hunold camarero: dignos eran todos de servir los más elevados empleos.

La verdad es que nadie podrá decir con exactitud cuán grande era el poder de aquella corte, la extensión de sus fuerzas, su alta dignidad y el valor de aquellos caballeros que sirvieron con alegría a sus jefes durante toda su vida.

Véase lo que Crimilda soñó: el halcón salvaje que domesticara empleando tantos días, lo vio estrangulado entre las garras de dos águilas y nada en la tierra podía causarle pesar tan grande.

Cuando refirió el sueño que había tenido a su madre Uta, ésta no pudo dar a su sencilla hija más que la explicación siguiente:

—El halcón que tú domesticabas es un noble esposo, que si Dios no te lo conserva, habrás de perder muy pronto.

—¿Qué me dices a mí de esposo, querida madre mía? Quiero vivir siempre sin el amor de un guerrero, a fin de que por ningún hombre pueda sentir la menor pena. Así pues permaneceré doncella toda mi vida.

—No hagas votos tan anticipadamente —le respondió su madre—; si en este mundo experimentas alguna vez la felicidad del corazón, ésta te vendrá por el amor de un esposo. Te vas haciendo una hermosa mujer; quiera Dios unirte a un buen caballero.

—Dejad esa manera de hablar, madre muy querida; muchas mujeres

pueden presentarse como ejemplo de que el amor tiene por continuación el sufrimiento. Quiero evitar los dos, para que nunca me pueda suceder una desgracia.

Crimilda vivió feliz pensando de este modo sin conocer a nadie a quien quisiera amar, pero después y muy dignamente se hizo esposa de un noble caballero.

Aquél era el halcón que viera en el sueño que le explicara su madre. ¡Cuando lo mataron extremó su venganza en sus próximos parientes! Por la muerte de uno solo, perecieron los hijos de muchas madres.



CANTO II:

Sigfrido



or aquel tiempo vivía en el Niderland el hijo de un rey poderoso; su padre se llamaba Sigemundo, su madre Sigelinda y habitaban en una ciudad muy conocida situada cerca del Rhin: esta ciudad se llamaba Xanten.

¡No os diré cuán hermoso era aquel héroe! Su cuerpo estaba exento de toda falta y con el tiempo se hizo fuerte e ilustre aquel hombre atrevido. ¡Ah!, ¡cuán grande fue la gloria que conquistó en el mundo!

Aquel héroe se llamaba Sigfrido, y gracias a su indomable valor visitó muchos reinos; por la fuerza de su brazo dominó a muchos países. ¡Cuántos héroes encontró entre los Borgoñones!

De su mejor tiempo, de los días de su juventud, pueden contarse maravillas que Sigfrido realizara; de mucha gloria está circundado su nombre, su presencia era arrogante, muchas mujeres hermosas lo amaron.

Lo educaron con todos los cuidados que merecía, pero por naturaleza tenía más sobresalientes cualidades; el reino de su padre adquirió fama por él, pues en todas las cosas se mostró perfecto.

Llegado que hubo a la edad de presentarse en la corte, todos deseaban verle; muchas mujeres y hermosas vírgenes anhelaban que su voluntad se fijara en ellas; todos le querían bien y el joven héroe se daba cuenta de ello.

Muy pocas veces permitían que el joven cabalgara sin acompañamiento; riquísimos vestidos le dio su madre Sigelinda; hombres instruidos que sabían lo que el honor vale, cuidaban de él: de esta manera pudo conseguir hombres y tierras.

Cuando llegó a la plenitud de la edad, y pudo llevar las armas, le dieron todo lo necesario: gustaba de las mujeres que saben amar, pero en nada se olvidaba del honor el hermoso Sigfrido.

He aquí que su padre Sigemundo hizo saber a los hombres que eran amigos suyos, que iba a dar una gran fiesta; la noticia circuló por las tierras de los demás reyes; daba a cada uno un caballo y un traje.

Donde quiera que había un joven noble, que por los méritos de sus antepasados pudiera ser caballero, lo invitaban a la fiesta del reino y más tarde todos ellos fueron armados al lado de Sigfrido.

Grandes cosas podrían contarse de aquella fiesta maravillosa. Sigemundo y Sigelinda merecieron gran gloria por su generosidad: sus manos hicieron grandes dádivas, y por esto se vieron en su reino a muchos caballeros extranjeros que los servían con gusto.



Cuatrocientos portaespadas debían recibir la investidura al mismo tiempo que el joven rey; muchas hermosas jóvenes trabajaban con afán, pues querían favorecerlos y engarzaban en oro gran cantidad de piedras preciosas.

Querían bordar los vestidos de los jóvenes y valerosos héroes y no les faltaba que hacer. El real huésped hizo preparar asientos para gran número de hombres atrevidos, cuando hacia el solsticio de estío, Sigfrido obtuvo el título de caballero.

Muchos ricos de la clase media y muchos nobles caballeros fueron a la catedral: los prudentes ancianos hacían bien en dirigir a los jóvenes como en otro tiempo lo habían hecho con ellos; allí gozaron de placeres sin número y de no pocas diversiones.

Se cantó una misa en honor de Dios. La gente se agolpaba en numerosos grupos cuando llegó la hora de armar caballeros, según los antiguos usos de la caballería, a los jóvenes guerreros, y se hizo con tan ostentosos honores como nunca hasta entonces se había visto.

Inmediatamente se dirigieron ellos al lugar en que se hallaban los corceles ensillados. En el patio de Sigemundo el torneo era tan animado que las salas y el palacio entero retemblaban. Los guerreros de gran valentía hacían un ruido

formidable.

Podrían escucharse y distinguirse los golpes de los expertos y de los novicios, y el ruido de las lanzas rotas que se elevaba hasta el cielo; los fragmentos de muchas de ellas despedidos por las manos de los héroes, volaban hasta el palacio. La lucha era ardiente.

El real huésped les mandó cesar; retiraron los caballos y sobre el campo pudieron verse rotos muchos fuertes escudos; esparcidas sobre el verde césped muchas piedras preciosas, así como también las placas de las bruñidas rodelas. Todo aquello era resultado de los violentos choques.

Los convidados por el rey tomaron asiento en el orden señalado de antemano. Sirviéronse con profusión ricos manjares y vinos exquisitos, con los que dieron al olvido sus fatigas. No fueron pocos los honores que se hicieron lo mismo a los extranjeros que a los hijos del país.

El día entero lo pasaron en alegres goces: allí aparecieron multitud de personas que no estuvieron desocupadas, pues mediante recompensa sirvieron a los ricos señores que se encontraban en la fiesta. El reino entero de Sigemundo fue colmado de alabanzas.

El rey dio al joven Sigfrido la investidura de las ciudades y de los campos, de la misma manera que él la había recibido. Su mano fue pródiga para los demás hermanos de armas, y todos se felicitaron del viaje que habían hecho hasta el reino aquel.

La fiesta se prolongó durante siete días: Sigelinda la rica, perpetuando antiguas costumbres, distribuyó oro rojo por amor de su hijo, al que deseaba asegurar el cariño de todos sus súbditos.

En el país no volvieron a encontrarse pobres vagabundos. El rey y la reina esparcieron por doquier vestidos y caballos, lo mismo que si no les quedara más que un día de vida. Creo que en ninguna corte se desplegó tanta munificencia.

Los festejos terminaron con ceremonias dignas de general alabanza. Muchos ricos señores dijeron después de aquel tiempo, que hubieran querido tener por jefe al gallardo príncipe, pero Sigfrido, el arrogante joven no sentía tales deseos.

Por mucho que vivieron Sigemundo y Sigelinda, nunca el hijo querido de ambos ambicionó ceñir la corona; aquel guerrero bravo y atrevido quería ser sólo el jefe para afrontar todos los peligros que pudieran amenazar el reino de su padre.

Nadie se atrevió a insultarlo nunca y desde que tomó las armas apenas si se permitió reposo aquel ilustre héroe. Los combates eran su alegría y el poder de su brazo le hizo adquirir nombre en los países extranjeros.

CANTO III:[2]

De cómo Sigfrido llegó hasta Worms



ingún pesar de amor torturaba al novel caballero, mas oyó decir que vivía en Borgoña una hermosa joven que parecía hecha a deseo, y esto le hizo experimentar muchas alegrías y muchas calamidades.

Hasta muy lejos había llegado el conocimiento de aquella extraordinaria belleza, así como también el de los altaneros sentimientos de que más de un héroe había encontrado poseída a la joven: por esto llegaron muchos extranjeros al país de Gunter.

Por más que gran número de ellos habían solicitado su amor, Crimilda no podía resolverse a elegir uno para hacerlo dueño de su corazón. Todavía le era desconocido aquél a quien más tarde debía someterse.

El hijo de Sigelinda pensó en aquel amor elevado. Ante lo que era ya suya, las pretensiones de los demás le parecían aire, pues él era muy digno de conseguir el afecto de una hermosa mujer. Algún tiempo después la noble

Crimilda fue esposa del atrevido Sigfrido.

Como sus padres y sus caballeros le aconsejaran que por cuanto aspiraba a un fiel amor, se dirigiera a una mujer que le pudiera convenir, el noble Sigfrido, dijo:

—Quiero por esposa a Crimilda, la hermosa joven del país de los Borgoñones, por su sin igual hermosura. Además sé que no hay emperador poderoso que, al desear escoger mujer, deje de intentar que sea suya reina tan elevada.

Sigemundo tuvo conocimiento de esta noticia; sus fieles vasallos se la comunicaron y de este modo supo cuál era la voluntad de su hijo. No dejó de causarle pena que intentara pretender a tan soberbia joven.

También afligió la nueva a Sigelinda, la esposa del noble rey: grande fue el cuidado que comenzó a tener por la vida de su hijo, pues conocía bien a Gunter y a sus bravos. Todos hicieron esfuerzos para que el héroe abandonara su empeño.

Entonces el atrevido Sigfrido habló de esta manera:

—Padre muy querido, prefiero vivir siempre sin el amor de ninguna noble mujer, si no consigo el de aquella por la que siento una afección tan grande.

Todos los consejos que le dieron para hacerle desistir, fueron inútiles.

—Ya que no quieres renunciar a tu proyecto —le dijo el rey—, te ayudaré activamente y haré todo lo que deseas. Sin embargo, el rey Gunter, dispone de muchos hombres esforzados.

» Y aun cuando tuviera no más que a Hagen, el de la fuerte espada, es tan altanero en su arrogancia, que temo salgamos mal librados si nos empeñamos en obtener la soberbia joven.

—¿Qué peligro nos puede amenazar? —preguntó Sigfrido—. Lo que de él no pueda conseguir amistosamente, lo podré conquistar con la fuerza de mi brazo; creo que podré conquistar el país y dominar a todos los que en él habitan.

—Me disgusta la manera que tienes de expresarte —le respondió Sigemundo—; cuando llegue hasta el Rhin la noticia ya no podrás penetrar en el país de Gunter. Hace mucho tiempo que conozco a Gernot y a Gunter.

» No hay nadie que por la fuerza pueda conquistar a tan hermosa joven. Esto —dijo Sigemundo— así me lo han asegurado. ¿Supongo que a lo menos querrás recorrer aquel país acompañado de guerreros? Si son nuestros amigos, pronto estarán dispuestos.

—Mis designios no son en modo alguno aventurarme seguido de mis guerreros —respondió Sigfrido—, como un ejército en marcha; grande sería mi pena si tuviera que conquistar a la altanera virgen.

» Sólo mi brazo será bastante para conseguirla; yo el duodécimo, quiero ir al país del rey Gunter y vos me ayudaréis para ello, padre Sigemundo.

Diéronle a sus guerreros vestidos de colores forrados con pieles grises.

La noticia llegó a oídos de su madre Sigelinda y comenzó a temer por su hijo querido, que debía morir, según ella, a manos de los guerreros de Gunter. La

noble esposa del rey rompió en lamentos.

Sigfrido, el joven capitán fue adonde ella estaba y dijo a su madre, en tono cariñoso:

—Señora, no debéis llorar por mis deseos, pues ningún enemigo me inspira el menor cuidado.

» Ayudadme para que pueda realizar mi viaje al país de los Borgoñones: haced que yo y los guerreros que me acompañen podamos llevar tales trajes, que tan bravos hombres se puedan sentir orgullosos de ellos: en verdad que os daré las gracias sinceramente.

—Ya que no quieres renunciar —le dijo Sigelinda—, te ayudaré para que puedas hacer tu viaje; mi hijo único, a ti y a los que te acompañan daré trajes que mejores jamás los hayan llevado caballeros; tendréis todo lo necesario.

Se inclinó respetuosamente el joven Sigfrido, y dijo:

—Sólo quiero llevar conmigo doce guerreros; que preparen los trajes para ellos. Quiero saber lo que hay de verdad respecto a Crimilda.

Desde entonces mujeres hermosas permanecieron sentadas día y noche, sin descansar un momento, hasta que los trajes de Sigfrido estuvieron terminados. Por nada quería desistir de realizar su viaje.

Su padre le mandó hacer una armadura de caballero, que debía llevar desde el momento en que abandonara los dominios del rey Sigemundo. Se prepararon más de una cota de mallas y también reforzados yelmos y largos y brillantes escudos.

Se aproximaba el tiempo del viaje hacia los Borgoñones. Hombres y mujeres se preguntaban con cuidado si volverían de nuevo al país. Llevaban las armas y los vestidos en bestias de carga.



Hermosos eran los caballos y los arreos iban guarnecidos de oro rojo: podía

asegurarse que nadie había obrado con tanta audacia como el guerrero Sigfrido y los hombres que lo acompañaban. Ardía en deseos de partir para el país de los Borgoñones.

Teniéndolo abrazado, lloraron sobre él la reina y el rey, y consolándolos a ambos, les dijo:

—No debéis llorar por mi causa, no tengáis cuidado por mi vida.

Triste era aquello para los guerreros, y muchas mujeres lloraron también. Pienso que el corazón les decía que gran número de sus amigos debían encontrar la muerte y se lamentaban con razón; presentían la catástrofe.

Al séptimo día, hacia Worms, por la arena cabalgaban los bravos: sus vestidos eran de oro rojo, los arneses primorosamente trabajados. Los caballos avanzaban majestuosamente llevando a los hombres del intrépido Sigfrido.

Nuevos eran sus escudos, fuertes y brillantes sus yelmos magníficos, cuando el atrevido Sigfrido se dirigía a la corte del rey Gunter. Jamás héroe ninguno había llevado tan suntuoso equipo.

Las puntas de las espadas rozaban con las espuelas y los caballeros escogidos llevaban agudas lanzas. Sigfrido llevaba una de doble filo y ambos cortaban de una manera horrible.

Llevaban las doradas riendas en la mano; las gualdrapas eran de rica seda: así penetraron en el país. El pueblo los admiraba en todas partes con la boca abierta; muchos de los hombres de Gunter corrieron al encuentro de ellos para verlos.

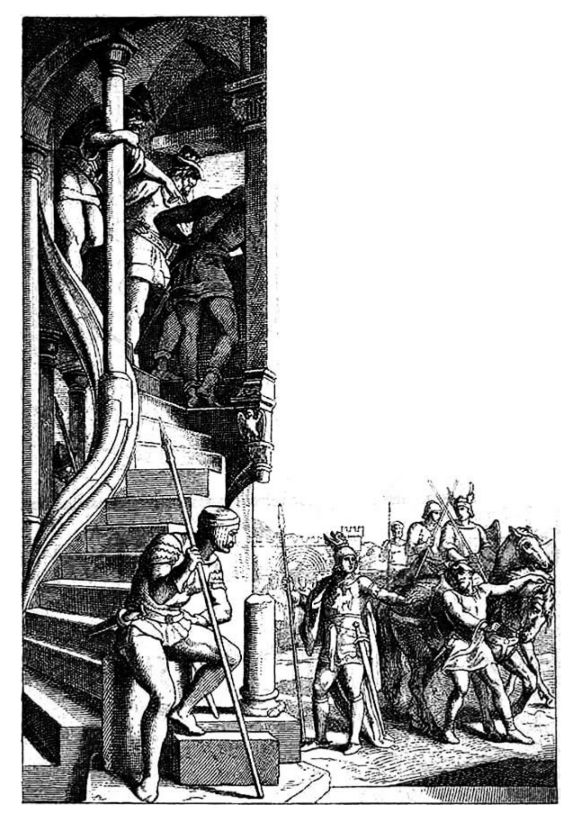
Aquellos valerosos guerreros avanzaron hacia los distinguidos extranjeros como era de rigor y recibieron a los huéspedes en el país de su señor. Tomaron los escudos de sus manos y de sus diestras las riendas.

Querían conducir los caballos hacia el palacio, pero inmediatamente les gritó Sigfrido el atrevido:

—Dejad quietos los caballos a mí y a los míos; pronto nos alejaremos de este sitio, porque nuestras intenciones son las mejores.

» El que sepa lo cierto que me responda, que me diga ¿dónde podré encontrar a Gunter, el poderoso rey de los Borgoñones?

Uno de los allí presentes que sabía todo aquello, le respondió:



—Si queréis ver al rey es cosa fácil en esa gran sala, lo he visto con sus

caballeros; entrad y podréis encontrarlo con muchos valerosos guerreros.

Dieron al rey la noticia de que habían llegado unos guerreros magníficamente vestidos, que llevaba ricas cotas de mallas, un soberbio equipo y a los que nadie conocía en el país de los Borgoñones.

Extrañado el rey, hubiera querido saber de dónde venían aquellos fieros guerreros, vestidos de una manera tan rica y brillante y con tan buenos, nuevos y anchos escudos. Nadie se lo podía decir y eso le causaba gran inquietud.

Ortewein, señor de Metz, que era bravo y atrevido, dijo entonces al rey.

—Por cuánto no sabemos quiénes son, será menester llamar a mi tío Hagen, y hacérselos ver. Los reinos y los países extranjeros le son muy conocidos; si sabe quiénes son estos caballeros, nos lo dirá seguramente.

El rey le rogó que viniera con sus hombres y lo vieron avanzar majestuosamente rodeado de los guerreros que formaban su corte.

Preguntó Hagen al rey qué era lo que deseaba.

—Han llegado a mi palacio unos guerreros a los que nadie conoce aquí. Si los has visto ya, tú me dirás la verdad, Hagen.

—Así lo haré —respondió Hagen. Se acercó a una ventana y dirigiendo su miradas hacia los extranjeros, los examinó detenidamente. Sus armas y el equipo que llevaban le agradaron, pero nunca los había visto en el país de los Borgoñones.

Habló así:

—Cualquiera que sea el punto de donde esos guerreros hayan venido hacia el Rhin, deben ser jefes o emisarios de jefes. Sus riendas son hermosas y sus trajes magníficos. Cualquiera que sea el punto de donde vengan, deben ser caballeros de gran valor.



Además, dijo Hagen:

—Aunque en mi vida he visto a Sigfrido, estoy dispuesto a creer y me parece que es él, el héroe que avanza con tanta majestad.

» Trae nuevas noticias a este país: la mano de ese héroe ha vencido a los atrevidos Nibelungos: a Schilbungo y a Nibelungo, hijos de un rey poderoso. La fuerza de su brazo le ha bastado para realizar maravillas.

» En ocasión que el héroe cabalgaba solo y sin acompañamiento, encontró al pie de una montaña, según me han dicho, cerca del tesoro del rey de los Nibelungos, a muchos hombres atrevidos a los que no conocía, pero a los que desde entonces, comenzó a conocer.

» Todo el tesoro del rey de los Nibelungos había sido sacado del hueco de la montaña. Escuchad la narración de aquella aventura. Cuando los Nibelungos se disponían a repartírselo, el héroe Sigfrido, lo vio y quedó maravillado.

» Se acercó tanto, que pudo ver a los guerreros, y los guerreros lo vieron a él. Uno de ellos dijo:

» —Aquí se acerca el gran Sigfrido, el héroe del Niderland.

» Con los Nibelungos le

ocurrieron aventuras extraordinarias.

» El joven fue muy bien recibido por Schilbungo y Nibelungo. Los dos de acuerdo, rogaron al príncipe que tomara con ellos parte del tesoro: con tal ardor se lo rogaron, que comenzó a creerlos.

» Vio allí tantas piedras preciosas, según hemos llegado a saber, que cien carros de los de cuatro ruedas no hubieran podido transportarlas. También había mucho oro rojo del país de los Nibelungos: de todo debía tomar parte el valiente Sigfrido.

» Por su trabajo le dieron de regalo la espada del rey Nibelungo. Pero se manifestaban muy poco satisfechos de los servicios que les había prestado el buen héroe Sigfrido: no pudieron llegar a un acuerdo; la cólera de ellos estaba muy excitada.

» No pudo llegar a tomar su parte del tesoro, pues los hombres de uno y otro rey comenzaron a armarle querella: pero con la espada de su padre, que se llamaba Balmung, les arrebató a los atrevidos el tesoro y el país de los Nibelungos.

» Tenían allí entre los amigos, doce hombres atrevidos que eran fuertes como gigantes: pero ¿para qué podían servirles? Sigfrido los venció con fuerte mano y cautivó a setecientos guerreros del país de los Nibelungos.

» Con la buena espada que se llamaba Balmung lo hizo. El gran temor que llegó a inspirar a muchos jóvenes guerreros la espada y el atrevido héroe, fueron causa de que se le sometieran los campos y las ciudades.

» Había herido ya mortalmente a los dos ricos reyes; Alberico puso en gran peligro su vida haciendo grandes esfuerzos por vengar a sus señores, hasta que también él mismo experimentó la gran fuerza de Sigfrido.

» El enano vigoroso no pudo resistirlo tampoco. Como fieros leones huyeron a la montaña en la que logró arrebatar a Alberico la Tarnkappa: de este modo, Sigfrido, el hombre terrible, logró hacerse dueño del tesoro.

» Los que se atrevieron a pelear con él quedaron derrotados allí. En seguida hizo conducir y depositar el tesoro al sitio del que lo habían sacado los Nibelungos. El fuerte Alberico quedó de guardia.

» Le hizo prestar juramento de que lo serviría como un fiel vasallo; desde entonces en todo le fue leal.



De esta manera lo contó Hagen de Troneja.

—Esto hizo el héroe; ningún otro guerrero adquirió tanto poderío.

» Me son conocidas también otras grandes aventuras suyas: la mano de ese héroe mató al



Dragón y se bañó en su sangre, haciéndose su piel tan dura como el cuerno; muchas veces ha podido notarse, ningún arma le hace mella.

» Debemos recibir de la mejor manera al joven capitán, para que no excitemos la cólera de tan intrépido guerrero. Su cuerpo es tan bello, que cualquiera se siente inclinado a amarlo; su fiereza le ha bastado para realizar tantas hazañas.

El poderoso rey dijo entonces:

—Debes tener razón; ¡mira cómo se mantienen dispuestos para el combate esos guerreros y el atrevido joven lo mismo que los héroes! Nosotros debemos salir al encuentro de tan valiosa espada.

—Bien podéis hacerlo sin deshonor —dijo Hagen—; es de muy noble linaje, hijo de un rey poderoso. Paréceme que está preocupado; Nuestro Señor Jesucristo sabrá por qué. No creo sean aventuras insignificantes las que le han hecho venir.

—Que sea bienvenido —dijo entonces el señor de aquel país —; es bravo y noble, bien lo sé, y esto le será muy útil en el país de los Borgoñones.

El rey Gunter salió al encuentro de Sigfrido. El real huésped y sus hombres recibieron al extranjero de una manera tal, que nada se echó de menos en su cortesía. El agradable señor se inclinó al escuchar tan lisonjeras frases.

—Me extrañó la noticia —dijo el rey— de que hubierais venido hasta este país, noble Sigfrido. ¿Qué habéis venido a buscar en Worms sobre el Rhin?

El extranjero respondió al rey:

—No os lo ocultaré en modo alguno. En el reino de mi padre supe que aquí a vuestro alrededor se encontraban los guerreros más valientes que rey pudo reunir, y he querido convencerme de ello: mucho he oído contar y por esto he venido.

» También os oí nombrar por vuestro valor; dicen que jamás se vio un rey tan bravo. Las gentes hablan mucho de ello en todos los países; no quiero marcharme ya sin haber probado vuestra bravura.

» Yo soy también un guerrero y en su día me ceñiré corona: quiero dar lugar a que se diga de mí que con justicia poseo hombres y tierras. Por merecerlo expondré mi honor y mi vida.

» Por más que seáis tan poderoso como me han dicho casi no siento ninguna inquietud, y cause a algunos pesar o alegría, quiero arrebataros lo que poseéis, campos y ciudades, y someterlos a mi dominio.

El rey se extrañó y también sus hombres al escuchar que quería arrebatarle su reino; al oír tal amenaza, aquellos guerreros se estremecieron de cólera.

—Cómo es esto —dijo Gunter al héroe—, ¿he merecido yo perder por la violencia de un extranjero el país que durante tanto tiempo gobernó mi padre con honor? Os haremos ver que también nosotros practicamos la caballería.

—No me quiero marchar —dijo el atrevido joven—; si tus dominios no siguen en paz gracias a tu valor, quiero conquistarlos todos; también las tierras mías te quedarán sometidas si la fuerza te las hace conseguir.

» Tu herencia y la mía serán una apuesta igual; al que triunfe del otro, le quedará sometido todo, las tierras y los habitantes.

En aquel instante, respondieron Hagen y Gernot:

—No sentimos deseos —dijo Gernot de conquistar nuevas tierras—, y dar lugar a que por este motivo mueran muchos a manos de los guerreros: poseemos en justicia ricos dominios que nos obedecen y que no se someterán más que a nosotros.

Allí se encontraban todos los amigos inflamados por la cólera. Entre ellos estaba Ortewein, señor de Metz, que dijo así:

—La reconciliación sería para mí un dolor terrible: sin motivo ninguno, os ha provocado el fuerte Sigfrido.

» Si vosotros y vuestros hermanos no tenéis valor, aun cuando trajera en su compañía un real ejército, me atrevería a combatir con él de tal modo que en adelante el atrevido héroe renuncie por razones poderosas a su impertinencia.

Tales frases despertaron la cólera del héroe del Niderland:

—Tú brazo no puede medirse con el mío: yo soy un rey poderoso, tú no eres más que un vasallo de rey; doce como tú no podrían resistirme en el combate.

—¡A las espadas! —gritó inmediatamente Ortewein, señor de Metz, que ciertamente era digno de ser hijo de la hermana de Hagen de Troneja. Que éste permaneciera callado tanto tiempo atormentaba al rey. Entonces habló Gernot, el

bravo y respetado caballero.

—Calmad vuestra cólera —dijo a Ortewein—. Nada ha dicho aún el noble Sigfrido para que sea imposible terminarlo todo cortésmente. Así pienso yo; tengámosle por amigo y será honroso para nosotros.

—Nos causa gran pesar —dijo entonces el fuerte Hagen— que para venir a combatir haya atravesado el Rhin con sus guerreros: jamás debió hacer semejante cosa, pues de mis hombres no recibió ofensa parecida.

—¿Os ofende lo que he dicho señor Hagen? —respondió Sigfrido, el héroe valeroso—. Si así fuera a vos toca escoger si queréis que mi valor sea terrible para los Borgoñones.

—Sólo yo me basto para impedirlo —replicó Gernot. Prohibió a todos sus guerreros que hablaran con desacato porque aquello le disgustaba. Sigfrido pensaba en la hermosa joven—. ¿Por qué nos ha de ser necesario combatir contra vosotros? —preguntó—. Si en la lucha murieran muchos héroes, para nosotros no sería honra ninguna y vos no conseguiríais provecho.

Al escuchar estas palabras, Sigfrido, el hijo del rey Sigemundo, respondió:

—¿Por qué Hagen y también Ortewein desean afrontar el combate en compañía de sus amigos cuando tienen tantos entre los Borgoñones?

Todo quedó terminado; el consejo de Gernot prevaleció.

—Para nosotros seréis bienvenido tú y los que te acompañan —dijo el joven Geiselher—, yo y todos mis amigos queremos serviros.

Y escanciaron a los extranjeros vino del rey Gunter.

El soberano del país añadió:

—Todo lo que aquí hay es vuestro, según prescriben las reglas del honor; cuerpos y bienes serán divididos con vosotros.

Al escuchar esto la cólera de Sigfrido se aplacó un tanto.

Hicieron cuidar sus equipajes y se buscaron para los acompañantes de Sigfrido los mejores alojamientos que había. Desde entonces todos vieron con gusto al extranjero en el país de los Borgoñones.

Grandes honores le hicieron durante muchos días; cien veces más que todos los que yo podría decir. Puede creerse que su valor los merecía, y no ocurrió que nadie al verlos, sintiera odio en contra suya.

En todas las diversiones del rey y de sus hambres, se mostró siempre superior. Cualquier cosa que se intentara, era tan grande su fuerza, que nadie podía igualarlo, fuera en arrojar la piedra o en lanzar la flecha.

Como siempre estos juegos se hicieron por cortesía delante de las mujeres, que veían con sumo gusto al héroe del Niderland. Él tenía fijos sus sentidos en un elevado amor.

Las hermosas mujeres de la corte querían saber noticias. « ¿De dónde es? ¿Es hermosa su presencia, es muy rico su equipaje?» . Muchos contestaban: « Ese es el héroe del Niderland» .

Para cualquier ejercicio estaba siempre dispuesto; llevaba en su mente una amorosa y bella virgen a la que todavía no había visto y ella también lo sentía en su corazón.

Cuando caballeros y escuderos celebraban justas en el patio, Crimilda, la respetada hermana del rey, los miraba desde la ventana; ningún otro divertimiento le agradaba tanto.

Si hubiera sabido que lo estaba mirando aquella de quien sentía lleno su corazón, hubiera sido para él grande alegría. Si sus ojos hubieran podido verla, lo afirmo, nada le habría parecido tan dulce en la tierra.

Cuando se hallaba en la corte entre los demás caballeros, como ocurre en los juegos, parecía tan digno de ser amado el hijo de Sigelinda que más de una mujer sentía enternecido el corazón.

Con frecuencia pensaba: « ¿De qué modo llegarán mis ojos a ver a esta noble joven a la que desde hace mucho tiempo amo con todo mi corazón? Aún no la conozco; no debo sentir aflicción» .

Cuando los poderosos reyes viajaban por su país, los guerreros tenían que acompañarlos y Sigfrido también; esto era un dolor para las mujeres; por esto muchas veces a causa de su amor sentía gran pena.

De este modo permaneció con los guerreros, ésta es la verdad; en el país del rey Gunter vivió un año sin haber visto en este tiempo a la mujer amada, por la que poco después experimentó gran felicidad y grandes aflicciones.

CANTO IV:[3]

De cómo Sigfrido combatió a los Sahsen



l reino de Gunter llegaron extrañas noticias: guerreros desconocidos de país lejano, le enviaron mensajes en los que rebosaba el odio. Al escuchar la narración aquélla, todos experimentaron verdadero espanto.

Os diré los nombre de aquellos guerreros: eran Ludegero, rey de los Sahsen, jefe poderoso y respetado, y su compañero el rey Ludegasto de Dinamarca, a los que en su expedición acompañaban muchos valerosos capitanes.

Llegaron ante Gunter los emisarios que enviaban sus enemigos: preguntáronle qué noticias traían, e inmediatamente fueron conducidos a la corte, a la presencia del rey. Después de saludarlos atentamente, les dijo:

—Sed bienvenidos: Yo no conozco a los que os envían, vosotros me diréis quiénes son.

Así dijo el buen rey. Temían grandemente el furor de Gunter.

—Ya que nos autorizáis para manifestar el mensaje de que estamos encargados, no os lo ocultaremos. Sabréis los nombres de los héroes que nos envían: Ludegasto y Ludegero quieren recorrer vuestro país.

» Habéis incurrido en la cólera de ambos; nosotros sabemos que dichos héroes os odian profundamente, quieren venir con un ejército a Worms sobre el Rhin; muchos guerreros los siguen y debéis estar prevenidos.

» Dentro de doce semanas debe llevarse a cabo la expedición. Si contáis con buenos amigos, hacedlos venir al momento para que protejan la tranquilidad de vuestros campos y ciudades; aquí quedarán hechos pedazos muchos yelmos y muchos escudos.

» Pero si queréis entrar en tratos con nuestros jefes, hacedles proposiciones; de este modo dejarán de avanzar las huestes de vuestros poderosos enemigos, que se aproximan para causar profundo sentimiento en vuestro corazón, pues a sus manos deben morir gran número de caballeros afamados.

—Esperad algún tiempo y os haré conocer mi voluntad cuando haya reflexionado lo más justo. —Así dijo el buen rey—. No ocultaré nada a mis notables: me quejaré a mis fieles amigos de este mensaje de guerra.

Con aquello tuvo un gran pesar el rico Gunter; constantemente pesaban sobre su corazón aquellas noticias. Hizo llamar a Hagen y a otros muchos de sus leales, mandando al propio tiempo dar aviso a la corte del rey Gernot.

Los mejores guerreros que podían hallarse entonces acudieron inmediatamente. El rey les dijo:

—Los enemigos vienen para atacarnos con fuerte ejército; hay que tener cuidado.

—Nos defenderemos con las espadas —dijo Gernot—. Sólo mueren los que están destinados a morir; los muertos quedan en la tumba, mas no por esa causa me puedo yo olvidar de mi honor: no serán bienvenidos nuestros enemigos.

Después dijo Hagen de Troneja:

—Esto me parece bien; Ludegasto y Ludegero se muestran demasiado impertinentes. Nosotros no podemos reunir en tan poco tiempo a toda nuestra gente —así habló el atrevido guerrero—. Es menester hacérselo saber a Sigfrido.

Dieron aposento en la ciudad a los mensajeros. Gunter el rico mandó que los trataran bien, y así se hizo hasta que se aseguró de quiénes eran los leales que querían apoyarlo.

El rey en gran cuidado sentía vivo dolor en su corazón. Un caballero muy valiente que aún ignoraba lo que había sucedido, al verlo tan pesaroso rogó a Gunter le dijera la causa de ello.

—Me llama la atención extraordinariamente —le dijo Sigfrido— de que hayáis cambiado las alegres diversiones a que desde hace mucho tiempo nos teníais acostumbrados.

Gunter el afamado guerrero le respondió:

—No puedo comunicar a todos los grandes pesares que me atormentan y que llevo secretos en el fondo de mi corazón. Sólo a los amigos deben comunicarse las penas que nos oprimen el alma.

El rostro de Sigfrido tornóse pálido y rojo. Le dijo al rey de este modo:

—¿Os he negado yo alguna cosa? Yo os ayudaré en todos vuestros pesares. Buscáis amigos, yo quiero ser uno de ellos y os seré fiel con honor hasta mi muerte.

—Que Dios os lo premie, señor Sigfrido, vuestras palabras me hacen bien; y aun cuando nadie me quisiera ayudar, me alegraría la noticia ya que tan fiel me sois. Aunque yo viva mucho tiempo, siempre lo tendré presente.

» Ahora os diré las causas que me tienen tan afligido. Me han hecho saber unos mensajeros de mis enemigos que quieren perseguirme hasta aquí con su ejército; nadie hasta ahora se atrevió a inferirnos en nuestro país injuria semejante.

—No os preocupéis por nada de eso —contestó Sigfrido—. Calmad vuestro espíritu y concededme lo que os pido. Dejadme defender vuestro honor y vuestros intereses y rogad a vuestros amigos que vengan a ayudaros.

» Aun siendo treinta mil hombres que traigan vuestros fuertes enemigos, los podré combatir aunque lleguen sólo a mil aquéllos de que yo pueda disponer: dejad esto a mi cuidado.

—Siempre os estaré agradecido —le respondió el rey Gunter.

—Haced que se pongan a mis órdenes mil de vuestros hombres porque de los míos sólo tengo aquí doce; yo defenderé vuestro país: Sigfrido os servirá siempre fielmente con todo su poder.

» También nos ayudarán Hagen y Ortewein y vuestros queridos guerreros Dankwart y Sindold; el audaz Volker vendrá con nosotros llevando el estandarte; a ninguno mejor que a él se le puede confiar.

» Dejad que regresen los mensajeros al país de sus señores; que les hagan saber que muy pronto nos veremos para que nuestras ciudades permanezcan en paz.

El rey dio cuenta de todo esto a sus amigos y sus parientes.

Comparecieron ante la corte los emisarios de Ludegero: estaban sumamente contentos porque sabían que iban a volver a su patria.

Gunter, el buen rey, les hizo ofrecer ricos presentes y les concedió una escolta, de todo lo cual se mostraron ellos muy satisfechos.

—Haced saber a mis fuertes enemigos —les dijo Gunter— que harían bien en renunciar a su expedición: pero que si quieren venir a hostilizarme a mi país, y mis fieles no me abandonan, tendrán mucho que hacer.

Dio magníficos regalos a los mensajeros: Gunter podía hacer muchos. No se atrevieron a rehusarlos los enviados de Ludegero y tan pronto como se despidieron marcharon inmediatamente.

Cuando los mensajeros llegaron a Dinamarca y el rey Ludegasto tuvo conocimiento del modo como venían del Rhin y de la arrogancia de los Borgoñones se irritó mucho.

Le manifestaron que había allí muchos hombres atrevidos. « Además hemos visto uno al lado del rey Gunter que se llama Sigfrido, un héroe del Niderland» . Al saber esto Ludegasto se puso en gran cuidado.

Enterados de esto los de Dinamarca se apresuraron sin descanso a reunir aliados hasta que el rey Ludegasto contó para realizar su expedición con veinte mil guerreros escogidos entre los hombres más esforzados.

El valeroso Ludegero jefe de los Sahsenos los llamó, logrando reunir además unos cuarenta mil o más con los que se proponía invadir el país de los Borgoñones. También había mandado reclutar el rey Gunter.

Entre sus amigos y entre los del señor su hermano los que quisieran tomar parte en aquella guerra, y lo mismo había hecho Hagen entre sus guerreros: estos héroes debían marchar al peligro. Muchos murieron en él.

Se dispusieron a partir precipitadamente: cuando salieron, Volker el audaz llevaba el estandarte y cuando abandonaron a Worms sobre el Rhin, Hagen de Troneja era el jefe de las huestes.

Con ellos iban también Sindold el atrevido y Hunold capaces de merecer todo el oro del rico rey. Dankwart el hermano de Hagen y también Ortewein, que seguramente podían formar parte con honor de aquel ejército.

—Señor rey —dijo Sigfrido—. Permaneced en vuestra casa, ya que vuestros guerreros quieren seguirme. Quedaos al lado de las mujeres y estad siempre tranquilo de espíritu. Tengo gran confianza en que sabré defender vuestro honor y vuestros bienes.

» Los que quieren atacarnos en Worms sobre el Rhin, a los que yo detendré, podían quedarse donde están: nosotros avanzaremos tanto que su arrogancia se convertirá en aflicción.

Después de abandonar el Rhin atravesaron el Hesse con sus guerreros, dirigiéndose al país de los Sahsen; pronto entraron en combate. Con el saqueo y el incendio hicieron tan grandes destrozos en el país, que los dos príncipes experimentaron gran pena al saberlo.

Llegaron a la Marca; los soldados apresuraban el paso. El fuerte Sigfrido comenzó a preguntar:

—¿Quién se encargará de proteger nuestra retirada? Nunca han tenido los Sahsen una campaña tan destructora.

—Qué los más jóvenes queden guardando los caminos —le contestaron— con el atrevido Dankwart, que es un guerrero rápido: nosotros perdemos menor número a manos de la gente de Ludegero; que en esta ocasión quede él con Ortewein formando la retaguardia.

—Yo mismo avanzaré —dijo Sigfrido el esforzado— y perseguiré a los

enemigos hasta lograr encontrar a esos guerreros.

Bien pronto estuvo armado el hijo de la hermosa Sigelinda. Como sus deseos eran de avanzar, confió el cuidado del ejército a Hagen y Gernot, hombres muy valientes. Él solo se adelantó hacia el país de los Sahsen y aquel día quedó su valor muy alto.

Extendido en el campo vio un ejército considerable que excedía en mucho al que llevaba él; serían unos cuarenta mil o más: el enardecido Sigfrido los veía con grandísima alegría.

Del campamento había avanzado también un guerrero para hacer guardia y estaba muy vigilante: vio al héroe Sigfrido y éste al audaz joven. Inmediatamente ambos se comenzaron a observar.

Os diré quién era aquel que se encontraba de avanzada; tenía embrazado un brillante escudo de oro; era el rey Ludegasto que velaba por sus huestes. El noble extranjero se irguió altivamente.

También el rey Ludegasto le dirigió furiosas miradas. Hicieron saltar sus caballos clavándoles las espuelas en los ijares; uno y otro blandieron las lanzas contra los escudos: en aquel momento el poderoso rey fue acometido por un violento temor.

Después del primer golpe los caballos arrastraron a los dos hijos de reyes como si los impeliera una tormenta; como buenos caballeros los contuvieron con las bridas y aquellos dos furiosos a quienes la cólera animaba se acometieron con las espada.

El bizarro Sigfrido hirió entonces con tanta fuerza, que retembló todo el campo; de los yelmos y de las espadas brotaban a los golpes de los héroes rojas chispas de fuego: cada uno había hallado en el contrario un adversario igual.

También el rey Ludegasto descargaba sobre su enemigo repetidos golpes; los brazos de ambos caían pesadamente sobre el escudo del contrario. Treinta de sus hombres se apercibieron del combate, más antes de que llegaran, Sigfrido había conseguido el triunfo.

Por tres anchas heridas que hizo al rey, brotaba la sangre a través de las junturas de su hermoso arnés; la sangre de las heridas corría por el filo de la espada: el valor del rey Ludegasto. Llegaron sus guerreros que habían visto muy bien lo ocurrido entre los dos centinelas avanzados.

Cuando Sigfrido quiso llevarse al derrotado le asaltaron treinta de sus hombres: entonces el brazo del héroe defendió a su noble prisionero dando terribles golpes con los que causó grandes destrozos entre aquellos guerreros ricamente ataviados.

Con gran arrojo logró matar a los treinta; uno solo quedó con vida y corrió rápidamente a dar la noticia del suceso. La verdad podía confirmarla su enrojecido casco.

Cuando supieron la noticia los de Dinamarca, experimentaron gran dolor al

ver su rey prisionero. Dijéronla a su hermano y éste comenzó a bramar con indecible rabia, como si a él le hubiera ocurrido.

El rey Ludegasto fue conducido en brazos de los hombres poderosos de Gunter que mandaba Sigfrido. Lo dejó en poder de Hagen; cuando el atrevido guerrero supo quién era experimentó grande alegría.

—Replegad las banderas —dijo a los Borgoñones.

—Adelante —gritó Sigfrido—. Muchas cosas se han de realizar en este día si yo no pierdo la vida; esto entristecerá a más de una mujer del país de los Sahsen.

» Vosotros, héroes del Rhin, seguidme; yo puedo conduciros a donde está el ejército de Ludegero. Veréis cómo se rompen sus cascos a los golpes de los valientes guerreros; antes de que volvamos tendremos no pocos sobresaltos.

Gernot y los que le habían acompañado se dirigieron hacia el sitio en que se encontraban sus caballos. El intrépido, el atrevido bardo Volker, levantó el estandarte y se puso a la cabeza de las huestes; los demás se prepararon también valientemente al combate.

No ascendían a más de mil hombres con doce jefes. A sus pasos comenzó a levantarse el polvo del camino; avanzaban por la llanura y se veía brillar más de un reluciente escudo.

También se habían aproximado los Sahsen y su jefe llevando las espadas afiladas; según después he sabido, en manos de los héroes cortaban horriblemente. Anhelaban defender sus campos y sus ciudades.

La hueste que mandaba el rey se adelantó: también avanzaba Sigfrido rodeado de los doce hombres que había traído consigo del Niderland. En la tempestad de aquel día más de una mano se tiñó de sangre.

Sindold, Hunold y también Gernot, dieron muerte a gran número de guerreros antes que hubieran podido probar cuán grande era su bravura. Después tuvo que llorar más de una mujer joven.

Volker, Hagen y Ortewein empañaron también en el combate la brillantez de más de un reluciente casco con la sangre que hacían verter aquellos hombres terribles como el rayo. Dankwart realizó por su parte prodigios de valor.

Los de Dinamarca probaron a su vez la fuerza de sus brazos; se escuchaba el golpear de los escudos al ser heridos y el chocar de las espadas. Los Sahsen bravos en la lucha hicieron un gran destrozo.

Los Borgoñones se atropellaban en el combate y abrieron más de una profunda herida. La sangre corría a torrentes por encima de las monturas; así procuraban quedar honrados aquellos caballeros bravos y buenos.

Las aceradas armas se sentían crujir en las manos de los guerreros, con más vigor allí donde se hallaban los del Niderland; precipitábanse en pos de su jefe detrás de los escuadrones y llegaban heroicamente al par que Sigfrido.

Ni uno solo de los del Rhin podía seguirlos: a través de los relucientes yelmos se veía correr la sangre a los golpes de Sigfrido, que no paró hasta que vio a

Ludegero delante de los suyos.

Tres veces seguidas se había abierto camino por en medio de todo el ejército; entonces llegó Hagen y lo ayudó a desahogar su cólera en el torbellino. Más de un noble caballero fue víctima de sus golpes.

Cuando el fuerte Ludegero vio a Sigfrido teniendo levantada la buena espada Balmung, que mataba a tantos de sus hombres, la cólera del jefe fue terrible.

Aquello era una horrible confusión y un ruido formidable: las huestes se atropellaban las unas sobre las otras; los caballeros se buscaban cada vez con más ardor; los escuadrones comenzaron a replegarse: un odio feroz animaba a los combatientes.

Al jefe de los Sahsen habían dado la noticia de que su hermano estaba prisionero, la cual le afligió mucho: sabía que sólo el hijo de Sigelinda podía haber realizado tal hazaña. Se lo atribuían a Gernot, pero la verdad se supo luego.

Eran tan fuertes los golpes que Ludegero daba con la espada, que el caballo de Sigfrido cayó bajo la montura; pero luego que se hubo levantado, el héroe desplegó en el combate una fuerza espantosa.

Le ayudaban a Hagen y también Gernot, Dankwart y Volker a cuyos tajos murieron muchos. Sindold, Hunold y Ortewein el atrevido, mataron a no pocos enemigos en el combate.

En lo más terrible de la acción, los jefes permanecieron siempre juntos. Por encima de los yelmos, a través de los relucientes escudos, se vio cómo los guerreros lanzaban gran número de jabalinas. Muchas bruñidas rodelas quedaron manchadas de sangre.

En aquella furiosa tormenta muchos guerreros caían de sus caballos. Uno sobre el otro se precipitaron Sigfrido el valiente y el rey Ludegero. Se veían volar las astas y los hierros de más de una aguda lanza.

A un golpe de Sigfrido voló en pedazos la abrazadera del escudo; pensó el héroe del Niderland que iba a obtener la victoria sobre los Sahsen que hormigueaban allí. ¡Ah!, ¡cuántas brillantes cotas destrozó el terrible Dankwart!

En el escudo que llevaba al brazo Sigfrido, distinguió el rey Ludegero una corona grabada; en esto reconoció que era el hombre formidable y comenzó a gritar en alta voz a los suyos.

—¡Cesad de combatir todos los que me habéis seguido! He visto aquí el hijo del rey Sigemundo, he conocido al fuerte Sigfrido; un mal demonio debe haberlo lanzado en contra de los Sahsen.

En el rigor del combate hizo plegar las banderas, pues deseaba la paz y le fue concedida, pero debía ser conducido prisionero al país del rey Gunter; la mano de Sigfrido lo había domeñado.

Por acuerdo de uno u otro bando cesó el combate; sus manos abandonaron yelmos y escudos agujereados por todas partes; los que se veían presentaban marcadas señales de los golpes de los Borgoñones.

Éstos hicieron prisioneros a cuantos quisieron. Gernot y Hagen dieron orden para que los heridos fueran conducidos en angarillas y con ellos llevaron prisioneros hacia el Rhin más de quinientos hombres.

Los vencidos se encaminaron a Dinamarca. Los Sahsen habían combatido tan bien que fueron dignos de alabanza; esto causaba pesar a los guerreros. Los que habían quedado en el campo fueron llorados por los héroes.

Los vencedores condujeron sus armas hacia el Rhin; con su valor las había conquistado el fuerte Sigfrido: lo había hecho con gran valentía; todos los hombres del rey Gunter tenían que concederlo.

El rey Gernot envió sus huestes hacia Worms encargándoles dijeran en el país el éxito tan grande que él y todos los suyos habían conseguido.

Las noticias corrieron con gran rapidez; los que antes experimentaban algún cuidado, se tranquilizaron llenos de alegría por las felices nuevas que habían llegado. Las nobles mujeres quisieron saber también.

¿Cómo se han portado los héroes del valiente rey? Uno de los mensajeros compareció ante Crimilda; esto se llevó a cabo sin que nadie lo supiera: de otro modo no se había atrevido, porque entre los guerreros se encontraba aquél por quién su corazón estaba interesado.

Cuando vio que el mensajero se acercaba a su cámara la hermosa Crimilda le dijo en tono cariñoso.

—Dame ahora noticias tan deseadas; si no me engañas. Te regalaré oro y te favoreceré siempre.

» ¿Cómo han salido del combate mi hermano Gernot y mis demás amigos? ¿No nos han matado a ninguno? ¿Quién se portó mejor? Contéstame a todo esto.

—No hemos tenido un solo cobarde —dijo el leal mensajero—. Además de esto, en el rigor del combate nadie avanzó tanto, elevada princesa, porque hay que decirlo, como el noble extranjero que vino del Niderland. La fuerza del atrevido Sigfrido ha realizado maravillas.

» Lo que todos los demás héroes han hecho en plena pelea, Dankwart, Hagen y los demás soldados del rey, aunque se han batido según prescriben las reglas del honor, es aire si se compara con lo hecho por Sigfrido el hijo del rey Sigemundo.

» En el fragor de la batalla han derribado a muchos héroes, pero nadie os podrá decir los prodigios que ha realizado Sigfrido en lo más terrible del combate. A las mujeres y a los parientes de los enemigos ha causado grandes aflicciones.

» Allí quedan los amados de muchas mujeres. Sobre sus yelmos caían formidables golpes que abrían anchas heridas, de las que la sangre manaba a torrentes. Es por todos conceptos un atrevido y buen caballero.

» Grandes proezas ha realizado Ortewein, señor de Metz; los que alcanzaba con su espada, quedaban heridos mortalmente. Grandes pérdidas les hizo experimentar también vuestro hermano.

» Jamás en los combates tenidos hasta ahora se sufrió tanto. Debe decirse la verdad de aquellos hombres escogidos; de tal modo se han portado los fieros Borgoñones, que su honor queda al abrigo de toda sospecha.

» Por sus manos han quedado vacías muchas monturas y a los golpes de sus espadas la llanura retemblaba con estrépito. Los guerreros del Rhin se han portado de tal modo que más valía a sus enemigos no haberles visto.

» También los valientes de Troneja hicieron grandes destrozos cuando los ejércitos chocaron en apretadas masas. A muchos dio muerte el valiente Hagen, mucho habrá que contar aquí en el país de Borgoña.

» Sindold y Hunold, los guerreros de Gernot y el valiente Rumold, han hecho tanto que para siempre sentirá el rey Ludegero haber provocado a los guerreros del Rhin.

» Pero el hecho de armas más notable que puede haber ocurrido, el primero y el último que en cualquier tiempo se haya visto, lo ha llevado a cabo el heroico brazo de Sigfrido y trae gran número de prisioneros al país del rey Gunter.

» Con la violencia de su fuerza los ha cogido el valeroso héroe; el rey Ludegero debe sentirlo mucho, así como también su hermano Ludegasto del país de los Sahsen. Escuchad mis noticias noble reina.

» El valor de Sigfrido domeñó a los dos: nunca se han traído a este país tantos prisioneros como caminan ahora hacia el Rhin a causa de tan brillante campaña. Ningunas noticias podían serle tan gratas.

» Sin heridas traen unos quinientos o más, y heridos, sabedlo noble reina, traen más de ochenta carretas teñidas con su sangre. La mano del atrevido Sigfrido ha herido al mayor número de ellos.

» Los que en su osadía se atrevieron a insultar a los del Rhin, son ahora prisioneros del rey Gunter y con grande alegría los conducen hacia aquí.

Preciosos colores asomaron en las mejillas de Crimilda al escuchar esta noticia.

Su bello rostro tornóse rosa al saber que el valiente Sigfrido se había portado dignamente en el combate. También se alegró por sus fieles, pues había motivo para hacerlo.

—Tú me has traído buenas noticias —dijo la hermosa joven—; yo te daré en recompensa un hermoso traje y además diez marcos de oro.

Con gusto se dan noticias a damas de esta clase.

Le dio por recompensa al mensajero el oro y el traje. Luego muchas hermosas jóvenes se asomaron a las ventanas mirando hacia el camino que debían traer los más bravos héroes del país de Borgoña.

Primero llegaron los que habían salido ilesos, en seguida los heridos. En verdad que podían escuchar las aclamaciones de sus deudos sin avergonzarse; el jefe marchaba delante de los extranjeros cambiado en alegría su pesar profundo.

Recibió con agrado a los suyos e hizo lo mismo con los extranjeros; justo era

que el poderoso rey diera las gracias bondadosamente a los que habían acudido a su llamamiento por cuanto con los suyos habían conseguido aquella gloriosa victoria.

El rey Gunter quiso saber noticias de sus amigos muertos en la expedición. Sólo había perdido sesenta hombres; debían llorarlos como después hicieron con muchos héroes más.

Los que no habían recibido daño ninguno, pudieron llevar al país de Gunter muchos escudos abollados, muchos yelmos hundidos.

El ejército se apeó de los caballos frente al palacio del rey y en aquella amistosa recepción se escucharon muchos gritos de alegría.

Dieron alojamiento en la ciudad a los guerreros y el rey pidió que los trataran con el mayor cuidado. Mandó que cuidaran a los heridos con el mayor esmero, proporcionándoles todas las comodidades necesarias. Bien pudo también apreciarse su deferencia para con los enemigos.

Así habló a Ludegasto:

—¡Sednos bienvenido! Mucho he tenido que sufrir por vuestras faltas; de ellas podré conseguir satisfacción si la suerte no me abandona; Dios recompense a mis fieles: se han portado muy bien conmigo.



—Bien podéis darle las gracias —dijo Ludegero—. Jamás un rey logró hacer cautivos de tanta importancia: os haremos ricos presentes porque nos traten bien y para que obréis con magnanimidad con vuestros enemigos.

—Os dejaré ir libremente a los dos —respondió el rey—, pero es menester que en gajes queden aquí mis enemigos, los cuales no abandonarán el país sin mi consentimiento.

Ludegero le estrechó la mano.

Lleváronlos a que reposaran y les proporcionaron todo género de comodidades. Dieron a los heridos cuanto les era necesario y a los sanos hidromel y vino. Nunca hubo huéspedes que vivieran con tanta alegría.

Recogieron los escudos rotos y muchas monturas ensangrentadas quitándolas de la vista, para que las mujeres no lloraran. Muchos caballeros volvían sumamente fatigados.

El rey recibió a los huéspedes bondadosamente; de amigos y extranjeros estaba lleno el país. Hizo curar con esmero a los que tenían graves heridas; habían domeñado mucho su altiva arrogancia.

Ofrecieron ricas recompensas a los sabios en el arte de curar, plata sin pesar y brillante oro para que vendaran a los heridos en el peligro del combate. Además el rey ofreció a sus huéspedes magníficos regalos.

A los que las fatigas del viaje impedían volver a sus casas, los invitaban a descansar como se hace con los amigos. El rey pidió consejo acerca de la mejor manera de recompensar a los que con tan grande honor lo habían servido. Entonces dijo Gernot:

—Que los dejen marchar, pero haciéndoles saber que dentro de seis semanas tienen que venir para una gran fiesta: muchos de los que ahora sufren por sus heridas estarán curados.

También deseaba marchar Sigfrido el del Niderland. Cuando el rey Gunter lo supo, le suplicó muy cariñosamente que permaneciera aún a su lado: sino hubiera sido por la hermana del rey, nunca lo habría hecho.

Era muy rico para aceptar una recompensa; pero ¡bien lo había merecido! El rey le estaba muy agradecido y sus parientes también, pues ellos habían visto lo que el brazo de Sigfrido realizara en el combate.

Decidió quedarse por lograr ver a la hermosa joven: esto sucedió algo más tarde. Para felicidad suya consiguió conocer a la virgen, después de lo cual marchó contento al país de su padre.

El rey en tanto recomendaba de continuo los ejercicios de la caballería; a ellos se dedicaban con ardor muchos jóvenes héroes. Con este fin hizo levantar no pocos asientos en la campiña de Worms, para todos los que quisieran venir al país de Borgoña. Por los días en que habían de llegar supo la hermosa Crimilda que se iba a dar una suntuosa fiesta a los que habían sido fieles. Muchas mujeres hermosas desplegaron una gran actividad. Para preparar los trajes y adornos que

debían lucir. La rica Uta oyó la relación de todos los bravos guerreros que vendrían e hizo sacar de los cofres muchos magníficos vestidos.

Por cariño a sus hijos hizo preparar joyas y trajes, siendo así adornadas muchas mujeres y doncellas y no pocos guerreros Borgoñones. También hizo disponer para los extranjeros magníficos equipos.

CANTO V:[4]

De cómo Sigfrido vio a Crimilda por primera vez



ontinuamente se veían marchar hacia el Rhin a los que deseaban concurrir a la fiesta. A cuantos llegaban atraídos por el cariño hacia el rey, se les ofrecían caballos y vestidos.

Mesas y bancos estaba preparados para los más ilustres y los más bravos, como ya se ha dicho; treinta y dos príncipes vinieron a la fiesta. Las mujeres se adornaban a porfía para recibirlos.

No se permitió un momento de reposo el joven Geiselher. Los que ya eran conocidos y los extraños fueron recibidos cordialmente por él, por Gernot y sus hombres. Saludaban a los héroes en la forma que les correspondía según su clase.

Estos traían al país muchas monturas de oro rojo; llevaban al Rhin cincelados escudos y magníficos vestidos. Muchos aun no gozando de buena salud, experimentaron grandísima alegría.

Los que tenían que permanecer en el lecho a causa de sus heridas, se

olvidaban de cuán amarga es la muerte. Los tullidos y los enfermos dejaban de quejarse: la noticia de la fiesta de aquellos días les alegraba mucho.

¡Iban a vivir en la dicha! Placeres sin cuento y alegrías superiores a sus fuerzas tenían que experimentar todos los que allí vivían. Grande era el contento que reinaba en todo el país de Gunter.

En la mañana del día de Pascua se acercaron hacia el lugar de la fiesta, brillantemente vestidos, muchos héroes valerosos, cinco mil o más. En más de un sitio comenzaron ya las diversiones.

El jefe sabía demás cuánto y cuán noblemente el héroe del Niderland amaba a su hermana, a la que todavía no había visto; pero en la que más que en ninguna otra joven se debía amar a la belleza. Así dijo al rey Ortewein, señor de Metz:

—Si queréis conseguir gran honor con esta fiesta, dejad que sean admiradas las más hermosas jóvenes que son el orgullo de Borgoña.

» ¿Qué alegría ni que felicidad podría experimentar el hombre, sino existieran hermosas vírgenes y encantadoras mujeres? Dejad que vuestra hermana aparezca a la vista de vuestros huéspedes.

El consejo no podía ser más halagüeño para muchos héroes.

—Lo haré con mucho gusto —respondió el rey. Todos los que lo escucharon no pudieron menos que manifestarse muy contentos. Suplicó luego a la reina Uta y a su hermana que vinieran a la fiesta con las jóvenes de su acompañamiento.



Sacáronse de las arcas hermosos trajes y se prepararon ricos adornos que desde hacía tiempo permanecían guardados cuidadosamente. Más de una mujer enamorada se atavió con vistosos colores.

Muchos jóvenes guerreros pienso que serían felices en aquel día viendo hermosísimas mujeres y que no hubieran aceptado en cambio, los ricos dominios de un rey. Verían con sumo gusto a las que no conocían.

El poderoso rey mandó que en compañía de su hermana fueran para servirla cien guerreros de su familia con las espadas desnudas y lo mismo para su madre. Tal era el aparato de la corte en el país de los Borgoñones.

Uta la rica venía con ellos; había escogido un grupo de mujeres hermosas, compuesto de ciento o más, llevando todas magníficos vestidos. También Crimilda venía rodeada de muchas jóvenes bellas.

Salían de un grandioso salón y muchos héroes distinguidos se atropellaban para conseguir ver bien a la noble virgen.

Avanzaba en aquel momento amorosa, como la rosada aurora saliendo de entre las negras nubes. Un gran pesar quitó su vista al que hacía mucho tiempo la llevaba en su corazón. Pudo ver a la hermosa en todo el esplendor de su belleza.

En su traje deslumbraban muchas piedras preciosas; sus bellísimos colores eran de los que suspiran amor. Por grande que fuera el despecho, nadie hubiera podido decir que había visto una más hermosa.

De la misma manera que la brillante luna oscurece la luz de las estrellas, así la hermosa eclipsaba a todas las demás mujeres; a su vista se ensanchó el alma de muchos héroes.

Ricas camareras marchaban delante de ella; los valientes guerreros se aglomeraban para ver a la virgen encantadora. El valiente Sigfrido sentía al mismo tiempo amor y pena.

Pensaba en su interior: « ¿Cómo ha sido que me he visto obligado a amarla?, ésta es una ilusión de niño; sin embargo, de tener que alejarme, preferiría ser herido de muerte» . Y batallado por estos pensamientos tornóse muchas veces rojo y pálido.

El hijo de Sigelinda, permanecía allí digno de ser amado, como retratado en pergamino por habilísimo pintor. Todos confesaban no haber visto nunca a un héroe tan bello.

Los que acompañaban a Crimilda pidieron que cada cual fuera por su lado; los guerreros obedecieron. La vista de aquellas mujeres de corazón elevado, alegraba a los bravos: se veía avanzar con riquísimos trajes a muchas jóvenes hermosas. Así dijo el rey Gernot de Borgoña:

—Al héroe que generosamente os ha ofrecido sus servicios, Gunter hermano querido, hazle honores ante toda esta gente; jamás me avergonzaré de haberte dado este consejo.

» Haz que Sigfrido se aproxime a mi hermana, para que lo salude y seremos

felices: que la que nunca saludó a un guerrero haga homenaje a Sigfrido, pues así nos captaremos la voluntad de héroe tan arrogante.

Los amigos del jefe fueron a buscarle y hablaron de este modo al héroe del Niderland.

—El rey desea que os aproximéis a su corte, para que su hermana os pueda saludar, honrándoos de este modo.

El jefe de héroes, sintió que su alma rebosaba de alegría; sentía en su corazón ternura sin aflicción, pues iba a ver a la hermosa hija de Uta. La tan digna de amor, saludó al hermoso Sigfrido con decoro y gracia.

Cuando ella vio ante sí al hombre de tan esforzado ánimo, se encendieron sus bellos colores.

—Bienvenido, señor Sigfrido, noble y buen caballero —le dijo la bella.

Este saludo lo alegró y elevó su alma. Se inclinó ante la amorosa y le dio las gracias. El mutuo amor atraía al uno hacia el otro; y amorosas las miradas se contemplaban con cariño al héroe y la joven, pero esto lo hacía recatadamente.

Si en aquel momento la blanca mano fue oprimida amorosamente, yo lo ignoro. Pero no puede creerse que dejaran de hacerlo: aquellos dos corazones enamorados, hubieran sido torpes de otro modo.

Ni en el estío ni en las hermosas mañanas de mayo, experimentó él una alegría tan grande en su corazón, como la que le hizo sentir el tacto de la mano de aquélla a quien deseaba como esposa.

Así pensaban muchos guerreros. « ¡Ah!, quien pudiera caminar a su lado y reposar junto a ella, como veo que él lo hace; todo mi odio se acabaría» . Nunca guerrero alguno había servido a tan hermosa princesa.

Todos los que habían llegado de los dominios de otros reyes admiraban en el salón a uno y otro. Permitieron a la joven que abrazara al hombre esforzado; en toda la vida le había sucedido nada más dulce.

El rey de Dinamarca habló así en aquel momento:

—Por tan elevadas salutaciones muchos han recibido grandes heridas, yo también he experimentado el poder de la mano de Sigfrido. Que Dios quiera que jamás se le ocurra ir a Dinamarca.

Por todos lados hicieron abrir paso a la hermosa Crimilda; muchos guerreros valientes magníficamente vestidos la acompañaron hasta la iglesia. El valeroso héroe se vio pronto alejado de ella.

Hela aquí que se dirige hacia la catedral, seguida de muchas mujeres. Va tan bien vestida la princesa, que muchos murmullos se elevaban alrededor de ella; había nacido para recrear las miradas de más de un héroe.

Grande era la impaciencia de Sigfrido porque acabaran los cantos. Podía felicitarse, pues sabía que era favorecido por aquélla a quien llevaba en su corazón. Él también acariciaba en su alma a la hermosa.

Cuando después de la misa salió de la catedral, se invitó al héroe que fuera

junto a ella, y la joven digna de amor comenzó a darle las gracias por lo que ante aquellos guerreros había realizado.

—Que Dios os pague, señor Sigfrido —le dijo la hermosa joven—, lo que habéis hecho para que los guerreros os estén tan agradecidos y os profesen tan buena amistad.

Él comenzó a mirar con ternura a la virgen Crimilda.

—Siempre os serviré lo mismo —respondió el héroe Sigfrido—; y jamás reposará mi cabeza, hasta que haya conquistado vuestro favor si conservo la vida. Así debe hacerse por vuestro amor, hermosa Crimilda.

Durante doce días se vio cerca del héroe a la joven digna de elogios, cuando caminaba hacia su corte seguida de sus amigos. Todos servían al héroe con gran afección.

Todos los días había delante del palacio del rey Gunter alegría, placer y gran ruido; dentro y fuera se veían muchos hombres valientes. Ortewein y Hagen realizaron prodigios.

Todo lo que puede intentarse, lo realizaban inmediatamente aquellos héroes fuertes en el combate. Aquellos guerreros se hicieron notar por todos los huéspedes. Aquél fue un gran honor para todo el país de Gunter.

Se adelantaron luego los que se habían visto retenidos por sus heridas; querían participar de la alegría de muchos de los convidados y luchar con el escudo y la lanza. Muchos combatieron con ellos, pues sus fuerzas eran grandes.

Mientras duró la fiesta, el rey hizo servir los más delicados manjares. No quería que escaseara nada de aquello porque un príncipe puede ser reprochado: se le veían atender amistosamente a todos los convidados. Dijo así:

—Mis buenos guerreros, antes que os marchéis de aquí, aceptad mis regalos; mi intención es la de seros siempre agradable; no desdeñéis mi fortuna; quiero compartirla con vosotros, tal es mi firme voluntad.

Los de Dinamarca dijeron a su vez:

—Antes de encaminarnos nuevamente a nuestro país, queremos una paz perpetua; así es menester que sea para nuestros guerreros. A los golpes de los vuestros hemos perdido un buen número de amigos.

Ludegasto estaba curado ya de sus heridas. El jefe del país de los Sahsen, pudo escapar a las resultas del combate, pero en aquel país quedaron muchos muertos. El rey Gunter se dirigió en busca de Sigfrido. Así le dijo al guerrero:

—Aconséjame lo que debo hacer; nuestros prisioneros quieren marchar mañana temprano y ofrecen una paz durable a mí y a los míos. Dime, héroe valeroso, lo que debo hacer.

» Te daré cuenta de lo que esos héroes me ofrecen: si los dejo partir libremente me enviarán la cantidad de oro que pueden conducir quinientos caballos.

—Esto sería obrar mal —le respondió el señor Sigfrido—. Dejadlos que

partan libremente, y que tan nobles guerreros desistan en adelante de hacer excursiones hostiles por vuestro país. Que un apretón de manos de los jefes sea la única garantía.

—Seguiré vuestro consejo; pueden partir cuando quieran.

Se comunicó luego a los enemigos que no se aceptaba nada del oro que habían ofrecido. Los que los amaban en su patria, lamentaban la derrota de aquellos guerreros.

Trajéronse muchos escudos llenos de joyas y el rey sin pesarlas las distribuyó entre sus amigos. Puede calcularse que valdrían quinientos marcos o más. El atrevido Gernot había dado este consejo a Gunter.

Se despidieron en seguida, pues deseaban marchar cuanto antes. Los huéspedes se dirigieron al encuentro de Crimilda y de la noble Uta, la reina. Nunca hasta entonces habían sido los guerreros tratados con tanta cortesía.

Muchos alejamientos quedaron vacíos cuando partieron hacia su patria. El rey de tan suntuosas costumbres, permaneció con los suyos y gran número de nobles: todos los días se les veía ir a las habitaciones de Crimilda.

Sigfrido, el noble héroe, quiso despedirse también, pues no tenía esperanzas de conseguir a la que llevaba en su corazón. Oyó decir el rey que quería marchar, pero el joven Geiselher le hizo desechar la idea del viaje.

—¿A dónde quieres marchar, noble Sigfrido?, permanece con nuestros guerreros; quédate, yo te lo suplico, con Gunter y sus guerreros. Aquí hay muchas hermosas mujeres a las que podrías ver.

—Dejemos nuestros caballos —respondió Sigfrido el fuerte—; quería irme muy lejos de aquí, pero ya he abandonado tal propósito; guardad vuestros escudos. Quería regresar a mi país, pero Geiselher me ha convencido honrosamente. De este modo quedó retenido el bravo por la amistad de los que le querían. En ninguna parte, en ningún país hubiera podido experimentar felicidad más grande, pues resultó que todos los días podía ver a Crimilda.

El jefe era estimado por su belleza extraordinaria: el tiempo se pasaba en agradables diversiones de las que el amor era encanto, por más que con frecuencia le hiciera experimentar pena. Por causa de este amor, tuvo después una muerte lamentable.

CANTO VI:[5]

De cómo Gunter fue a Islandia para ver a Brunequilda



lgún tiempo después, comenzaron a circular noticias del país del Rhin, de que allá abajo, muy lejos había muchas vírgenes y Gunter pensó en conquistar una para sí, lo cual pareció bien a los jefes y a los guerreros.

Al otro lado del mar, tenía sus estados una reina que en ninguna parte se le podía hallar otra semejante. Era excesivamente bella y de poderosa fuerza. Esgrimía la lanza contra los fogosos héroes que venían a solicitar su amor.

Arrojaba la piedra a gran distancia y rebotaba hasta muy lejos. Todo aquel que deseara su amor debía sufrir tres pruebas sin quedar derrotado en ninguna por aquella mujer de poder tan grande; si en una sola quedaba vencido, cortábanle la cabeza.

La joven lo había hecho ya varias veces. El caballero lo supo en las orillas del

Rhin; estaba convencido de ello y por esta razón su alma se inclinaba sin cesar hacia la hermosa joven. Muchos guerreros perdieron después la vida.

Un día Gunter y sus hombres se hallaban sentados reflexionando, y buscando de todos modos, cuál sería la mujer que su señor pudiera tomar, que le conviniera por esposa y que conviniera al país. El rey del Rhin habló de este modo:

—Quiero atravesar el mar para ir al encuentro de Brunequilda; nada me importa lo que me pueda suceder. Quiero exponer mi vida por su amor, si no la consigo por esposa.

—No os aconsejaré yo tal cosa —le dijo Sigfrido—, pues tan crueles son las costumbres de esta reina que cuesta muy caro a los que quieren conseguir su amor. Ojalá renunciéis a tal viaje.

Así replicó el rey Gunter:

—No puede haber nacido nunca una mujer tan valiente y tan fuerte a la que yo no pueda derrotar en un combate, con sólo esta mano.

—Callad —le dijo Sigfrido—, sus fuerzas os son desconocidas.

» Aun cuando valierais por cuatro, no podríais preservaros de su furor terrible; así pues desistid de vuestro propósito, os lo aconsejo como buen amigo y deje de arrastraros de ese modo.

—Sea lo fuerte que sea, no dejaré de hacer este viaje al reino de Brunequilda, sucédame lo que quiera. Por su extraordinaria belleza hay que intentarlo todo. Si Dios quiere, tal vez me siga a mi país del Rhin.

—Este es mi consejo —dijo Hagen—; rogad a Sigfrido que afronte con vos los peligros de la expedición y pienso así, porque él sabe cuanto a esa mujer se refiere.

—Noble Sigfrido —le dijo— ¿quieres ayudarme a conquistar a esa virgen digna de amor? Accede a mi ruego y si logro que sea mía tan hermosa mujer expondré por complacerte mi honor y mi vida.

Así le respondió Sigfrido el hijo de Sigemundo.

—Lo haré si me das por esposa a tu hermana, la bella Crimilda, la elevada princesa: no quiero otra recompensa por los servicios que te pueda prestar.

—Lo juro en tus manos Sigfrido —respondió Gunter—. Que la hermosa Brunequilda venga a este país y te daré a mi hermana por esposa y ojalá con ella seas feliz toda la vida.

Cambiaron sus juramentos aquellos fieles guerreros. Muchos trabajos tuvieron que realizar antes de conseguir llevar a la virgen a las orillas del Rhin. Desde entonces, los bravos comenzaron a correr grandes peligros.

He oído contar algo de los enanos salvajes que habitan en las grutas de las montañas y que para defenderse llevan una cosa maravillosa llamada la Tarnkappa; el que la lleva puede estar seguro siempre de golpes y de heridas. Nadie ve a la persona que la lleva puesta; ve y oye, pero nadie la puede percibir:

su fuerza se acrecienta también, así lo refieren las tradiciones.

Sigfrido tenía un casco de éstos, que no sin gran trabajo había logrado quitar al enano Alberico. Los atrevidos y poderosos guerreros se preparaban para realizar la expedición.

Cuando el fuerte Sigfrido se cubría con la Tarnkappa su vigor era terrible y adquiría la fuerza de doce hombres. Con sutil maña logró conquistar a la soberbia mujer.

El casco aquel estaba construido de tal modo que el que lo llevaba podía hacer cuanto quisiera sin que por nadie fuese visto. Gracias a este medio pudo conquistar a Brunequilda, pero aquello fue su desgracia.

—Dime ahora Sigfrido, antes de partir, ¿cuántos guerreros llevaremos al reino de Brunequilda, para presentarnos honrosamente? Treinta mil combatientes pueden reunirse muy pronto.

—Por muchos que fueran —le respondió Sigfrido—, es tan feroz aquella reina, que todos absolutamente serían víctimas de su furor. Yo os daré mejor consejo, fuerte y buen guerrero.

» Bajemos por el Rhin y sigamos las caballerescas costumbres. Yo os indicaré los que deben acompañarnos: dos con nosotros, dos y nadie más. De este modo conquistaremos a la hermosa y después que suceda lo que suceda.

» Uno de los compañeros soy yo, tú eres el otro y Hagen será el tercero: de esta manera lograremos triunfar; el cuarto será Dankwart, ese hombre fortísimo. Mil hombres no lograrían detenernos.

—Quisiera saber también —dijo el rey—, antes de emprender este viaje, que me colma de contento, con qué traje convendría aparecer ante Brunequilda: te suplico que me contestes a esto, Sigfrido.

» Los más hermosos trajes que se pudieran encontrar han sido llevados ya en el reino de Brunequilda: debemos llevar suntuosos vestidos para presentarnos a las mujeres, a fin de que no sea un deshonor para nosotros cuando se haga el relato.

El buen guerrero le contestó así:

—Yo mismo iré a pedir a mi amada madre que sus hermosas acompañantes nos ayuden a preparar los vestidos que han de honrarnos ante la soberbia joven.

Hagen de Troneja dijo con suma cortesía:

—¿Para qué pedir este obsequio a vuestra madre? Decid a vuestra hermana lo que queremos. Es tan grande su talento que sabrá escoger los trajes que nos convienen.

Hizo el rey avisar a su hermana, que querían verla él y el guerrero Sigfrido. Antes de que llegaran, la hermosa se había vestido para agradar; la llegada de los héroes le causaba alegría en el corazón.

Todas las de su acompañamiento estaban también vestidas de gala. Ambos príncipes se aproximan y tan pronto como ella lo sabe, deja su asiento y sale a

recibir modestamente al noble huésped y a su hermano.

—Sed bienvenidos, hermano mío, tú y tu acompañante. Deseo saber qué es lo que deseáis para ir a esa corte lejana. Hacedme saber de qué se trata para vosotros y vuestros nobles guerreros.

—Yo os lo diré, señora, —contestó el rey Gunter—. A pesar de nuestro gran valor, tenemos horribles cuidados; queremos entrar ostentosamente en un país extranjero y para este viaje, nos hacen falta trajes con ricos adornos.

—Sentaos, hermano querido —dijo la hija del rey—, y decidme en qué parte están esas mujeres cuyo amor buscáis y esas tierras que pertenecen a otros héroes.

Ella cogió de la mano a los dos guerreros escogidos. Condújolos cerca del sitio en que tenía su asiento, entre ricos almohadones —debo decirlo— sembrados de hermosos adornos y recamados de oro. Grande fue la alegría de ellos junto a aquellas mujeres.

Entre los dos se cambiaban miradas de afecto y amorosas señales, Sigfrido la sentía en su corazón; era para él como su propia carne. Desde entonces la hermosa Crimilda fue la esposa del atrevido guerrero.

—Noble hermana mía —dijo el rey Gunter, sin vuestra ayuda no podremos seguir adelante en nuestro proyecto. Queremos visitar el país de Brunequilda; así pues nos son necesarios hermosos vestidos, para comparecer ante aquellas mujeres.

—Hermano muy querido —respondió la princesa—, os ofrezco mi ayuda sin reserva ninguna y estoy pronta a serviros. Si alguien os rehúsa la menor cosa, causará gran dolor a Crimilda.

» Vosotros, nobles caballeros, no me debéis dirigir súplicas nunca; mejor es que me deis órdenes aunque con cortesía. Todo cuanto deseéis estoy pronta a hacerlo y lo haré con sumo gusto. —Esto dijo la noble virgen.

—Amada hermana: queremos llevar buenos vestidos y es nuestro deseo que vuestra blanca mano nos ayude en la elección; que los hagan las de vuestra servidumbre, para que nos estén bien, porque nunca desistiremos de realizar esta expedición.

—Escuchad lo que os digo —respondió el joven—, yo tengo la seda, haced que en un escudo me traigan la pedrería y os haremos los trajes.

Gunter y Sigfrido quedaron satisfechos.

—¿Cuáles son —preguntó la princesa—, los compañeros a los que hay que vestir como a vosotros, para ir a esa lejana corte?

—Yo el cuarto —le respondió el rey—, dos de mis héroes, Dankwart y Hagen me acompañarán en esta expedición.

» Escuchad, amada hermana, lo que os digo; además de los cuatro para nosotros, nos hacen falta a cada uno tres trajes distintos y de buenas telas, para que podamos volver sin afrenta del reino de Brunequilda.

Después de despedirse cortésmente, se retiraron los caballeros. La hermosa joven, la princesa Crimilda, llamó a su cámara a treinta de sus sirvientas, muy hábiles en aquella clase de trabajos.

En seda de la Arabia, blanca como la nieve, y en las sedas de Zazamancas, verdes como la hierba, engarzaron riquísima pedrería: fueron aquellos unos hermosos trajes; Crimilda la hermosa los cortó por sus manos.

Las guarniciones hechas de piel de pescados, cogidos en lejanos mares, que parecían entonces muy extraordinarios, las cubrieron con seda y oro: sabed ahora las maravillas de aquellos costosos trajes.

Las mejores sedas de Marruecos y de Libia que hasta entonces llevaran los hijos de reyes, fueron empleadas en ellos abundantemente. En esto manifestaba Crimilda lo bien dispuesta que se encontraba.

Como era grande la empresa que intentaba, se pensó que las pieles de armiño serían convenientes y sobre su blancura pusieron pieles negras como el carbón, de las que aún se adornan los héroes para las fiestas.

Entre el oro de la Arabia brillaban muchas piedras preciosas, el trabajo que las mujeres tenían que realizar no era pequeño. En siete semanas quedaron terminados los vestidos; las armas estuvieron listas en el mismo tiempo.

Cuanto todo estuvo dispuesto, se construyó una fuerte barca junto al Rhin, para que los condujera hasta el mar. Las nobles jóvenes estaban agobiadas por el trabajo.

Hicieron saber a los héroes que estaban preparados los magníficos vestidos que debían llevar. Todo lo que deseaban estaba hecho y no querían permanecer por más tiempo en las orillas del Rhin.

A los compañeros de armas, se les envió un mensajero por si querían ver las nuevas vestiduras, por si eran muy largas o muy cortas. Las hallaron bien a la medida y dieron las gracias a las damas.

Todo el que los veía, tenía que confesar que no había visto nada más hermoso en el mundo. Podían llevarlos con satisfacción a la lejana corte. Nunca se podrán citar más bellos trajes de guerreros.

Las nobles jóvenes recibieron gracias repetidas. Los esforzados guerreros querían despedirse y lo hicieron según las costumbres de la caballería. Más de unos ojos brillantes tornáronse sombríos y derramaron lágrimas.

—Mi hermano querido —le dijo—, quedaos, aún es tiempo y buscad otra mujer, que sería obrar con acierto la que no ponga en peligro vuestra vida. No lejos de aquí hallaréis una joven de elevada alcurnia.

Pienso que el corazón les decía lo que iba a suceder: lloraban en cuanto se hablaba una palabra. El oro que servía de adorno en sus pechos se ablandaba con las lágrimas que de sus ojos vertían.

—Señor Sigfrido —dijo ella—, permitid que recomiende a vuestra fidelidad y a vuestro valor a mi querido hermano; que nada le suceda en el país de

Brunequilda.

El fuerte guerrero lo juró en manos de Crimilda, y contestó de este modo:

—Si conservo mi vida, descuidad, noble señora, que volverá sano y salvo al Rhin, creed que esto es lo cierto.

La hermosa virgen le dio las gracias. Trajeron al campo los dorados escudos y lo demás del equipo; aproximaron los caballos; tenían grandes deseos de marchar. Muchas hermosas mujeres derramaron abundantes lágrimas.

Asomadas a las ventanas se veían muchas hermosas jóvenes. La vela de la barca se hinchó con el fuerte viento. Los bravos compañeros de armas fueron impulsados por las hondas del Rhin; así dijo el rey Gunter:

—¿Quién quiere ser el piloto?

—Yo lo seré —dijo Sigfrido—, yo puedo conduciros sobre las hondas hasta allá abajo, buenos guerreros. Me son conocidos los rectos caminos por el agua.

Así abandonaron contentos el país de Borgoña.

Sigfrido se apoyó en un duro remo y la barca se alejó de la orilla. El fuerte Gunter tomó otro remo y se alejaron de la tierra los bravos caballeros dignos de alabanza.

Llevaban consigo suculentos manjares y el mejor vino que se había podido encontrar en el Rhin. Sus caballos tranquilos reposaban; el barco caminaba, ningún cuidado los podía atormentar.

Las fuertes cuerdas de la vela quedaron amarradas sólidamente: hicieron veinte millas antes de llegar la noche, gracias al buen viento que soplaba hacia el mar; después, los grandes trabajos fueron para las mujeres.

A la duodécima mañana, según hemos oído decir, los vientos los habían impelido a lo lejos, hacia Isenstein, en el reino de Brunequilda. Sólo Sigfrido conocía aquel país.

Cuando el rey Gunter vio las fortalezas y también los vastos mercados, dijo así:

—Decidme, amigo Sigfrido, ¿conocéis esto? ¿De quién son esas ciudades y ese precioso país?

» En mi vida, y digo la verdad, vi tantas fortalezas ni tan bien hechas como ahora veo ante mí. Fuerte debe ser el que las ha mandado construir.

—Conozco mucho de esto —respondió Sigfrido—; de Brunequilda son esas ciudades, esos campos y la fortaleza de Isenstein, yo lo afirmo. Hoy mismo podréis ver a muchas mujeres hermosas.

» Yo os aconsejo, guerreros, que no afirméis y neguéis las mismas cosas, esto me parece bueno; si hoy mismo comparecemos ante Brunequilda, debemos estar prevenidos ante la joven reina.

» Cuando veamos a la joven digna de amor, seguida de su acompañamiento, acordaos, héroes, de decir la misma cosa: que Gunter sea mi señor y yo su vasallo, todo lo que él desee se cumplirá» .

Todos estaban dispuestos a ejecutar lo que les hizo prometer; el estímulo les hizo ser fuertes. Hablaron como quería: y les estuvo muy bien, cuando Gunter compareció ante Brunequilda.

—He venido hasta tan lejos, no por tus deseos, sino por tu hermana, la hermosa virgen. Ella es para mí, como mi alma y como mi cuerpo, y haré todo esto, porque quiero que sea mi esposa.

CANTO VII:[6]

De cómo Gunter obtuvo a Brunequilda



u barca adelantando en el mar, se había aproximado tanto a la ciudad, que pudieron ver en las ventanas muchas bellas jóvenes. Mucho sentía no conocerlas a todas. Preguntó a su compañero Sigfrido:

—¿Sabes qué cosa notable puede llamar la atención de esas jóvenes hacia las ondas? Cualquiera que sea el señor de ellas, me parece de elevado espíritu.

Así le contestó el fuerte Sigfrido:

—Es necesario mirar con disimulo a todas esas jóvenes para que me digas después cual escogerías si estuviera en tu mano.

—Lo haré —respondió Gunter, el noble y esforzado caballero—. Veo en aquella ventana a una con traje blanco como la nieve, que es muy bella. Mis ojos la escogen; su cuerpo es muy hermoso. Si pudiera la había de hacer mi esposa.

—Muy bien ha escogido la mirada de tus ojos: ésa es la noble Brunequilda, la hermosa joven hacia la que tienden tu corazón y tu alma.

Todo aquello agradaba al rey Gunter el bueno.

La joven reina mandó a las jóvenes vírgenes que se retiraran de las ventana; no debían permanecer allí contemplando a los extranjeros y estuvieron prontas a obedecer. Lo que las mujeres hicieron, nos lo han contado después.

Al aproximarse los héroes desconocidos, se pusieron de pie según la costumbre de las hermosas jóvenes. Después se asomaron a las estrechas ventanas desde las que podían ver a los guerreros: esto lo hacían por curiosidad.

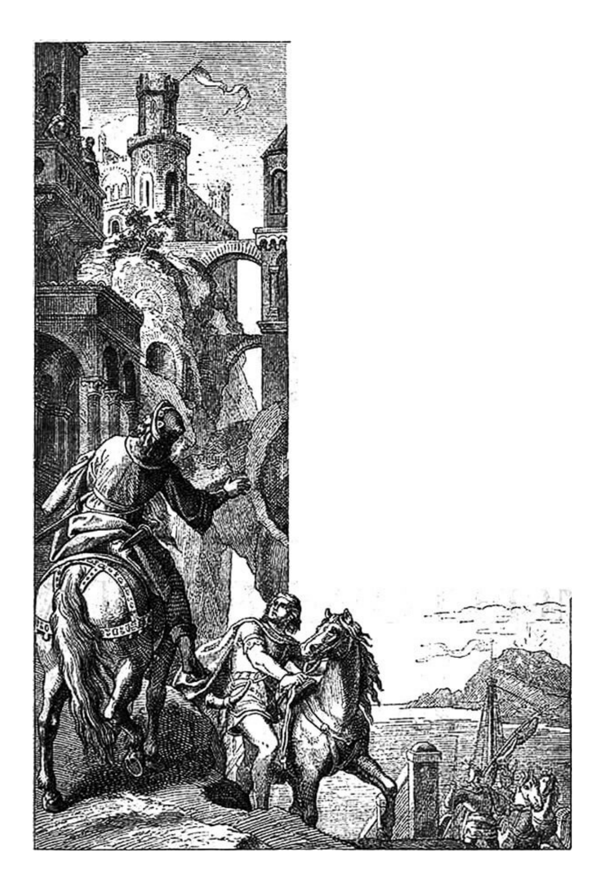
Sólo eran cuatro los que desembarcaban en aquel país. El fuerte Sigfrido llevaba un caballo de la brida. Esto lo veían por las ventanas las hermosas; gran honor recibió luego el rey Gunter.

Tuvo allí sujeto al caballo enjaezado, bueno y hermoso, grande y fuerte, hasta que el rey Gunter estuvo en la silla. Así lo sirvió Sigfrido, pero después lo olvidó.

Después sacó su caballo de la barca: nunca hasta entonces sirvió para tener el estribo a ningún otro guerrero. Las hermosas mujeres miraban por las ventanas.

Muy semejante era la presencia de los héroes: de color blanco como la nieve eran sus vestidos y sus caballos. Sus escudos estaban muy bien trabajados y brillaban en las manos de aquellos hombres valientes.

Las monturas iban adornadas de pedrería; los pretales eran estrechos y pendientes de ellos iban campanillas de oro rojo y brillante. Llegados al país aquel inspirados por su valor, se encaminaron también magníficamente vestidos hacia Brunequilda.



Avanzaban con sus bien agudas lanzas y con sus espadas, que les llegaban hasta las espuelas: eran puntiagudas y muy largas. Brunequilda, la virgen digna de amor, miraba todo aquello.

En compañía de ellos iban Dankwart y su hermano Hagen. Hemos oído contar que estos guerreros llevaban vestidos negros como las alas del cuervo. Nuevos eran sus escudos, buenos, largos y fuertes.

De la India era la pedrería que se veía relucir suntuosamente en sus vestidos. En la orilla dejaron sin guardia la embarcación, y se encaminaron hacia la ciudad aquellos héroes nobles y buenos.

Ochenta y seis torres se elevaban allí, tres palacios y un salón construido magníficamente con mármol verde como la hierba. Allí se hallaba la joven reina y su acompañamiento.

Las puertas de la ciudad se abrieron tan anchas como eran. Los hombres de Brunequilda salieron a su encuentro y los recibieron como a huéspedes, en el país de su soberana. Sus caballos y sus escudos quedaron bajo la custodia de ellos.

Uno de los camareros habló de este modo:

—Dadme vuestras espadas y vuestras bruñidas corazas.

—No podemos concederos eso —respondió Hagen de Troneja—, nosotros mismos queremos llevarlas.

Sigfrido comenzó entonces a explicarle los usos de aquella corte.

—Es costumbre en esta ciudad, debo decíroslo, que ningún huésped lleve armas: dejad que recojan las vuestras y estará bien hecho.

No siguió gustoso este consejo Hagen, el guerrero de Gunter. Hicieron servir a los héroes licores y otras cosas convenientes. Muchos brillantes guerreros, con trajes de príncipes, se encaminaron a la corte. Dirigían a los héroes muchas miradas de curiosidad.

Dijeron a Brunequilda, que unos guerreros extranjeros habían llegado con ricos trajes, navegando por el mar. La joven hermosa y buena comenzó a informarse.

—Hacedme escuchar —dijo la reina— quiénes pueden ser esos guerreros desconocidos de tan arrogante presencia, que veo en mi ciudad, y cuáles pueden ser los motivos porque han navegado hasta aquí.

Uno de su acompañamiento le respondió:

—Señora yo puedo afirmar que jamás he visto a ninguno de ellos, uno de los que con ellos están, me parece que es Sigfrido: mi opinión es que debemos recibirlos bien.

» El segundo compañero suyo tiene una arrogante presencia; si tuviera valor para ello y pudiera conseguirlo sería digno de ser rey de este extenso país. Se distingue de los demás por su aire de jefe.

» El tercero de esos compañeros, parece que debe ser muy feroz, y sin embargo su cuerpo es hermoso, rica reina: sus miradas son vivas y las sostiene

con altivez. Se refleja en su semblante que debe ser muy violento.

» El más joven de entre ellos, me parece muy hermoso: se ve a ese rico guerrero modesto como a una joven en su buena apariencia y en su gracia encantadora. Deberíamos temerlo todo, si le ocurriera alguna desgracia.

» Pero por sencillo que sea en apariencia, por bello que sea su cuerpo, si se enfurece hará llorar a muchas mujeres: su aspecto es tan bueno que por todas sus cualidades se ve que es un guerrero fuerte y atrevido.

Así habló la joven reina:

—Que me traigan mi armadura: y si el fuerte Sigfrido ha venido a mi reino para conseguir mi amor, posible es que le cueste la vida: no lo temo tanto que pueda llegar a ser su esposa.

Brunequilda la hermosa se vistió bien pronto su traje. Muchas hermosas jóvenes formaban su acompañamiento, ciento o más, con riquísimos vestidos. Los huéspedes deseaban ver a una mujer tan valiente.

En su compañía iban los héroes de Islandia, los guerreros de Brunequilda, llevando las espadas en las manos, en número de quinientos o más; esto infundió cuidado a los huéspedes. Los fuertes héroes se levantaron de sus asientos.

Cuando la joven reina vio a Sigfrido, dijo a los extranjeros cortésmente:

—Sed bienvenidos a este país, señor Sigfrido. ¿Cuál es el objeto de vuestro viaje? Deseo conocerlo.

—Muchas gracias, señora Brunequilda, dulce hija de príncipes, porque os dignáis saludarme ante el noble guerrero que está aquí; él es mi señor: Sigfrido renuncia el honor.

» Es un rey del Rhin; ¿qué más queréis que os diga? Hasta aquí hemos navegado por vuestro amor. Quiere amaros, suceda lo que suceda. Ahora reflexionad con tiempo: mi señor no abandonará por nada su propósito.

» Su nombre es Gunter, rey rico y valeroso. Si obtiene vuestro amor, nada más desea. Por vuestra causa lo he acompañado hasta aquí; si no fuera mi señor, jamás hubiera venido.

—Si él es tu señor y tú su siervo —le contestó ella—, él querrá probar lo que yo diga; si sale vencedor seré su esposa, más si una sola vez lo venzo, os costará la vida a todos.

Así dijo Hagen de Troneja:

—Permitid, reina, que presenciemos esas pruebas. Menester es que sean muy rudas para que Gunter, mi señor, quede derrotado; al contrario, confía conseguir a tan hermosa reina.

—Debe arrojar la piedra, luchar después y esgrimir la lanza conmigo; no os precipitéis, pues pudiera suceder que aquí perdierais el honor y la vida; pensadlo bien —respondió la hermosa mujer.

Sigfrido el atrevido se adelantó hacia el rey y le suplicó le permitiera decir a la reina cuáles eran sus deseos.

—Yo os preservaré de todo con mis mañas; no temáis nada.

—Elevada princesa —dijo Gunter—, disponed lo que queráis: por vuestro hermoso cuerpo lo haré todo y aún más si son vuestros deseos. O perderé la vida o seréis mi esposa.

Al escuchar estas palabras, la reina mandó disponer las pruebas como se tenía por costumbre. Se hizo traer su armadura de combate, una coraza de oro y un buen escudo.

La hermosa se ciñó una cota de armas de seda, que en ningún combate había podido ser mellada por la espada: era un tejido de la Libia muy bien hecho, adornado con dibujos primorosos.

Sin embargo, a pesar de que ante los guerreros manifestaban gran orgullo, Dankwart y Hagen estaban poco tranquilos. Su espíritu se agitaba temiendo por su señor y se decían: « De este viaje no saldrá nada bueno para los guerreros» .

Entretanto, Sigfrido, el astuto joven, sin que nadie lo viera, había vuelto a la embarcación para traerse la Tarnkappa que dejara oculta allí; penetró cautelosamente en la barca, así nadie lo vio.

Diose prisa en volver y vio a un gran número de guerreros: la reina venía entre ellos para preparar las pruebas. Se adelantó haciéndose invisible y ninguno de ellos pudo verlo gracias a su artificio.

Se trazó el sitio en que las pruebas debían celebrarse, ante un gran número de guerreros. Eran más de setecientos bien armados y ellos estaban encargados de decidir en justicia a quién pertenecía la victoria.

He aquí que se acerca Brunequilda, armada como si fuera a combatir por los dominios de un rey. Sobre sus vestidos de seda trae muchas láminas de oro. Su belleza seductora deslumbra bajo aquel traje.

Después vienen los de su acompañamiento, que le traen un escudo de oro, grande y ancho, recamado de placas de templado acero, con el cual ha de combatir la joven digna de amor.

Las abrazaderas de aquel escudo eran de un riquísimo tejido en el que lucían piedras preciosas, verdes como la hierba; brillaban refulgentemente entre el oro en que estaban engarzadas. Muy bravo tenía que ser el que agradara a la joven aquélla.

Aquel escudo de acero y oro con que la reina debía combatir tenía, según nos han dicho, el grueso de tres hojas por la parte de las hebillas, y con gran trabajo podían conducirlo cuatro de sus servidores.

Cuando el fuerte Hagen vio el escudo que traían, gritó con gran cólera el de Troneja:

—¿Ves ahora rey Gunter? Aquí dejaremos nuestra vida y nuestro cuerpo. La que pretendéis por amor es una mujer de los demonios.

Sabed aún más acerca de sus vestidos; eran magníficos. La cota de armas que llevaba era de seda de Azaganga muy noble y rica. Muchas piedras

deslumbradoras iluminaban a la reina con sus reflejos.

Trajeron a la hermosa una lanza pesada y larga, muy fuerte cuyos filos cortaban de una manera horrible. Era la misma de que siempre se servía.

Sabed las maravillas que se cuentan del peso de aquella lanza: había sido forjada con cuatro enorme mazas de hierro. Apenas si podían con ella tres guerreros de Brunequilda. El noble Gunter comenzó a experimentar algún cuidado.

Pensaba en su interior: «¿Qué va a suceder aquí? ¿El diablo del infierno sostendría esta lucha? Que pueda regresar al Rhin con vida y por mucho tiempo se verá libre de mi amor».

Sabedlo bien; su temor era grande. Trajéronle todas sus armas y quedó bien preparado el rey poderoso. La inquietud había hecho perder a Hagen toda su presencia de espíritu.

Así habló el hermano de Hagen, el fuerte Dankwart:

—Me arrepiento con toda mi alma de haber venido a esta corte. ¡Nos llamaban héroes! ¡Aquí debemos perder la vida! ¿Una mujer nos hará perecer en este país?

» Gran dolor me causa haber venido a esta región. Si mi hermano Hagen tuviera sus armas y yo las mías, la fiereza de todos los hombres de Brunequilda, se rebajaría un tanto.

» Por mi fe os lo juro, muchos se jactan de su arrogancia. Aun cuando mil veces hubiera jurado sostener la paz, antes que dejar perecer a mi amado jefe, la hermosa virgen perdería la vida.

—En verdad que marcharíamos libremente de este país —dijo su hermano Hagen—, si tuviéramos nuestras espadas; sabríamos contener la arrogancia de la bella mujer.

La hermosa comprendió lo que decía y mirándolo por encima del hombro, dijo sonriendo:

—Por cuanto tan fuertes se creen, que les traigan sus armaduras, que pongan en manos de los héroes sus afiladas espadas.

» Para mí es igual que estén armados, como que estuvieran completamente desnudos —dijo la hija del rey—. Yo no temo la fuerza de ninguno de aquéllos a quien conozco: puedo muy bien combatir contra cualquier rey que sea.

Cuando tuvieron las espadas, según las órdenes de la joven, Dankwart se puso rojo de alegría.

—Ahora esgrimid como queráis —dijo el esforzado héroe—, Gunter es invencible: nosotros tenemos nuestras espadas.

La fuerza de Brunequilda se manifestó de una manera terrible: le trajeron al círculo una pesada piedra grande, redonda y enorme. La traían entre doce guerreros fuertes y atrevidos.

Tenía por costumbre arrojarla después de haber manejado la lanza. La

inquietud de los Borgoñones se hizo mayor.

—¿Pero qué es lo que el rey pretende? —exclamó Hagen con ira—. Así sea en los infiernos la novia del maldecido demonio.

Se ajustó la manopla a sus blancos brazos, embrazó el escudo con la mano y levantó la jabalina en la otra. Gunter y Sigfrido temían ya el furor de Brunequilda.

Y si Sigfrido no hubiera acudido en ayuda del rey, le hubiera arrancado la vida. Se aproximó el invencible y le tocó la mano; Gunter se apercibió de su astucia con gran inquietud.

«¿Quién me ha tocado?», pensó el atrevido hombre, y mirando a su alrededor, no vio a nadie.

—Soy yo, Sigfrido, tu fiel amigo —dijo una voz—. No tengas temor ninguno por la reina.

»Abandona de tus manos el escudo, déjamelo coger a mí, pon gran atención a todo lo que yo diga: tú haz los ademanes, yo haré el trabajo.

»Disimula mi astucia, esto será bueno para los dos: así la joven reina no ejercerá su soberbia sobre ti, como es su intención. Mira ahora como está preparada contra ti en el extremo del círculo.

Esgrimió con gran fuerza la valerosa joven la lanza contra el nuevo y brillante escudo que llevaba en el brazo el hijo de Sigelinda. El fuego brotaba del acero como si hubiera soplado el huracán.

La fuerte punta de la espada atravesó el escudo y se vio salir chispas de los anillos de la cota. Del fuerte golpe cayeron los héroes: sin la Tarnkappa los dos hubieran muerto. El fuerte Sigfrido echó sangre por la boca: pero el buen caballero se levantó rápido, cogió la jabalina que le había arrojado ella, y con segura mano, la esgrimió a su vez.

Se dijo: «Yo no quiero mirar a la hermosa virgen». Volvió el filo de la jabalina hacia atrás y lo arrojó por el puño con tanta fuerza que la hizo tambalear.

Brotaba el fuego de la coraza como si lo hubiera soplado el viento. Con tanto vigor se había lanzado el hijo de Sigelinda, que ella a pesar de su fuerza, no pudo resistir el golpe; semejante cosa no la hubiera podido hacer nunca el rey Gunter.

La hermosa Brunequilda se levantó inmediatamente:

—¡Gunter, noble caballero, gracias por este golpe!

Creía ella que la había vencido con sus fuerzas: no, un hombre más fuerte la había derrotado.

Se adelantó en seguida llena de furor, levantó la piedra la noble y buena joven: lanzola con gran vigor lejos de sí, dio un salto y su armadura crujió con fuerza.



La piedra había caído a doce brazadas de allí: de un bote había rebasado la distancia la noble virgen. Fue el atrevido Sigfrido hasta el sitio donde estaba la piedra; Gunter la levantó y Sigfrido lanzó el golpe.

Era fuerte, vigoroso y fornido: lanzó la piedra más lejos y saltó también a más distancia.

Gracias a aquellas mañas, tenía fuerza bastante para saltar al mismo tiempo con el rey Gunter.

El salto estaba dado, allí se hallaba tendida la piedra; sólo a Gunter el héroe se había visto. La hermosa Brunequilda se puso roja de furia; Sigfrido había salvado al rey Gunter de la muerte.

La reina dijo a los de su acompañamiento, cuando vio al héroe fuera de peligro al otro extremo del círculo.

—Aquí mis parientes y guerreros, es menester que todos os sometáis al rey Gunter.

Aquellos bravos abandonaron sus armas, y muchos vigorosos hombres se pusieron a los pies de Gunter, rey del país de Borgoña: ellos creían que había justado con sus propias fuerzas.

Los saludó cariñosamente, pues tenía muy buenas prendas. La hermosa digna de alabanza, lo tomó de la mano y le concedió poder sobre su reino. Los guerreros fuertes e impetuosos se alegraron.

Ella rogó al noble caballero que la acompañara al magnífico salón, donde fueron servidos los guerreros. El fuerte Sigfrido lo había preservado de la desgracia.

Sigfrido el atrevido era prudente y se apresuró a ocultar la Tarnkappa. Después volvió al salón donde se hallaban muchas mujeres: dijo al rey con fingimiento:

—¿Qué es lo que esperáis, señor rey, que no comenzáis las numerosas pruebas que la reina os ha propuesto? Dejadnos ver cómo las realizáis.

El astuto héroe simulaba no haber visto nada. Así habló la joven reina:

—¿Cómo es que nada de las pruebas que el rey Gunter ha realizado aquí con su propio valor lo ha visto el señor Sigfrido?

A esto respondió Hagen del país de Borgoña:

—Mientras que nos asombrabais con vuestro valor y el jefe del Rhin vencía en la lid, el buen héroe Sigfrido estaba en la barca; por esto no ha visto nada —así dijo el que iba con Gunter.

—Es para mí una buena noticia —dijo el noble Sigfrido— que nuestro viaje haya tenido tan buen éxito y que hayáis encontrado vencedor. Ahora, noble joven, nos seguiréis al Rhin.

—No puede ser tan pronto —respondió la hermosa—. Es menester llamar a mis parientes y a mis hombres: no puedo dejar mi país tan repentinamente, es menester que antes advierta a mis fieles amigos.

Envió mensajeros por todas partes: éstos advirtieron a sus pariente y amigos que fueran pronto a Isenstein; a cada uno dio ricos y magníficos trajes.

Caminaron día y noche hacia la ciudad de Brunequilda.

—¿Pero qué hacemos? —dijo Hagen—, mal obramos esperando aquí a la gente de Brunequilda.

» Si llegan a esta tierra por la fuerza, no sabemos los designios de la reina: ¿volverá su cólera?, entonces estamos perdidos, y esta noble joven ha nacido para causarnos grandes sobresaltos.

—No lo sufriré en manera alguna —dijo el fuerte Sigfrido—. Nunca sucederá lo que teméis. Yo traeré en vuestra ayuda a este país guerreros cuya destreza os es desconocida.

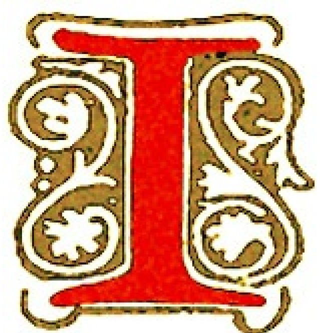
» Nada pediréis cuando me haya marchado, quiero ir muy lejos; Dios guardará vuestro honor entre tanto. Quiero traer mil hombres, los mejores héroes que nunca hayáis visto.

—No estéis ausente mucho tiempo —le dijo el rey—, pues sin vuestra ayuda no conseguiremos nada.

—Estaré de vuelta dentro de muy pocos días —le respondió—. Decid a la reina que me habéis enviado con una embajada.

CANTO VIII:[7]

De cómo Sigfrido se dirigió en busca de los Nibelungos



nmediatamente después, Sigfrido, llevando siempre su Tarnkappa, se dirigió por la playa hacia el puerto en que se encontraba la barca. Penetró en ella invisible para todos, el hijo de Sigemundo. Después se alejó rápido como el viento.

Nadie veía quién era el que conducía la barca: la embarcación se alejaba rápida, pues la fuerza de Sigfrido era grande. Hubiera podido creerse que la impulsaba un fuerte viento, pero sólo la llevaba Sigfrido el hijo de la hermosa Sigelinda.

En un día y una noche llegó a un poderoso reino que tenía cien marcas, y aun más extensión, el cual se llamaba el país de los Nibelungos; allí era donde tenían su cuantioso tesoro.

El héroe llegó solo a una gran isla. Pronto amarró su barca el buen caballero y en seguida se dirigió a una montaña, cerca de la que había una ciudad en la que

buscó asilo, como suelen hacer los rendidos por la fatiga del camino.

Llegó ante las puertas que estaban cerradas: defendían su honor como aún sucede en nuestro país. El hombre desconocido comenzó a dar golpes en ellas: todo estaba prevenido; en el interior había gente.

Un gigante que con sus armas siempre dispuestas guardaba la ciudad le dijo:

—¿Quién es el que tan fuertemente llama a las puertas?

El arrogante Sigfrido fingiendo la voz, le dijo:

—Soy un guerrero, ábreme la puerta, pues de lo contrario alguno que prefiere a todo el dulce reposo y su comodidad, tendrá que sentir mi cólera.

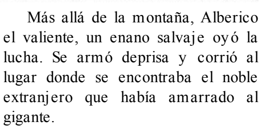
La respuesta dada por Sigfrido irritó al guardián. El gigantesco guerrero se vistió su armadura y se puso el casco en la cabeza; el hombre fuerte cogió su escudo y abrió la puerta lanzándose furioso sobre Sigfrido.

—¿Quién se ha atrevido a despertar a tantos esforzados hombres?

Su mano daba fortísimos golpes. El noble extranjero comenzó a defenderse, pero tal hizo el portero que le rompió la cota de mallas.

El héroe estaba en peligro y temía la espantosa muerte, pues el guardián de la puerta golpeaba con violencia. Sin embargo, el héroe Sigfrido estaba satisfecho.

Combatieron con tanto estrépito que toda la ciudad se alarmó llegando el ruido hasta el salón del rey de los Nibelungos. Derrotó y amarró al portero; la noticia se esparció por todo el país de los Nibelungos.



Más allá de la montaña, Alberico el valiente, un enano salvaje oyó la lucha. Se armó deprisa y corrió al lugar donde se encontraba el noble extranjero que había amarrado al gigante.

Alberico era valiente y muy fuerte. Llevaba yelmo y coraza y en la mano un pesado látigo de oro. Corrió rápidamente al encuentro de Sigfrido.

Siete pesadas bolas pendían del látigo, con las que golpeó el escudo de aquel hombre atrevido, rompiéndolo por varios lados. Gran cuidado tuvo por su vida el arrogante extranjero.

Dejó caer su agujereado escudo y volvió a la vaina su larga espada. No quería dar muerte al hombre, pues así se lo imponía el deber.

Arrojándose sobre Alberico, cogió con sus férreas manos las canosas barbas de aquel hombre viejo ya y tiró con tanta fuerza que hízole gritar. La acción del joven héroe dolió en el corazón a Alberico.

—Perdonadme la vida —gritó el fuerte enano—; y si me es permitido ser siervo de otro, que no sea el héroe a quien he jurado ser fiel vasallo, os serviré hasta la muerte.

Amarró a Alberico como había hecho con el gigante; la gran fuerza de Sigfrido le hacía mucho daño. El enano le preguntó:

—¿Cómo te llaman?

—Me llamo Sigfrido —le respondió—, creí que me conoceríais bien.

—Me alegro de saberlo —le replicó Alberico—, sé que por vuestros heroicos trabajos sois con justicia señor de este país. Haré lo que mandéis si me dejáis libre.

Así le contestó el héroe Sigfrido:

—Irás rápidamente y me traerás los mejores guerreros nuestros que haya en el país: mil nibelungos; que sepan que estoy aquí: no quiero haceros daño, os dejo la vida.

Quitó las cuerdas al gigante y a Alberico. El enano corrió a donde estaban los guerreros y despertó a los Nibelungos diciéndoles:

—¡Arriba!, héroes, es menester que vayáis con Sigfrido.

Saltaron de sus lechos y en breve tiempo estuvieron dispuestos. Mil esforzados guerreros se vistieron sus mejores trajes y fueron a donde estaba Sigfrido. Saludaron al hermoso héroe y estrecharon su mano.

Se encendieron muchas luces y le prepararon una deliciosa bebida: les dio las gracias por haber venido tan pronto y les dijo:

—Tendréis que venir conmigo hasta muy lejos.

Dispuestos a seguirlo estaban muchos héroes fuertes y buenos. Más de treinta mil guerreros habían llegado; entre ellos fueron escogidos los mil mejores. Trajéronles sus yelmos y sus armaduras, pues quería fueran con él al reino de Brunequilda.

—Mis buenos caballeros —les dijo—, quiero que sepáis que es menester llevar muchos y ricos vestidos a esta corte, pues allí os verán muchas hermosas mujeres: por esto hay que llevar muy ricos trajes.

Posible es que algún ignorante diga que esto es un cuento y pregunten: ¿Cómo en tan poco tiempo pudieron reunirse tantos caballeros? ¿Dónde hubieran podido hallar vituallas? ¿Dónde hubieran cogido los trajes? Nada hubieran podido hallar ni aun teniendo treinta países a su disposición.

Ya se ha oído hablar de las riquezas de Sigfrido: el tesoro y el reino de los Nibelungos estaba a su disposición; distribuyó aquel tesoro abundantemente entre los guerreros —y sin embargo no disminuía, cualquiera que fuera la cantidad tomada.

Partieron una mañana temprano. ¡Qué hombres tan valerosos llevaba Sigfrido en su compañía! Llevaban consigo buenos caballos y magníficos vestidos: de este modo llegaron al país de Brunequilda con grande ostentación.

En él vieron muchas hermosas jóvenes detrás de los miradores. Así dijo la joven reina:

—¿Sabe alguno quiénes son aquellos que veo a lo lejos bogar hacia aquí? Han arriado blancas velas más limpias que la nieve.

—Son soldados míos —le contestó el rey del Rhin—, que había dejado detrás

en mi viaje cerca de aquí. Los he hecho llamar y helos ahí que ya vienen.

Los arrogantes extranjeros fueron admirados con alegría. En la popa de uno de los barcos se veía a Sigfrido vestido con un soberbio traje y rodeado de muchos guerreros. La joven reina, dijo:

—Decidme, señor rey; ¿debo saludar a esos guerreros o no?

—Vos debéis salir a su encuentro hasta la puerta de vuestro palacio —le contestó—, a fin de que comprendan que los veis con gusto.

La joven reina hizo lo que el rey le decía: por su atención distinguió a Sigfrido de todos los demás.

Diéronles alojamientos y manifestaron cuidarse de sus trajes. Era tan grande el número de huéspedes venidos al país, que por todas partes se los veía en patrullas. Los héroes atrevidos deseaban volver a Borgoña. Así habló la joven reina:

—Quedaré muy agradecida a los que sepan distribuir mi oro y mi plata a los huéspedes míos y del rey que son tan numerosos.

Así le contestó Dankwart el fuerte, el guerrero de Geiselher:

—Muy noble reina, dejadme tomar las llaves; tengo confianza de hacer tan bien la repartición —dijo el fuerte héroe—, que si de ello resultara algún oprobio sería para mí completamente. —Supo demostrar muy bien cuán justo era.

Cuando el hermano de Hagen hubo recibido las llaves, la mano del héroe hizo suntuosos regalos: al que deseaba un marco, le daba tantos, que los pobres pudieron luego pasar cómodamente la vida.

Muy bien puede calcularse que daba cien libras sin contarlas. Muchos salieron del salón llevando ricos trajes que nunca soñaron tener. La reina lo supo y se manifestó disgustada.

—Hace tan ricos presentes ese guerrero —le dijo al rey—, que no parece sino que imagina me voy a morir: aún quiero disfrutar de ello y pienso que podré gastar lo que mi padre me ha dejado. Nunca tuvo una reina servidor tan dispendioso.

—Señora —le dijo Hagen de Troneja—, debéis saber que el rey del Rhin tiene oro y trajes en tanta cantidad que no queremos llevar ni una parte de lo que tiene aquí Brunequilda la buena.

Llenaron las arcas de piedras preciosas. Su camarera tenía que vigilar esto, pues ya había perdido la confianza en el guerrero de Geiselher. Gunter y Hagen no pudieron menos que echarse a reír.

—¿A quién dejaré mi reino? —dijo la joven reina—. Es necesario que nosotros mismos pongamos esto en orden.

—Haced que venga aquí vuestro preferido y lo haremos jefe —le contestó el noble rey.

El más próximo pariente que la joven veía allí, era un hermano de su madre, al que le dijo:

—Permitid que os encargue de mis ciudades y de mis campos; tal es el deseo del rey Gunter.

Entre sus hombres más valientes escogió dos mil, que debían acompañarla a Borgoña en compañía de los mil guerreros que habían venido del país de los Nibelungos. Inmediatamente prepararon el viaje y se los vio cabalgar por la arena.

Llevó consigo ochenta y seis mujeres y doscientas vírgenes de hermosos cuerpos. No se detuvieron mucho tiempo, pues todos deseaban partir. Mucho lloraron las que tenían que quedarse.

Después de tan elevadas pruebas, la joven abandonó su país; abrazó a sus amigos que estaba más próximos. Con bendiciones de todos se lanzaron al mar; después nunca volvió la joven al país de sus padres.

Durante el viaje realizaron alegres juegos y se tañeron dulces instrumentos. Una brisa ligera impulsaba sus bajeles. Pronto se alejaron de la orilla; las madres de muchas jóvenes lloraron.

Durante el viaje no quiso manifestar su amor al rey.

Esta delicia la reservaba para cuando llegaran a Worms, después de los desposorios: llegaron al fin en compañía de los héroes llenos de alegría.

CANTO IX:[8]

De cómo Sigfrido fue enviado a Worms



espués de navegar nueve días enteros, dijo Hagen de Troneja:

—Escuchad lo que voy a decir; hemos tardado mucho en enviar noticias a Worms sobre el Rhin; y ya nuestros mensajeros debían estar en Borgoña.

El rey Gunter le respondió:

—Habéis dicho muy bien; pero nadie mejor que tú para cumplir este encargo, amigo Hagen: encamínate a mi reino: ningún caballero dará cuenta de nuestra expedición mejor que tú.

—Te equivocas, querido señor, yo no soy un buen mensajero; deja que siga como camarero y que permanezca en las ondas. Quiero estar al cuidado de las mujeres y de sus trajes, hasta que hayamos llegado a Borgoña.

» Procurad que Sigfrido se encargue de esa misión: su fuerza maravillosa le hará salir bien del empeño. Pero si no quisiera hacer este viaje, rogádselo en nombre de vuestra amada hermana y cumplirá.

El rey mandó buscar al guerrero y cuando lo tuvo en su presencia, le dijo:

—Ya que estamos cerca de nuestro reino, debo enviar un mensaje a mi querida hermana y a mi madre, para advertirles que nos aproximamos al Rhin.

» Os pido señor Sigfrido, que hagáis este viaje y siempre os daré las gracias.

Así habló el buen guerrero. Al principio rehusó el esforzado Sigfrido, hasta que el rey Gunter le rogó, añadiendo:

—Haréis este viaje por mi amor y por el de la hermosa virgen Crimilda, que os dará las gracias, conmigo, la encantadora mujer.

Al escuchar esto, Sigfrido se manifestó dispuesto inmediatamente.

—Mandad lo que queráis, no os negaré nada; sea lo que fuere, lo haré todo en nombre de la hermosa joven. ¿A la que llevo en mi corazón, puedo yo negarle cosa alguna? Todo lo que me mandéis será hecho en nombre de ella.

—Decid a mi madre, la reina Uta, que estamos muy contentos de este viaje: decid a mi hermano de qué manera hemos vencido y dad igual noticia a todos nuestros amigos.

» No ocultaréis nada tampoco a mi hermosa hermana: la saludaréis en nombre de Brunequilda y en el mío, y decid a todos mis servidores y guerreros que he realizado con honor lo que mi corazón deseaba.

» Decid a mi sobrino Ortewein, a quien tanto quiero, que haga disponer sitios convenientes en las orillas del Rhin y que hagan saber a mis demás parientes que quiero celebrar de una manera magnífica mis bodas con Brunequilda.

» Decid a mi hermana que luego que sepa que he llegado a tierra con mis huéspedes, reciba agradablemente a la que tanto amo y siempre se lo agradeceré a Crimilda.

Sigfrido se despidió inmediatamente de Brunequilda y de todo su acompañamiento de una manera agradable y en seguida se encaminó hacia el Rhin. En ninguna parte del mundo se hubiera encontrado mejor mensajero.

Acompañado de veinticuatro guerreros se dirigió hacia Worms: llegó sin el rey, y cuando se supo esto todos su fieles guerreros sintieron gran pesar, temiendo que hubiera encontrado la muerte en aquella expedición.

Desmontaron de sus caballos manifestándose contentos: inmediatamente Geiselher, el joven y buen rey, se aproximó con su hermano Gernot; cuando vio que el rey Gunter no estaba con Sigfrido, dijo con viveza:

—Bienvenido, señor Sigfrido; hacedme saber dónde habéis dejado al rey, mi hermano. Nos lo ha arrebatado la fuerza de Brunequilda según pienso; el amor que pretendía nos ha causado este pesar.

—Abandonad esos cuidados; yo y sus compañeros de armas os ofrecemos su saludo a vos y a todos sus parientes. Lo he dejado sano y libre: él me ha enviado para que fuera su mensajero y trajera estas noticias a su país.

» Necesario es que pronto me hagáis ver a la reina Uta y a su hermana, para que yo les pueda decir lo que me han encargado Gunter y Brunequilda; ambos

están buenos.

—Iréis a donde se encuentran —dijo el joven Geiselher—, tú has inspirado amor a mi hermana y ella ha tenido gran cuidado por la suerte de mi hermano; la joven os ama; puedo garantizaros esto.

—En todo lo que yo la pueda servir —contestó el héroe Sigfrido—, lo haré de corazón y con fidelidad. Pero haced que yo vea ¿dónde están las damas?

Geiselher, el hombre agraciado, fue a anunciarlo, y dijo a su madre y a su hermana de esta manera:

—Ha llegado Sigfrido, el héroe del Niderland; mi hermano Gunter lo ha enviado a las orillas del Rhin.

» Él nos trae gratas noticias del rey, permitidle que entre hasta la corte. Él nos dará noticias verdaderas de lo ocurrido en Islandia.

Las nobles mujeres permanecían aún en gran cuidado. Sin detenerse se vistieron sus trajes, y suplicaron a Sigfrido que pasara a la corte. El héroe procuró tranquilizarlas: amaba tiernamente a Crimilda y la noble joven le dijo de esta manera:

—Bienvenido, Sigfrido, caballero digno de alabanza. ¿Dónde queda mi hermano Gunter, el noble y rico rey? Pensaba haberlo perdido por la fuerza de Brunequilda: ¡Ay de mí!, ¡pobre joven, para qué habrá venido al mundo!

Así le contestó el fuerte caballero:

—Permitidme que sea el mensajero: lloráis, hermosa joven sin que haya ocurrido desgracia ninguna. Lo he dejado sin peligro alguno; esto es lo que os quería decir: él me ha enviado con estas noticias para vosotras.

» Con el amor más tierno, muy noble señora mía, él y su esposa os ofrecen sus servicios; bien pronto deben llegar.

Hacía muchos días que no había recibido tan buenas noticias. Con un paño tan blanco como la nieve, secó de sus ojos las hermosas lágrimas: después dio las gracias al mensajero por las noticias que había traído. Ellas la consolaban de su grandes tormentos y de sus pasados llantos.

Rogó al mensajero que se sentara: todo estaba dispuesto y la enamorada le dijo:

—Sin pena ninguna os daría por vuestro mensaje todo mi oro. Sois muy rico para aceptarlo, pero siempre os estaré agradecida.

—Aun cuando tuviera treinta reinos —le respondió él—, siempre aceptaría con gustó los dones de vuestra mano.

—Pues bien; sea —dijo la virtuosa, y mandó a su camarera que fuese por el precio del mensaje.

Le dio en recompensa veinte sortijas adornadas con piedras preciosas. Pero el alma del héroe era de tal modo, que no quiso guardar ninguna: en seguida las distribuyó entre las hermosas mujeres que andaban por las cámaras. También le ofreció con bondad sus servicios la madre reconocida.

—Más os diré todavía —añadió el hombre intrépido—; os diré lo que el rey quiere para cuando llegue al Rhin. Si lo hacéis, señora, siempre os quedará agradecido.

» Es su deseo que a los ricos huéspedes los recibáis bien y que salgáis a su encuentro por el camino de Worms.

—Pronta estoy a hacerlo —contestó la hermosa joven—. Nunca me negaré a nada que le pueda agradar y lo haré con el mayor gusto.

Sus mejillas se pusieron más encendidas que el amor que sentía. Hasta entonces ningún mensajero del rey había sido tan bien recibido: de atreverse, lo hubiera besado sin pena ninguna: se alejó de las mujeres de otra manera, pero siempre con amabilidad. Los Borgoñones hicieron lo que él les había dicho.

Sindold y Hunold y el héroe Rumold se tomaron gran trabajo en aquellos momentos. Hicieron preparar los sitios y se portaron muy bien. Muchos fieles al rey trabajaron allí con ellos.



Ortewein y Gere, también de los mejores, enviaron por todas partes para

avisar a sus amigos y prevenirlos de que en la corte se iban a celebrar grandes fiestas para los desposorios. Para asistir a ellas se preparaban muchas hermosas mujeres.

Los salones y las paredes fueron adornadas para la llegada de los huéspedes. La habitación del rey Gunter quedó recubierta de roble tallado, obra de artistas extranjeros que habían sido avisados para que fueran a recibir a los que estaban próximos a llegar. De las arcas se sacaban los más hermosos vestidos.

Al saberse la noticia de que se aproximaban los amigos de Brunequilda, la multitud acudió en masas apiñadas. Muchos valientes guerreros de los dos bandos se encontraban allí. La hermosa Crimilda dijo:

—Vosotras, hermosas compañeras mías, que queréis acompañarme a la recepción, buscad en vuestros cofres los trajes más hermosos que tengáis y que lo mismo hagan las demás mujeres.

Llegaron los guerreros y mandaron traer magníficas monturas guarnecidas de oro rojo, en la que debían ir las mujeres para llegar hasta Worms en las orillas del Rhin. Jamás volverán a verse arneses tan magníficos.

¡De qué manera brillaba el oro sobre las cabalgaduras! Muchas piedras preciosas deslumbraban en las riendas. Para las mujeres se dispusieron doradas sillas, colocadas sobre hermosas gualdrapas. Todas experimentaban grande alegría.

También se trajeron para ellas magníficas cinchas forradas de hermosa seda y en los pretales suntuosas bandas de la mejor seda que pudo encontrarse.

Primero se veían marchar noventa mujeres con el cabello trenzado. A Crimilda acompañaban después las más hermosas llevando trajes magníficos y por último seguían igualmente bien vestidas muchas agraciadas jóvenes.

De entre ellas, cincuenta y cuatro del país de Borgoña, eran las más bellas de la corte. Sus hermosos cabellos iban adornados con valiosas cintas. Gran cuidado habían puesto en todo lo que Gunter mandara.

Para agradar a los guerreros extranjeros llevaban las más ricas telas que podían verse y los vestidos más costosos, combinados admirablemente sus colores. Mal gusto hubiera tenido aquél a quien cualquiera de ellas no agradara.

Se veía también muchos trajes de cebellina y de armiño y más de una mano, más de un brazo, se veía adornado con brazaletes, ceñidos por encima de la seda. Nadie podrá describir perfectamente aquellos preparativos.

Sobre aquellos hermosos trajes sus manos ciñeron un cinturón magnífico, ancho y bien bordado, para contener los bellos pliegues de los astracanes árabes. El momento de los alegres placeres para aquellos jóvenes se aproximaba.

Muchas lindas vírgenes comprimían su talle con graciosos corpiños. Sólo hubieran podido temer que los vivos colores de su rostro no aventajaran el brillo de sus vestidos. Ningún rey de nuestro tiempo podrá reunir tan lucido acompañamiento.

Cuando aquellas hermosas mujeres se vistieron los trajes que debían llevar, se adelantó un grupo de guerreros valerosos armados de escudo y lanza, cuyas astas eran de fresno.



CANTO X:[9]

De cómo Brunequilda fue recibida en Worms



l otro lado del Rhin se veía ya al rey acompañado de muchos caballeros. Las riendas de las cabalgaduras en que iban muchas jóvenes, las llevaban en la mano. Los que debían recibirlos estaban dispuestos.

Cuando las barcas en que iban los guerreros de Islandia, los Nibelungos y los hombres de Sigfrido divisaron la orilla, aceleraron la marcha; sus manos eran infatigables; y se dirigieron a donde estaban los amigos del rey.

Escuchad ahora el relato de cómo la reina Uta la rica, condujo a la joven fuera de la ciudad y cabalgó ella misma. Aquel día entablaron relaciones muchos caballeros con hermosas jóvenes.

El margrave Gere llevaba de la brida el caballo montado por Crimilda, pero sólo lo hizo así hasta las puertas de la ciudad. Desde allí el héroe Sigfrido la sirvió tiernamente; era una hermosa mujer. Más tarde fue recompensado por ella como merecía.

El atrevido Ortewein cabalgaba al lado de la reina Uta, y un gran número de caballeros y de jóvenes los seguían. Nunca, es menester decirlo, se había visto reunido en una recepción tan gran número de mujeres.

En tanto llegaba la barca se hicieron vistosos juegos de armas por famosos guerreros, ¿sería bueno olvidarlo?, ante la hermosa Crimilda. Para esto se levantaron de las sillas muchas hermosas mujeres.

El rey había atravesado el río con sus nobles caballeros. ¡Cuántas lanzas volaron en astillas ante las mujeres! Se escuchaba el ruido que hacen muchos escudos chocando violentamente. Sus adornadas puntas resonaban al ser golpeadas.

Cerca de la orilla estaban las mujeres dignas de ser amadas; Gunter con sus huéspedes descendió de la barca dando a Brunequilda la mano. Los vestidos y la pedrería brillaban hasta causar envidia.

Haciendo graciosas cortesías se adelantó Crimilda para recibir a Brunequilda y a su acompañamiento. Con sus manos se las vio separar las trenzas de sus cabellos para darse un beso: se lo dieron afectuosamente. Así dijo en tono amistoso la virgen Crimilda:

—Seáis bienvenida a este país, por mí y mi madre y por todos nuestros fieles y amigos. —Ambas se inclinaron.

Las mujeres se abrazaron repetidas veces. Nunca se había oído hablar de una recepción tan afectuosa como la que hicieron a la desposada, Uta y su hija. Muchas veces se besaron sus dulces labios.

Cuando las damas de Brunequilda saltaron todas en tierra, muchos jóvenes guerreros llevaron de la mano a no pocas vírgenes, ricamente vestidas. Estas nobles jóvenes rodeaban a Brunequilda.

Largo rato pasó antes que las salutaciones estuvieran terminadas; entre tanto, más de una rosada boca besó y fue besada. Las hijas de los reyes estaban una junta a la otra. Muchos famosos guerreros tenían gusto al contemplarlas.

Las seguían con los ojos todos aquellos que habían oído decir que nada había más hermoso que aquellas dos mujeres; no había exageración en esto: nada de la belleza de sus cuerpos era fingido ni engañador.

Los que sabían apreciar a las mujeres y sus amorosos cuerpos, alababan la hermosura de la esposa de Gunter. Pero los más entendidos decían que Crimilda valía más que Brunequilda.

Juntas las unas a las otras se adelantaron mujeres vírgenes; todas ellas iban lujosamente vestidas. Muchos pabellones de seda y gran número de tiendas estaban extendidas por el campo antes de llegar a Worms.

Los parientes del rey caminaban a su alrededor. A Brunequilda y a Crimilda las llevaban por los sitios en que menos las dañara el sol: iban acompañadas por los héroes del país de Borgoña.

Todos los huéspedes habían llegado a caballo; chocaron admirablemente las

lanzas contra los escudos. Todo el campo quedó cubierto por una nube de polvo, como si el fuego lo hubiera envuelto: los héroes verdaderos fueron allí conocidos.

Las mujeres miraban atentamente a los guerreros. Creo que el fuerte Sigfrido pasó y volvió a pasar con la espada en la mano por delante de los pabellones. Mil fuertes Nibelungos eran mandados por el héroe.

Hagen de Troneja se adelantó por indicación del rey e hizo cesar los juegos caballerescos, para que el polvo no molestara a las hermosas jóvenes. Todos los extranjeros obedecieron inmediatamente sin violencia ninguna. Así habló Gernot:

—Dejad ahí los caballos hasta que refresque, iremos a acompañar a las hermosas mujeres hasta el palacio: así cuando el rey quiera cabalgar, todos estaréis dispuestos.

Cesaron inmediatamente los asaltos y abandonaron el campo para retirarse al abrigo de las tiendas, en las que el tiempo se pasó agradablemente. Los guerreros permanecían cerca de las jóvenes cuyos favores esperaban conseguir: así pasaron las horas hasta el momento de partir.

A la caída de la tarde cuando el sol principió a descender, el aire refrescó y no quisieron detenerse más. Damas y guerreros se dirigieron a la ciudad. Con los ojos admiraban las bellezas de aquellas lindas mujeres.

Manifestando su destreza, los buenos guerreros hicieron algunos asaltos para ganar trajes, según era la costumbre del país, hasta que llegaron al palacio donde el rey echó pie a tierra. Allí las damas fueron servidas por los caballeros según correspondía a su rango.

En aquel momento se separaron las reinas. Uta y Crimilda se dirigieron a sus suntuosos aposentos, seguidas por sus acompañantes. Por todas partes se oían alegres gritos de satisfacción.

Prepararon los asientos; el rey quería dirigirse al banquete con sus huéspedes. A su lado se veía la hermosa Brunequilda, que ceñía la corona en el país del rey, y estaba muy ricamente vestida.

Muchas hermosas sillas estaban colocadas alrededor de buenas y anchas mesas, cargadas de manjares, según nos han contado. ¡De lo que podía desearse no faltaba nada! Cerca del rey estaban sentados los convidados más distinguidos.

Los camareros reales servían el agua en copas de oro rojo. Inútil sería decir que en otra fiesta de príncipes fueron mejor servidos, porque nadie querría creerlo.

Antes que el jefe del Rhin hubiera tomado el agua, Sigfrido hizo lo que debía hacer. Le recordó su promesa, hecha antes de que vieran a Brunequilda en Islandia.

—Debéis recordar lo que me juró vuestra mano —dijo—, que si alguna vez Brunequilda venía a este país, me daríais vuestra hermana: ¿qué se ha hecho de vuestros juramentos? En este viaje he realizado por vos grandes trabajos.

—Con razón me habéis advertido. Mi mano jamás será perjura: os ayudaré

lo mejor que pueda para que salgáis con bien de vuestro empeño.

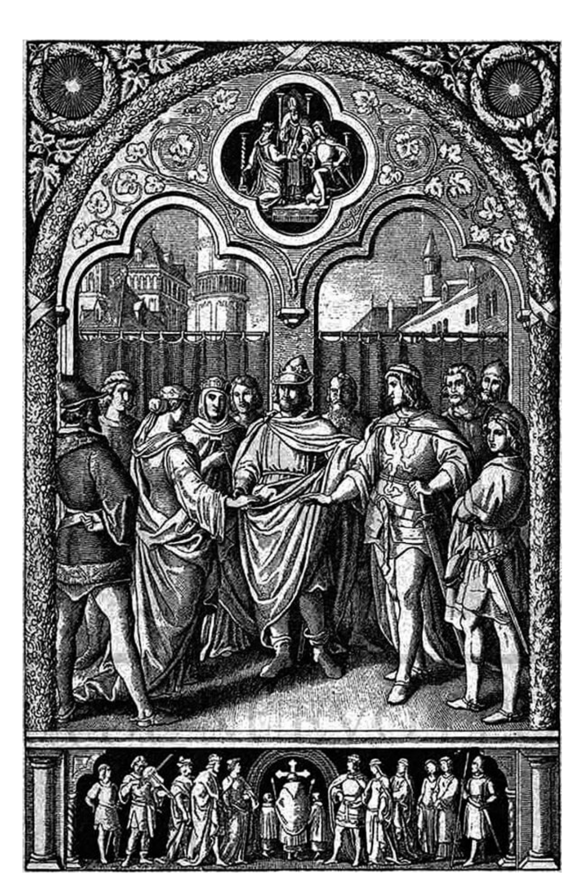
Rogó cariñosamente que Crimilda compareciera a la corte. Con muchas hermosas mujeres penetró en el salón, pero Geiselher le dijo en alta voz desde su asiento:

—Haced que esas jóvenes se vuelvan: que mi hermana quede sola delante del rey.

Condujeron a Crimilda a donde estaba el rey: muchos nobles caballeros de distintos países estaban allí. Rogáronles que permanecieran tranquilos en el amplio salón; la señora Brunequilda estaba ya en la mesa. Ella no sabía lo que iba a suceder. Entonces el hijo del rey Dankwart dijo a su más próximo pariente:

—Ayudadme para que Crimilda tome por esposo a Sigfrido.

—Muy bien puede hacerlo —dijeron todos a un tiempo.



Así le dijo el rey Gunter:

—Hermana mía, noble joven, que por tu virtud y bondad quede cumplido mi juramento. Te he prometido a un guerrero; si lo haces tu esposo, quedarán cumplidos tus votos.

—Mi hermano amado, no es menester que me roguéis —respondió la noble joven—; haré siempre lo que me mandéis; que así sea. Amaré siempre señor al que me deis por marido.

Al escuchar esta declaración amorosa, Sigfrido se tornó rojo. El guerrero hizo sus cumplimientos a la hermosa Crimilda. Hicieron que el uno se aproximara al otro, junto a los demás parientes y le preguntaron si aceptaba por esposo al valeroso guerrero.

Al principio el pudor cohibió a la joven, pero felizmente, para alegría de Sigfrido, no le duró mucho tiempo: la tomó por esposa también el noble héroe del Niderland.

Estaba desposado con la virgen, ella con él, Sigfrido pudo estrechar en sus brazos a la hermosísima doncella: la noble reina fue abrazada después en la asamblea de los héroes.

Después se dividieron en dos grupos. Frente al rey estaba sentado Sigfrido, teniendo junto a sí a Crimilda; servíanlos muchos hombres valientes. Los Nibelungos estaban sentados a sus lados.

Al otro lado estaban el rey con Brunequilda la virgen. Cuando vio a Crimilda sentada al lado de Sigfrido (nunca tuvo tanta pena), rompió a llorar; por sus blancas mejillas se veían caer las lágrimas.

—¿Qué tenéis, mujer mía —le dijo el jefe del país—, qué así se oscurece el brillo de vuestros ojos? Es menester que os alegréis; os están sometidos mi país, mis ricas ciudades y muchos hombres valientes.

—Mejor quiero llorar —contestó la hermosa joven—. Vuestra hermana es la causa de que yo tenga el corazón traspasado de este modo. La veo sentada al lado de un siervo vuestro y me apena que se haya rebajado a tanto.

Así le contestó el rey Gunter:

—Guarda silencio; en otra ocasión te diré por qué yo he dado mi hermana a Sigfrido. Así pueda pasar la vida siempre feliz al lado de ese guerrero.

—Yo lo sentiré siempre por su belleza y por su virtud —replicó ella—. Si supiera donde ir, huiría con gusto y jamás me sentaría a vuestro lado, hasta que me dijerais porqué Sigfrido es esposo de Crimilda.

—Os lo diré en seguida —le dijo el rey Gunter—, él tiene muchas ciudades como yo y muchos campos. Debes creer lo que te digo, él es un rey poderoso: por esto le he dado por esposa la bella y virtuosa joven.

Por mucho que el rey le dijo, siempre permaneció de humor sombrío. Muchos buenos caballeros abandonaron sus sillas. Los juegos de armas siguieron de una manera tan ruda que se percibían en toda la ciudad. Sin embargo, el rey

estaba disgustado al lado de sus huéspedes.

«Mejor estaría yo al lado de mi hermosa mujer», pensaba y tenía en su corazón la esperanza de que ella le pagaría bien su amorosa deuda. Comenzó a mirar tiernamente a Brunequilda.

Se rogó a los huéspedes que pusieran final al torneo: el rey deseaba retirarse con su esposa. En la escalera del salón se encontraron Crimilda y Brunequilda. Todavía entre ellas no había ningún odio.

Sus acompañamientos las siguieron sin pérdida de tiempo. Sus ricos camareros se separaron y muchos héroes acompañaron a Sigfrido.

Los dos héroes llegaron a sus aposentos. Cada cual pensaba vencer con el amor a su mujer encantadora: pensar así les era muy dulce. El placer de Sigfrido fue completo y sin tasa.

Cuando el héroe Sigfrido estuvo al lado de Crimilda, le ofreció a la joven su noble amor y se hizo como su propia vida: lo merecía muy bien, porque era rica en virtudes.

No os diré lo que hizo con su mujer: os contaré lo que sucedió al rey Gunter con su esposa Brunequilda. Muchos héroes se han encontrado en más dulce fiesta con otras mujeres.

La multitud de hombres y mujeres se había retirado.

Se apresuró a cerrar la puerta confiando que ganaría su voluntad: pero aún no había llegado el momento en que debía ser su esposa.

El noble rey tenía la luz en la mano. Después el atrevido héroe se aproximó a su joven mujer: colocóse a su lado, grande era su alegría y estrechó entre sus brazos a la hermosa.

Muchas amorosas caricias le hubiera prodigado, si su mujer lo permitiera, pero se irritó de tal modo que él se asustó. Esperaba hallar la felicidad y no encontraba más que rencoroso odio.

—Noble caballero —dijo ella—, renunciad a vuestros proyectos: lo que pensáis no se realizará jamás. Nada lograréis, señor rey, hasta tanto que sepa el secreto que os he preguntado.

Gunter la comenzó a odiar. Quiso conseguir su amor por la fuerza. La poderosa joven tomó un galón muy fuerte con el que se ciñó las caderas, e hizo experimentar al rey grandes dolores.

Le amarró los pies y las manos y, levantándolo luego, lo colgó de un clavo que se hallaba en un muro para que no pudiera turbar su sueño; le prohibió tocarla y su fuerza era tan grande que temió verse muerto. El que debía ser dueño, comenzó a rogar:

—Quítame estas ligaduras, noble mujer mía. Nunca intentaré venceros, hermosa señora, y ni aún intentaré acercarme a vuestro lado.

Ella manifestaba cuidarse muy poco del modo como se encontraba y pasó la noche tranquilamente acostada. Él permaneció colgado toda la noche, hasta la

mañana siguiente en que la luz vino a entrar por la ventana. Entre tanto su placer no era grande.

—Decidme, señor Gunter, ¿no os disgustaría —le preguntó la bella joven—, que vuestros camareros os encontraran amarrado de ese modo, por las manos de una mujer?

—Esto mismo no os haría honor —respondió el noble caballero—. Pero confieso que no me haría favor a mí tampoco: en nombre de vuestra virtud y de vuestra bondad, dejad que me acerque a vos y ya, que tanto os incomoda mi afección, mi mano no tocará ni aun vuestros vestidos.

Inmediatamente le quitó las ligaduras y el rey quedó libre; se acostó en el lecho en que estaba su mujer. Pero se mantenía tan distante que ni aun siquiera tocaba su ropa: ella tampoco quería que sucediera.

Llegaron los de su servidumbre, trayéndoles nuevos adornos, de los que habían preparado gran número, para aquella mañana nupcial. Todos estaban alegres, pero el jefe del país permanecía de humor sombrío y la alegría de los demás le hacía daño.

Según las costumbres del país, que siguieron exactamente, Gunter y Brunequilda no tardaron en ir a la catedral, donde se cantó una misa. El señor Sigfrido hizo lo mismo: allí se aglomeraba mucha gente.

Allí recibieron los honores reales que les correspondían: el manto y la corona. Cuando los cuatro estuvieron bendecidos, admiraron su bella presencia con la corona ceñida.

Sabed también que aquel día muchos guerreros, seiscientos o más, fueron armados caballeros en honor del rey. Grande fue la alegría que hubo en el país de Borgoña: las lanzas vibraron en las manos de los nuevos caballeros.

Desde las ventana los miraban las hermosas jóvenes, viendo relucir a lo lejos sus brillantes escudos. El rey sin embargo se mantenía separado de los suyos: sucediera lo que sucediera, permanecía triste y pensativo.

Su humor y el de Sigfrido eran bien diferentes. El noble caballero sabía la causa de la pena del rey, pero se le acercó y le dijo:

—¿Qué os ha sucedido esta noche?, contádmelo.

El jefe respondió a su huésped:

—El deshonor y la vergüenza se han introducido en mi casa con esta mujer. ¡Cuando le he querido hacer el amor, me ha amarrado fuertemente! Después, levantándome, me ha colgado de un clavo que había en el muro.

» Lleno de angustia, he permanecido allí toda la noche, hasta que fue de día. ¡Sólo entonces fue cuando me desató! Te lo digo en secreto, como a un amigo fiel.

—Esto me aflige mucho —le respondió Sigfrido—. Pero yo te haré dueño de ella; cesa en tu cólera. Yo haré que esta noche permanezca a tu lado y en adelante nunca te negará su amor.

Estas palabras aliviaron un tanto la pena del héroe.

—Ahora mira mis manos, como están hinchadas: ella me ha domeñado como si fuera un niño, la sangre brotaba de mis uñas; creí que me haría perder la vida.

—No temas nada —le dijo el fuerte Sigfrido—. La noche de uno y otro no ha sido igual. ¡Tu hermana es amada de mí como mi propio cuerpo! Es menester que hoy mismo Brunequilda quede hecha tu mujer.

» Cuando salga su camarera penetraré en su cámara favorecido por mi Tarnkappa, de modo que nadie pueda advertir el engaño; deja que las camareras se vayan a sus dormitorios.

» En las manos de los niños apagaré las luces: ésta será la señal de que estoy allí para prestarte ayuda. Yo la obligaré a que sea tu esposa, a que te otorgue su amor, o perderé la vida.

—Con tal que no solicites su amor —le respondió el rey—, haz lo que quieras de mi querida esposa. Por lo demás quedaré satisfecho; aun cuando tuvieras que arrancarle la vida, consentiría también: es una terrible mujer.

—Te prometo —dijo Sigfrido— por mi fe, de no solicitar su amor; tu hermana amada es preferible para mí a todas las mujeres que he visto.

Sin ninguna sospecha más, Gunter creyó lo que Sigfrido le decía. Entre tanto, los guerreros estaban entregados a las alegrías y los sinsabores de los torneos. Pusieron fin a los ejercicios de armas a fin de que las mujeres pudieran entrar en el salón. Los camareros abrían paso ante ellas.

Los caballos y las gentes salieron del patio, cada una de las dos princesas era conducida por un obispo al dirigirse a la mesa del rey. Después de ellas iban los galantes caballeros.

El rey se hallaba sentado al lado de su esposa: de continuo pensaba en lo que Sigfrido le había prometido. Aquél solo día le parecieron treinta: todo su pensar estaba concentrado en Brunequilda.

Gran trabajo le costó esperar a que quitaran la mesa. La hermosa Brunequilda fue llevada a su aposento y Crimilda al suyo. ¡Oh!, cuántos héroes valientes se veían caminar ante el rey.



El héroe Sigfrido estaba sentado amorosamente con su encantadora mujer. Ella, con sus blancas manos, acariciaba las de él, cuando de repente desapareció ante sus ojos, sin que supiera dónde había ido.

Charlaban juntos y de repente dejó de verlo; la reina dijo a los de su acompañamiento:

—Esto es un prodigio, ¿a dónde



puede haber ido el rey? ¿Quién ha podido de este modo retirar sus manos de entre las mías?

Después dejó de hablar. Él fue a donde estaban las camareras con las luces encendidas y las apagó en las manos de ellas; Gunter comprendió en seguida que Sigfrido estaba allí.

Ya sabía lo que iba a suceder e hizo salir a las damas y a las doncellas. Cuando hubieron salido, el noble rey fue por sí mismo a cerrar la puerta, pasándoles dos fortísimos cerrojos.

Se apresuró a ocultar la luz bajo las colgaduras de un lecho. Entre el fuerte Sigfrido y la hermosa joven, comenzó entonces una lucha, pues ella no sabía quién era. Para el rey Gunter aquello era al mismo tiempo pena y alegría.

Sigfrido se colocó al lado de la reina. Ella le dijo:

—Gunter, cualesquiera que sean vuestros deseos, permaneced quieto si no queréis sufrir de nuevo pena y dolor, o de lo contrario, mis manos sabrán castigaros.

Él retuvo su voz y no habló ni una sola palabra. Por más que el rey Gunter no los veía, sabía que entre ellos no pasaba nada misterioso. Poco les quedaba que reposar en aquel lecho.

Fingiendo que era el rico Gunter, estrechó entre sus brazos a la amorosa joven. Ella lo rechazó contra un banco que estaba cerca, dando con tal fuerza, que resonó su cabeza.

Con doble fuerza, el hombre atrevido se levantó de un salto; quería intentar algo otra vez, pero le salió mal la nueva prueba. Pienso que jamás una mujer se defendió de una manera tan vigorosa. Como no quería retirarse, la joven le dijo:

—No os está permitido desgarrar mis vestiduras. Sois muy audaz; os sucederá una desgracia —dijo la vigorosa joven.

Cogió entre sus brazos al valiente héroe y quiso amarrarlo como lo había hecho con el rey, para poder quedar tranquila en el lecho. ¡Deseaba una horrible venganza al que había roto su túnica!

¿De qué le servía su fuerza contra tan poder? Ella arrojó al héroe con gran violencia, él apenas la podía resistir y lo estrechó sin piedad contra un cofre, cerca del lecho.

«¡Oh!» pensó él, «si pierdo vida y cuerpo aquí a manos de una joven, en adelante las esposas tendrán peor humor con sus maridos de lo que han tenido hasta aquí».

El rey se apercibía de todo: temblaba por el hombre. La vergüenza dominó a Sigfrido y se comenzó a irritar; la rechazó con una violencia prodigiosa, y con todas sus fuerzas, empeñó contra Brunequilda una lucha angustiosa.

Por muy fuertemente que ella lo sujetaba, su cólera y su fuerza le vinieron en ayuda y consiguió levantarse; su ansiedad era grande. Acá y allá chocaban en la cerrada cámara.



También el rey Gunter experimentaba gran ansiedad; y a cada momento tenía que quitarse de un lado y de otro. Lucharon de un modo tan violento, que maravilla pensar cómo salieron sanos y salvos.

El rey Gunter gemía por la desgracia de ambos, pero más temía a la muerte de Sigfrido. Ella casi le había arrancado la vida al guerrero; de poder hubiera acudido en su ayuda.

Larga fue la furiosa lucha entre ambos; por fin consiguió acercar a la joven al borde del lecho; por grandes que fueran sus fuerzas comenzaron a agotarse. Gunter en su cuidado tenía muchos pensamientos.

Largo le pareció el tiempo al rey que antes de que Sigfrido la venciera. Ella le apretó las manos con una violencia tan grande que la sangre le salía por las uñas; aquello era un gran dolor para el héroe. Sin embargo pudo obligar a la vigorosa joven a que cambiara la voluntad que hasta entonces había tenido. El rey lo escuchaba todo, aunque no decía nada. Él la estrechó contra el lecho hasta hacerle lanzar agudos gritos. El fuerte Sigfrido le hacía mucho daño.

Llevó sus manos al lado para coger el

cinturón y amarrarlo, pero él la rechazó con tanta furia que sus miembros y su cuerpo crujieron con violencia. La lucha tuvo fin; ella fue mujer de Gunter.

—Noble rey, no me quites la vida —le dijo—, perdona el daño que te hecho; nunca más me defenderé contra tu amor; ya sé demasiado como puedes hacerte dueño de las mujeres.

Sigfrido dejó a la joven y se retiró como si fuera a desnudarse. Él le tomó del dedo un anillo de oro, sin que la noble reina se apercibiera de ello.

También le quitó su cinturón, hecho de un tejido muy bueno; yo no sé si lo hizo por orgullo. Lo regaló a su esposa y después fue causa de su desgracia. El rey y la hermosa joven permanecieron uno al lado del otro.

Él trató a su mujer con ternura, como convenía a los dos: ella se vio obligada a renunciar a su cólera y a su pudor. Con su ternura palidecieron algo sus colores. ¡Oh con el amor se redujeron mucho sus fuerzas!

Después no fue más fuerte que las demás esposas. Muy amorosamente la acarició; de resistir de nuevo ¿qué hubiera conseguido? Todo esto lo había conseguido Gunter con su amor.

Así permaneció poseído de un tierno cariño junto a su esposa hasta que el día derramó sus luces. El señor Sigfrido había entrado también en su aposento y fue muy bien recibido por su esposa.

Comprendió la pregunta que le iba a hacer; mucho tiempo ocultó lo que llevaba para ella, hasta que estuvo en su país, ciñendo la corona: muy poco le negó aquello que el héroe pensaba darle.

El jefe estaba a la mañana siguiente de mejor humor que los días anteriores: su contento alegró a muchos nobles hombres de otros países. A todos los que había invitado a su corte les dio regalos.

La boda duró catorce días y durante todo aquel tiempo, no cesaron las diversiones a que se entregaba cada cual. No pueden apreciarse las riquezas que el rey distribuyó en aquella ocasión.

Los nobles parientes del rey distribuyeron por orden suya y en su honor trajes de oro rojo, plata y caballos, a muchos hombres valientes. Los jefes que habían venido se retiraron alegres.

También el fuerte Sigfrido del Niderland dio a sus mil hombres los trajes que habían traído y hermosos caballos con monturas; en adelante podrían vivir como señores.

Antes que los ricos regalos quedaran distribuidos, pareció el tiempo largo a los que tenían deseos de volver a su país. Nunca hubo compañeros de armas mejor tratados. Así tuvieron fin las fiestas; muchos guerreros partieron en busca de nuevas aventuras.

CANTO XI:[10]

De cómo Sigfrido volvió a su país en compañía de su esposa



uando los huéspedes partieron, el hijo de Sigemundo dijo a los de su acompañamiento:

—Nosotros debemos prepararnos para volver a nuestro país.

Cuando su esposa lo supo se alegró mucho. Así dijo a su esposo:

—¿Por qué darnos prisa? Mis hermanos deben partir estas tierras conmigo.

Pena causaron a Sigfrido estas palabras. Los príncipes se acercaron a él y los tres le dijeron:

—Sabed señor Sigfrido, que estamos dispuestos a serviros hasta la muerte.

Al escuchar este ofrecimiento, se inclinó ante los señores.

—Nosotros partiremos contigo —dijo el joven Geiselher—, los campos y las ciudades que son nuestras y todo lo que hay en este dilatado reino: con Crimilda tendrás parte de todo.

Cuando Sigfrido, el hijo de Sigemundo, escuchó estas palabras y conoció la voluntad de los señores dijo:

—Dios os haga siempre dichosos a los tres; bastante tiene mi amada esposa.

» La parte que queréis darle no le es necesaria, porque ella llegará a ceñir la corona, y si no perdemos la vida será más poderosa que ninguna reina en el mundo. Para todo lo demás que queráis, estaré siempre a vuestras órdenes.

—Si no queréis nada de mi reino —dijo entonces Crimilda—, los guerreros Borgoñones no tienen tan poca importancia. Cualquier rey puede llevarlos con orgullo a su país. Quiero que de ellos nos den una parte mis amados hermanos.

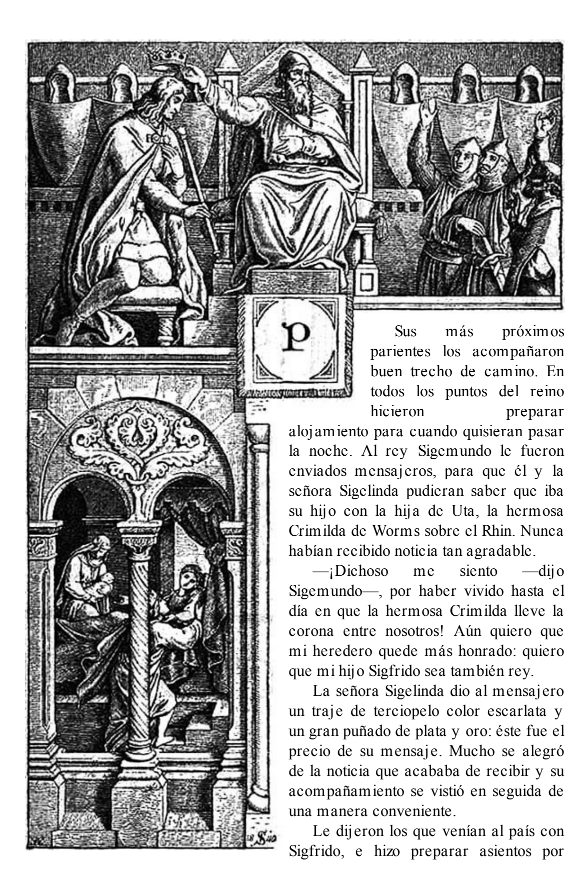
—Escoge los que quieras —dijo el rey Gernot—. Muchos hay aquí que querrán ir contigo. Entre tres mil guerreros toma mil hombres para que te acompañen.

Crimilda envió en seguida a preguntar a Hagen de Troneja y a Ortewein si ellos o sus parientes querrían ir con Crimilda. Al saber esto, Hagen experimentó gran despecho y dijo:

—Gunter no puede cedernos a nadie. Que os sigan otros, pues ya debéis conocer bien las costumbres de los de Troneja. Nosotros permaneceremos cerca del rey y no serviremos nunca más que al que hasta aquí hemos servido.

No se habló más de aquello. Crimilda se preparó un noble acompañamiento de treinta y dos doncellas y quinientos hombres. Eckewart el margrave siguió a la reina cuando partió.

Se despidieron cortésmente caballeros y escuderos; jóvenes y mujeres. Después de cambiar muchos besos, dejaron con gran placer el país del rey Gunter.



Sus más próximos parientes los acompañaron buen trecho de camino. En todos los puntos del reino hicieron preparar alojamiento para cuando quisieran pasar la noche. Al rey Sigemundo le fueron enviados mensajeros, para que él y la señora Sigelinda pudieran saber que iba su hijo con la hija de Uta, la hermosa Crimilda de Worms sobre el Rhin. Nunca habían recibido noticia tan agradable.

—¡Dichoso me siento —dijo Sigemundo—, por haber vivido hasta el día en que la hermosa Crimilda lleve la corona entre nosotros! Aún quiero que mi heredero quede más honrado: quiero que mi hijo Sigfrido sea también rey.

La señora Sigelinda dio al mensajero un traje de terciopelo color escarlata y un gran puñado de plata y oro: éste fue el precio de su mensaje. Mucho se alegró de la noticia que acababa de recibir y su acompañamiento se vistió en seguida de una manera conveniente.

Le dijeron los que venían al país con Sigfrido, e hizo preparar asientos por

donde debía pasar ante sus vasallos, puesta la corona. Los guerreros de Sigemundo salieron a su encuentro.

No he sabido que nunca una persona fuera mejor recibida que lo fueron aquellos héroes en el país de Sigemundo. Su madre Sigelinda salió al encuentro de Crimilda con muchas hermosas mujeres y muchos valerosos caballeros.

Lo que dura un día de marcha, se tardó hasta llegar a donde estaban los extranjeros. Los naturales del país y los extraños habían sufrido muchas incomodidades antes de llegar a una gran ciudad llamada Xanten, donde con el tiempo fue coronado.

Con agradable sonrisa, Sigemundo y Sigelinda besaron muchas veces a la hija de Uta y al héroe Sigfrido; todos sus cuidados habían desaparecido. Los que venían en su acompañamiento fueron muy bien recibidos.

Hicieron que los huéspedes se aproximaran al salón del rey Sigemundo. Después ayudaron a las hermosas vírgenes a bajar de las cabalgaduras en que habían ido: allí había muchos caballeros que prestaron este servicio a las hermosas mujeres.

Aunque era de todos conocido el lujo desplegado en la orilla del Rhin para las bodas, dieron allí a los guerreros vestidos más ricos que todos los que hasta entonces habían llevado. Maravillas podrían contarse de su gran riqueza.

Mientras que los príncipes estaban suntuosamente en su corte, los de su acompañamiento llevaban dorados trajes con galones y piedras engarzadas en el tejido. Así los trató Sigelinda la noble reina. Así dirigió la palabra a sus amigos:

—A todos mis parientes que se hallan aquí anuncio que en presencia de estos guerreros, Sigfrido va a ceñir mi corona.

Esta noticia fue recibida con alegría por todos los habitantes del Niderland. Se le dio con la corona la administración de justicia y el reino haciéndolo señor y rey. Cuando tenía que decidir de lo que a cada uno tocaba, lo hacía con tanta equidad, que mucho se hacía temer el esposo de la bella Crimilda.

En tan elevado honor vivió durante diez años que hizo justicia con la corona ceñida. En tanto la hermosa reina tuvo un hijo de lo que resultó gran satisfacción para todos los parientes del rey.

Se apresuraron a bautizarlo poniéndole por nombre Gunter como a su tío; no debía avergonzarse de llamarse así. Feliz él si se le llegaba a asemejar; lo educaron con gran cuidado como tenía que suceder.

Por aquel tiempo murió la señora Sigelinda; la autoridad en el país fue entonces de la noble hija de Uta, como convenía a reina tan poderosa. Mucho lloraron sin embargo a la que la muerte acababa de arrebatar.

También en las orillas del Rhin, según hemos oído contar, la hermosa Brunequilda dio un hijo al rico Gunter en el país de los Borgoñones. Por el amor al héroe, le pusieron por nombre Sigfrido.

¡Con gran cuidado lo atendían! El poderoso Gunter le dio un preceptor que

debía inculcarle todas las virtudes para cuando fuera hombre. ¡Oh!, desde entonces la adversidad le hizo perder muchos amigos.

Constantemente se oía hablar de la vida feliz que los guerreros tenían en el país de Sigemundo. Pero bien sabido tenemos que de igual modo vivía Gunter con los suyos.

El país de los Nibelungos se hallaba sometido a Sigfrido (ninguno de sus parientes había sido tan rico como él), así como también el héroe Schilbungo y sus dominios. Elevados eran los dominios del héroe.

El valeroso caballero poseía un tesoro más grande que todos los que hasta entonces habían montado a caballo. Mucho se temía su fuerza y no sin motivo.

CANTO XII:[11]

De cómo Gunter convidó a Sigfrido a su Corte



sí pensaba todos los días la reina Brunequilda.

—Muy altiva se manifiesta siempre la señora Crimilda. Su esposo Sigfrido es vasallo nuestro: mucho tiempo hace que no ha venido a prestarnos homenaje.

Esto lo tenía en el corazón aunque guardaba silencio; para ella era gran pena que permanecieran ausentes tanto tiempo y hubiera querido saber por qué los príncipes no iban a su país.

Preguntó al rey si no le sería posible volver a ver a Crimilda; le habló en secreto de lo que pensaba, pero al rey no le pareció bien lo que su mujer le decía.

—¿Cómo los haríamos venir hasta este país? —preguntó el rey—. Esto me parece imposible. Ellos reinan muy lejos de aquí y no me atrevo a invitarlos.

Brunequilda le contestó con grande arrogancia.

—Aunque fuera más rico y más valiente, como vasallo del rey debe ejecutar

lo que su señor le mande. —En tanto que decía esto, Gunter sonreía. Nunca se hubiera atrevido a reclamar el servicio de Sigfrido. Ella continuó—. Amado señor, para agradarme haced venir hasta aquí a Sigfrido con vuestra hermana para que pueda volverlos a ver. Nada de la tierra podría serme tan agradable.

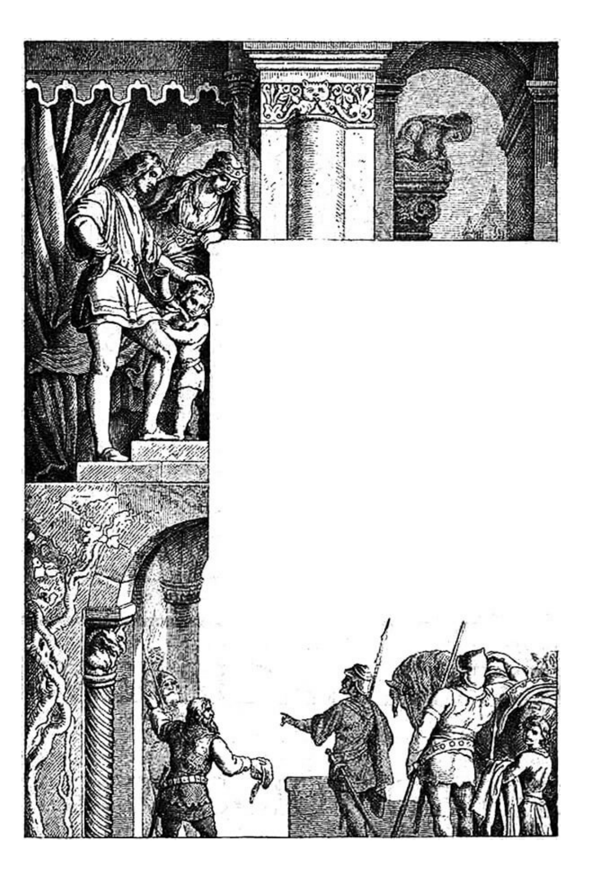
» Pensando en las virtudes de tu hermana, se ensancha mi alma, y también al recordar cuando estábamos juntas en el tiempo en que fui tu esposa. Con razón puede y debe amar al fuerte Sigfrido.

Tanto tiempo se lo rogó que al fin dijo el rey:

—A ningunos huéspedes veré con tan grande alegría. No debes suplicarme más: voy a enviarles mis mensajeros para que vengan a las orillas del Rhin.

Así le contestó la joven reina:

—Hazme saber a quién vas a enviarles y cuantos días tardarán en llegar nuestros queridos amigos. Quiero que me digas cuáles son los mensajes que les vas a enviar.



—Lo haré —contestó el rey—. Enviaré a treinta de mis hombres.

Los hizo llamar luego y les ordenó llevar el mensaje al país de Sigfrido. En su alegría la señora Brunequilda les regaló muchos vestidos.

—Guerreros míos —les dijo el rey—, decidles en mi nombre al fuerte Sigfrido y a mi hermana que los invito a que vengan aquí y decidles que nada en el mundo me será tan grato como verlos.

» Procurad decidirlos a que ambos vengan a las orillas del Rhin: yo y Brunequilda les quedaremos agradecidos para siempre. Antes de que llegue el estío habrá aquí muchos hombres y para que a él y los suyos les hagan honor.

» Llevad también mis cumplimientos al rey Sigemundo y decidle que yo y mis parientes le estamos siempre agradecidos; a mi hermana le diréis que no deje de venir a ver a sus amigos; nunca se encontrará mejor fiesta.

Brunequilda y Uta y muchas de las mujeres que allí estaban, enviaron sus saludos a muchas de las hermosas mujeres que estaban en el país de Sigfrido y a muchos hombres valientes. Los mensajeros marcharon a cumplir las órdenes del rey.

Estaban preparados para el viaje y habían recibido caballos y vestidos: salieron del país y manifestaba gran prisa por llegar al término de su destino. El rey había mandado que los acompañara una numerosa escolta.

En tres semanas llegaron al país donde se hallaban los Nibelungos. Encontraron al héroe en la Marca de Noruega. Los caballos y las gentes estaban fatigados del viaje.

Corrieron a decir a Sigfrido y a Crimilda que habían llegado unos guerreros trayendo trajes como los que se usaban en el país de los Borgoñones. Al escuchar esto la reina saltó del lecho en que reposaba.

Mandó a una de sus damas que se asomara a una ventana: ella vio desde allí al fuerte Gere en medio del patio seguido de los compañeros que habían ido con él. Después de tan gran pena ¡cuál sería la alegría de su corazón!, y dijo al rey.

—¿Veis a los que han llegado a la corte con el bravo Gere enviados por mi hermano Gunter desde las orillas del Rhin?

—Que sean muy bien venidos —le contestó el fuerte Sigfrido.

Todos los servidores corrieron a donde estaban. Cada uno por su parte dijo a los mensajeros las frases más amistosas que se les ocurrieron. Por la llegada de ellos estaba muy alegre el rey Sigemundo.

Dieron alojamientos a Gere y a los que le habían acompañado y cuidaron de sus caballos. Después los mensajeros fueron a donde estaban el señor Sigfrido y Crimilda. Así lo hicieron, porque los invitaron a entrar en el palacio.

El jefe y su esposa los saludaron con la mano. Muy bien recibidos fueron el Borgoñón, sus compañeros de armas y los hombres del rey Gunter. Rogaron al margrave Gere que ocupara un asiento.

—Permitid que demos nuestro mensaje antes de sentarnos; es conveniente

que los extranjeros permanezcan de pie a pesar de la fatiga del camino: os diremos lo que nos han encargado Gunter y Brunequilda que se hallan bien.

» Lo mismo sucede a la señora Uta vuestra madre, al joven Geiselher y al señor Gernot y a todos los demás parientes que nos han enviado aquí, y os envían sus saludos desde el país de Borgoña.

—Que Dios se lo recompense —contestó Sigfrido—, tengo gran confianza en su afección y fidelidad como en la de un amigo. Así lo hace también su hermana; ahora haznos saber ¿cómo pasan la vida nuestros queridos parientes?

» Desde que nos hemos venido de allí ¿ha molestado alguien alguna vez a los hermanos de mi mujer? Contéstame a esto. Quiero ayudarle siempre fielmente a rechazar todo ataque, y sus enemigos temblarán ante mis hazañas.

Así le contestó el margrave Gere, el buen caballero.

—Todos están en virtud, gloria y honor. Ellos os invitan para una fiesta en el Rhin; no dudéis que os verán con gran placer.

» Ruegan que vayáis con vuestra esposa, cuando el invierno termine, pues desean veros antes de que llegue el verano.

—Muy difícil es que lo podamos hacer —le contestó el fuerte Sigfrido.

Pero Gere del país de Borgoña le dijo:

—Vuestra madre Uta con Gernot y Geiselher, os ruegan que no rehuséis. Siempre están muy tristes a causa de lo lejos que vivís.

» Brunequilda mi reina y todas sus damas esperan con ansiedad verlos, y en ello tendrán grandísima satisfacción.

Grande alegría causó esta noticia a la hermosa Crimilda. Gere era primo suyo: el jefe lo hizo sentar; sin pérdida de tiempo distribuyeron bebidas a los huéspedes. Sigemundo, que había visto a los mensajeros, se acercó, y el rey dijo así a los de Borgoña.

—Bienvenidos seáis, guerreros, hombres del rey Gunter. Desde que mi hijo Sigfrido tomó a Crimilda por esposa, debíamos haberos visto con más frecuencia por este país para que la amistad reinara entre nosotros.

Ellos contestaron que si así lo quería vendrían con gusto y que la satisfacción haría olvidar el cansancio. Hicieron sentar a los mensajeros y les trajeron alimento. Sigfrido hizo dar a los huéspedes abundantes manjares.

Les fue preciso permanecer allí nueve días. Al fin los atrevidos guerreros se quejaron de no poder volver a su país. El rey Sigfrido había enviado a buscar a sus amigos.

—¿Qué debo hacer? —les dijo— ¿voy al Rhin? Gunter mi amigo y sus hermanos me convidan a una fiesta: yo iría con mucho gusto si su país no estuviera tan distante.

» Ruegan a Crimilda que vaya también conmigo. Aconsejadme, amigos míos, ¿debo ir? Aunque tuviera que atravesar treinta reinos al frente de un ejército, la mano de Sigfrido los servirá bien hasta el fin.

Así le contestaron los guerreros:

—Si piensas hacer el viaje para asistir a la fiesta, esto es lo que tienes que hacer: es necesario que lleves mil guerreros que vayan contigo al Rhin para que no parezcáis desairado en Borgoña.

Así dijo el rey Sigemundo del Niderland:

—Si vas a la fiesta ¿por qué no me lo haces saber? Yo quiero ir contigo y llevaré cien héroes que aumenten los que tú llevas.

—De que quieras venir conmigo, amado padre —le dijo el fuerte Sigfrido—, estoy muy contento. Dentro de doce días saldré del país.

A todos lo que lo desearon dieron caballos y vestidos. Teniendo intención de hacer el viaje, el noble rey despachó a los rápidos y buenos héroes. Hizo decir a los hermanos de su mujer, que vivían en el Rhin, que con mucho gusto acudirían a la fiesta.

Sigfrido y Crimilda, así lo hemos sabido, dieron tantos regalos a los mensajeros que los caballos no podían con ellos; era un hombre muy rico. Con gran alegría llevaban delante de sí las bestias de carga.

Sigfrido y Sigemundo se apresuraron a dar trajes a sus hombres. Eckewart el margrave hizo buscar los más ricos trajes de mujer que pudieran encontrarse en el país de Sigfrido.

Comenzaron a prepararse los escudos y las monturas. A los caballeros y a las damas dieron todo lo que quisieron pedir a fin de que nada les faltara. Deseaban ir a ver a sus amigos con muchos hombres distinguidos.

Los mensajeros apresuraron su marcha para volver pronto. Gere, el distinguido héroe, llegó al país de Borgoña donde fue bien recibido: todos descendieron de los caballos y hacaneas ante el salón de Gunter.

Las jóvenes y los viejos acudieron para saber las noticias.

Así dijo el buen caballero:

—Lo que voy a decir al rey lo sabréis bien pronto.

Y se dirigió con sus compañeros adonde estaba Gunter.

El rey en su alegría abandonó el asiento y gracias le dio por su pronto regreso la hermosa Brunequilda. Así les preguntó a los mensajeros:

—¿Cómo está Sigfrido, de quien he recibido tantas pruebas de cariño?

—Se pusieron rojos de alegría él y vuestra hermana —respondió el fuerte Gere.

—Decidme ¿cómo está Crimilda? ¿Su hermoso cuerpo conserva los encantos que tanto llamaban la atención?

—Ella vendrá en compañía de muchos héroes —le respondió.

Uta rogó a los mensajeros que fueran donde ella estaba. Hubieran podido adivinarse sus preguntas sin esperar lo que quería saber.

—¿Está Crimilda buena?, ¿cómo la habéis encontrado?, ¿tardará muchos días en venir?

No ocultaron nada en el palacio de lo que en trajes y oro les había dado Sigfrido y lo hicieron todo ver a los hombres de los tres príncipes. Mucho alabaron su generosidad.

—Para él —dijo Hagen— hacer regalos no es cosa difícil, no podría disipar todo lo que tiene aunque viviera siempre. Bajo su real poder tiene el tesoro de los Nibelungos. ¡Oh!, así en algún tiempo pueda venir a Borgoña.

Todos se alegraron de que los héroes hubieran regresado a la corte. Constantemente la gente se encontraba en actividad y comenzaron a preparar muchos asientos para los señores.

Hunold el fuerte y Sindold el héroe tenían gran trabajo: el uno era escudero de la mesa, el otro copero y tuvieron que preparar muchos bancos; Ortewein vino a ayudarlos; Gunter le dio las gracias.

Rumold, jefe de cocinas, dirigía perfectamente todo lo que tenía a su cuidado: muchas cacerolas y grandes calderas se veían allí preparadas. Era menester disponer los víveres para todos los que habían de venir al país.

El trabajo de las mujeres no era menor: ellas preparaban los trajes en los que la pedrería brillaba refulgentemente entre el oro. Cuando se vestían, todos las miraban con alegría.



CANTO XIII:

De cómo fueron a la fiesta de la Corte



ero no nos ocupemos de todas estas tareas y digamos cómo la señora Crimilda con sus damas fueron a las orillas del Rhin, desde el país de los Nibelungos. Nunca los caballos habían transportado a damas tan esbeltas y graciosas con tan hermosos vestidos.

Enviaron delante muchas bestias con los cofres. Sigfrido el valiente cabalgaba con sus amigos y también la reina brillando en todos la alegría: después vinieron para su congoja muchos pesares.

Habían dejado en su país al hijo de Sigfrido y de Crimilda su esposa, pues no podía ser de otro modo. De aquella fiesta resultó para ellos grandísimo pesar; el niño no volvió a ver ni a su padre ni a su madre.

Con ellos caminaba también el poderoso rey Sigemundo. Si hubiera sabido lo que iba a suceder, no los hubiera acompañado a la fiesta: nunca pudo esperar tan gran desgracia para aquéllos a quienes más quería.

Enviaron mensajeros para anunciar su llegada. Gran número de amigos de Uta y del rey Gunter salieron a su encuentro. El jefe se apresuraba para salir a recibir a sus huéspedes. Fue a donde Brunequilda estaba sentada.

—¿De la misma manera que mi hermana te recibió, no la recibirás tú cuando llegue al país?

—Lo haré con gusto —respondió ella—, pues les estoy muy agradecida.

—Llegan mañana temprano —continuó el poderoso rey—, si quieres recibirlos es menester que nos apresuremos para que no lleguen a la ciudad antes de vernos: nunca he recibido a huésped a quien quiera tanto.

Ella mandó a sus doncellas y mujeres que buscaran hermosos trajes, los más ricos, para que su acompañamiento se vistiera en honor de los huéspedes: ellas lo hicieron con gran voluntad.

Con gran precipitación venían a ofrecer sus servicios las gentes de Gunter: envió a buscar a todos sus guerreros. La reina caminó magníficamente vestida. A los huéspedes queridos hicieron muchas salutaciones.



¡Con cuantas manifestaciones de alegría recibieron a los extranjeros! Parecía que la señora Crimilda no había recibido tan bien a Brunequilda, cuando llegó al país de Borgoña. Dichosos fueron todos los que vivían.

He aquí que llega Sigfrido con su tropa de señores. Por todas partes en la llanura se veían cabalgar a los héroes en numerosos grupos. Nadie podía librarse de la multitud ni del polvo.

Cuando el jefe del país vio a Sigfrido y al rey Sigemundo, les dijo en tono afectuoso:

—Seáis muy bienvenidos por mí y mis amigos; orgullosos y felices nos sentimos de vuestro viaje a nuestra corte.

—Que Dios os lo recompense —dijo Sigemundo, aquel hombre honrado—. Desde que mi hijo Sigfrido se hizo vuestro amigo tenía en el alma el deseo de

conoceros.

—Esa alegría me ha sido otorgada —respondió el rey Gunter.

Sigfrido, según le correspondía, fue recibido con los más grandes honores; nadie lo quería mal. Grande actividad desplegaron Geiselher y Gernot; nunca huéspedes fueron recibidos de una manera tan cordial.

Las mujeres de uno y otro rey se aproximaron. Todos se apresuraron a dejar las monturas y muchas hermosas mujeres quedaron de pie sobre el césped. Para ofrecer servicios a las damas, se manifestaban infatigables.

Las dos reinas se abrazaron y sus graciosos saludos alegraron a muchos caballeros. Allí se veían a muchos guerreros que no se descuidaban en servir a las mujeres.

Los nobles del acompañamiento se estrecharon las manos; a todos causaba grande alegría ver el cambio de saludos y besos que hacían las mujeres. Lo mismo a los hombres de Sigfrido que a los de Gunter.

No se detuvieron allí mucho tiempo y caminaron hacia la ciudad. El jefe mandó que se manifestara a los huéspedes el placer con que se los recibía en Borgoña. Ante las jóvenes se ejecutó más de un torneo.

Hagen de Troneja y también Ortewein manifestaron allí todo su vigor. Nadie se atrevía a desobedecer las órdenes que daban, e hicieron muchos favores a aquellos huéspedes queridos.

Delante de la puerta de la ciudad se oía sonar los escudos, al recibir choques y golpes. Harto tiempo emplearon en esto el jefe y sus huéspedes, antes de pasar a otra cosa. En estas diversiones se entretenía el tiempo agradablemente.

Con suma alegría penetraron en los salones del palacio. Por todas partes se veían sobre las monturas mujeres ricamente vestidas, mantillas airosas muy bien adornadas: los hombres de Gunter avanzaron.

Inmediatamente llevaron a los huéspedes a sus aposentos. Entre tanto Brunequilda no dejaba de echar miradas a Crimilda, que estaba muy bella. Con el brillo del oro luchaba el esplendor de sus colores.

Por todas partes, en la ciudad de Worms, se oían los gritos de alegría de los guerreros. Gunter mandó a Dankwart, su aposentador, que tuviera cuidado de ellos; éste se ocupó inmediatamente en buscarles alojamientos.

En las habitaciones y al aire libre se les servía de comer; nunca hubo huéspedes mejor tratados. Lo que cada cual deseaba le era otorgado: tan rico era el rey, que nadie tuvo que sufrir una negativa.

Servían con la mayor afección sin ninguna mezcla de odio. El rey se sentó a la mesa con sus huéspedes; y rogó a Sigfrido que ocupara el asiento que tenía antes. Con él fueron a tomar sitio muchos hombres valientes.

Doscientos guerreros estaban sentados a la mesa formando círculo, la reina Brunequilda pensaba que no había nadie tan rico como su vasallo. Sin embargo, lo quería aún mucho para desearle daño.

En aquella noche el rey presidía el banquete, más de un rico traje quedó manchado de vino. Los coperos tenían que acudir a todas las mesas, el servicio se hacía con grandísima actividad.

Cuando la fiesta hubo durado mucho, se aconsejó a las damas y doncellas que fueran a reposar. De cualquier país que fueran, el rey estuvo amable con ellos: todos fueron tratados con sumo honor.

Al terminar la noche, cuando apuntaba el día, de los cofres de viaje sacaron las mujeres muchos vestidos, en los que estaban engarzadas piedras preciosas. Prepararon así muchos suntuosos trajes.

Antes de que fuera día claro aparecieron en el salón muchos caballeros y escuderos. Se escuchaban los toques de la misa que cantaban por el rey. Muchos jóvenes guerreros fueron a ella y el rey les dio las gracias.



De allí se dejaba oír el gran ruido de los sones de las trompas: el rumor de las flautas y de las trompetas era tan grande, que Worms, aun siendo tan extensa, retemblaba toda. Por todas partes se veían venir a caballo los fuertes héroes.

En el campo comenzó un animado torneo entre varios caballeros; eran muchos y los jóvenes corazones se sentían animados. Bajo los escudos se veían brillar muchos y muy buenos caballeros.

Sentadas en las ventanas estaban las distinguidas mujeres y las hermosas jóvenes presenciando las fiestas de aquellos fuertes hombres, ataviados con suntuosos trajes. El jefe con sus amigos comenzó también a cabalgar.

De este modo no se les hacía largo el tiempo. Se escucharon sonar todas las campanas de la catedral. Las mujeres montaron a caballo y partieron; acompañando a las nobles reinas iban muchos fuertes hombres.

Echaron pie a tierra ante la iglesia. Todavía Brunequilda no sentía odio ninguno. Llevando la corona entraron en la ancha nave; desde este punto el amor se trocó en un horroroso odio.

Después de oída la misa, volvieron con



la misma pompa. Llenas de alegría se dirigieron a la mesa del rey: su alegría no se interrumpió en toda la fiesta, hasta el undécimo día.

«No puedo esperar más —pensaba la reina—. Aunque me cueste gran pena, Crimilda no nos hace saber por qué durante tanto tiempo, su marido, que es nuestro vasallo, nos ha tenido privado de sus servicios: no quiero dejarle de hacer esta pregunta».

Esperó la ocasión que le aconsejaba el demonio: la fiesta y los placeres los transformó en dolores y lágrimas. Lo que tenía en su corazón debía llegar: por esto muchos países experimentaron grande aflicción.

CANTO XIV:[12]

Cómo surgió la cuestión entre las dos reinas



n día, antes de vísperas, los guerreros movían gran alboroto en el patio del palacio. Para pasar el tiempo, se entretenían en juegos caballerescos y la multitud se había agolpado para verlos.

Sentadas la una junta a la otra estaban las dos poderosas reinas y pensaban en los dos héroes tan dignos de admiración. La hermosa Crimilda dijo:

—Tengo un esposo a cuyo poder deberían estar sometidas todas las tierras de este país.

La señora Brunequilda le respondió:

—Eso podría suceder únicamente cuando tú y él vivierais solos, pero en tanto que Gunter viva, cosa semejante no puede suceder.

—Mira hacia allá abajo —le replicó Crimilda—, como él se adelanta majestuosamente delante de los demás guerreros a semejanza de la luna

brillante entre las estrellas. Con razón yo me siento orgullosa.

—Por arrogante, leal y hermoso que sea tu marido —le dijo Brunequilda—, debes anteponer a Gunter, tu noble hermano. Sin réplica ninguna, debe preceder a todos los reyes.

Crimilda dijo a su vez:

—Es tan digno de afecto mi esposo, que no lo he alabado sin motivo. Grande es su gloria en muchas cosas, ¿no lo crees tú así Brunequilda? Por lo menos es igual a Gunter.

—Menester es Crimilda que no comprendas mal lo que te digo, pues nada ha sido con mala intención. Lo oí decir a ambos el día en que vi al rey por primera vez en el día en que se cumplió su deseo de tomarme por mujer, en el que conquistó mi amor de una manera tan caballeresca, que Sigfrido no era más que un vasallo del rey: por esto lo he considerado también como mío.

La hermosa Crimilda le dijo:

—En tal caso hubiera yo sufrido grave daño. De qué modo mis nobles hermanos hubieran consentido en verme de este modo mujer de un vasallo. Yo te pido, Brunequilda, amistosamente, que dejes de hablar así, por la buena y en gracia a mi cariño.

—De ninguna manera lo haré —dijo la reina—, ¿cómo he de prescindir del servicio personal de tantos caballeros como nos están sometidos, con el héroe, por derecho de vasallaje?

Crimilda la hermosa comenzó a sentirse fuertemente irritada.

—Puedes desde luego renunciar a ello, pues jamás lo verás a tu servicio. Él está mucho más alto que mi hermano Gunter, el noble héroe. Dejarás pues de decir lo que de tu boca he oído.

» Extraño por demás me parece, que si es tu vasallo, que si sobre los dos tienes tan alto poderío, te hayas privado durante tanto tiempo del tributo de nuestros servicios. Mucho me hace sufrir tu impertinencia, no sin motivo.

—Muy altiva te pones —le replicó la reina—. Ahora quiero ver si rendirá tantos honores a tu persona como a la mía.

Las mujeres se sentían ambas poseídas de la mayor cólera.

Crimilda a su vez dijo:

—Pues bien, lo veremos: ya que te has atrevido a sostener que mi Sigfrido es un vasallo, los guerreros de ambos reyes decidirán hoy si yo debo entrar en la iglesia antes que la reina.

» Menester es que hoy mismo veas que soy noble y libre y que mi marido goza de mayor consideración que el tuyo. En este asunto no quiero sufrir ultraje. Hoy mismo verás que la esposa de tu vasallo marcha en la corte ante todos los héroes del país de Borgoña. Quiero probar que mi dignidad es más elevada que la de ninguna esposa del rey que ha llevado corona.

Entre las dos mujeres se había levantado un odio furioso.

Brunequilda le respondió en seguida:

—Si no quieres aparecer como vasalla mía, debes separarte con tus mujeres de mi acompañamiento cuando vayamos a la catedral.

—Por mi fe —contestó Crimilda—, así se hará.

—Al vestirse mis damas —ordenó luego Crimilda—, es menester que mi dignidad aparezca hoy sin deshonor; menester es que mostréis tener buenos vestidos. Así se verá obligada a desmentir lo que me ha dicho.

Fácil era obedecer semejante mandato: ellas buscaron sus más ricos vestidos. Magníficamente ataviadas aparecieron mujeres y doncellas. Avanzó con su acompañamiento la noble esposa del príncipe; también estaba suntuosamente adornado el hermoso cuerpo de Crimilda.

Cuarenta y tres vírgenes que había llevado a las orillas del Rhin la acompañaban: llevaban ricas telas tejidas en la Arabia. De tal manera, las jóvenes se dirigieron a la catedral. Los guerreros de Sigfrido las aguardaban delante del palacio.

Las gentes manifestaban extrañeza por lo que ocurría. Veían a las dos reinas separadas caminando la una distante de la otra y no juntas como era costumbre. Después de aquello más de un guerrero experimentó inquietud y sufrió desgracia.

Delante de la catedral estaba parada la esposa del rey Gunter. Muchos caballeros experimentaban gran placer contemplando a las hermosas mujeres. Pero mirad como se acerca la noble Crimilda con muy notable séquito.

Cuanto en traje pudo llevar la hija de un noble caballero, era un soplo si se compara con los que llevaban las de su acompañamiento. Ella también llevaba sobre sí tantas riquezas que treinta esposas de reyes no hubieran podido ostentarlas.

Aunque de intento se hubiera querido, no se habría podido decir que se habían llevado trajes tan ricos como aquellos que llevaban. Sin el deseo de mortificar a Brunequilda, no le habría dado tanta importancia Crimilda.

Llegaron juntas ante la catedral: la señora de la casa del rey, movida por furiosa cólera, mandó a Crimilda que se detuviera.

—Ante la esposa de un vasallo no se debe poner la mujer de un vasallo.

Así le contestó la hermosa Crimilda, animada por el furor.

—Mejor fuera para ti haberte callado. Tú has deshonrado tu hermoso cuerpo: ¿cómo la concubina de un hombre puede llegar a ser la esposa de un rey?

—¿A quién has llamado concubina? —preguntó la esposa del rey.

—A ti —respondió Crimilda—. Tu hermoso cuerpo lo ha poseído primero mi Sigfrido, mi amado esposo: no es mi hermano quien te ha hallado virgen.

» ¿Dónde estaba tu espíritu? ¿Es por criminal capricho por lo que te dejabas poseer del que era tu vasallo? Con razón —siguió Crimilda— te quieres quejar de lo que digo.

—Por mi honor —replicó Brunequilda— que todo esto lo diré a Gunter.

—¿Qué me importa a mí? Tu orgullo te ha engañado: en tu discurso me has puesto como vasalla tuya. Con ello me has inferido una herida que me durará toda la vida; jamás te otorgaré ni mi afecto, ni mi confianza.

Brunequilda rompió a llorar. Crimilda pasó delante y entró en la catedral con su acompañamiento antes que la esposa del rey. El odio se hizo mayor. Más de unos ojos alegres vertieron lágrimas por aquella cuestión.

Por más que se servía a Dios y se cantaba en honor suyo, a Brunequilda le pareció el tiempo muy largo. Sentía abatido el cuerpo y el espíritu: por esto tenían que ser víctimas muchos guerreros fuertes y buenos.

Brunequilda, con las de su acompañamiento, se colocaron delante de la catedral. Ella pensaba: « Crimilda tiene que decirme por qué me ha ultrajado: si se ha alabado en verdad, le costará vida y cuerpo» .



Se acerca la noble Crimilda con muchos fuertes guerreros. Así le dijo la señora Brunequilda.

—Detente aquí. Tú me has llamado concubina; demuéstramelo; tus palabras me han herido, no debes ignorarlo.

La hermosa Crimilda le respondió:

—¿Por qué no me dejas pasar? Yo lo pruebo con este anillo de oro que llevo en la mano. Sigfrido me lo trajo después de la noche que pasó contigo.

Nunca hubo para Brunequilda un día más funesto. Ella le dijo:

—Ese noble anillo de oro me ha sido robado; hace mucho tiempo me lo ocultan malvadamente.

Aquellas mujeres se sentían ambas arrastradas por una cólera muy grande.

—Yo no quiero pasar por una ladrona —le dijo a su vez Crimilda—. Mejor hubieras hecho en callarte, si tanto estimas tu honor: pruebo con este cinturón que ajusta mi talle que no miento. Sigfrido ha sido tu amante.

Llevaba un cordón de seda de Nínive con muchas piedras preciosas, que era muy hermoso. Cuando Brunequilda lo vio comenzó a llorar. Fue menester que Gunter lo supiera y todos lo que con él estaban.

—Haced que venga el rey del Rhin —dijo la reina del país—, quiero decirle de qué manera me ha ultrajado su hermana. Ella ha dicho ante toda la gente que he sido la amante de Sigfrido.

Llegó el rey con sus guerreros, vio llorando a Brunequilda y le dijo con dulzura:

—Dime esposa querida quién te ha inferido ofensa.

—Con razón estoy afligida —le contestó al rey—. Tu hermana quiere deshonrarme sin piedad y ante ti me quejo de ello. Dice que su esposo Sigfrido ha sido mi amante.

—Ha hecho muy mal —contestó el rey Gunter.

—Ella trae aquí mi cinturón, que yo había perdido y mi anillo de oro rojo. Si no procuras que yo quede libre de esta afrenta, señor, no te podré amar nunca más.

—Que lo llamen inmediatamente —dijo el rey Gunter—, es menester saber si en realidad se ha alabado de ello o que el héroe del Niderland desmienta el hecho.

El fuerte Sigfrido fue llamado en el acto. Cuando el héroe los vio tan descompuestos, porque de aquello no sabía nada, dijo con vehemencia:

—¿Por qué lloran estas mujeres? Quiero saberlo, y también ¿por qué causa me han llamado a mí?

—Es para mí muy doloroso —dijo el rey Gunter—. Mi esposa, la señora Brunequilda, me da la noticia de que te has alabado de ser su primer amante. Así lo sostiene tu esposa la señora Crimilda: ¿guerrero, has hecho tú eso?

—Nunca lo he hecho —respondió Sigfrido—, y si ella lo ha dicho, yo le haré

comprender que nunca lo debió decir y quiero probarte, señor, con mi más sagrado juramento, ante todos estos guerreros, que jamás dije semejante cosa.

—Házmelo saber de ese modo —dijo el príncipe del Rhin—. El juramento que tú me ofreces prestar será causa de que aleje de mí toda sospecha de que mientes.

Los Borgoñones se agruparon todos formando un círculo. El fuerte Sigfrido levantó la mano en señal de juramento. El rico rey dijo:

—Tu completa inocencia me ha sido perfectamente demostrada. Quedo convencido de que tú no has dicho lo que Crimilda afirma.

El atrevido Sigfrido respondió:

—Caro pagará el haber afligido a tu hermosa esposa, esto me causa el más grande de los pesares.

Los dos nobles y fuertes guerreros se miraron frente a frente.

—Debía enseñárseles a las mujeres —añadió Sigfrido el héroe— a prescindir de todas esas palabras insolentes. Prohíbeselo a tu esposa, yo haré lo mismo con la mía. Tal inconveniencia me causa honda pena.

Muchas hermosas mujeres quedaron separadas, no sin razón. Tal era la aflicción de Brunequilda, que muchos de la gente de Gunter sintieron piedad. Hagen de Troneja se acercó a su reina.

Le preguntó qué tenía, por qué la hallaba llorando. Ella le dio la noticia. Él le prometió, levantando la mano, que el esposo de Crimilda sufriría la pena, o nunca él se había de entregar a la alegría.

En tanto pronunciaba estas palabras llegaron Ortewein y Gernot. Estos héroes acordaron la muerte de Sigfrido.

También llegó Geiselher, el arrogante hijo de Uta; al escuchar estas razones les dijo con lealtad:

—¡Oh!, buenos guerreros, ¿por qué vais a hacer eso? Sigfrido no merece un odio tal que sea necesario quitarle vida y cuerpo. La menor ofensa excita el odio de las esposas.

—¿Acataremos a bastardos? —preguntó Hagen—. De esto no resultará honor ninguno para muchos guerreros. Por cuanto él se ha alabado de mi amada reina, menester es darle muerte o que yo perezca.

—Nada nos ha hecho él —dijo el mismo rey—, que no sea por nuestro bien y nuestra gloria: dejémosle la vida. ¿Qué os parecería si yo odiase a ese guerrero? Siempre nos ha sido fiel.

Así habló el héroe de Metz, el señor Ortewein:

—De nada le podrá servir su gran fuerza. Si me lo permitís yo le causaré todo el mal posible.

Desde entonces los guerreros fueron enemigos suyos, sin razón ninguna.

Nadie volvió a pensar en ello sino Hagen, que con frecuencia decía a Gunter que si Sigfrido dejara de vivir, él tendría bajo su poder muchos reales dominios.

El héroe se tornó sombrío.

Quedó así y de nuevo comenzaron los torneos. ¡Oh!, cuantas fuertes lanzas se rompieron desde la catedral al palacio delante de la esposa de Sigfrido. Con gran descontento se veía a muchos de los hombres de Gunter.

—Dejad ese furor sanguinario —dijo el rey—. Él ha nacido para nuestro honor y nuestro orgullo; si con su terrible fuerza este hombre maravilloso supiera vuestros designios, no podríais resistirlo.

—En manera alguna —replicó Hagen—, como quieras consentirlo puedo prepararlo todo secretamente. Él pagará la pena de Brunequilda. Por lo demás, Hagen será siempre un enemigo para él.

Así le preguntó el rey Gunter:

—¿Cómo puede conseguirse eso? —preguntó el rey.

Inmediatamente, le respondió Hagen.

—Voy a decíroslo: nosotros haremos caminar por este país a unos mensajeros que no sean conocidos y que vendrán a declararnos la guerra.

» En seguida haréis saber a vuestros huéspedes que vais a salir a la defensa con toda la gente: yo conseguiré el medio de matarlo y me lo dará la misma esposa del fuerte guerrero.

El rey siguió malvadamente el consejo de su vasallo. Aquellos distinguidos caballeros comenzaron a disponer la horrible traición sin que nadie lo supiera: el rencor de las dos mujeres hizo que murieran muchos héroes.

CANTO XV:[13]

De cómo hicieron traición a Sigfrido



la cuarta mañana, se vio entrar a treinta hombres que caminaban a caballo: anunciaron a Gunter el rico que iban a desafiarlo. Esta mentira causó a las mujeres grandísimo dolor.

Obtuvieron audiencia y se presentaron ante la corte. Dijeron que eran gentes enviadas por Ludegero, el mismo al que la mano poderosa de Sigfrido había vencido y llevado prisionero al país del rey Gunter.

Éste saludó a los mensajeros y los hizo sentar. Uno de ellos dijo.

—Dejad que permanezcamos de pie hasta que digamos el mensaje que os traemos: tenéis por enemigos, no lo ignoréis, a los hijos de muchas madres.

» Ludegasto y Ludegero, a los que en otro tiempo habéis hecho sufrir grandes males, os desafían. Quieren atacar vuestro país con un ejército.

El rey comenzó a manifestarse irritado cuando supo tal noticia. Hicieron que los falsos mensajeros se retiraran a sus alojamientos. ¿De qué modo nadie, ni

Sigfrido, se hubiera podido librar de aquellas maquinaciones? Pero más tarde el dolor fue para los que las habían preparado.

El rey siguió el complot con sus amigos: Hagen de Troneja no le dejaba descansar. Los fieles al rey hubieran querido darlo todo al olvido, pero Hagen no abandonaba por nada su proyecto.

Un día Sigfrido los halló tratando de su traición. El héroe del Niderland comenzó a interrogarlos:

—¿Por qué están tan tristes el rey y sus guerreros?, si alguno os ofendió yo os ayudaré para que todos quedéis vengados.

—Estoy pesaroso y no sin motivos —dijo el rey Gunter—. Ludegero y Ludegasto me han desafiado y quieren atacar a mi país con un ejército.

—El brazo de Sigfrido —respondió el valiente héroe— os ayudará contribuyendo a vuestra gloria. Los trataré de nuevo como la otra vez. Convertiré en desiertos sus ciudades y sus campos, antes de volver. Os respondo con la cabeza.

» Vos, con vuestros guerreros, permaneceréis aquí. Dejad que yo con los míos salga al encuentro del enemigo, os probaré cuán dispuesto estoy a serviros. Sabedlo bien, yo solo bastaré para que vuestros enemigos sufran grave daño.

—Mucho me alegran tus palabras —le respondió el rey, como si en realidad se sintiera favorecido por la ayuda que le ofrecían. El traidor se inclinó profundamente con falsía. El noble Sigfrido le dijo:

—No tengáis cuidado ninguno.

Caballeros y escuderos se prepararon para la expedición, si bien todo aquello era no más que para engañar a Sigfrido y a los suyos. Ordenó a los que con él habían venido del Niderland, que estuvieran preparados, y los guerreros de Sigfrido dispusieron sus aprestos de guerra. Así dijo el fuerte Sigfrido:

—Padre mío Sigemundo, permaneced en este país: si Dios os protege, pronto volveremos a las orillas del Rhin. Permaneced aquí alegre y contento al lado del rey.

Lo mismo que si frieran a partir desplegaron las banderas. Había allí un crecido número de hombres de Gunter que no sabían lo que había ocurrido. Un gran número de señores rodeaban a Sigfrido.



Sujetaron a los caballos yelmos y corazas; muchos nobles caballeros del país, se prepararon para marchar. Hagen de Troneja fue a donde estaba Crimilda, para que le diera sus órdenes, pues iba a abandonar el país.

—Felicidad grande es para mí —dijo Crimilda— que haya podido conquistarme un hombre que sabe



defender a mis buenos amigos, tan bien como mi señor Sigfrido socorre a mis hermanos: esto —añadió la reina— me hace dichosa.

» Querido amigo Hagen, pensad que estoy dispuesta a serviros y que nunca fui enemiga vuestra. En gracia a esto haced que pueda conservar a mi querido esposo; no debe él sufrir castigo por lo que yo he dicho a Brunequilda.

» Muy arrepentida estoy ya —añadió la noble esposa—; por este motivo él ha martirizado mucho mi cuerpo; su espíritu estaba contristado porque yo había dicho tales cosas, pero el fuerte y buen héroe se ha vengado.

—Vuestra reconciliación se hará pronto en estos días —contestó él—. Crimilda, amada señora, decidme como puedo serviros respecto a Sigfrido, nuestro señor. Lo haré con mucho gusto, reina, y nadie mejor que yo.

—Perdería todo cuidado —dijo la noble mujer— de que nadie pueda quitarle la vida, si no se abandonara a su excesivo ardor. De este modo, siempre el bueno y esforzado héroe se hallaría fuera de peligro.

—¿Os figuráis señora —preguntó Hagen— que pueden herirlo? Decidme cómo y qué medios debo oponer. Para librarlo de cualquier peligro cabalgaré siempre a su lado.

—Tú eres de mi familia y yo de la tuya —respondió ella—. A tu lealtad confío al que amo tanto, para que cuides de mi querido esposo.

Y le hizo conocer cosas que siempre debió tener secretas.

—Mi esposo es bravo y fuerte también —añadió—. Cuando mató al dragón, al pie de la montaña, se bañó en su sangre el esforzado héroe, por esto en los combates ninguna arma puede inferirle herida.

» Sin embargo, siempre quedo en cuidado cuando va a la guerra y cuando se expone a las lanzadas de los guerreros, temo por mi esposo amado. ¡Ah!, ¡gran

cuidado he tenido muchas veces por Sigfrido!

» Mi amigo querido; yo te diré por donde puede ser herido mi amado esposo, porque tú lo reservarás por tu fe. Te lo diré porque tengo confianza en tu afección.

» En tanto que la caliente sangre del dragón brotaba de las heridas y el fuerte héroe se bañaba en ella, una grande hoja de tilo cayó entre sus espaldas: en este sitio puede recibir herida: esto me causa gran cuidado y pena.

—Poned en su vestido una pequeña señal —dijo Hagen de Troneja— para que yo sepa cuál es el sitio en que debo preservarle, mientras dure el combate.

Creía salvarlo y preparaba ella su muerte.

—Con fina seda pondré en su traje una cruz que apenas se vea: allí será donde tu heroica mano debe defender a mi marido, cuando la batalla sea más fuerte y cuando en ella se presente el enemigo.

—Haré como dices —contestó Hagen—, reina querida mía.

Ella creyó que hablaba con toda sinceridad y de esta manera hicieron traición al esposo de Crimilda. Hagen se despidió y marchó muy contento.

—¿Qué es lo que te ha dicho? —le preguntó su señor—. Si podéis impedir que la expedición se realice, iremos a una cacería. ¿Podréis conseguir que suceda así?

—Lo que tú dices —le respondió el rey— me parece bien.

Los compañeros del rey estaban sumamente satisfechos. Me parece que nunca un caballero pensó en tan grande traición como aquélla, mientras la hermosa reina tenía confianza en su lealtad.

Por la mañana temprano el héroe Sigfrido, sumamente contento, emprendió el camino con mil de sus hombres. Iba a vengar la ofensa hecha a sus amigos. Hagen caminaba junto a él examinando su traje.

Cuando llegaron muy cerca de la Marca, envió secretamente a dos de sus hombres; debían llevar nuevas noticias al país de Gunter, que el señor Ludegero permanecía en paz con el rey.

¡Qué gran pesar causa a Sigfrido tenerse que volver sin haber vengado la ofensa hecha a sus amigos! Con gran trabajo le hicieron desistir los amigos de Gunter. Se dirigió en busca del rey, el cual le dio las gracias.

—Que Dios os recompense, amigo Sigfrido, alma elevada, la buena voluntad con que hacéis lo que yo os mando: siempre estaré dispuesto a serviros por lo que os debo. Más que en todos mis amigos confío en vos.

» Ya que no hemos podido hacer combatir a nuestro ejército, quiero ir a cazar osos y jabalíes al Waskenwalde, como con frecuencia lo hago. —Este era el consejo de Hagen, aquel hombre desleal—. Dígase a todos mis huéspedes que quiero emprender la marcha por la mañana muy temprano: que los que quieran venir conmigo estén preparados; los que quieran quedarse que se diviertan con las mujeres; así me causarán alegría.

Con altiva arrogancia, dijo Sigfrido:

—Si os gusta ir a cazar os acompañaré, con mucho gusto. Prestadme sólo un cazador y algunos perros. Así podré caminar por entre los abetos.

—¿Sólo queréis uno? —le preguntó el rey—, yo os prestaré con mucho gusto cuatro que conocen perfectamente la selva y los senderos por donde van las fieras. No os dejarán venir como del destierro.

El distinguido caballero emprendió el camino con su esposa. Hagen se apresuró a decir al rey cómo esperaba matar al héroe. Ningún hombre llevó a cabo jamás traición tan grande.

Aquellos traidores preparaban su muerte, todos lo sabían: Geiselher y Gernot no quisieron ir a la caza. No sé porqué grande resentimiento no se lo advirtieron; después quedaron pesarosos.

CANTO XVI:[14]

De cómo Sigfrido fue asesinado



unter y Hagen, los guerreros valerosos, celebraban con falsía una cacería en la selva. Con sus lanzas aceradas, simulaban perseguir los jabalíes, los osos y los bisontes: ¿qué podían hacer más atrevido?

En medio de ellos caminaba Sigfrido con altiva arrogancia. Llevaba víveres de todas clases. Cerca de una fresca fuente debía perder la vida. Así lo había querido Brunequilda, la esposa del rey Gunter.

El fuerte héroe fue a donde Crimilda estaba. En bestias de carga arreglaron su equipo de caza y el de sus compañeros; iban a pasar el Rhin. Nunca Crimilda había experimentado pesar tan grande. Besó la boca de su esposo amado.

—Qué Dios me conceda, querida mía, hallarte buena y que así tus ojos me vuelvan a ver: distráete con tus buenos parientes; yo no puedo permanecer aquí.



Se acordó de la confianza que había tenido con Hagen, pero no se lo quiso decir. La noble reina comenzó a llorar, quejándose de haber nacido. Muchas lágrimas vertió la extraordinariamente bella mujer.

—Deja de ir a esa cacería —dijo al guerrero—, he tenido un sueño de mal agüero, soñé que dos jabalíes te perseguían entre las matas; las flores se tornaban rojas. En verdad que es una pena que dejes llorando a tu pobre esposa.

» Temo mucho que las maquinaciones de los envidiosos: podemos haber dejado de servir a cualquiera que nos haya jurado odio mortal. Quédate aquí, querido señor, mi afección te lo aconseja.

—Querida mía —contestó él—, volveré dentro de poco tiempo; no conozco aquí a nadie que me pueda odiar. Todos tus parientes me quieren bien, y nunca por parte de ellos he merecido otra cosa.

—¡Oh!, no, mi querido Sigfrido: temo que perezcas. He tenido esta noche un sueño

de mal agüero, como si dos montañas cayeran sobre ti y no pudiera verte más. Si quieres dejarme, sentiré una pena grandísima.

Cogió entre sus brazos a la virtuosa esposa y cubrió de besos su hermoso cuerpo. Después se separó inmediatamente, pues tenía que partir. Desde entonces ya no lo vio vivo.

Se encaminaron hacia una selva profunda donde debían cazar: muchos fuertes caballeros acompañaban al rey. Gernot y Geiselher se habían quedado en palacio.

Muchos caballos cargados los esperaban del otro lado del Rhin llevando a los cazadores pan, vino, manjares, pescados y más provisiones, como un rey tan rico podía proporcionarlas.

Los fieros e impetuosos cazadores hicieron alto en la entrada de la selva por donde acostumbraban a salir los animales bravíos. Cuando iban a cazar en una extensa llanura, llegó Sigfrido y le avisaron al rey.

En todas partes estaban prevenidos los compañeros de caza: así dijo el atrevido héroe, Sigfrido el fuerte:

—¿Quién nos conducirá en la selva sobre la pista de los animales, guerreros fuertes y atrevidos?

—¿Queréis vosotros —preguntó Hagen— que nos separemos aquí, antes de dar comienzo a la cacería? De este modo mi señor y yo reconoceremos quién ha sido más hábil en la partida.

» Partiremos igualmente gentes y perros y cada uno irá donde quiera. El que mejor cace recibirá las felicitaciones de todos.

Los cazadores no permanecieron reunidos más tiempo. El noble Sigfrido dijo:

—No tengo necesidad de más perros, que de un sabueso bien enseñado a seguir la pista de los animales por entre la selva. ¡Qué bien vamos a cazar! —exclamó el esposo de Crimilda.

Entonces un viejo cazador cogió un sabueso que condujo al señor en poco tiempo al sitio en que abundaba la caza. Los demás cazaron todo lo que se presentó, como aún lo hacen los buenos cazadores de nuestro tiempo.

Cuanto levantaba el perro era cazado por la mano del fuerte Sigfrido, el héroe del Niderland. Su caballo corría con tanta rapidez que nada se le escapaba: recibió alabanzas de todos por lo bien que cazaba.

Era muy diestro en todos los ejercicios. El primer animal que mató el héroe por su mano, era un fuerte jabalí; poco después se le presentó delante un furioso león.

El perro lo hizo saltar, él le lanzó con el arco una acerada flecha con la que lo atravesó. El monstruo se adelantó hacia el cazador, pero sólo pudo dar tres saltos. Sus compañeros de caza le dieron las gracias.

A poco mató a un bisonte y a un ciervo, cuatro fuertes toros salvajes y un macho cabrío. Con tal rapidez lo llevaba su caballo, que nada se le podía escapar.

Los gamos y las cabras casi nunca le faltaban.

El sabueso encontró un gran jabalí. Cuando comenzaba a correr, el maestro cazador se le puso delante: el animal se volvió furioso para acometer al atrevido héroe.

Lo atravesó de parte a parte con la espada el esposo de Crimilda: ningún otro guerrero lo hubiera podido hacer. Cuando el animal estuvo cogido, retiraron al perro. Sus proezas en aquella cacería fueron conocidas por todos los Borgoñones.

—Por favor, señor Sigfrido —le dijeron sus cazadores—, no tiréis a una parte de la caza, pues si no van a quedar desiertas la montaña y la selva.

Al escuchar esto, el héroe valeroso no pudo menos que sonreír.

Por todas partes se escucharon gritos y exclamaciones. El ruido de las gentes y de los perros era tan grande que el eco repercutía en la montaña y en la selva. Ochenta y cuatro pares de perros habían soltado.

Gran número de animales recibieron horribles muertes: los del país querían conseguir el premio de la caza, pero esto no les fue posible, al ver llegar junto a la hoguera del campamento al fuerte Sigfrido.

La cacería tocaba a su fin, pero aún no estaba terminada. Los que se aproximaban a la hoguera llevaban pieles en abundancia. ¡Ah!, ¡cuántos manjares se prepararon para los del acompañamiento del rey!

El rey hizo anunciar a los cazadores de alto rango que iba a comer. Sólo una vez tocaron fuertemente el cuerno, para que los que estaban lejos supieran que el rey estaba en el campamento.

—El sonido de la trompa nos anuncia que debemos volver al campamento —dijo un cazador a Sigfrido—. Voy a responderles.

Por todas partes los sones del cuerno llamaban a los cazadores. El noble Sigfrido dijo:

—Ahora salgamos ya de la selva. —Su caballo lo condujo rápidamente siguiéndolo los demás. Sus gritos dieron lugar a que se levantara un feroz animal, un oso terrible. El héroe volviéndose dijo—: Voy a dar una broma a nuestros compañeros de caza. Soltad los perros, pues veo un oso que se va a venir con nosotros al campamento. Si no corre mucho caerá en nuestro poder.

El perro fue lanzado y huyó el oso. El esposo de Crimilda quiere perseguirlo, pero el animal se refugia en un montón de árboles derribados, haciendo imposible la persecución. El fuerte animal creía estar bien defendido de los cazadores.

El atrevido y buen caballero se apeó de su caballo lanzándose tras el animal, que al cabo no podía librarse. El héroe lo cogió en un instante y sin que le causara la menor herida, lo amarró fuertemente.

Ni las uñas ni los dientes podían hacerle daño alguno; amarró al oso a la silla, montó a caballo y con gran audacia lo llevó a donde ardía la hoguera. Para el héroe aquello había sido un juego.

Cabalgó hacia el campamento con sin igual arrogancia. Su lanza era larga, fuerte y dura: una brillante espada le tocaba las espuelas y el héroe llevaba también un hermoso cuerno de oro rojo.

Nunca he oído hablar de mejor equipo de caza. Llevaba un traje de tela negra y un capuchón de cebellina de suntuosa riqueza. ¡Oh!, ¡qué magníficos eran los cordones de los que pendía su carcaj!



A causa de su buen olor lo habían cubierto con una piel de pantera. Llevaba también un arco que tenían que montarlo con una palanca, sino era él quien lo manejaba.

Todo su traje de arriba abajo iba guarnecido con pieles de lince, y sobre las ricas pieles muchas láminas de oro brillaban a uno y otro lado del maestro cazador.

También llevaba la Balmung, larga y hermosa: era tan dura, que al dar un golpe partía un yelmo; su filo era bueno. El arrogante cazador iba sumamente alegre.

Por cuanto debo hacer una reseña exacta, sabed que su carcaj iba lleno de flechas, cuyos hierros largos de un palmo estaban engastados a los palos por medio de anillos de oro. Todo lo que aquellas flechas tocaban debía tener fin.

El noble caballero caminaba por fuera de la selva. Cuando las gentes de Gunter lo vieron venir, salieron a su encuentro para tenerle el caballo. Amarrado a la silla llevaba al oso

terrible y grande.

Cuando se apeó del caballo, desató la cuerda con que tenía amarradas las patas y el hocico del oso: los perros comenzaron a ladrar con fuerza. El animal quería volverse a la selva, lo cual asustó a muchos hombres.

El oso asustado por el ruido huyó hacia la cocina. ¡Cómo huyeron los cocineros lejos del fuego! Más de una caldera se volcó y más de un hacha cayó a tierra. ¡Qué de buenos manjares cayeron en la ceniza!

Jefes y escuderos saltaron de sus asientos. El oso comenzó a irritarse: el rey mandó que soltaran todas las traillas de perros que estaban sujetos con cuerdas ¡Aquél hubiera sido un día feliz, si terminara con bien!

Con arcos y picas, salieron a perseguir al oso los más ligeros y audaces, pero nadie se atrevía a tirarle porque había muchos perros. Los gritos de la multitud hacían retemblar la montaña.

El oso comenzó a huir rápidamente delante de los perros; nadie podía seguirlo sino el esposo de Crimilda. Lo alcanzó con la espada y le dio muerte; el monstruo fue acercado a la hoguera.

Los que veían aquello decían que era un hombre muy fuerte. Rogaron a los audaces compañeros de cacería que se acercaran a la mesa: los héroes se sentaron sobre el mullido césped. ¡Ah!, ¡qué magníficos manjares sirvieron a los cazadores!

Los coperos que debían servir el vino andaban muy despacio, por lo demás los héroes no podían estar mejor servidos. Sin tener entre ellos un alma perversa aquellos héroes hubieran estado al abrigo de toda vergüenza. Así dijo el noble Sigfrido:

—Me llama la atención que ya que nos traen tantos manjares de la cocina, ¿por qué los coperos no nos sirven vino? Si no se sirve mejor a los cazadores, no tomaré parte en ninguna otra cacería.

—Yo he dado motivo para que se me atienda mejor —desde su asiento le contestó el rey con falsía—. Nos enmendaremos de aquello en que hoy se os haya faltado: Hagen es el que nos quiere hacer morir de sed.

—Yo creía, mi querido señor —contestó Hagen de Troneja—, que hoy se cazaría en el Spechtsharte: allí he enviado el vino. Si hoy permanecemos sedientos, en adelante evitaré que suceda.

—Yo os daré las gracias —dijo el noble Sigfrido—. Siete bestias de carga por lo menos debían habernos traído el mosto y el hidromel: de no hacer esto debimos acampar en las orillas del Rhin.

Hagen de Troneja le contestó:

—Nobles y valerosos caballeros, yo sé que cerca de aquí hay una fresca fuente y para que no os incomodéis vamos a ir a ella.

Este aviso debía causar gran pena a muchos héroes. El guerrero Sigfrido sentía una sed abrasadora; mandó retirar en seguida las mesas para ir a la

montaña en busca de la fuente. Hagen había dado su consejo con una intención pérfida.

Cargados en carro los animales que Sigfrido había matado por su mano, los trasportaron al país. Todos los que veían aquello lo felicitaban. Hagen hizo gran traición a Sigfrido. Al comenzar la marcha hacia el gran tilo, dijo Hagen de Troneja:

—Me han dicho muchas veces, que no hay nadie que pueda aventajarte en la carrera al esposo de Crimilda: ¿querríais hacérnoslo ver?

Así le contestó el bueno y fuerte héroe del Niderland:

—Podéis ensayarlo, pero quiero dirigirme hacia la fuente. Haremos una apuesta y se concederá el premio al que resulte vencedor.

—Bueno, pues ensayemos —contestó el héroe Hagen.

—Hasta quiero acostarme delante de vos sobre la hierba —respondió el fuerte Sigfrido.

¡Con cuánta alegría escuchaba esto el rey Gunter!

El valeroso guerrero agregó:

—Os diré más, quiero llevar mi lanza y mi escudo y todo mi equipo de caza.

En seguida tomó su espada y su carcaj. Despojáronse de sus vestidos, quedándose ambos sólo con las blancas camisas. Como dos salvajes panteras, corrieron sobre la yerba, pero se vio llegar antes a la fuente al rápido Sigfrido.

En todo conseguía el premio sobre los demás hombres. Inmediatamente se desciñó la espada, dejó el carcaj y apoyó la lanza contra el tronco de un tilo: el noble extranjero permanecía en la corriente.

Grandes eran los méritos de Sigfrido: colocó su escudo cerca de la fuente, pero por grande que fuera la sed del héroe no quiso beber más antes que el rey: horrible pago le dieron por ello.

La corriente era fresca, transparente y buena. Gunter se inclinó sobre las ondas, levantándose cuando hubo bebido. El bravo Sigfrido lo hubiera hecho con gusto una vez más.

Muy cara pagó su atención: el arco y la espada le fueron quitadas con presteza por Hagen, que volvió corriendo para retirar la lanza, y buscó la señal en el vestido del guerrero.

Cuando el noble Sigfrido se inclinaba hacia la corriente para beber, lo hirió en la cruz señalada, con tal violencia que la sangre, brotando del corazón, manchó los vestidos de Hagen. Nunca la mano de un héroe cometió tan gran bajeza.

Dejóle clavada en el corazón la lanza. Ante ningún hombre en el mundo había huido Hagen de una manera tan vergonzosa. Cuando el fuerte Sigfrido sintió la profunda herida, se levantó saltando con furia; el asta de la lanza le salía del pecho. Creía tener cerca de sí su espada y su arco; Hagen hubiera recibido su merecido.

El herido de muerte, no hallando su espada, cogió del borde de la fuente su

escudo y persiguió a Hagen: casi no podía escaparse el vasallo del rey Gunter.

Aunque la herida era de muerte, le pegó con el escudo con tan gran fuerza, que se rompió saltando por todas partes las piedras preciosas. Con gran placer se hubiera vengado el noble huésped.

Repentinamente fue alcanzado Hagen; la llanura retembló con la fuerza de aquel golpe. Si hubiera tenido su espada en la mano habría dado muerte al de Troneja. Su herida le irritaba y su dolor era grande.

Palidecieron sus colores, apenas podía sostenerse. Las fuerzas de su cuerpo lo abandonaban; en sus descoloridas mejillas se veía la señal de la muerte. Bien llorado fue por muchas mujeres.

Cayó entre las flores el esposo de Crimilda. La sangre le brotaba a torrentes de su herida. Dirigió reproches a los que deslealmente habían procurado su muerte. Las fatigas de la muerte le hacían hablar. Así dijo el moribundo:

—Viles y cobardes ¿de qué me sirve todo lo que por vosotros he hecho, cuando así me asesináis? Siempre os he sido fiel; bien caro lo pago. Muy mal habéis obrado con vuestro amigo.

» Todos lo que de vosotros nazcan, lo harán sin honra desde este día; vuestra cólera la habéis saciado bien con mi vida. Con vergüenza quedaréis excluidos del número de los buenos guerreros.

Todos los caballeros acudieron a donde el herido estaba echado; para muchos de ellos, aquél fue un día funesto. Los que aún conservaban algún honor, lo sentían y bien lo merecía por parte de todos el magnánimo guerrero. El rey de los Borgoñones sentía también su muerte.

El herido dijo:

—Sin motivo llora el que ha cometido el crimen: gran deshonor merece y todo lo ha perdido.

—No sé de que os lamentáis —dijo el furioso Hagen—. Nuestros cuidados han tenido fin. Ya no habrá nadie que nos pueda resistir. Gracias a mí, el héroe ha muerto.

—Fácil os es alabaros —dijo el del Niderland—. Si yo hubiera sabido vuestras perversas costumbres, hubiera defendido bien mi vida y mi cuerpo. Lo que más siento en el mundo es el abandono de la señora Crimilda; mi esposa.

» Quiera Dios tener piedad del hijo que me ha dado, que dentro de algún tiempo oirá decir que sus parientes han matado a un hombre: esto me causa gran sentimiento.

» Nunca un hombre ha cometido tan horrible asesinato —le dijo al rey— como el de que yo soy víctima. Yo defendí vuestra vida en los más grandes peligros y desgracias: bien caro pago todo lo que hice por vos. —El héroe, herido de muerte, añadió tristemente—: Si queréis, noble rey, hacer aún algo bueno en este mundo, permitid que deje encomendada a vuestro cuidado a mi amada esposa.



» Que pueda disfrutar del beneficio de ser vuestra hermana: con virtudes elevadas ha sido siempre mi compañera. Mucho tiempo me van a esperar mi padre y mis guerreros. Jamás a un amigo ni a una esposa se le causó pena tan grande. —La fuerza del dolor le hacía agitarse convulsivamente, y dijo con voz ahogada—: De esta horrible muerte, tal vez os arrepintáis algún día; creed mi palabra, vosotros mismos os habéis castigado.

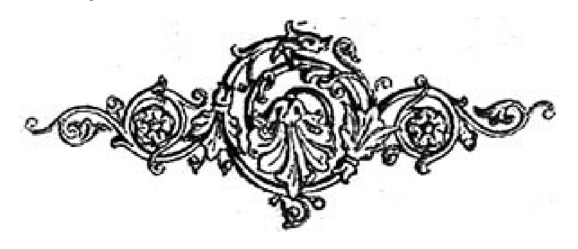
Las flores estaban teñidas de sangre. Luchaba con la muerte, pero no duró mucho. El arma mortífera lo había atravesado de parte a parte. Allí debía morir el guerrero fuerte y noble.

Cuando los guerreros vieron que el héroe estaba muerto, lo colocaron sobre un escudo de oro rojo; después se reunieron para ver cómo habían de ocultar que Hagen lo había matado. Así dijeron muchos de ellos:

—Nos ha ocurrido una desgracia: debemos ocultar lo sucedido y decir todos la misma cosa: Yendo a cazar solo el esposo de Crimilda, lo han matado unos bandidos que atravesaban la selva.

—Yo mismo lo llevaré a la ciudad —dijo Hagen de Troneja—. Nada me importa que sepa la verdad de lo ocurrido, la que ha causado pena a la reina: nada me importa lo que pueda hacer en su duelo.

Ahora sabed dónde estaba la fuente en que Sigfrido fue asesinado. Delante del Odenwalde hay una aldea que se llama Odenhein. Allí mana todavía la fuente, no puede caber duda.



CANTO XVII:[15]

De cómo Sigfrido fue llorado y enterrado



speraron a que fuera de noche y pasaron al otro lado del Rhin. Nunca los guerreros habían tenido una cacería tan funesta. La caza que habían hecho fue llorada por muchas nobles esposas y muchos buenos caballeros debían pagarla con la vida.

Vais a saber cómo se realizó un acto audaz y una espantosa venganza. Hagen hizo llevar el cadáver de Sigfrido, el del Niderland, delante de la cámara que ocupaba Crimilda.

Lo hizo poner sigilosamente frente a la puerta para que lo encontrara en el momento en que saliera a maitines, antes que fuera de día, pues casi nunca faltaba a ellos la señora Crimilda.

Según las costumbres tocaron las campanas en la catedral: Crimilda la hermosa despertó a muchas mujeres. Mandó que le trajeran la luz y sus vestidos. En esto llegó un camarero que vio allí tendido a Sigfrido.

Lo vio lleno de sangre con la que su traje estaba manchado: aún no sabía que

fuera su señor. Llevó a la cámara la antorcha que tenía en la mano y a su luz la señora Crimilda pudo comprender la horrible nueva.



Cuando con sus mujeres se iba a dirigir a la catedral, le dijo el camarero:

—Señora, deteneos: aquí hay tendido un caballero muerto.

—¡Oh! —exclamó Crimilda—, ¿qué noticia me anunciáis?

Antes de pensar en que fuera su marido, se acordó de la pregunta de Hagen, de cómo podría preservarle la vida: en aquel momento sintió dolor. Con su muerte, la alegría se alejaba de ella para no volver.

Se inclinó hacia el suelo sin pronunciar una palabra; allí se veía tendida a la bella infortunada. Los gemidos de Crimilda eran grandes y prolongados. Cuando volvió en sí, hacía retemblar la cámara con sus gritos. Uno de su acompañamiento dijo:

—¿Quién será ese extranjero?

Tan grande era la opresión de su corazón, que la sangre le salía por la boca.

—No, ése es Sigfrido mi amado esposo. Brunequilda lo ha mandado y Hagen lo ha hecho.

Ella se hizo llevar a donde estaba el héroe: levantó su hermosa cabeza con sus blancas manos. Aunque enrojecida por la sangre, lo reconoció al momento: por desgracia, aquél era el héroe del país de los Nibelungos. Así exclamó la dulce reina desesperadamente:

—¡Oh!, ¡desgracia para mí! ¡No, tu escudo no está agujereado por las espadas!, tú has sido asesinado. Si sé quién lo ha hecho, lo perseguiré hasta que muera.

Todos los del acompañamiento lloraban y gemían con su amada señora; el pesar de ellos era grande por haber perdido a su noble rey. Hagen había vengado cruelmente la ofensa de Brunequilda.

—Que vaya corriendo uno —dijo la desgraciada— a despertar a toda la gente de Sigfrido, y haced saber a Sigemundo mi dolor, rogadle que venga a llorar conmigo, a llorar al valiente Sigfrido.



Un mensajero fue corriendo a donde estaban los héroes de Sigfrido, el del país de los Nibelungos. Con la triste noticia la alegría huyó de ellos, pero no creyeron nada hasta escuchar los gemidos.

El mensajero se apresuró a llegar a donde estaba el rey. Sigemundo el señor no dormía, me parece que el corazón le decía lo sucedido y que ya nunca volvería a ver a su hijo.

—Despertad, rey Sigemundo. Crimilda, mi señora, me ordena que venga, porque ha sucedido una desgracia; desgracia que como ninguna le hiere el corazón: tendréis que llorar mucho con ella, pues os afecta también.

Se levantó Sigemundo y dijo:

—¿De qué desgracia de la hermosa Crimilda me hablas?

El mensajero le respondió llorando:

—No puedo callarla más, Sigfrido el fuerte, el del Niderland, ha sido asesinado.

—Déjate de bromas —contestó el rey Sigemundo—, te lo mando y no repitas más tan horrible noticia de que ha sido muerto, porque nunca en la vida me podría consolar.

—Si no queréis creer lo que habéis oído decir, venid a escuchar los lamentos que lanzan Crimilda y los de su acompañamiento, por la muerte de Sigfrido.

¡Grande fue la conmoción de Sigemundo! Experimentó una cruel angustia.

Con cientos de sus hombres saltó del lecho. Armaron sus manos con espadas fuertes y aceradas y se dirigieron a donde se oían los tristes lamentos. Mil fieles guerreros del fuerte Sigfrido llegaron en seguida, donde se oía a las mujeres quejarse tristemente, que repararon entonces que estaban medio desnudas. El dolor les había hecho perder el sentido. Sentían gran opresión de corazón. El rey Sigemundo fue adonde estaba Crimilda y dijo:

—¡Oh!, ¡maldecido tal viaje a este país! ¿Quién con tan cruel saña ha podido asesinar a tu esposo, mi hijo, cerca de amigos tan fieles?

—Si llego a conocerlo —dijo la noble reina—, nunca lo perdonará ni mi corazón, ni mi alma. Tan grandes penas le reservo, que por él tendrán que gemir todos sus amigos.

Sigemundo estrechó a la princesa entre sus brazos; los gemidos de sus amigos eran tan grandes, que sus gritos de desolación hacían temblar el palacio, las salas y la ciudad de Worms cuán grande era.

Nadie podía consolar a la esposa de Sigfrido. Quitaron los vestidos del hermoso cuerpo, lavaron sus heridas y lo pusieron en un ataúd. Grandemente sufrían todos sus compañeros.

Los guerreros del país de los Nibelungos se decían:

—Es menester que le consagremos nuestros brazos con firme voluntad. En esta casa está el que ha cometido el crimen.

Toda la gente de Sigfrido se fue a armar.



Allí estaban sus hombres escogidos en número de mil doscientos guerreros: a la cabeza de ellos estaba su señor, el rey Sigemundo. Quería vengar la muerte de su hijo, según el honor se lo mandaba.

No sabían a quiénes atacar, sino a Gunter y a sus gentes que habían ido con Sigfrido a la caza. Al verlos armados, Crimilda experimentó una nueva amargura.

Por fuerte que fuera su pena, por grande que fuera su desgracia, temía tanto ver morir a los Nibelungos a manos de los hombres de su hermano, que los detuvo. Les habló con dulzura como lo hubiera hecho un fiel amigo.

—Señor rey Sigemundo, ¿qué vais a intentar? —les dijo la infortunada—. Vos no sabéis cuántos fuertes hombres tiene el rey Gunter. Todos os perderéis, si queréis atacar a esos guerreros.

Tenían las espadas desnudas con afán por combatir. La noble reina les rogó que permanecieran quietos. Los guerreros no querían ceder porque aquello les causaba un furioso pesar.

—Señor rey Sigemundo —dijo ella—, dejad vuestro intento para ocasión más oportuna. Siempre seré de los vuestros para vengar a mi esposo: caro lo ha de pagar el que me lo ha quitado.

» Ellos tienen aquí en el Rhin gran poderío, por esto os aconsejo que no intentéis la lucha; serían treinta hombres para uno. Dios les recompense bastante todo lo que nos han hecho.

» Permaneced en el palacio y sufrid la pena conmigo. Cuando sea de día, vosotros nobles guerreros me ayudaréis a dar sepultura a mi esposo querido.

Los héroes respondieron:

—Amada señora, así se hará.

Nadie podrá decir hasta qué punto se lamentaron los caballeros y las mujeres, pues toda la ciudad estaba de duelo. Los nobles ciudadanos acudieron precipitadamente.

Ellos lloraron con los extranjeros; pues también para ellos era gran pena. No sabían por qué causa el noble guerrero había perdido vida y cuerpo. Con las mujeres de la reina, lloraron muchas esposas de los de la ciudad.

Se mandó a los artífices que con toda prisa construyeran un ataúd de plata y oro, grande y fuerte unido por planchas de acero bien templado. Toda la gente tenía el corazón oprimido por el pesar.

Pasó la noche y comenzó a despuntar el día. La noble reina hizo llevar a la catedral a su nobilísimo muerto, a su querido esposo. Todos los amigos que habían ido allí con él lo seguían llorando.

¡Cuántas campanas sonaron al llevarlo a la catedral! Por todas partes se escuchaba el canto de los sacerdotes.

También fueron el rey Gunter con sus hombres y el feroz Hagen: mejor hubieran hecho con no ir.

—¡Querida hermana! —dijo el rey— ¡cuál es tu pena, que no hayamos podido escapar de un dolor tan grande! Siempre lamentaremos la muerte de Sigfrido.

—Sin motivo lo hacéis —contestó la desconsolada mujer.

» Si hubierais de haber sentido pena, no hubiera ocurrido esto. No habéis pensado en mí, puedo decirlo con verdad, pues heme aquí separada para siempre de mi querido esposo. Hubiera querido el Dios del cielo que esto me sucediera a mí.

Ellos mantuvieron su mentira; Crimilda exclamó:

—Que el que sea inocente lo manifieste con claridad; que se acerque al ataúd y de este modo se conocerá bien pronto la verdad.

Fue un gran milagro el que ocurrió entonces, porque cuando el asesino se acercó al muerto, la sangre brotó de las heridas. Así sucedió y quedó reconocido que Hagen lo había hecho.

Las heridas manaron como cuando fueron hechas. Los lamentos habían sido grandes: pero entonces lo fueron mayores. El rey Gunter dijo:

—Quiero que sepáis que los bandidos lo asesinaron; Gunter no ha hecho eso.

—Esos bandidos me son muy conocidos —contestó ella—. ¡Qué la mano de Dios los castigue! Gunter y Hagen, vosotros sois los que lo habéis matado. —De nuevo pensaron en el combate, los que habían acompañado a Sigfrido. Crimilda les dijo aún—: Sufrid la pena conmigo.

Su pesar se hizo más grande cuando sus dos hermanos, Gernot y Geiselher el joven, se pusieron al lado del muerto. Ellos lo sintieron verdaderamente; sus ojos se cegaron con las lágrimas.

Lloraron de lo íntimo del corazón al esposo de Crimilda. Iban a cantar la misa; de todas partes se dirigieron hacia la catedral hombres y mujeres. Pocos fueron los que no lamentaron su muerte. Geiselher y Gernot dijeron:

—Hermana nuestra, consuélate de su muerte, por cuanto no puede ser de otro modo. Nosotros queremos ayudarte en tanto vivamos.

Pero nadie en el mundo podía darle consuelo. El ataúd estuvo dispuesto para el medio día. Levantaron a Sigfrido de la angarilla en que estaba colocado. La reina no quería dejarlo enterrar todavía y esto dio mucho que hacer a toda la gente.

Envolvieron al muerto con una tela muy rica: ninguno de los que estaban allí dejaron de verter lágrimas. Con todo el corazón lloraban sobre el arrogante cuerpo de Sigfrido, Uta la noble reina y todo su acompañamiento.

Cuando escucharon que cantaban en la catedral y que le habían encerrado en el ataúd, se aglomeró gran multitud. ¡Muchas ofrendas se hicieron por la salvación de su alma! Fue llorado hasta por muchos de sus enemigos. La desgraciada Crimilda dijo a sus camareras:

—En obsequio del amor que me tenéis, vais a tomaros un trabajo: a todos los

que lo querían bien, les distribuiréis su oro, en nombre del alma de Sigfrido.

No hubo ningún niño, por pequeño que fuera, que llegado a la edad de la razón dejara de ir a los funerales. Antes de ser enterrado, cantaron más de cien misas por día. Los amigos de Sigfrido se aglomeraban allí.

Cuando acabaron de cantar, la multitud se dispersó. Después dijo Crimilda:

—Esta noche no me dejaréis sola para velar al héroe sin igual. Con su cuerpo han encerrado toda mi alegría.

» Tres días y tres noches deseo que permanezca así, porque quiero gozar de la vista de mi amado esposo. Tal vez ordene Dios que la muerte me lleve también. Así terminará el dolor de la pobre Crimilda.

Las gentes de la ciudad se fueron a sus casas. Ella mandó a los sacerdotes, a los monjes y a todo su acompañamiento que se quedaran allí. Tuvieron tristes noches y penosos días.

Permaneció más de un guerrero sin beber y sin comer; a los que querían alimento se lo ofrecían en abundancia; Sigemundo lo pagaba todo: aquello era una desgracia y un gran dolor para los Nibelungos.

En aquellos tres días, hemos oído decir, que los que sabían cantar tuvieron muy grande trabajo a causa del dolor de Crimilda. Rogaron por el alma del guerrero fuerte y magnánimo.

Los pobres que estaban allí y que no poseían nada, tuvieron parte de ofrenda con el oro de Sigfrido: como no había de vivir más, se dieron por su alma muchos miles de marcos.

Sus buenas tierra laborables fueron distribuidas entre los monasterios y sus gentes fieles. A los pobres les dieron plata y vestidos. Ella hizo comprender por sus buenas acciones, cuán grande amor le profesaba.

En la tercera mañana, al tiempo de la misa, el ancho cementerio cercano a la catedral estaba lleno de gentes que lloraban, rindiendo homenaje al muerto, como se hace con los amigos queridos.

En aquellos cuatro días, se dice, que más de treinta mil marcos se dieron a los pobres por la salvación de su alma. Allí estaba tendido y reducido a la nada su grande y hermoso cuerpo.

Cuando se acabó el oficio a Dios y terminaron los cantos, muchos del pueblo se agitaban dolorosamente. Sacáronlo fuera de la catedral llevándolo hacia la fosa. Allí también se escuchaban llantos y gemidos.

El pueblo siguió al entierro lanzando gritos de dolor: nadie estaba alegre, ni hombre ni mujer. Antes de enterrarlo cantaron y rezaron. ¡Ah cuántos buenos sacerdotes se encontraron en el entierro!

Cuando la triste viuda se quiso aproximar a la fosa, fue tan dura la aflicción que sintió, que muchas veces tuvieron que rociarle el rostro con agua de la fuente: el dolor de su corazón era muy grande.

Es verdaderamente una maravilla que sus fuerzas pudieran resistir. A su lado

muchas mujeres lloraban también.

—Vosotras, fieles a mi esposo Sigfrido —dijo la reina—, hacedme un favor, en gracia a vuestro afecto.

» Dejadme que experimente una satisfacción en medio de mi dolor. Haced que yo pueda contemplar una vez más su bello rostro.

Por tanto tiempo lo pidió llorando, que fue menester abrir de nuevo el magnífico ataúd.

Llevaron a la reina junto a la fosa. Con sus blancas manos levantó la hermosa cabeza y lo besó muerto, al noble y buen caballero: el dolor hizo que sus brillantes ojos lloraran sangre.

Fue aquélla una dolorosísima separación. Quitáronla de allí y ella casi no podía andar. Viose caer a la noble dama perdidos los sentidos. Su hermoso cuerpo parecía que iba a sucumbir a la desesperación.

Cuando enterraron al noble señor, fue una pena inmensa para todos los guerreros que habían venido con él del país de los Nibelungos. Nunca más se vio contento a Sigemundo.

Muchos hombres hubo que, por la fuerza del dolor, no comieron ni bebieron en aquellos tres días: sin embargo por tanto tiempo no podían tener olvidadas las necesidades del cuerpo y más tarde se repusieron, como sucede muchas veces.

Crimilda permaneció desmayada y sin sentido el día, la noche y hasta la mañana siguiente. Nada de lo que decían podía comprenderlo. Poseído de la misma pena, yacía el rey Sigemundo.

Con gran trabajo le hicieron recobrar sus fuerzas agotadas por la grande aflicción, de lo que él no se extrañaba. Sus guerreros le dijeron:

—Marchemos a nuestro país: no debemos permanecer aquí más tiempo.

CANTO XVIII:[16]

De cómo Sigemundo volvió a su país



l suegro de Crimilda fue a donde ella estaba y dijo a la reina:

—Vamos a volver a nuestro país. Nosotros somos huéspedes poco queridos en las orillas del Rhin. Crimilda, noble señora, vente conmigo a mi reino.

» Que si en esta tierra hemos perdido por traición a vuestro noble esposo, es menester que no sufráis ese dolor: yo siempre seré vuestro, por amor a mi hijo y a su noble niño.

» Allí, mujer, conservarás siempre el poderío que en otro tiempo te confiaba Sigfrido, el héroe sin igual. El país y la corona son tuyos; toda la gente de Sigfrido te servirá con gusto.

Se dijo a los escuderos: « Esta noche emprenderemos el camino» y se apresuraron a preparar los caballos: junto a sus poderosos enemigos, la vida era un pesar. A las mujeres y a las doncellas se les mandó que preparasen sus trajes de viaje.

Cuando el rey Sigemundo quiso marcharse, la madre de Crimilda rogó a esta que se quedara entre sus parientes, en el país en que estaba. Así le contestó la desconsolada mujer:

—Eso es muy difícil que lo haga. ¿Cómo podrán mis ojos contemplar constantemente aquél por cuya causa, yo, pobre viuda, he experimentado dolor tan grande?

—Mi hermana querida —le contestó el joven Geiselher—, por evitarte pena, permanecerás al lado de tu madre.

» Tú no tienes necesidad de los servicios de aquellos que han destrozado tu corazón; vivirás de mis bienes.

Ella respondió al guerrero:

—¿Cómo puede ser eso? El dolor me mataría si volviera a ver a Hagen.

—Yo evitaré eso, querida hermana mía; tú estarás siempre al lado de tu hermano Geiselher. Yo te consolaré, si puede ser, de la muerte de tu esposo.

—Crimilda tiene necesidad de ello —respondió la infortunada mujer.

Al afectuoso ofrecimiento del joven, unieron sus súplicas Uta, Gernot y muchos de sus fieles amigos, rogándole que se quedara allí. Pocos eran los conocidos de ella entre la gente de Sigfrido.

—Todos os son desconocidos —dijo Gernot—. Nadie por fuerte que sea, puede librarse de la muerte. Piensa en esto, mi querida hermana, y que tu espíritu se serene: permanece con tus amigos y en verdad que lo pasarás bien.

Ella creyó a su hermano y permaneció en el país. Se prepararon los caballos para la gente de Sigemundo que quisiera volver al país de los Nibelungos. Todo el equipo de los guerreros estaba preparado. El rey Sigemundo fue a donde estaba Crimilda y dijo a la reina:

—La gente de Sigfrido permanece junto a los caballos: vamos a partir de aquí. No quiero permanecer más tiempo en Borgoña.

—Me han aconsejado mis parientes —respondió Crimilda—, al, menos los que me son fieles, que permanezcan aquí con ellos dado que no los tengo en el país de los Nibelungos.

Grande fue el pesar de Sigemundo al oír esto a Crimilda. Le contestó:

—No digáis eso nunca: ante todos mis parientes llevaréis la corona con el mando, como antes lo habéis tenido. Vos no padeceréis por haber perdido con tanto dolor a vuestro esposo.

» Ven con nosotros por amor a tu hijo, no es cosa de que lo dejéis huérfano. Cuando vuestro hijo crezca consolará vuestro pesar, y en tanto tendréis a vuestro servicio muchos guerreros fuertes y buenos.

—Mi señor Sigemundo —dijo ella—, no puedo marcharme con vos. Sea lo que sea lo que pueda sucederme, tengo que quedarme aquí con mis amigos, que me ayudarán a llorar.

Esta noticia no agradó a los buenos guerreros. Así dijeron reunidos:

—Podremos decir que nos ha ocurrido la mayor desgracia, por cuanto queréis permanecer en este país al lado de nuestros enemigos. Nunca fueron a una corte caballeros tan desdichados.

—Partid sin cuidado, confiados en el favor de Dios: se os dará una numerosa escolta hasta que lleguéis a vuestro país: a mi querido hijo lo recomiendo al cuidado de vosotros, buenos guerreros.

Cuando vieron que estaba decidida a no marchar, lloraron todos los hombres de Sigfrido. Con grandísima pena se separó Sigemundo de Crimilda; experimentaba una fuerte aflicción.

—¡Maldita sea esta fiesta! —exclamó el respetable rey—. A ningún rey ni a los suyos se les ofrecerán más tales diversiones: nunca jamás volveremos a Borgoña.

Así dijeron claramente los guerreros de Sigfrido:

—Tal vez nosotros volvamos nuevamente aquí, si podemos saber quién asesinó a nuestro señor. Tendrá entre sus parientes muchos enemigos mortales.

El rey Sigemundo abrazó a Crimilda, diciéndole entre lágrimas, que por cuanto quería quedarse que bien estaba: ellos volverán a su país sin alegría ninguna, comprendiendo todo su dolor.



Abandonaron sin acompañamientos a Worms sobre el Rhin: iban con el ánimo tranquilo, pues si por enemistad los atacaban, los brazos de los Nibelungos sabrían defenderse bien.

No se despidieron de nadie. Vieron a Geiselher y a Gernot que se acercaban afectuosamente al rey: se sentían afligidos por su dolor y así se lo hicieron saber a los fuertes héroes. Así dijo cortésmente el fuerte Gernot:

—El Dios del cielo sabe que en la muerte de Sigfrido no tengo parte ninguna; yo no supe nunca que tuviera aquí un enemigo: tengo motivos para llorarlo.

El joven Geiselher los acompañó amistosamente. Acompañó sin cuidado ninguno hasta el Niderland al rey y a sus guerreros, poseídos aún de honda pena. ¡Entre sus parientes encontraron alegres a muy pocos!

Lo que después sucedió, no os lo puedo decir. Los gemidos de Crimilda se oían continuamente, sin que nadie pudiera consolarla sino Geiselher; éste era bueno y fiel.

Brunequilda la hermosa permanecía con impertinencia. ¡Por muchas que fueran las penas de Crimilda, nada le importaba! Nunca más en su vida le volvió a tener confianza. Pero después Crimilda le causó amarguísimos pesares.

CANTO XIX:

Cómo el tesoro de los Nibelungos fue llevado hasta Worms



abiendo quedado viuda la noble Crimilda, el margrave Eckewart permaneció en el país con sus hombres. Él servía a su señora y juntos lloraban al muerto.

En Worms, cerca de la catedral, le construyeron una vivienda ancha y alta, grande y rica, donde permaneció con su acompañamiento sin alegría ninguna. Iba con devoción a la iglesia y hallaba algún consuelo.

Con el alma triste y con pena iba todos los días a la tumba de su esposo, y rogaba al Señor Dios que acogiera su alma; muchas veces se lo pidió con corazón contrito.

Uta y las de su acompañamiento siempre la consolaban, pero tenía en su corazón herido, un vacío tan grande, que no podía llenarse con ningún consuelo. El deseo de ver a su amigo le causaba mayor pesar.

Nunca fue otro el deseo de una mujer con respecto a su amado esposo: su gran virtud podía reconocerse en esto. Ella lloró hasta el fin, en tanto que vivió.

Pero bien pronto consiguió una horrible venganza.

Permaneció en el dolor, es cierto, por la muerte de su esposo tres años y medio, sin decir una palabra a Gunter, y sin ver jamás en ese tiempo a Hagen. Así dijo al rey Hagen de Troneja:

—Procura conquistar de nuevo la voluntad de tu hermana, y de este modo podremos traer al país el tesoro de los Nibelungos: mucho podría hacerse si tuvieras la confianza de la reina.

—Vamos a intentarlo —le respondió el rey—. Cerca de ella están Gernot y Geiselher; les rogaremos que intercedan ellos, para que nos vuelva su confianza y nos la dé gustosa.

—No lo creo —respondió Hagen—, eso no sucederá jamás.

Hizo venir a la corte a Ortewein y al margrave Gere: y luego cuando estuvieron allí, a Gernot y al joven Geiselher; ellos intercedieron amistosamente cerca de Crimilda. Así dijo Gernot el fuerte de Borgoña:

—Señora, tiempo hace que lloráis la muerte de Sigfrido. El rey quiere probaros que él no lo ha matado. Siempre se os oye llorar dolorosamente.

—Nadie ha dicho que él sea —contestó ella—, es la mano de Hagen. Cuando supo de mí donde podía ser herido, ¿cómo había yo de saber el odio que le tenía en su alma? ¡Por qué no impedí —añadió la noble reina— que conociera el secreto de su hermoso cuerpo!, ¡no sería ahora, desgraciada de mí, una viuda infortunada! ¡Nunca perdonaré a los que han cometido el crimen!

Geiselher, el agraciado joven, le comenzó a suplicar.

—Por cuanto lo exigís de mí —contestó ella—, lo saludaré. Pero el delito es grande, es vuestro. ¡Me ha causado el rey tantos males sin que yo los merezca! Mis labios le otorgaron el perdón, pero mi corazón le está cerrado para siempre.

—Todo se arreglará dentro de poco —le dijeron sus parientes—. Tal vez procure él que más adelante seáis dichosa.

—Él os consolará —le dijo el héroe Gernot. La desconsolada mujer le respondió:

—Bien veis que hago lo que queréis. Quiero saludar al rey.

Habiendo dado ella su consentimiento, el rey fue a su presencia, rodeado de sus mejores amigos, pero Hagen no se atrevió a presentarse: tenía remordimiento por su crimen y hubiera hecho muy mal.

Como quería dar al olvido el rencor que tenía en contra Gunter, dejó que la abrazara. Si su falta no hubiera sido causa de su desgracia, hubiera podido visitarla con mayor tranquilidad.

Nunca se llevó a cabo una reconciliación entre amigos con tantas lágrimas como aquélla. La pérdida experimentada le hacía sufrir mucho: perdonó a todos menos a un hombre; nadie lo hubiera matado si Hagen no se empeñara en ello.

Poco tiempo después hicieron de modo que la joven reina mandara llevar a las orillas del Rhin el gran tesoro del país de los Nibelungos: era lo que constituían

sus arras y tenía derecho a hacerlo.

Con objeto de traerlo, partieron Geiselher y también Gernot. La señora Crimilda mandó que fueran ocho mil hombres para sacarlo de donde estaba guardado bajo la custodia de Alberico y de sus amigos más valientes.

Cuando éstos vieron llegar a los que venían del Rhin, para llevarse el tesoro, el fuerte Alberico dijo a sus amigos:

—Si la noble reina lo reclama, no podemos conservar por más tiempo el tesoro, porque son sus arras.

» Yo nunca lo hubiera abandonado —añadió Alberico, con la desgracia de haber perdido a Sigfrido y la Tarnkappa, pues siempre la llevaba el esposo de Crimilda la hermosa—. Pero ahora sí, porque Sigfrido ha experimentado desgracia y perdido la Tarnkappa, con que el héroe conquistó todo el país.



El camarero se apresuró a ir en busca de las llaves. Delante de la montaña permanecían los enviados de Crimilda y muchos de sus amigos: recogieron el tesoro y lo llevaron hacia el mar, colocándolo en fuertes barcas, y lo condujeron por las ondas desde la montaña hacia el Rhin.

Podríais oír contar maravillas de aquel tesoro: doce carromatos grandes y fuertes casi no podían transportarlo en cuatro días y cuatro noches desde la montaña a las barcas, y cada carromato hacía tres viajes diarios.

Sólo consistía en piedras preciosas y oro. Aun cuando se hubiera comprado el mundo, pagándolo con oro no hubiera disminuido un marco. Con razón Hagen deseaba poseerlo.

En el tesoro se encontraba una varilla de oro; la de los deseos: el que la tuviera, podía ser dueño de todos los hombres de la tierra. Muchos de los amigos de Alberico partieron con

Gernot.

Cuando el héroe Gernot y el joven Geiselher se hubieron apoderado del tesoro, fueron señores también de los campos, de las ciudades y de muchos guerreros. Todo les quedó sometido de grado o por fuerza.

Cuando llevaron el tesoro al país del rey Gunter y la reina quedó en posesión de él, sus cámaras y las torres se llenaron. Hasta entonces nunca se había oído hablar de tan gran cantidad de riquezas.

Pero aun cuando el tesoro hubiera sido mil veces más grande, si Sigfrido hubiera podido resucitar sano y salvo, Crimilda hubiera permanecido gustosa a su lado con las manos vacías. Nunca un héroe tendrá una esposa tan fiel.

Cuando tuvo el tesoro, llamó al país a muchos guerreros extranjeros. Tanto daba la mano de aquella mujer, que nunca se vio bondad tan grande. Era muy virtuosa, debemos confesarlo.

Dio tanto a los pobres y a los ricos, que Hagen dijo al rey:

—Si vive sólo algún tiempo, conseguirá tener tantos hombres a su servicio que no quedará sino muy poco.

—Sus bienes le pertenecen —respondió el rey Gunter—, ¿cómo podré impedirle que haga lo que quiera? Con trabajo he conseguido que no me odie; nada me importan sus piedras preciosas, ni su oro rojo.

—Un hombre prevenido no dejaría ese tesoro en manos de una mujer —dijo Hagen—. Ella conseguirá tanto con sus regalos que llegará un día en que los fuertes Borgoñones tendrán que arrepentirse de habérselos dejado hacer.

—Yo he jurado —replicó Gunter— que jamás le causaré pena alguna y quiero cumplírselo; ella es mi hermana.

Hagen le respondió al momento:

—Déjame que sea yo el culpable.

Los juramentos que habían hecho no fueron respetados: quitaron a la viuda sus cuantiosas riquezas. Hagen se había apoderado de todas las llaves. Cuando su hermano Gernot supo esto, se enfureció. Así dijo el joven Geiselher:

—Muchas penas ha inferido Hagen a mi hermana; me opondré a que continúe: sino fuera mi pariente más cercano las pagaría con la vida.

De nuevo comenzó a llorar la viuda de Sigfrido.

—Más vale que en vez de atormentarnos por causa de ese oro —dijo el rey Gernot—, lo arrojemos al Rhin para que no sea de nadie.

Llorando ella se presentó a Geiselher y le dijo:

—Querido hermano, menester es que pienses en mí: sé el protector de mi vida y mis bienes.

Éste le contestó a su hermana:

—Así lo haré cuando volvamos: tenemos que hacer un viaje.

Gunter y sus parientes salieron del país, al menos los que eran más bravos. Sólo permaneció Hagen por el odio que profesaba a Crimilda; se quedó por

hacerle daño.

Antes que el rico rey volviera, Hagen se había apoderado del tesoro: todo entero lo llevó al Rhin, cerca de Lorsche. Esperaba disfrutar de él, pero no fue así.

Después Hagen de Troneja no pudo sacar nada del tesoro, como sucede a los que faltan a sus juramentos. El tesoro quedó perdido para él, lo mismo que para los demás.

Los príncipes volvieron acompañados de muchos hombres. Crimilda, con sus doncellas y mujeres, comenzó a lamentarse de la ofensa que había recibido: sombríos eran sus sentimientos. Allí estaba el héroe para servirla hasta la muerte.

Dijeron entre sí: «No ha obrado bien». Hagen huyó de la presencia de los príncipes, hasta que nuevamente volvió a su favor; pero el odio de Crimilda no podía ser ya más grande.

Con nueva pena se vio afligido su ánimo. Después de muerto su esposo, le arrebataban sus riquezas: toda su vida duró su queja sin acabar hasta el último día.

Después de la muerte de Sigfrido —ésta es la verdad— permaneció en el dolor trece años. La muerte del guerrero permanecía siempre fija en su ánimo. Ella le fue fiel, así lo afirman todos.

La señora Uta creó después de la muerte de Dankwart una rica abadía, dándole muchas fértiles tierras de labor, que eran suyas. El monasterio de Lorsche las poseía aún y fue muy honrado.

Crimilda dio también por el reposo del alma de Sigfrido y por el de todas las almas, una gran cantidad de oro y piedras preciosas.

Después que la señora Crimilda había concedido su perdón al rey Gunter, y después de haber perdido el tesoro por gran traición, sus dolores fueron más crueles: la noble y altiva mujer quería partir de allí.

La señora Uta se hizo preparar una suntuosa y amplia vivienda en el monasterio de Lorsche, a donde se retiró separándose de sus hijos. Allí reposaba la elevada reina en una tumba. Así dijo la reina viuda:

—Querida hija mía, por cuanto no quieres permanecer aquí, vente conmigo a mi casa de Lorsche, donde te dejaré llorar.

—¿Voy a dejar aquí a mi esposo? —le replicó Crimilda.

—Déjalo reposar aquí —le contestó la señora Uta.

—El Dios del cielo no lo quiera —replicó la buena esposa—, querida madre, nunca abandonaré a mi esposo; es menester que lo lleve conmigo.

La viuda dolorida lo hizo sacar de la tumba, y poco después sus nobles restos fueron enterrados en Lorsche con grandes honores, cerca del convento. El héroe reposó allí en gran ataúd.

Al tiempo en que Crimilda iba a partir, para reunirse con su madre, tuvo que detenerse a causa de unas noticias que desde muy lejos llegaron hasta el Rhin.

CANTO XX:[17]

De cómo el rey Etzel buscó a Crimilda



or aquel tiempo murió la señora Helke y el rey Etzel buscaba otra esposa. Sus amigos caminaron hacia el país de Borgoña, donde había una altanera viuda que se llamaba la señora Crimilda.

Cuando murió la hermosa Helke, la reina, dijeron:

—Si queréis conseguir una noble esposa, de elevado nacimiento, hay una princesa cuyo nombre es Crimilda: el fuerte Sigfrido fue su esposo.

—¿Cómo podrá ser eso? —contestó el poderoso rey—. Yo soy un pagano, un hombre poco estimado. La que me citáis es cristiana y no querrá casarse conmigo. Sería un milagro que esa alianza pudiera celebrarse alguna vez.

Los fogosos guerreros respondieron:

—Tal vez consienta ella, a causa de vuestra elevada posición y de vuestros cuantiosos bienes. Es menester conseguir el éxito cerca de esta noble viuda: mucho podréis amarla, por su extraordinaria belleza.

—¿Quién de los que hay aquí conoce a la gente y el país del Rhin? —contestó el noble rey.

Así dijo el buen Rudiguero de Bechlaren:

—Desde niño conozco a sus altos y poderosos reyes.

» Gunter y Gernot esos buenos y nobles caballeros; el tercero se llama Geiselher; cada uno de ellos es a cual más virtuoso y honrado y todos sus antepasados han sido lo mismo.

A su vez preguntó Etzel:

—Amigos, decidme ¿podré yo ceñirme la corona de aquel país? Si su belleza es tan grande como dicen, mis amigos no sentirán pena por ello.

» Ella se parece por su hermosura a mi esposa Helke, la rica: en la tierra no puede haber una reina más hermosa: en verdad que al que escoja para amigo, vivirá con el alma exenta de cuidados.

» Si me quieres —añadió—, Rudiguero, pídela para mí en matrimonio y si alguna vez Crimilda comparte el lecho conmigo, te recompensaré de la mejor manera, pues tú habrás procurado el logro de mis deseos.

» Te haré dar de mi tesoro lo bastante para que tú y tus compañeros viváis contentos: caballos, vestidos y todo lo que tú quieras. Esto haré preparar abundantemente para los mensajeros.

Así contestó el margrave, el rico Rudiguero:

—Si yo te sirviera por tus riquezas, no sería digno de alabanza. Yo seré tu mensajero en las orillas del Rhin, costeándome con los bienes míos, que he recibido de tus manos.

—¿Cuándo os dirigiréis hacia esa mujer digna de ser amada? —dijo el rico rey—. Quiera Dios conservaros en completo honor durante el viaje, así como también a mi esposa; y ojalá me sea concedido este favor por su bondad.

—Antes que salgamos de este país —contestó Rudiguero— es necesario preparar armas y vestidos: quiero llevar al Rhin quinientos héroes escogidos.

» Para que cuando los Borgoñones me vean a mí y a los míos, puedan decir todos: no ha habido un rey que desde tan gran distancia haya traído al Rhin hombres como los que contigo vienen.

» Y si tú noble rey, no abandonas el proyecto, porque en otro tiempo haya estado sometida a Sigfrido, el hijo de Sigemundo que has visto aquí; pueden en verdad reconocerle grande gloria y honor.

—Si ella ha sido la esposa del noble héroe que me has nombrado —contestó el rey Etzel—, digno era de afección el escogido del príncipe y no por esto desdeñaré a la reina. Por su extraordinaria belleza agrada ya mucho mi alma.

—Quiero hacerte saber —replicó el margrave— que partiremos de aquí dentro de veinticuatro días. Haré saber a Gotelinda, mi esposa amada, que soy el mensajero de Crimilda.

Rudiguero envió un emisario a su esposa que estaba en Bechlaren, para

decirle que iba a pedir una reina para el rey: ella se acordó tiernamente de la buena Helke.

Cuando la margrave supo la noticia, sintió pesar, pues no sabía cómo sería su nueva señora. Pensando en Helke sentía grande aflicción.

A los siete días Rudiguero salió del Huneland, el rey Etzel estaba sumamente alegre. Hizo preparar los trajes en la ciudad de Viena, no quería que el viaje se difiriera más tiempo.

En Bechlaren lo esperaba su esposa Gotelinda con la joven margravita, hija de Rudiguero, la una para ver a su padre, la otra para ver a su esposo. Allí, con alegre impaciencia, estaban también hermosas mujeres.

Antes que el noble Rudiguero saliera de la ciudad de Viena para Bechlaren, estaban preparados los vestidos y puestos en las bestias de carga. Había muchos y no dejaron ninguno.

Cuando llegaron a Bechlaren, ofreció en la ciudad alojamiento a sus compañeros de viaje, como amistoso huésped, y les procuró todas las comodidades. Gotelinda la rica experimentó grande alegría al ver llegar al jefe.

Lo mismo sucedió a su amada hija, la joven margrave; nunca la llegada de su padre podía ser más agradable. ¡Con cuánta alegría veía llegar a los héroes del Huneland! Con alegre sonrisa les dijo la noble joven:

—Seáis bienvenido, padre mío, con todos los que os acompañan.

Muchos hombres valientes dieron las gracias a porfía a la joven margrave. La señora Gotelinda conocía los cuidados del noble Rudiguero.

Por la noche, cuando se acostó al lado de Rudiguero, la margrave con afectuoso acento le preguntó a dónde lo había enviado el príncipe de los Hunos.

—Mi esposa Gotelinda —le dijo— os lo haré conocer.

» Voy a pedir para mi señor otra esposa porque ha muerto la hermosa Helke. Viajo hacia el Rhin donde está Crimilda, que será la elevada a reina de los Hunos.

—Quiera Dios —dijo Gotelinda—, que sea así, por cuanto grandes cosas oímos contar de ella; tal vez en remotos días nos consuele de la pérdida de Helke; bien podemos dejarle ceñir la corona de los Hunos.

—Querida esposa mía —le contestó el margrave Rudiguero—, a los que viajan conmigo hacia el Rhin es menester ofrecerles amistosamente de nuestros bienes; cuando los héroes están ricos, sienten su espíritu elevado.

—No habrá uno de los que contigo han venido —contestó ella—, al que no dé lo que mejor quiera antes de que marches tú y los que te acompañan.

En seguida dijo el margrave:

—Será para mí una grande alegría.

¡Oh!, ¡cuántas ricas telas sacaron de sus cámaras! Dieron a los nobles guerreros cantidad bastante de tela para vestirse desde la cabeza a las espuelas; lo que les agradaba, Rudiguero lo escogía para ellos.

A la séptima mañana salieron de Bechlaren el jefe con sus guerreros. Ellos

llevaban abundantes trajes y armas a través del Baierland. En los caminos no fueron atacados por los bandidos.

Después de doce días llegaron al Rhin. El conocimiento de esta noticia no podía ser secreto: al rey y a los suyos hicieron saber que habían llegado extranjeros.

El príncipe preguntó:

—¿Hay aquí alguien que los conozca?, debe decírmelo.

Veían a las bestias de carga llevar pesados fardos; por esto conocían que eran ricos guerreros. En la ciudad prepararon para ellos buenos alojamientos.

Cuando los extranjeros entraron en la población miraron atentamente a los jefes. Ellos se preguntaban de donde habrían venido al Rhin. El príncipe preguntó a Hagen de donde habrían llegado aquellos guerreros. El héroe de Troneja le respondió:

—Todavía no los he visto; cuando los haya examinado, puedo afirmar que de muy lejos deben venir, sin importar de donde, para que yo no los conozca.

Los huéspedes habían ocupado sus alojamientos. El mensajero llevando rico traje se adelanta con los que le acompañan hacia la corte. Llevaban buenos vestidos, perfectamente cortados.

—Si no estoy engañado —dijo Hagen el atrevido—, pues hace mucho tiempo que no he visto a estos señores, por su aspecto me parecen Rudiguero el de Huneland, ese guerrero fuerte y distinguido.

—¿Cómo es que el de Bechlaren ha venido a este país? —exclamó el rey. Acababa de pronunciar estas palabras el rey Gunter, cuando el fuerte Hagen vio al buen Rudiguero.

Él y sus amigos salieron a su encuentro: se apearon de sus caballos quinientos guerreros atrevidos. Muy bien recibidos fueron los del Huneland; nunca los mensajeros habían llevado tan buenos vestidos. Hagen de Troneja exclamó en voz alta:

—Sed bienvenidos guerreros, príncipe de Bechlaren y todo su acompañamiento.

Los atrevidos Hunos fueron recibidos, con grandes honores. Los más próximos parientes del rey se aproximaron; Ortewein de Metz dijo a Rudiguero:

—Hace mucho tiempo que no hemos tenido huéspedes que nos agraden tanto, os lo digo con eterna sinceridad.

Ellos dieron las gracias al guerrero por su saludo. Después fueron con su acompañamiento al salón donde estaba el rey con muchos hombres valientes. Se levantó de su asiento haciéndolo con gran cortesía.

Con gran cariño se adelantó hacia el mensajero y todos sus héroes. Gernot recibió con honor al extranjero y a los que le acompañaban. El rey cogió la mano al buen Rudiguero.

Lo llevó hasta el asiento que él ocupaba. Hizo dar a los huéspedes (y lo hacía

con buena voluntad) rico hidromel y el mejor vino que podía encontrarse en el país del Rhin.

Geiselher y Gere habían llegado también con Dankwart y Volker, que supieron pronto la llegada de los extranjeros. Estaban muy contentos; ellos saludaron delante del rey a los caballeros nobles y buenos. Hagen de Troneja dijo a Gunter, su señor:

—Vuestros fieles deben hacer conocer por sus servicios la deferencia que nos hace el margrave; es menester que reciba recompensa el esposo de la bella Gotelinda.

—No quiero retardarlo —respondió el rey Gunter—, dime cómo se encuentra Etzel y su esposa Helke en el Huneland.

—Os lo haré saber con gusto —respondió el margrave. Se levantó de su asiento e hicieron lo mismo los que le acompañaban. Dijo al rey—. Por cuanto me permites darte las noticias, no quiero tardar; el rey Etzel me envía al país de Borgoña.

—Cualquiera que sea la noticia que me traigáis —respondió Gunter—, hacédmela saber sin pedir permiso a mis amigos. Dímela a mí y a mis guerreros: aquí puedes pretender todos los honores.

El elevado mensajero dijo:

—Mi gran rey ofrece sus servicios al del Rhin, así como también a todos los amigos que lo acompañan; este mensaje lo cumplo con grandísima satisfacción.

» El noble rey os hace saber su desgracia: su pueblo no tiene alegría, mi señora ha muerto, Helke la rica, la esposa de mi señor: con esto ha quedado en gran orfandad muchos jóvenes, nobles, hijos de príncipe, que ella educaba. Por esto el país se encuentra en grande aflicción; ellos no tiene a nadie que los cuide con ternura. También pienso que el pesar del rey se desvanecerá lentamente.

—Que Dios lo recompense —dijo Gunter—, por el ofrecimiento que de sus servicios me hace a mí y a mis amigos. Grande es mi alegría por su saludo, cuando volváis llevaréis los míos.

—El mundo —dijo el noble Gernot de Borgoña—, debe llorar la muerte de la hermosa Helke, por las muchas elevadas virtudes que practicaba.

Hagen y muchos otros guerreros dijeron lo mismo. A su vez dijo Rudiguero, el noble y elevado emisario:

—Si me lo permitía, señor rey, diré lo que me ha encargado deciros mi querido señor que vive con gran pena por la muerte de la reina Helke.

» Ha dicho a mi señor que Crimilda está sin esposo porque murió Sigfrido; si lo que dicen es verdad y vos lo consentís, ella ceñirá la corona ante los guerreros de Etzel; esto me encargó mi señor que te dijera.

El rey Gunter respondió con gran benevolencia:

—Ella colmará mis deseos si acepta. Yo os lo haré saber dentro de tres días; pues si ella no se niega, no puedo rehusarlo por mí a Etzel.

Entretanto proporcionaron a los extranjeros todas las comodidades. Fueron tan bien tratados, que Rudiguero comprendió que tenían buenos amigos entre la gente del rey Gunter. Con gusto los servía Hagen, como en otro tiempo al señor Etzel.

Allí permaneció Rudiguero hasta el tercer día. El príncipe convocó su consejo e hizo muy bien; preguntó a sus amigos si les parecía bien que Crimilda tomara por esposo al señor Etzel.

Todos se lo aconsejaron menos Hagen. Aquel fuerte guerrero dijo al rey Gunter:

—Si tenéis sano juicio no hagáis tal cosa, aunque ella quiera no consintáis jamás.

—¿Por qué no he de consentir? —preguntó Gunter—. Con mucho gusto concederé a la reina todo lo que me pida, porque es mi hermana. Nosotros no debemos anticiparnos a todo lo que sea para su honor.

—Desechad ese propósito —replicó Hagen—. Si conocierais a Etzel como yo, experimentaríais no sin motivo muchos cuidados y penas, en el caso de que ella se uniera a él según se pretende.

—¿Por qué? —preguntó Gunter—, puedo muy bien no unirme a él y no experimentar su cólera aunque se haga su esposo.

—Jamás os daré tal consejo —replicó en seguida Hagen.

Hicieron buscar a Gernot y a Geiselher para preguntar a los dos si les parecía bien que la señora Crimilda tomara por esposo al elevado rey. Hagen volvió a negarlo, pero ninguno más. Así dijo Geiselher el héroe de los Borgoñones:

—Ahora podéis manifestar alguna lealtad, amigo Hagen: resarcirla ahora de los males que le habéis causado. Deja de negar lo que puede ser un bien para ella.

» Ya habéis causado a mi hermana grandes penas —Geiselher añadió aún—. Si os odia, no es sin motivo; nadie ha quitado a una mujer tanta felicidad.

—Quiero haceros comprender lo que no veis. Si se hace esposa de Etzel y sigue viviendo en su país, nos hará experimentar grandes pesares. Allí tendrá a su servicio muchos hombres valientes.

El fuerte Gernot respondió a Hagen:

—Puede muy bien suceder que antes de la muerte de los dos, no visitemos el país de Etzel. Les seremos fieles y con ello conseguiremos su honor.

—Nadie me responderá de eso —replicó Hagen al momento—. Digo que si la noble Crimilda ciñe la corona de Helke, no sé como será, pero sucederá una desgracia.

Entonces dijo con cólera Geiselher, el arrogante hijo de Uta:

—Nosotros no obraremos todos traidoramente. Debemos estar contentos del honor que nos hacen. Por más que digáis, Hagen, siempre la serviré fielmente.

Cuando Hagen escuchó estas palabras, se irritó. Geiselher y Gernot, los

elevados y nobles caballeros y Gunter el rico, acordaron que si Crimilda quería, consentirían en el matrimonio sin ninguna mala intención. El margrave Gere dijo entonces:

—Le preguntaré si quiere complacer al rey Etzel. Le haré saber que muchos guerreros le estarán sometidos con respeto, y que él puede resarcirla de todas las penas que ha sufrido.

El distinguido héroe fue a donde estaba Crimilda. Ella lo recibió cariñosamente; en seguida le dijo:

—Bien podéis saludarme y concederme la recompensa de los mensajeros: un gran placer viene a sacaros de vuestra desgracia.

» Por vuestro amor, señor, un rey poderoso entre todos los que con honor han ceñido la corona, envía nobles guerreros para pediros en matrimonio: esto es lo que vuestros hermanos os hacen saber.

Así contestó la rica en pesares:

—Líbreos Dios a vos y a todos mis amigos de gastar esas burlas con una pobre viuda: ¿qué puedo yo ser para un hombre que merece el elevado amor de una buena mujer?

Añadió muchas otras objeciones. Llegaron en seguida su hermano Gernot y el joven Geiselher. Le suplicaron amorosamente y calmaron su espíritu diciéndole que si aceptaba al rey sería un bien para ella.

Por más que hicieron no pudieron lograr que la reina concediera su amor a otro hombre en la tierra. Y le dijeron a los héroes:

—Ya que no hacéis más, recibid al menos con calma a los mensajeros.

—No me negaré a ello —respondió la elevada señora—. Recibiré con agrado al buen Rudiguero por sus elevadas virtudes, pero no recibiré a ningún mensajero más, cualquiera que venga —y añadió—: Decid al héroe que mañana por la mañana venga a mi cámara. Quiero que me escuche, y yo misma le daré a conocer mi decisión. —Después rompió a llorar con gran aflicción.

Lo que más deseaba el noble Rudiguero era ver a la distinguida reina. Se tenía por hábil; si la cosa era posible el guerrero contaba decidirla en su favor.

A la mañana siguiente muy temprano, en tanto que cantaba la misa, llegó el noble mensajero; la multitud se apiñaba. Allí con Rudiguero para acompañarlo a la corte, se veían muchos guerreros magníficamente vestidos.

La pobre Crimilda, con el espíritu triste, esperaba a Rudiguero el noble emisario. La halló con el vestido que se ponía todos los días, pero sus doncellas tenían magníficos trajes.

Salió a su encuentro hasta la puerta y recibió con cariño a los guerreros de Etzel. Se adelantó el duodécimo y le hicieron cordiales ofrecimientos. ¿Cuándo se había recibido a más noble mensajero?

Hicieron sentar al héroe y a su gente. Los dos margraves Eckewart y Gere, los nobles y buenos caballeros estaban de pie ante ella. La presencia de la señora

de la casa no dejó de imponer a ninguno.

Veían sentadas allí muchas hermosas mujeres. La elevada señora Crimilda era todo dolor. Su traje, que le cubría hasta el cuello, estaba humedecido con las lágrimas ardientes. Bien vio el noble margrave su grande aflicción. El distinguido emisario dijo:

—Muy noble hija de reyes, a mí y a los que han venido conmigo permítenos que expongamos la misión, causa de vuestro viaje.

—Yo os permito —contestó la reina— que digáis vuestro mensaje; os escucho con mi alma, pues sois un buen emisario.

Los demás sabían que ella no estaba dispuesta a ceder. Así dijo el margrave Rudiguero de Bechlaren:

—Inspirado por el más profundo amor, señora, Etzel, el elevado rey, nos envía a este país: ha enviado para que soliciten vuestro amor a muchos buenos guerreros.

» Os ofrece un tierno amor sin mezcla de pena; promete ser siempre amante como lo fue con Helke que tanto le llenaba el corazón: el llevar solo la corona lo ha entristecido mucho.

Así le respondió la reina:

—Margrave Rudiguero, cualquiera que conociese mi cruel aflicción no me incitaría ciertamente a amar a otro hombre; yo he perdido un esposo como jamás lo tuvo mujer alguna.

—¿Qué puede consolar vuestro dolor —replicó el fuerte guerrero—, sino un tierno amor? Uno puede escoger y entregarse al que llenó nuestro corazón. Para desechar tanta pena de vuestra alma nada os sería tan conveniente.

» Y si consentís en amar a mi noble señor, tendréis bajo vuestro dominio doce ricas coronas. Además el señor de mi país añadirá treinta principados, que conquistó con la fuerza de su brazo.

» Llegaréis a ser la soberana de muchos hombres altivos que estaban sometidos a mi señora Helke y de muchas hermosas jóvenes descendientes de reyes que tenía a su servicio. —Así dijo el elevado héroe:

—Si accedéis a llevar la corona con el rey, tengo encargo de deciros que mi señor añadirá aún la autoridad soberana que disfrutaba Helke: todos los hombres de Etzel estarán bajo vuestro dominio.

—¿Cómo podré —contestó la reina— llevar a mi alma el deseo de ser la esposa de un héroe? A mí me ha herido la muerte con un pesar tan amargo, que tendré que sufrir hasta mi fin.

—Muy rica reina —replicaron en seguida los Hunos—, la vida que lleváis al lado de Etzel te será tan cómoda, que si nuestros deseos se realizan, vuestra dicha será completa; muchos fuertes guerreros tiene el rey a su disposición.

» Las jóvenes de Helke y vuestras vírgenes formarán un solo acompañamiento que alegrará el alma de muchos guerreros. Seguid nuestro

consejo, señora, y será un bien para vos.

Ella respondió con noble acento:

—Dejad ahora esos razonamientos hasta mañana temprano; venid entonces a mí y os responderé la cuestión que os preocupa.



Los fuertes héroes tuvieron que hacer lo que decía. Cuando volvieron a sus alojamientos, la noble señora hizo llamar a Geiselher y a su madre; a los dos dijo que ella debía llorar y nada más. Así respondió su hermano Geiselher:

—Hermana mía, me han hecho saber que el rey Etzel podría consolarte de tus dolores y de tus penas, si lo tomas por esposo: cualquier cosa que puedan aconsejarte, me parece que debías acceder a ella.

» Él podría en verdad consolarte —añadió Geiselher—. Del Rotten hasta el Rhin, de el Elba hasta el mar, no hay un rey que sea tan poderoso. Tú debes alegrarte mucho de que te escoja por reina.

—Querido hermano —contestó ella—, ¿cómo me aconsejas eso? Quejarme y llorar es lo que me conviene. ¿Cómo podría presentarme ante los guerreros en su corte? Si en otro tiempo fui bella, hace mucho que no lo soy.

La señora Uta dijo a su querida hija:

—Haz querida niña lo que tu hermano te aconseja. Sigue a sus amigos y serás feliz. Hace mucho tiempo que te veo sumida en profundo dolor.

Ella había rogado mucho al cielo que aún fuera feliz: que pudiera distribuir oro, plata y vestidos como cuando vivía su esposo el altivo héroe, ella no vivió más felices días.

Así pensaba Crimilda: « ¿Debo yo entregar mi cuerpo a un pagano? Soy una mujer cristiana y tendría que arrastrar siempre la vergüenza por todo el mundo; aunque me diera todas sus riquezas, no debo seguirle» .

En esto se afirmó. La noche hasta el día la señora la pasó en el lecho torturada por sus pensamientos. Sus brillantes ojos derramaron lágrimas hasta la mañana cuando fue a maitines.

A la hora de la misa llegaron los reyes; ellos tomaron de la mano a su hermana y le aconsejaron corresponder al amor del de Huneland. Ninguno de ellos halló mujer más contenta.

Hicieron venir a los emisarios de Etzel que deseaban partir del reino de Gunter con un sí o un no. Llegó a la corte Rudiguero: los guerreros le dijeron que les parecían buenas las disposiciones del noble príncipe, que se les hicieran saber para volver a su país que estaba muy distante. Rudiguero fue llevado a donde estaba Crimilda.

Comenzó el guerrero a suplicar a la noble reina con amorosas palabras, que le dijera lo que había de responder a Etzel el rey de su país. El héroe no halló en ella más que resistencia.

—No quiero conceder nunca mi amor a un hombre.

—Eso no es obrar rectamente —le respondió el margrave—, ¿cómo queréis dejar perder un cuerpo tan encantador? Podéis ser con honor la esposa de un excelente guerrero.

De nada sirvieron sus ruegos hasta que Rudiguero dijo a la reina que él podría vengarla de las grandes penas que había sufrido. Entonces comenzó a aliviar su dolor.

—Dejad vuestro llanto —dijo a la reina—, aunque tuvierais sólo entre los Hunos nada más que a mí, cualquiera que os ofenda tendrá mucho que sufrir.

Con esto comenzó a disminuir la aflicción de la señora y dijo:

—Juradme, Rudiguero, que cualquiera que sea el que me ofenda vos seréis el primero en vengar mi afrenta.

—Estoy dispuesto a hacerlo, señora —le respondió el margrave.

Con todos sus hombres juró aquello Rudiguero y le prometieron que los distinguidos guerreros del país de Etzel no le negarían nada que pudiera referirse a su honor: así lo juró Rudiguero extendiendo la mano.

La fiel esposa pensaba: « Si puedo hacerme con tantos amigos, dejaré que la gente diga de mí lo que quiera por mi desgracia. Nada me importa, podré vengar

la muerte de mi amado esposo».

Pensaba: «Ya que el señor Etzel tiene tantos guerreros, haré lo que quiera cuando los mande. Él tiene tantas riquezas que podrá darme mucho; nada me ha dejado de mis bienes el cruel Hagen».

Así contestó a Rudiguero:

—Si no me hubieran dicho que es pagano yo hubiera accedido con gusto y lo hubiera tomado por esposo.

—No digáis eso, señora —replicó en seguida el margrave—. No es pagano por completo, estad segura; estaba medio convertido mi querido señor, cuando se volvió pagano: si lo amarais, señora, no se perdería la esperanza.

» Tiene tantos guerreros que son cristianos, que cerca del rey no sufriréis pesar ninguno; yo creo que el buen rey volverá a Dios si os hacéis su esposa.

Así dijeron a sus hermanos:

—Concédelo, hermana mía, y desecha la aflicción en que estás. —Le rogaron tanto tiempo, que al cabo dijo con tristeza delante de aquel héroe que sería de Etzel. Añadió Geiselher—: ¡Os seguiré, pobre reina! Os seguiré al Huneland tan pronto como tenga amigos que me acompañen a ese país.

Después la hermosa Crimilda dio su mano a los guerreros. El margrave dijo:

—Si entre los vuestros tenéis dos guerreros, yo tengo aquí muchos más; con estos podremos conduciros con honor fuera del Rhin. No es menester que permanezcáis más tiempo entre los Borgoñones.

» Quinientos hombres tengo conmigo y además mis parientes; os servirán aquí y cuando estemos junto a Etzel harán lo mismo, yo obraré de igual manera cuando me lo advirtáis, para no caer en falta.

» Haced preparar vuestros caballos de viaje, nunca los consejos de Rudiguero os causarán pesar. Haced advertir a las vírgenes que deben ir con vos; durante el camino encontraremos muchos guerreros distinguidos.

Ella poseía aún ricos adornos por los que se había luchado en tiempo de Sigfrido y éstos podrían llevarlos con honor, durante el camino, muchas jóvenes. ¡Oh!, ¡cuántas buenas sillas se prepararon para las hermosas mujeres!

Los ricos trajes que habían llevado en otro tiempo los prepararon para el viaje, pues les decían muchas cosas del rey; abriéronse entonces los cofres que hacía mucho tiempo tenían cerrados.

Muy ocupados estuvieron durante cinco días y medio sacando de sus envolturas lo que tenían guardado. Crimilda abrió su tesoro; quería hacer ricos a todos los que habían acompañado a Rudiguero.

Ella tenía todavía oro del país de los Nibelungos: era su intención distribuirlo entre los Hunos. Cien mulas no hubieran bastado para transportarlos. Hagen supo todas las noticias que se referían a Crimilda.

—Por cuanto Crimilda no me ha de volver nunca a su favor —dijo—, es menester que aquí se quede el oro de Sigfrido. ¿Por qué he de dejar a mis

enemigos tan grandes bienes? Yo sé muy bien lo que quiere hacer con ese tesoro.

» Si se lo lleva de aquí, creo que lo distribuirá en hacer crecer el odio en contra mía. Ellos no tiene caballos para llevárselo. Hagen quiere guardarlo, que se lo hagan saber a Crimilda.

Cuando a ella dieron esta noticia, experimentó amarga pena. También se lo dijeron a los tres reyes y quisieron oponerse. Como esto no sucediera, el noble Rudiguero dijo con grande alegría:

—Rica hija de reyes ¿por qué lloráis ese oro? Tan sometido os está el rey Etzel que si os ven sus ojos os dará tantas riquezas que jamás podréis gastarlas; así os lo garantizo, señora.

Le respondió la reina:

—Muy noble Rudiguero, nunca una hija de reyes ha tenido tantas riquezas como Hagen me ha quitado.

Su hermano Gernot se acercó a la cámara del tesoro. Con el permiso del rey introdujo la llave en la puerta. Distribuyó el rico tesoro de Crimilda que valdría treinta mil marcos o más y lo hizo aceptar a los extranjeros; Gunter aprobó lo hecho. Así dijo el de Bechlaren, esposo de Gotelinda:

—Aunque mi soberana Crimilda tuviera tantas riquezas como en otro tiempo le trajeron del país de los Nibelungos, ni mi mano ni la de la reina las tocara.

» Conservadla para vosotros, yo no las quiero. He traído de mi país bastantes bienes para no carecer de nada en el camino: tengo suficiente para hacer todos los gastos del viaje.

Ofrecieron a las vírgenes doce cofres llenos del mejor oro que pudo encontrarse de los antiguos tiempos, dándoles galas de mujeres que debían usar en el camino.

La cólera del furioso Hagen era muy fuerte. Ella tenía todavía mil marcos de oro de las ofrendas y las distribuyó por el alma de su querido esposo. Parecía a Rudiguero que obraba con gran bondad. La desgraciada reina dijo:

—¿Dónde están los amigos que por amor a mí quieren viajar en mi compañía hasta el país del rey Etzel? Que tomen de mi oro y compren caballos y vestidos.

—Todo el tiempo que he sido de vuestro acompañamiento os he servido con fidelidad —dijo el margrave Eckewart, y añadió el guerrero—: Lo mismo quiero hacer hasta el fin de mi vida.

» Quiero llevar también conmigo quinientos de mis hombres que os servirán con gran placer. La muerte sólo nos puede separar.

Crimilda dio las gracias al guerrero, se sentía conmovida. Hicieron acercar los caballos, querían abandonar el país. Muchas lágrimas vertieron sus amigos. Uta la rica y muchas hermosas jóvenes demostraron cuánto de corazón querían a Crimilda; cien hermosas vírgenes del país vestidas llevó consigo de la mejor manera. De sus brillantes ojos caían lágrimas; grande alegría debía experimentar más adelante en el país del rey Etzel.

También llegaron con su acompañamiento, como la cortesía lo mandaba, el joven Geiselher y el rey Gernot, para acompañar a su querida hermana a la salida del país: llevaban consigo más de mil fieros guerreros.

También fueron con ellos el rápido Gere y Ortewein, Rumold el jefe de las cocinas que querían ir con ella. Hicieron preparar sus alojamientos para la noche hasta las orillas del Donan. Gunter los acompañó hasta poca distancia de la ciudad.

Antes de abandonar el Rhin enviaron rápidos mensajeros al Huneland para hacer saber al rey que Rudiguero le había conseguido la noble princesa.

Los mensajeros fueron muy deprisa: querían llegar pronto para conseguir gran honor y la rica recompensa de su mensaje. Cuando llegaron con la noticia, fue la más agradable que el rey Etzel había recibido.

Por esta grande alegría, el rey dio a los mensajeros tantos presente que pudieron vivir alegres en la opulencia hasta su muerte. La satisfacción hizo desaparecer el pesar y los cuidados del rey.

CANTO XXI:

De cómo Crimilda fue al Huneland



ejando caminar a los mensajeros, haremos saber cómo la joven reina viajó por el país y dónde la dejaron Geiselher y Gernot.

Llegaron hasta Vergen sobre el Donau. Allí se despidieron de la reina, pues querían volver al Rhin. No pudieron los buenos amigos separarse sin verter lágrimas. El atrevido Geiselher dijo a su hermana:

—Hermana, si en algún tiempo tienes necesidad de mí, si llegaras a temer cualquier peligro, házmelo saber y por servirte yo iré hasta el país del rey Etzel.



Sus parientes le besaron la boca y los fuertes Borgoñones se despidieron cariñosamente de los hombres que habían ido con Rudiguero. A la reina seguían muchos agraciados jóvenes.

Cientocuatro iban vestidos con hermosos trajes de vistosos colores; llevaban anchos escudos alrededor de la reina durante el camino. Muchos altivos guerreros volvieron atrás para regresar a sus pueblos.

Los demás avanzaron siguiendo el Donau hasta el Baierland: cundió la noticia de que habían llegado muchos y desconocidos huéspedes, al sitio en que hoy se halla un monasterio y donde el Jura se confunde con el Donau.

En la ciudad de Passau había un obispo. Todos los alojamientos y el palacio del príncipe quedaron desiertos; todos fueron con prisa al Baierland para ver a los huéspedes en el sitio en que el obispo Pilguerin se encontró con la hermosa Crimilda.

Los guerreros del país no experimentaron pesar ninguno viendo tantas hermosas jóvenes como la seguían. Con los ojos requebraban a las hijas de los nobles caballeros. Buenos alojamientos dieron a todos los que las acompañaban.

En Pledelingen les dieron cuanto podían necesitar; el pueblo corría por todas partes, les regalaban cuanto deseaban y ellos lo aceptaban con honor, así sucedió en todos los sitios.

El obispo con su sobrina se encaminó hacia Passau. Cuando dijeron a los habitantes de la ciudad que la joven hermana de los príncipes, Crimilda, iba a llegar, todos los comerciantes se prepararon a recibirla con honor. Como el obispo creía que iban a quedarse allí algunas noches, el margrave Eckewart le dijo:

—No puede ser, debemos encaminarnos hacia las tierras de Rudiguero; muchos guerreros nos esperan, pues saben que llegamos.

La noticia llegó hasta la hermosa Gotelinda: se preparó deprisa con su hija, pues Rudiguero le había hecho saber que sería bueno consolar en su pesar a la joven reina.

Salieron con muchas damas en su compañía para encontrarles hasta el Ence. Así fue hecho y por todos los caminos se veía mucha gente a pie y a caballo que iban a recibir a los extranjeros.

La reina había llegado a Everdingen. Muchos habitantes del Baierland hubieran querido robar a los caminantes según su costumbre, y tal vez lo hubieran asaltado violentamente.

Pero los contuvo en respeto el noble Rudiguero; llevaba consigo mil caballeros y aún más. Llegó allí Gotelinda la esposa de Rudiguero, con muchos fuertes guerreros suntuosamente vestidos.

Cuando hubieron llegado a la campiña, más allá del Tranne junto al Ence, vieron levantadas por todas partes tiendas y chozas, en las que los extranjeros debían pasar la noche. El margrave proporcionaba los víveres a su costa.

Su esposa, la hermosa Gotelinda, abandonó su alojamiento. Por el camino se veían venir muchos magníficos caballos con sonantes bridas. La recepción fue magnífica. Rudiguero estaba muy alegre.

Los que venían de ambas partes al campo lo hacían de una manera ostentosa; allí había muchos héroes. Celebraron torneos en presencia de las hermosas jóvenes y el servicio de la joven reina no causaba pesar a los guerreros.

Cuando llegaron cerca de los extranjeros los hombres de Rudiguero, muchas astas de lanzas rotas por las manos de los guerreros volaron en astillas. Lucharon ante las mujeres por conquistarse premios.

Se detuvieron. Con mucha cortesía se saludaron los hombres; después la hermosa Gotelinda fue llevada a la presencia de Crimilda. Los que estaban para servir a las mujeres tuvieron gran satisfacción.

El jefe de Bechlaren se encaminó a donde estaba Gotelinda. Gran placer era para la margrave verlo volver sano y salvo del Rhin; su gran cuidado fue reemplazado por grande alegría.

Después de haberla saludado, le dijo que echaran pie a tierra en el campo

con todas las mujeres que le acompañaban. Allí estaban muy atareados muchos nobles hombres que ponían gran cuidado en servir a las mujeres.

Cuando Crimilda vio venir a la margrave con su acompañamiento, dijo que no se siguiera adelante; detuvo su caballo con la brida y suplicó que le ayudaran a bajar de la silla.

El obispo llevaba a su sobrina hacia Gotelinda, de acuerdo con Eckewart, en el momento en que todos se separaban. Allí la extranjera besó en la boca a la margrave. Así dijo con tierno acento la noble margrave:

—Gran satisfacción es para mí, querida señora, el que mis ojos os hayan podido ver en este país: en ningún tiempo me hubiera podido ocurrir nada más agradable.

—Dios os lo pague, muy noble Gotelinda —respondió Crimilda—. Si yo conservo la salud con el hijo de Botelungo será un bien para vos haberme visto aquí.

Las dos ignoraban lo que tenía que suceder. Con mucha cortesía se saludaron las demás jóvenes; allí estaban los guerreros para servirlas. Después de saludarse se sentaron sobre la hierba y supieron muchas cosas que ignoraban por completo.

Escanciaron la bebida a las mujeres. Sería próximamente medio día, el noble acompañamiento no reposó mucho tiempo en aquel sitio; se encaminó hacia las tiendas en que tenían preparado cuanto podían desear.

Descansaron toda la noche; los de Bechlaren lo prepararon todo para recibir a tan distinguidos hombres; Rudiguero les ofreció todo lo que podían desear.

La hija del margrave con su acompañamiento salió a recibir a la reina cariñosamente; allí estaba su madre, la esposa de Rudiguero y muchas jóvenes que la saludaron con afecto.

Cogiéronse de la mano y se dirigieron a una espaciosa sala muy bien adornada bajo la que corría el Donau. Sentáronse junto a las ventanas y se distrajeron grandemente.

No os puedo decir todo lo que sé. Se marcharon con pena y se escuchó cómo se quejaban los guerreros de Crimilda, pues era verdadero su pesar. ¡Cuántos buenos guerreros de Bechlaren marcharon en su compañía!

El margrave les ofreció cariñosamente sus servicios. La joven reina dio a la hija de Gotelinda doce brazaletes de oro rojo y algunos buenos vestidos como no los llevaba mejores en el país del rey Etzel.

Aunque le había sido robado el oro de los Nibelungos ella se conquistaba la afección de todos, con los pocos bienes que le habían quedado. Al acompañamiento del jefe les hizo grandes regalos.

Por su parte la señora Gotelinda trató a los extranjeros del Rhin con sumo honor, haciendo grandes y pequeños regalos, de modo que no había quien pudiera decir que no había recibido piedras preciosas o magníficos vestidos.



Después de haber tomado el desayuno, y antes de marchar, la señora de la

casa ofreció con cariñoso respeto sus servicios a la esposa de Etzel. Mucho acarició a su joven hija. Ésta dijo a la reina:

—Si os fuera grato sé que mi querido padre me permitiría ir con vos al Huneland.

¡La señora Crimilda comprendió cuán querida era!

Los caballos fueron llevados ante Bechlaren. Allí la noble reina se despidió de la esposa de Rudiguero y de su hija; también con grandes cumplimientos se separaron muchas hermosas jóvenes.

Ellos casi no volvieron a verse después de aquel día. De Medelick se escanció vino a los extranjeros durante el viaje; habían sido muy bien recibidos.

Había allí un príncipe llamado Astoldo, que les indicó los caminos por el Osterland hacia Montoron por el Donau; por aquellos sitios ofrecieron muchos servicios a la rica reina.

El obispo se separó con gran pesar de su sobrina. ¡Con cuánta piedad le deseó feliz viaje y que consiguiera en el país de los Hunos tan grande honor como había conquistado Helke!

En los días siguientes, los extranjeros siguieron hasta el Traisem, la gente de Rudiguero los sirvió en su país hasta que llegaron los Hunos. Por todas parte hicieron grande honor a la reina.

El príncipe del Huneland tenía cerca del Traisem una rica población muy célebre, cuyo nombre era Traisemauer, residencia de Helke, donde practicaba sus virtudes de una manera como nadie ha visto si no es Crimilda, que tenía gusto en dar con largueza. Ella podía disfrutar después de sus infortunios del placer de verse honrada por la gente de Etzel.

Los dominios del rey Etzel era conocidos hasta muy lejos, y en todo tiempo se hallaban en su corte fortísimos guerrero de los más renombrados entre los cristianos o los paganos.

Todos habían llegado allí; lo mismo los cristianos que los paganos se habían reunido siempre en su corte, y cualquiera que fuera la manera de vivir de cada uno, la bondad del rey era tanta, que todos estaban contentos.



CANTO XXII:[18]

De cómo Crimilda fue recibida por los Hunos



ermaneció en Traisemauer cuatro días. El polvo del camino no pudo posarse, pues de continuo estaba agitado como los torbellinos de un incendio. Eran los hombres de Etzel que se encaminaban a través del Oestereicherland.

Anunciaron al rey Etzel que la muy noble señora Crimilda se adelantaba hacia su reino; y desapareciendo de su alma todo el dolor, el rey salió al encuentro de la tan digna de honor.

Por el camino y delante del rey Etzel se veían caminar a numerosos grupos de guerreros cristianos y paganos que hablaban distintas lenguas y todos los cuales eran nobles guerreros. Iban suntuosamente al encuentro de los señores.

Caminaban muchos hombres de los Reuzen y de los Griechen. Los Polacos y los Walachos acudieron precipitadamente, cabalgando en buenos y ligeros caballos. No se ocultaban siguiendo su costumbre.

Del país de Kiewe se veían muchos guerreros y también salvajes del

Peschenege. Éstos eran muy diestros en disparar el arco a los pájaros al vuelo, lanzando sus flechas al blanco con prodigioso acierto.

A orillas del Donau en el Oestereicherland hay una ciudad llamada Tuina. Allí aprendió Crimilda muchas extrañas costumbres que jamás había visto. Allí fue recibida por muchos a quienes había de causar grandes males en el tiempo venidero.

Precediendo al rey Etzel cabalgaban un ejército escogido, alegre y rico, magnífico y numeroso compuesto de veinte y cuatro príncipes ricos y de elevado nacimiento: no deseaban otra cosa que ver a su reina.

El señor Ramungo del Walanchenland iba el primero con setecientos hombres que avanzaban como los pájaros voladores. Les seguía el príncipe Gibek con muchos valerosos guerreros.

Hornbogo, el rápido, dejó atrás al rey para salir al encuentro de su esposa con mil hombres que lanzaban agudos gritos como en su país se acostumbraba. El príncipe de los Hunos caminaba también con mucha rapidez.

El fuerte Hawart de Tenemarke seguía después, e Iring el rápido, incapaz de traición, e Irnfrido de Duringa, hombre muy valeroso, todos los cuales recibieron a Crimilda para hacerle los honores, con mil doscientos hombres en apretadas filas. Iba después el héroe Blodel, hermano de Etzel, con tres mil guerreros del Huneland: éste se adelantó altivamente hasta el sitio en que estaba la reina.

Llegaba el último el rey Etzel y el señor Dietrich con todos sus héroes, entre los que se veían magníficamente equipados muchos nobles guerreros fuertes y también buenos. Al ver esto se elevó el ánimo de Crimilda. Así dijo a la reina el noble Rudiguero:

—Señora, aquí es donde debo recibir al poderoso rey. Dad un beso a los que yo indique, porque no podéis recibir del mismo modo a todos los guerreros de Etzel.

Ayudaron a descender de su hacanea a la reina; el rey Etzel no esperaba otra cosa; echó pie a tierra de su caballo y con todos sus amigos se adelantó lleno de alegría hacia Crimilda.

Dos opulentos príncipes, según nos han dicho, iban a los lados de la señora llevando magníficos trajes cuando el rey Etzel se adelantó a su encuentro y cuando ella lo recibió con afectuosos besos.

Ella separó sus velos; sus magníficos colores brillaban más que el oro que la adornaba. Había allí muchos hombres que decían que la señora Helke no había sido tan bella. A su lado estaba Blodel, el hermano del rey.

Rudiguero, el rico margrave, le dijo que los besara y también al rey Gibek y Dietrich que estaban presentes: también besó a doce guerreros del rey Etzel, distinguiendo con un afectuoso saludo a los demás caballeros.

En tanto que el rey Etzel permaneció al lado de Crimilda, los jóvenes guerreros hicieron lo mismo que en nuestro tiempo y en nuestro país; se

entregaron a alegres juegos; esto hacían y los cristianos y los paganos observaban sus costumbres.

¡Cómo los caballeros guerreros de Dietrich hacían volar por encima de sus escudos las astas de sus lanzas rotas en su férreas manos! A los golpes de los Tinschem quedaron agujereadas las planchas de muchos escudos.

Desde lejos se percibía el ruido de las lanzas rotas. Todos los guerreros del país habían ido y también los huéspedes del rey, hombres muy nobles. Al fin, el rico rey marchó con la reina.

Allí cerca se alzaba una suntuosa tienda; en el campo se veían numerosas cabañas formadas con ramas, donde debían reposar de las fatigas. A ellas llevaron los héroes muchas hermosas jóvenes, siguiendo a Crimilda la reina, que se sentó en un trono guarnecido de rica tela: el margrave se había apresurado a procurar que fuera bello y bueno. Se veía al rey Etzel en grande alegría y placer.

No sé lo que dijo entonces; entre sus temblorosas manos tenía las blancas de la reina; estaban sentados amorosamente, pero el héroe Rudiguero no permitió al rey que demostrara su amor a Crimilda a solas.

Hicieron cesar los torneos; con honor terminaron aquellas hazañas. Los que habían acompañado a Etzel se dirigieron a las tiendas donde a todos se proporcionó alojamiento.

La noche estaba próxima y todos se entregaron al descanso hasta que se vio brillar la aurora. Entonces muchos héroes se dirigieron hacia sus caballos. ¡Oh!, ¡cuántos juegos se verificaron en honor del rey!

El príncipe de los Hunos mandó preparar todo. Desde Tuina, fueron a la ciudad de Viena, donde hallaron a muchas señoras con vistosos trajes. Ellas recibieron con grandes honores a la esposa del rey Etzel.



Todo lo que pudiera desear estaba allí preparado para su uso. Muchos héroes manifestaban su contento lanzando alegres gritos. Se alojaron y dieron principio las bodas del rey con la mayor satisfacción.

No todos pudieron alojarse en la ciudad; a los que no eran extranjeros suplicó Rudiguero que se alojaran en los lugares vecinos. Pienso que el rey se veía siempre al lado de Crimilda.

Dietrich, el héroe, y muchos otros guerreros estaban sumamente ocupados para distraer a sus huéspedes; Rudiguero y sus amigos se entretenían en alegres juegos.

El día de Pascua se celebró la boda del rey Etzel con Crimilda en la ciudad de Viena. Pienso que con su primer marido no había tenido a su servicio tantos hombres.

Por sus regalos se dio a conocer con aquellos que no habían podido verla. Muchos de entre ellos dijeron a los extranjeros:

—Nosotros creíamos que Crimilda carecía de bienes y con sus regalos nos hace ver grandes maravillas.

Las bodas duraron siete días. Creo que las de ningún rey fueron tan ricas y magníficas o a lo menos lo ignoro; todos los que estaban allí tenían vestidos nuevos.

Ella no tuvo nunca en el Niderland tantos guerreros; también pensó que Sigfrido, con sus cuantiosas riquezas, no tuvo a su servicio tantos nobles guerreros como veía junto a Etzel.

Nunca hubo un rey que en sus bodas diera tan ricos mantos, grandes, fuertes y vistosos, ni tan buenos vestidos como fueron dados por orden de Crimilda a todos los que los querían.

Sus amigos y los extranjeros fueron tan generosos que no economizaron sus bienes: lo que cada cual quería le era dado; más de un héroe se despojó con gusto hasta de su vestido.

Crimilda pensó en el tiempo en que al lado de su noble esposo estaba en el Rhin: las lágrimas humedecieron sus ojos, pero las secó para que nadie pudiera verlas. En compensación de sus pasados dolores recibía grandes honores.

Por grande que fuera la generosidad de cada uno, no lo era tanto como la de Dietrich: él regaló todo lo que le había dado el hijo de Botelungo. También hizo maravillas la mano del opulento Rudiguero.

El príncipe Blodel del Ungerland hizo obsequios con la plata y el oro contenido en muchos cofres que mandó vaciar. Los héroes de aquel rey pasaban la vida en grande alegría.

Los músicos del rey Werbel y Schwemmel ganaron cada uno (según pienso) más de mil marcos en aquella boda en la que la hermosa Crimilda ciñó la corona al lado de Etzel.

A la decimoctava mañana los héroes partieron de Viena. En los torneos

quedaron rotos muchos escudos por las lanzas que blandían las guerreros. El fuerte Etzel se encaminó hacia el Huneland.

En Heinburgo la antigua, pasaron la noche. Nadie puede figurarse con cuanta ostentación caminaba aquella tropa a través del país. ¡Oh!, ¡cuántas hermosas mujeres iban a encontrar en su patria!

En Misemburg la rica se embarcaron. El río en toda la distancia a que alcanzaba la vista se veía cubierto de hombres y caballos de modo que parecía la tierra. Las cansadas mujeres pudieron reposar allí.

Amarraron juntos muchos buenos bajeles de modo que todos estuvieran libres de las olas y de las corrientes: encima se armaron cómodas tiendas y estaban lo mismo que si se hubieran hallado en una campiña.

Estas noticias llegaron a la ciudad de Etzel y los hombres y las mujeres se alegraron. El acompañamiento que en otro tiempo sirvió a Helke, pasó después felices días al lado de Crimilda.

Allí estaba muchas nobles vírgenes que después de la muerte de Helke no habían sentido el corazón alegre. Siete hijas de reyes encontró allí Crimilda, cuya belleza era gala del país de Etzel.

Dirigía aquel acompañamiento la joven Herrat, sobrina de Helke, rica en virtudes, esposa de Dietrich y descendiente de un noble rey, pues era la hija de Nentweino; más adelante recibió grandes honores.

Con la llegada de los extranjeros experimentó grande alegría; grandes preparativos se habían hecho para recibirlos. ¿Quién podrá decir la vida que después llevó Etzel? Los Hunos no habían vivido tan bien en tiempo de la otra reina.

Cuando el príncipe con su esposa abandonaron la orilla, dijéronle los nombres de aquellos nobles, a los que saludó con afecto. ¡Con cuánta dignidad ocupó el puesto de Helke!

Todos le ofrecían sus leales servicios. La reina distribuyó oro y vestidos, plata y piedras preciosas; dio todo lo que había llevado al Huneland desde su país.

Por esto desde entonces, todos los parientes del rey y sus guerreros les estuvieron sometidos de tal modo que Helke no tuvo tanto poder como disfrutó Crimilda hasta su muerte.

Era tan alegre la vida en la corte y en todo el país, que en cualquier tiempo se hallaban diversiones con arreglo al gusto de cada cual; esto era resultado de la generosidad del rey y de la bondad de la reina.

CANTO XXIII:[19]

De cómo Crimilda pensó en vengar sus ofensas



ivieron siete años en la más perfecta armonía y completo honor: en este tiempo la reina dio a luz un hijo y nunca fue tan grande la alegría de Etzel.

No dejó de suplicar en mucho tiempo hasta que el hijo del rey Etzel recibió el bautismo, según la costumbre cristiana; pusiéronle por nombre Ortlieb. Grande fue la alegría en el país de Etzel.

Todas las virtudes que en otro tiempo practicaba la señora Helke, se afanaba Crimilda por renovarlas cada día con más empeño. Herrat, la noble joven, le hacía conocer las costumbres, pero en su interior sentía mucho la falta de Helke.

Lo mismo los del país de los extranjeros, la conocían muy bien y sostenían que nunca hubo rey que tuviera esposa más dulce: esto lo tenían por cierto. Las alabanzas de los Hunos no le faltaron durante trece años.

Había advertido que nadie contrariaba sus deseos, como hacen con las reinas los guerreros de los príncipes y diariamente veía ante ella doce reyes. Ella

comenzó a pensar en las ofensas recibidas en otro tiempo.

Pensó también en los honores que le tributaban en el país de los Nibelungos, donde era tan poderosa antes que la mano de Hagen, con la muerte de Sigfrido la despojara de ellos, y buscaba medio de hacerle sufrir la pena de su crimen.

«Lo conseguiría si pudiera atraerlo a este país». Soñó que su hermano Geiselher la llevaba de la mano en el reino de Etzel: en su dulce sueño lo abrazaba muchas veces: grandes penas experimentó más adelante.

El maligno demonio pienso fue el que hizo que Crimilda se separara amistosamente del rey Gunter y lo besara al partir del Burgundenland. Con frecuencia ardientes lágrimas mojaban sus vestiduras.

A toda hora esta idea torturaba su corazón; de qué modo habían podido influir para que ella virtuosa cristiana se hubiera casado con un pagano: esta desgracia la habían procurado Hagen y el señor Gunter.

Este deseo no la abandonaba nunca y pensaba: «Soy tan poderosa y tan rica que podría hacer aniquilar a mis enemigos; con gusto me vengaría de Hagen de Troneja.

»Al recordar a mi bien amado se acongoja el alma mía: si estuviera al lado de aquellos que me han causado tantos pesares, les haría pagar cara la muerte de mi esposo. Con pena aguardo todavía», así decía aquel corazón dolorido.

Crimilda era amada por todos los guerreros del rey; así debían hacerlo. Eckewart era su camarero y nadie podía resistir a la voluntad de Crimilda.

Así pensaba diariamente: «Quiero inducir al rey a que se me permita invitar con buen deseo a mis amigos para que vengan al Huneland». Nadie suponía mala intención en la reina.

Una noche en que la señora Crimilda reposaba al lado del rey, teniéndole entre sus brazos según acostumbraba, pues amaba con ternura a la noble mujer, la altiva viuda comenzó a pensar en sus enemigos. Así dijo al rey:

—Querido señor mío, quisiera rogaros si puede ser con humildad, y si tal favor merezco, que me hagáis ver si en realidad queréis a mis amigos.

El poderoso rey le contestó con gran lealtad:

—Accedo a lo que queréis; de todo lo que a esos héroes acontezca, honroso y bueno, me siento contento, porque nunca por el amor de una esposa me conquisté tantos amigos.

—Muy bien habéis dicho —replicó la reina—, tengo elevados parientes: por esto me entristece que tan raras sean sus visitas a este país; oigo que toda la gente me llama desterrada.

—Muy querida esposa mía —dijo el rey Etzel—, si el viaje no les pareciera demasiado largo, los invitaría con gusto a que vinieran a mi reino.

Grande fue su alegría al observar que su voluntad se iba a cumplir. Ella le dijo:

—Si queréis depositar en mí vuestra confianza, querido señor enviad

mensajeros a Worms sobre el Rhin y haré saber a mis amigos mis deseos y anhelos: vendrán a este país muchos guerreros nobles y buenos.

—Cuanto mandéis será hecho —le respondió—, vos no deseáis ver a vuestros parientes los nobles hijos de Uta tanto como yo; para mí es un dolor que permanezcan alejados tanto tiempo.

» Si esto os agrada, querida esposa mía —añadió—, enviaré por mensajeros a vuestros amigos en el Burgundenland a mis músicos.

Los buenos músicos fueron llamados inmediatamente. Los jóvenes acudieron en seguida a donde estaba el rey al lado de la reina. Les dijo que habían de ir como mensajeros al Burgundenland y les hizo preparar magníficos vestidos.



Para veinticuatro guerreros se prepararon trajes y el rey les explicó en seguida lo que tenían que decir a Gunter y a los que le acompañaban. La señora Crimilda les habló también en secreto. El rico rey les dijo:

—Voy a manifestaros lo que tenéis que hacer: presento a mis amigos todos mis cumplimientos y les ruego que vengan a mi país. No he conocido huéspedes que puedan serme tan queridos.

» Y si los parientes del esposo de Crimilda no se niegan, que vengan también a la fiesta de mi corte, que de la felicidad de mi esposa tengo una parte.

Así le contestó el músico, atrevido Schwemmel:

—¿Cuándo se verificará la fiesta en esta corte? Esto es menester que se lo digamos a vuestros amigos del Rhin.

—En los días con que media el estío —contestó el rey.

—Haremos lo que nos mandáis —dijo Werbelein. Crimilda hizo que los mensajeros fueran a su cámara y les habló en secreto. A causa de esto perecieron muchos guerreros. Ella dijo a los mensajeros:

—Grandes bienes podéis adquirir si hacéis mi voluntad y si decís en mi país lo que yo os encargue. Yo os daré muchas riquezas y magníficos vestidos.

» A ninguno de mis amigos que veáis en Worms sobre el Rhin, le diréis que habéis advertido mi humor sombrío, y ofreceréis mis servicios a aquellos héroes fuertes y buenos.

» Rogadles que accedan a lo que mi esposo quiere y que calmen mi pesar, pues aquí creen los Hunos que no tengo amigos. Si fuese caballero, yo misma iría al Rhin.

» Y decid a Gernot, mi noble hermano, que nadie en la tierra me es tan querido; rogadle que venga a este país con sus más fuertes amigos; esto me hará honor.

» Decid también a Geiselher que piense en que por su causa nunca experimenté aflicción ninguna; a él lo verán con gusto en este país los ojos míos, porque lo quiero con toda mi vida y me ha prestado buenos servicios.

» Decid también a mi madre con cuanto honor vivo aquí; y si Hagen de Troneja se negara a hacer el viaje, ¿quién podría indicarle el camino de este país? Desde su infancia conoce el país de los Hunos.

Los mensajeros no sabían el motivo porque no podían dejar en las orillas del Rhin a Hagen de Troneja. Por esto fue grande su pesar; con él vinieron a una horrible muerte muchos guerreros.

Les dieron carta de mensaje cerrada; llevaban muchos bienes y podían vivir con opulencia. Los despidieron Etzel y su bella esposa y partieron con muchos suntuosos trajes.

CANTO XXIV:[20]

De cómo Werbel y Schwemmel llevaron a cabo su mensaje



uando Etzel hubo enviado sus mensajeros al Rhin, la noticia se supo de país en país: con rápidos correos rogó y mandó que vinieran a su fiesta; en ella muchos recibieron la muerte.

Los mensajeros al abandonar el Huneland se dirigieron hacia los Borgoñones para invitar a los tres nobles reyes y a sus fuertes guerreros a que fueran al lado de Etzel; muchos se apresuraron.

Caminando llegaron a Bechlaren, donde fueron muy bien recibidos. Rudiguero y Gotelinda no dejaron de ofrecer sus servicios a los del Rhin, y lo mismo hizo la hija del margrave.

No dejaron ir a los emisarios sin regalos para que pudieran cumplir mejor lo que Etzel les mandara. Rudiguero rogó que dijeran a Uta y a sus hijos que ningún margrave los quería tanto como él.

Ellos también enviaron a Brunequilda ofrecimientos de su afección, y de sus bienes, su cariño y su fidelidad sin fin. Después de estos encargos los mensajeros se dispusieron a partir; Gotelinda la noble margrave pidió a Dios que los condujera con bien.

Antes que los emisarios llegaran al Baierland, Werbel el atrevido fue a ver al buen obispo; lo que él le encargó dijeran a sus amigos del Rhin no lo he podido saber: sólo sé que hizo presentes a los mensajeros. Después los dejó marchar.

—Grande sería mi felicidad —dijo el obispo Pilguerin—, si pudiera ver aquí a mis sobrinos; yo casi no puedo ir hasta el Rhin.

Los caminos que siguieron para llegar hasta el país del Rhin ni lo puedo decir. Nadie se atrevió a quitarles su dinero ni sus vestidos temiendo la cólera de Etzel; grande era el poderío de aquel altivo rey circundado de gloria.



En doce días llegaron al Rhin en la ciudad de Worms, Werbel, y Schwemmel. Hicieron saber al rey y a sus guerreros que se acercaban emisarios desconocidos; Gunter comenzó a preguntar. Así dijo el jefe del Rhin:

—¿Quién nos hará saber de dónde viene a nuestro país esos extranjeros?

Nadie lo sabía hasta que Hagen de Troneja los vio: él dijo a Gunter:

—Puedo afirmaros que nos llegan grandes novedades; he visto venir a los músicos de Etzel, vuestra hermana será quien los envía al Rhin: su señor será causa de que tengan buen recibimiento.

Bien armados pasaban entonces por delante del palacio: nunca músicos del rey fueron tan bien vestidos. El acompañamiento del rey salió a recibirlos, los alojaron y les dijeron que no se quitaran los trajes.

Los vestidos de viaje eran tan ricos y tan bien hechos, que con honor podían presentarse con ellos ante el rey.

—¿Hay alguno que los quiera? —hicieron preguntar los mensajeros.

Pronto encontraron gentes con las manos tendidas y se las dieron con gusto. En seguida los extranjeros se pusieron más suntuosas vestiduras, como es bueno que lo hagan los emisarios de un rey.

La embajada de Etzel fue invitada a ir donde estaba el rey; se les veía con placer. El señor Hagen se adelantó hacia los mensajeros dejando su asiento y los recibió con cortesía: los jóvenes le dieron las gracias.

Comenzó a pedirle noticias de cómo estaba Etzel y los que lo acompañaban. El músico le respondió:

—Nunca hubo país más dichoso ni hombres más contentos, podéis creerlo.

Se adelantaron hacia el jefe. La sala real estaba llena. Recibieron a los extranjeros con amistosas salutaciones como se hace en los demás reinos. Werbel vio muchos guerreros al lado del rey Gunter. El rey los recibió cortésmente:

—Bien venidos seáis músicos de Etzel, así como también los que os acompañan: ¿por qué os envía Etzel el rico, al país de Borgoña?

Se inclinaron ante el rey y Werbel dijo:

—Mi querido señor os ofrece sus servicios y también vuestra hermana Crimilda; ellos nos han enviado con los guerreros en buena confianza.

—La noticia me causa alegría —respondió el rico príncipe—. ¿Cómo están Etzel —preguntó en seguida el héroe— y Crimilda mi hermana en el Huneland?

—Os lo haré saber —respondió el músico—. Nunca hubo nadie más felices que ellos y lo mismo sucede a los príncipes, guerreros y amigos que los acompañan. Ellos se alegraron cuando emprendimos nuestro viaje.

» Damos las gracias por sus servicios a él y a mi hermana: nos alegra saber que viven dichosos el rey y su gente; con gran cuidado había preguntado por ellos.

Los dos jóvenes reyes habían llegado también, pues supieron la noticia del arribo de los mensajeros. El joven Geiselher los veía con gran contento por causa de su hermana y les dijo cariñosamente:

—Mensajeros, seáis muy bienvenidos aquí: si vinierais con más frecuencia al

Rhin hallaríais amigos a los que veríais con placer; en este país nunca tendríais pesar si os quedarais.

—Nosotros podemos disfrutar de todos los honores por parte vuestra —respondió Schwemmel—; no podré expresaros con mis palabras el cariñoso afecto con que nos han enviado aquí Etzel y vuestra noble hermana, que viven felices.

» La reina os recuerda que siempre le habéis tenido cariño y afección con vuestro corazón y vuestra alma. Después, señor rey, hemos venido para rogaros que vayáis al Huneland.

» También nos han encargado que roguemos lo mismo al señor Geiselher y Gernot. Etzel el rico os invitará a todos y si no queréis ir a visitar a vuestra hermana, querría saber porqué dejáis de hacerlo.

» ¿Por qué prescindís de él y de su esposa? Aun cuando os hubierais olvidado de la reina, él por sí solo bien merece que los visitéis: si esta visita se llevara a cabo, su alegría sería muy grande.

—Pasadas que sean siete noches —contestó el rey— os haré saber la resolución que he tomado con el consejo de mis amigos; entretanto id a vuestros alojamientos y disfrutad de sus comodidades.

—¿No podríamos ver a nuestra señora la rica Uta antes que como guerreros fuéramos a reposar? —respondió en seguida Werbel. Muy cortésmente le respondió el noble Geiselher:

—Nadie os negaría tal cosa, y si queréis ir a donde está mi madre, sus deseos y los míos quedarán satisfechos; ella os verá con gusto a causa de mi hermana la señora Crimilda; seréis muy bien recibidos.

Geiselher los llevó a donde Uta estaba. Vio con placer a los mensajeros del Huneland y los saludó amistosamente con su alma llena de virtudes. Los mensajeros le hicieron saber el objeto de su embajada.

—Mi señora os ofrece —dijo Schwemmel— sus servicios y su fidelidad, y si le fuera posible veros con frecuencia creed que ninguna felicidad en la tierra sería mayor para ella.

—Eso no puede ser —le respondió la reina Uta—. Por grande que fuera el placer que tuviera en ver a mi querida hija, la noble reina vive muy lejos; que siempre sea feliz así al lado de Etzel.

» Hacedme saber antes de partir, cuando pensáis volver; hace mucho tiempo que no veo a ningún mensajero con tanto gusto como a vosotros.

Los jóvenes prometieron hacer lo que les pedía. Los del Huneland se retiraron a sus alojamientos: el rico rey había hecho llamar a sus amigos. El noble Gunter preguntó uno a uno a todos sus hombres, si la invitación les parecía bien. Muchos dijeron que irían con gusto al país del rey Etzel y lo mismo manifestaron los mejores que allí se encontraban, excepto Hagen que sentía furiosa cólera. Dijo aparte al rey:

—Con vos mismo estáis de malas. No ignoráis de lo que hemos hecho: siempre debemos tener gran cuidado con Crimilda, pues por mi mano di muerte a su esposo. ¿Cómo queréis que vayamos al país del rey Etzel?

—Mi hermana ha olvidado su odio —respondió el poderoso rey—, con amorosos besos lo manifestó así antes de marchar de mi reino, si no es, señor Hagen, que a vos sólo haya dejado de perdonaros.

—No os dejéis engañar —replicó Hagen— por nada que os digan esos emisarios de los Hunos ¡queréis ir a ver a Crimilda y puede costaros vida y honor! ¡Muy tenaz es en la venganza la esposa del rey Etzel!

El rey Gernot contestó al consejero:

—Por más que vos tengáis fundado motivo para temer la muerte en el reino de los Hunos, no debemos nosotros renunciar a ver a nuestra hermana pues sería obrar mal.

El joven Geiselher dijo al guerrero:

—Ya que os sentís culpable, amigo Hagen, permaneced en el país libre de todo temor; dejad que los más atrevidos vayan al reino de los Hunos.

El héroe de Troneja comenzó a irritarse.

—No quiero que jamás tengáis en vuestra corte uno que esté más dispuesto a acompañaros que yo; no queréis renunciar a vuestro proyecto y pronto os lo haré ver.

Así dijo Rumold, jefe de las cocinas:

—Podéis tratar como queráis a extranjeros y amigos; no creo que os vayan a engañar.

» Ya que no queréis escuchar a Hagen, oíd el consejo de Rumold, porque él es vuestro decidido servidor. Permaneced en este país según mi indicación y dejad tranquilo al rey Etzel con Crimilda.

» ¿En qué parte de la tierra viviríais tan felices como aquí? Aquí estáis a cubierto de vuestros enemigos. Vestíos vuestros mejores trajes, bebed el vino que más os guste y amad a muchas hermosas mujeres.

» Aquí tendréis buenos manjares, los mejores que en el mundo haya comido un rey, y si aún esto no bastara, acordaos de vuestra bella esposa antes de ir a exponer vuestra vida.

» Permaneced aquí, el país es rico, más cómodo es pagar aquí el rescate que entre los Hunos: ¿quién sabe lo que sucederá allí? Permaneced aquí, señores, éste es el consejo de Rumold.

—No queremos permanecer —respondió Gernot—. ¿Cómo nos hemos de negar a la amistosa invitación que mi hermana y el rey Etzel nos hacen? El que no quiera venir con nosotros, que permanezca aquí.

—Cualquiera que sea vuestro acuerdo —respondió Hagen— que no os ofendan mis palabras: creed que mis observaciones son justas, y ya que os decidís a ir al Huneland, id bien armados.

» Ya que no queréis renunciar, convocad a vuestros hombres más valientes y entre todos ellos escoged mil buenos caballeros; así no os será peligrosa la cólera de Crimilda.

—Eso quiero hacer —respondió el rey en seguida. Envió mensajeros por todo su reino y vinieron unos tres mil guerreros o más. No sabían que habían de sufrir grandes pesares.

Ellos caminaban con grande alegría por el país del rey Gunter. A todos los que tenían que ir al Huneland les dieron caballos y vestidos; entre ellos el rey vio a muchos buenos caballeros.

Hagen de Troneja y Dankwart, su hermano, llevaron al Rhin ochenta guerreros armados y vestidos: ricas armaduras llevaban aquellos valientes al país del rey Gunter.

Llegó el fuerte Volker, un noble músico con treinta de sus guerreros, que llevaban magníficos vestidos dignos de un rey. Hizo saber al rey que iba con él al Huneland.

Quiero deciros quién era Volker. Era un noble señor al que pagaban tributo muchos buenos guerreros de Borgoña: como sabía tocar el laúd le llamaban el artista.

Hagen escogió mil de los que habían ido; sabía las proezas que habían realizado sus brazos, y las hazañas que habían hecho, pues por sí mismo las había visto. Nadie podía dudar del honor de ellos.

Los mensajeros de Crimilda estaban contrariados, pues tenían gran miedo a su señor; todos los días se despedían para partir, pero Hagen no los dejaba; esto lo hacía con mala intención.

—No debemos dejarlos marchar —dijo a su señor—, sino siete días después de que estemos dispuestos a ir al país del rey Etzel; si alguien nos quiere hacer daño lo sabremos mejor.

» Tampoco la señora Crimilda podrá prepararse a causarnos males por sus consejos. Si ella tiene tal intención, podrá salirle mal, pues al Huneland vendrán con nosotros muchos hombres escogidos.

Las monturas, los escudos y todos lo trajes que habían de llevarse al país del rey Etzel, estaba preparados para aquellos fuertes guerreros. Los emisarios de Crimilda fueron llamados a la presencia del rey.

Cuando llegaron los mensajeros, el señor Gernot dijo:

—El rey acepta la invitación de Etzel: con gusto iremos a su fiesta para ver a nuestra hermana; no tengáis duda de esto.

—¿Podéis hacernos saber cuándo celebrará la fiesta o hacia qué día? —preguntó el rey Gunter.

—Está fijada para mediados del estío —le contestó Schwemmel.

El rey los autorizó (cosa que aún no había hecho) para que fueran a ver a la señora Brunequilda si daba su consentimiento. Volker se opuso en su obsequio.

—La señora Brunequilda no está buena para recibirlos —dijo el buen caballero—. Esperad hasta mañana y podréis verla.

El rico rey que estimaba a los mensajeros, llevado de su generosidad, les hizo dar de su oro sobre sus anchos escudos; él poseía mucho. Sus amigos les hacían también valiosos obsequios.

Geiselher y Gernot, Gere y Ortewein les demostraban cuán buenos eran; daban ricos regalos a los emisarios que éstos no quisieron aceptar por temor a su señor. Así le dijo al rey el mensajero Schwemmel:

—Señor rey, dejad estos regalos en vuestro país. Nosotros no podemos llevar nada, porque nuestro señor nos ha prohibido aceptar obsequios, nosotros no necesitamos nada.

El jefe del Rhin estaba muy disgustado porque ellos rehusaron los bienes de un rey tan rico. Les hizo aceptar su oro y sus trajes que llevaron consigo al país del rey Etzel.

Antes de emprender marcha quisieron ver a Uta. El joven Geiselher llevó a los músicos a la corte, cerca de su madre; encargó que dijeran a la reina que ella se alegraba de sus honores y de su felicidad.

La reina viuda hizo dar a los músicos bandas y oro por el afecto que profesaba a Crimilda y al rey Etzel. Ellos lo aceptaron, pues se los ofrecían con lealtad.

Después los emisarios de Crimilda se despidieron de hombres y mujeres: cabalgaron alegremente según he sabido hasta el Schwobenland, hasta allí Gernot los hizo acompañar por sus guerreros, para que no sufrieran la menor desgracia.

Cuando los dejaron éstos, el poderío de Etzel los protegió en todo el camino. En ellos nadie les quitó ni los caballos ni los vestidos, y cabalgaron con gran rapidez hasta el Huneland.

A todos los amigos que conocían por allí, les anunciaban que los héroes de Borgoña irían dentro de pocos días, desde el Rhin al país de Etzel. El obispo Pilguerin supo también la noticia.

Cuando en su camino llegaron frente a Bechlaren, no ocultaron la noticia a Rudiguero ni a su esposa Gotelinda la noble margrave. Grande fue su alegría al saber a quienes iban a ver.

Se veía a los músicos apresurar su marcha. Encontraron a Etzel en su ciudad de Gran. Todos los ofrecimientos y felicitaciones que habían recibido las manifestaron al rey, que de alegría se puso rojo.

Cuando supo la reina que sus hermanos iban a ir a aquel país, se sintió dichosa; hizo dar a los mensajeros grandes regalos, pues quería honrarlos.

—Decidnos ambos, Werbel y Schwemmel —preguntó— ¿cuáles son de mis parientes los que vendrán a la fiesta, entre los mejores a quiénes hemos invitado para que vengan a este país? Decidnos también que dijo Hagen cuando supo la noticia.

» Fue al consejo una mañana temprano y dijo pocas y buenas palabras, todos aconsejaban el viaje a Huneland, pero el feroz Hagen sostuvo que corrían peligro de muerte.

» Vendrán vuestros hermanos los tres reyes con suntuoso aparato. En cuanto a los demás que han de venir con ellos no he podido saberlo. Ha prometido acompañarlos Volker el fuerte músico.

—Con mucho gusto —dijo la reina— dejaría de ver aquí a Volker. Hagen me es muy querido por ser de los mejores guerreros. Al saber que voy a verlo, experimento grande alegría.

La reina fue a ver al rey. ¡Qué de amorosas palabras le dijo Crimilda!

—Os agradan estas noticias, mi querido señor, lo que tanto deseaba va a cumplirse.

—Lo que tú quieras me alegra —le respondió el rey—, nunca cuando mis parientes han venido a mi reino he sentido el corazón tan alegre. Con la venida de tus amigos desaparecen todos mis cuidados.

CANTO XXV:[21]

De cómo los reyes fueron al país de los Hunos



os encargados para ello por el rey, prepararon en el palacio y en los salones sitios suntuosos para los huéspedes que debían llegar. Después ocurrieron grandísimas desgracias.

El jefe del Rhin hizo vestir a sus hombres en número de mil sesenta, según he sabido y con nueve mil criados se dirigió a la corte: los que se quedaron en sus casas los lloraron más tarde.

A Worms, residencia de la corte, llevaron todo lo necesario. Un anciano obispo de Spira dijo a la señora Uta:

—Nuestros amigos quieren ir a esa fiesta; que Dios los proteja.

Así dijo a sus hijos la noble y buena Uta:

—Permaneced aquí héroes escogidos: esta noche he soñado cosas espantosas, todos los pájaros de este país habían muerto.

—El que fía de los sueños —replicó Hagen— nunca sabe la verdad de lo que

se refiere a su honor. Mi deseo es que los señores después de despedirse vayan a la corte.

» Con placer caminaremos al país del rey Etzel, donde las manos de buenos héroes servirán a los reyes como hemos de verlo en la fiesta de Crimilda.

Hagen aconsejó el viaje; después sintió pena por ello. Él se hubiera opuesto si Gernot no le hubiera zaherido con imperio en sus palabras. Él, recordando a Sigfrido el esposo de Crimilda, decía: « Por esta causa Hagen no quiere realizar el viaje» .

Así le respondió Hagen de Troneja:

—Nunca me impuso temor. Advertid, héroes, lo que tenéis deseos de hacer: yo os acompañaré con gusto al país del rey Etzel.

Después tuvo que romper muchos yelmos y muchos escudos.

Los barcos estaba preparados en las orillas del Rhin: en ellos cargaron todos los vestidos que llevaban. Tuvieron que trabajar hasta por la noche y bien pronto dejaron sus casas emprendiendo alegres el viaje.

Establecieron las tiendas y las chozas al otro lado del Rhin en el punto en que querían acampar. La hermosa esposa de Gunter le rogó que permaneciera a su lado y aquella noche lo tuvo abrazado.

Las trompetas y las flautas resonaron a la otra mañana muy temprano, cuando debían partir. Los que amaban estrecharon entre sus brazos a los que eran amados. Con extraordinaria crueldad los separó luego la esposa del rey Etzel.

Los hijos de la hermosa Uta tenían un vasallo fuerte y fiel; en el momento de partir dijo en secreto al rey lo que tenían en el alma. Le dijo:

—Mucho me hace sufrir que realices este viaje. —Se llamaba Rumold y era un héroe fuerte y valiente. Añadió—: ¿A quién queréis dejar de vuestra gente y vuestro país? ¡No habrá nadie que pueda haceros desistir de vuestro propósito! La invitación de Crimilda no me parece buena.

—El país y mi hijo te quedan confiados y protege bien a las mujeres, tal es mi voluntad. Consuela al que veas con el corazón, y el alma oprimida. Nunca nos hizo mal la reina Crimilda.

Los caballos estaban dispuestos para los elevados señores y sus hombres. Muchos caballeros que se distinguían por sus pacíficas costumbres, se separaron cariñosamente de sus esposas, que pronto debían llorarlos.

Cuando partieron los atrevidos guerreros sobre sus caballos, las mujeres quedaron en grandísima aflicción: el alma les avisaba de que aquella separación debía proporcionarles pesares sin cuento.

Cuando los esforzados Borgoñones se pusieron en marcha se oyó en todo el país un grito de angustia. De ambos lados de la montaña lloraban hombres y mujeres. Pero hicieran lo que hicieran ellos partieron contentos.

Mil héroes Nibelungos iban con ellos, llevando arneses: dejaban en las casas muchas hermosas mujeres que no volvieron a ver. La herida de Sigfrido causaba

siempre dolor a Crimilda.

Los que acompañaban a Gunter siguieron su viaje por el Ostfranken hacia el Mains. Hagen era el guía, pues conocía el camino; el mariscal de ellos era Dankwart, el héroe del país de Borgoña.

Mientras caminaron por el Ostfranken hacia el Schwanefelde podían ser admirados los príncipes y sus amigos por su aspecto grandioso. A la duodécima mañana el rey llegó a Donau.

Hagen de Troneja caminaba siempre delante y muchas veces fue a ayudar a los Nibelungos. El fuerte guerrero echó pie a tierra y deprisa amarró su caballo a un árbol.

El río estaba desbordado, las barcas sumergidas. Los Nibelungos se veían apurados sin saber cómo atravesar, pues la corriente era muy ancha. Muchos valientes caballeros se bajaron de sus caballos.

—Aquí —dijo Hagen— van a ocurrir muchos accidentes, príncipe del Rhin; tú mismo lo puedes ver: el río se ha desbordado y la corriente es muy fuerte. Temo que perezcan muchos esforzados guerreros.

—Hagen, ¿qué me quieres decir? —le preguntó el rey—. Aquí de vuestro valor no hay que desanimarse. Procura que pasemos a la otra parte del río con todos nuestros caballos y vestidos.

—Para mí —le respondió Hagen—, la vida no tiene tantos pesares que quiera perderla en este revuelto río. Antes que esto suceda, perecerán por mi mano muchos hombres en el país del rey Etzel.

» Permaneced aquí junto al agua, buenos caballeros; iré a lo largo del río para buscar a los barqueros que nos conduzcan al país de Gelfrat.

Dicho esto el fuerte Hagen cogió su bien templado escudo. Estaba bien amarrado; además del escudo que llevaba, tenía bien sujeto su brillante yelmo. Sobre su fuerte arnés ceñía una ancha espada de dos filos que cortaban de una manera terrible.

Buscaba a los barqueros por una parte y por otra. Escuchó que el agua se movía y era que en una límpida fuente jugaban blancas mujeres. Refrescaban y bañaban allí sus cuerpos.

Hagen las vio y se acercó con cautela, pero ellas huyeron al divisar al héroe, sintiéndose orgullosas de haber escapado. Él cogió sus vestidos sin hacerles daño ninguno.

Así dijo a una de las mujeres del agua que se llamaba Hadburg:

—Hagen, noble caballero, si queréis devolvernos nuestros vestidos os diremos lo que ha de pasar en nuestro viaje al Huneland.

Semejantes a los pájaros que se acercan sobre el río: parecióle que eran avisadas y se manifestó dispuesto a creer lo que le iban a decir. Ellas le manifestaron lo que deseaba saber.

—Podéis seguir vuestro viaje al país del rey Etzel. Os juro por mi fe que

nunca héroes se presentarán mejor, ni recibirán mayores honores: esto que os digo es la verdad.

Al escuchar estas palabras, Hagen sintió alegría en su corazón: sin tardar más les devolvió sus trajes. Cuando se ajustaron sus maravillosos vestidos le dijeron la verdad de lo que les había de ocurrir en el país del rey Etzel.

Así le dijo la otra mujer de las aguas cuyo nombre era Liegelinda:

—Quiero advertirte, Hagen, hijo de Aldriano, que por haberle robado su ropa te ha engañado mi tía y si vas al país de los Hunos, serás horriblemente engañado.

» Menester es que te vuelvas, aún es tiempo. Tu destino, héroe valeroso, es morir en el Huneland. Los que van contigo llevan la muerte en la mano.

—Me engañáis sin motivo —respondió entonces Hagen—. ¿Cómo puede ser que en la fiesta muramos tantos por la enemistad de una sola persona? —Dieron más claramente al héroe sus noticias.

Le dijo una de ellas:

—Así lo has de ver; ninguno de vosotros podrá librarse, excepto el capellán del rey esto lo sabemos positivamente. Sólo él volverá sano y salvo al país del rey Gunter.

Con furiosa cólera le respondió el fuerte Hagen:

—Difícil me será hacer saber a mi señor que debemos perder vida y cuerpo entre los Hunos. Ahora, la más sabia de las mujeres, dionos un medio para atravesar el río.

—Por cuanto no quieres renunciar a esa expedición, allá arriba de las aguas hay una cabaña. Allí hallarás un barquero y no en ninguna otra parte.

Él creyó en la respuesta que daba a su pregunta. La otra dijo también al impaciente guerrero:

—Esperad un momento, señor Hagen, vais muy deprisa; escucha de qué manera llegarás mejor a la otra orilla. El señor de esta Marca se llama Else.

» Su hermano tiene por nombre Gelfrat el héroe, un señor del Baierland: encontraréis obstáculos para atravesar su Marca: sed prudente y tened cuidado con el barquero.

» Tiene tan furiosos instintos que no lo pasaréis bien si no sois espléndidos con ese héroe; dadle buena recompensa. Él guarda este país y es muy fiel a Gelfrat.

» Aunque no venga a tiempo llámalo a la orilla y dile que te llamas Amelrico; así se llamaba un buen héroe que por enemistad abandonó este país. Inmediatamente que oiga este nombre se acercará a la orilla.

El altivo Hagen dio las gracias a las sabias mujeres por sus consejos y enseñanzas; no añadió ni una palabra. Siguió el camino hacia lo alto de la corriente hasta que vio el alojamiento en la otra orilla. El héroe comenzó a gritar:

—Ven hacia mí, barquero —dijo el buen héroe—, yo te daré en pago un brazalete de oro rojo: pues es menester sepas que me es muy necesario pasar.

No le convenía obedecer al rico barquero: casi nunca aceptaba cualquier pago y los que le servían tenían también grandes pretensiones. Así, pues, Hagen permanecía en la orilla del río.



Gritó con tanta fuerza, que todos los ecos resonaron; pues el poder del fuerte héroe era muy grande:

—Ven por mí, Amelrico; soy uno de los hombres de Else que abandonó este país por un gran disgusto.

Enseñó en la punta de la espada un hermoso y brillante brazalete de oro rojo, para que lo pasara al país de Gelfrat. El altivo barquero cogió el remo en sus manos.

Tenía muy malos instintos el batelero; el deseo de una recompensa le produjo un fin desgraciado. Quiso ganar el oro rojo de Hagen y sufrió una muerte horrible por la mano del héroe.

El barquero remó con fuerza hasta la otra orilla. Al escuchar nombrar a uno que no hallaba y ver a Hagen se enfureció y con terrible cólera le dijo al héroe:

—Puede que os llaméis Amelrico, pero no os parecéis en nada al que yo solía ver, el cual es hermano mío de padre y madre: por cuanto me habéis engañado os quedaréis ahí.

—¡No!, por el poderoso Dios —le respondió Hagen—. Yo soy un guerrero extranjero y además hay muchos héroes encomendados a mi cuidado; aceptad mi recompensa.

—Eso no puede ser de ningún modo —le contestó el barquero—; tienen muchos enemigos mis queridos señores, por lo cual no paso al país a ningún extranjero. Si la vida os es cara saltad a tierra.

—No obréis así —respondió Hagen—. Mi alma está apesadumbrada. Aceptad mi recompensa, este oro puro y pasad a la otra orilla mil caballos y otros tantos hombres.

—Eso no lo haré nunca —le dijo el furioso barquero.

Levantó un fuerte remo, grande y pesado y lo descargó sobre Hagen, quien sufrió un dolor tan grande que cayó de rodillas en la barca. Jamás el de Troneja había encontrado un batelero tan terrible.

Redobló su fuerza contra el extranjero; descargó con el remo tan fuerte golpe sobre su cabeza de Hagen que saltó en astillas; era un hombre muy fuerte, pero tenía que sucederle una desgracia al barquero de Else.

Con furiosa cólera Hagen llevó la mano a la empuñadura de la espada y dio al aire su bruñida hoja; con ella le dio en la cabeza y lo tiró por tierra. Los Borgoñones supieron bien pronto la noticia.

En el momento en que hirió al batelero, la barca fue arrastrada por la corriente; esto le disgustó mucho: sentía fatiga antes de comenzar a remar, pues había empleado todas sus fuerzas el compañero del rey Gunter.



Remaba con golpes tan seguidos, que los fuertes remos se rompieron en sus manos. Quería llegar hasta los guerreros que se encontraban en la orilla, pero no tenía otro remo; amarró los pedazos con una correa del escudo e hizo un lazo estrecho. Bajando la corriente condujo la barca hacia un sitio donde en la orilla encontró a su señor.

Como el rey Gunter viera correr la sangre por la barca, la sangre aún caliente, le preguntó:

—Decidnos, señor Hagen ¿qué le ha pasado al barquero? Vuestra terrible fuerza le habrá quitado la vida.

Él le respondió con engaño:

—He encontrado la barca amarrada a un sauce y mi mano la ha desatado. No he visto allí ningún barquero y por causa mía nadie ha sufrido daño.

Así dijo Gernot, el rey de Borgoña:

—Tendré que llorar la muerte de muchos queridos amigos, porque no tenemos bateleros que nos pasen al otro lado: por esto siento grandes cuidados.

—Vosotros, sirvientes —gritó Hagen—, dejad en el suelo las cargas; yo era, sin alabarme, el mejor barquero que se podía encontrar en las orillas del Rhin: os pasaré al país de Gelfrat, estoy seguro.

Para llegar más pronto a la otra orilla, pegaron a

sus caballos; éstos nadaron tan bien que la corriente no se tragó ni uno solo. Algunos fueron arrastrados a causa de la gran fatiga experimentada.

La barca era muy grande, fuerte y ancha. Transportó al otro lado del río de una vez quinientos hombres con sus equipos, sus víveres y sus armas. Aquel día tuvieron que remar muchos buenos caballeros.

Condujeron en la barca su oro y sus vestidos; pues tenían que realizar el viaje. Hagen los dirigía, llevando así a la otra orilla del país desconocido a muchos buenos guerreros.

Mientras que los conducía sano y salvo por encima del río, el atrevido guerrero se acordó de la predicción que le habían hecho las extrañas mujeres de las aguas; el capellán del rey estuvo a punto de perder la vida.

Le vio junto a los objetos sagrados con la mano apoyada en las reliquias: y cuando Hagen lo miró, el desgraciado sacerdote debió sentir inquietud. Lo atacó bruscamente arrojándolo de la barca. Muchos le gritaron:

—¡Deteneos, Hagen, deteneos!

El joven Geiselher se sintió irritado, pero él no atendía nada que no fuera la realización de su proyecto. Así dijo Gernot, el rey de Borgoña:

—¿Qué conseguís, señor Hagen, con la muerte del capellán? Si otro lo hubiera hecho hubierais sentido pesar. ¿Por qué razón le habéis cobrado odio a ese sacerdote?

El sacerdote nadaba con fuerza: se hubiera salvado si le ayudara alguien, pero no pudo ser así; porque el fuerte Hagen, llevado de su cólera, lo empujó hasta el fondo del agua; esto no pareció bien a nadie.

El pobre sacerdote, no esperando ningún socorro, nadó hacia la otra orilla; su angustia era grande. Cuando no pudo más le ayudó la mano de Dios y llegó a la arena con vida.

El desgraciado sacerdote se puso de pie y sacudió sus vestidos. Por esto conoció Hagen que tenía que cumplirse la predicción hecha por las extrañas mujeres de las aguas. Él pensó: «Estos héroes perderán la vida y cuerpo».

Cuando descargaron la barca y sacaron lo que habían llevado los reyes y sus caballeros. Hagen la rompió en pedazos y los arrojó al río: grande fue la extrañeza de los caballeros nobles y buenos.

—Hermano, ¿por qué haces eso? —le preguntó Dankwart—. ¿Cómo pasaremos cuando volvamos del país de los Hunos dirigiéndonos al Rhin?

Hagen le dijo luego que no darían la vuelta. El héroe de Troneja le dijo:

—Lo hago porque temo que haya entre nosotros un cobarde que quiera volverse de este país llevado de su pequeñez de corazón, este hallaría en el río una vergonzosa muerte.

Cuando el capellán del rey vio que rompía la barca, le dijo a Hagen desde la otra orilla:

—Asesino sin fe, ¿qué he hecho yo desgraciado sacerdote para que me

quieras ahogar?

Hagen le respondió en seguida:

—Déjate de esas palabras, yo siento por mi fe que hoy te hayas escapado de mis manos, no lo digo en broma.

—Por ello doy gracias a Dios —respondió el pobre sacerdote.

» Yo te temo muy poco, puedes estar seguro: sigue tu camino hacia los Hunos, yo me vuelvo al Rhin. Dios quiera que nunca volváis, esto lo deseo de corazón, pues casi me habéis quitado la vida.

Llevaba entre ellos un héroe Borgoñón de gran fuerza; se llamaba Volker: sus palabras eran siempre elocuentes y todo lo que hacía Hagen merecía su aprobación.

Sus caballos estaban preparados y las bestias de carga dispuestas; durante el viaje no habían tenido más disgusto que el del capellán del rey. Éste había de volver luego a pie hasta el Rhin.



CANTO XXVI:[22]

De cómo Dankwart mató a Gelfrat



uando todos hubieron llegado a la otra orilla, el rey Gunter preguntó:

—¿Quién nos enseñará en este país el recto camino para que no nos perdamos?

—Déjame a mí ese cuidado —le respondió el fuerte Volker.

—Ahora tened cuidado —dijo Hagen— caballeros y escuderos: no separarse de los amigos, esto me parece bueno. Yo voy a haceros conocer una triste noticia; de los que vamos aquí ninguno volverá al país de Borgoña.

» Me han dicho dos mujeres de las aguas esta mañana temprano, que ninguno volvería. Esto es lo que os aconsejo: armaos, héroes, y estad con mucho cuidado: aquí tenemos fuertes enemigos y es menester avanzar a la defensiva.

» Esperaba probar la mentira de las extrañas mujeres de las aguas: me habían dicho que ni uno solo volvería sino el capellán; por esto traté de darle muerte.

Voló esta noticia de compañía en compañía. Más de un fuerte héroe tornóse sombrío, pues tenían cuidado por la terrible muerte que habían de recibir en aquel país; terrible desgracia tenía que ser aquélla.

El río lo habían pasado por cerca de Moeringen, donde el batelero de Else había perdido en combate la vida. Hagen dijo:

—Por cuanto yo me he conquistado enemigos en el camino, aquí estoy seguro que nos detendrán. Yo maté al barquero esta mañana temprano, sabedlo. Estemos prevenidos, y si Gelfrat y Else quieren atacar nuestro acompañamiento, les ocurrirán negras desgracias.

» Yo sé que son muy fuertes y que no esperarán mucho. Por esto haced que vuestros caballos vayan despacio para que nadie pueda pensar que huimos de esos señores.

—Quiero seguir ese consejo —contestó el joven Geiselher—. ¿Quién guiará nuestro acompañamiento por este país?

—Volker lo hará —le contestaron—, pues conoce los caminos y los atajos este hábil músico.

Antes que acabaran de decir esto, lo vieron armado. El músico se ajustó su yelmo; hermosos colores tenía su traje de batalla. En el extremo de su lanza fijó una banderola roja; después se halló con el rey en una horrible desgracia.

Había llegado hasta Gelfrat la noticia de la muerte del barquero; también lo había sabido Else el fuerte y ambos sentían un gran pesar. Convocaron a sus héroes y bien pronto estuvieron dispuestos.

Pasado poco tiempo, quiero contároslo, se vieron caminar hacia ellos terribles compañías, que habían realizado prodigios en crueles guerras: aproximadamente unos setecientos hombres o más rodearon a Gelfrat.

Cuando se dirigieron al encuentro de sus furiosos enemigos iban guiados por sus señores y querían atacar en seguida a los audaces extranjeros. Muchos de los amigos perecieron.

Hagen de Troneja lo arregló así (¿de qué modo un caballero hubiera podido defender mejor a sus amigos?). Por la noche él mismo hacía la guardia con sus hombres y su hermano Dankwart; todos lo hacían con gusto.

Había pasado el día sin alegría ninguna. Él temía peligros para sus amigos, y a cubierto de sus escudos caminaron por el Baierland: a poco tiempo los héroes fueron atacados.

Por ambos lados del camino y por detrás de donde se hallaban, escucharon pisadas de caballo; los enemigos avanzaban con rapidez. El fuerte Dankwart dijo:

—Aquí quieren atacarnos; ajustaros los yelmos, seguid mi consejo.

Hicieron alto en el camino como convenía hacerlo; veían brillar en las tinieblas los bruñidos escudos. No quiso guardar silencio por más tiempo el señor Hagen:

—¿Quién nos persigue así en el camino? —A esto debía contestarle Gelfrat.

El margrave del Baierland le respondió:

—Buscamos a nuestros enemigos y hemos corrido detrás de ellos. No sé quien ha matado a mi barquero, que era mi héroe distinguido; por esto siento gran pesar.

—¿Era vuestro el barquero? —le dijo Hagen de Troneja—. Él no quería pasarnos; toda la culpa es mía, yo maté al guerrero, pero me vi obligado, pues casi recibí de su mano una terrible muerte.

» Le ofrecí en recompensa oro y vestidos para que nos pasara a vuestro país, señor. Por esto se irritó tanto que me hirió con un fuerte remo: por esto se excitó mi furia.

» Saqué mi espada y me defendí de sus ataques, haciéndole una profunda herida; murió aquel hombre valiente, pero dispuesto estoy a compensar lo que se me exija por su pérdida.

Comenzaron a disputar unos y otros; los ánimos estaban agitados.

—Bien sabía —contestó Gelfrat— que si alguna vez pasaba por aquí Gunter, la mano de Hagen nos haría daño. Pero no se escapará con vida: de la muerte del barquero debe responder ese héroe.

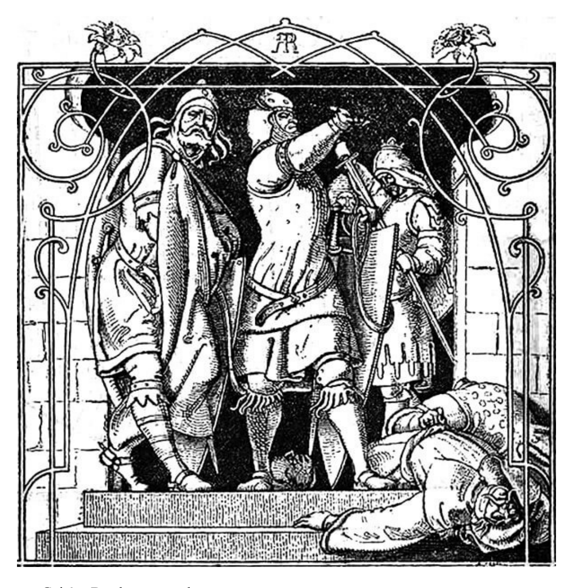
Hagen y Gelfrat embrazaron las lanzas por debajo de los escudos con objeto de poder atravesar a su enemigo. Ambos deseaban la muerte del adversario. Dankwart y Else se lanzaron el uno contra el otro y probaron su valor; aquél fue un combate furioso.

¿Cuándo fuertes guerreros se han batido de mejor manera? De un fuerte golpe del brazo de Gelfrat, Hagen fue sacado del caballo. Las correas se rompieron y pudo saber lo que era un combate.

Desde lejos se escuchaba el ruido de las lanzas de sus hombres. Hagen, arrojado violentamente por tierra, se levantó sintiendo que su furor se redoblaba contra Gelfrat.

No he podido saber quién tenía sus caballos. Hagen y Gelfrat se veían allí de pie sobre la arena: Se arrojaron el uno sobre el otro. Los compañeros se mezclaron en una horrible lucha.

Tan grande fue la rabia de Hagen al acometer a Gelfrat, que el noble margrave perdió una parte de su escudo: saltaban chispas y el vasallo del rey Gunter estuvo próximo a perder la vida.



Gritó a Dankwart en alta voz:

—¡Acude, querido hermano!, un atrevido y fuerte hombre me ha asaltado: no me dejará con vida.

—Allá voy a separaros —le contestó el fuerte Dankwart.

Voló hacia ellos el héroe y esgrimiendo su acerada espada lo mató de un solo golpe. Else hubiera querido vengarlo, pero él y su acompañamiento tuvieron que retirarse derrotados.

Su hermano estaba muerto, él mismo herido; más de ochenta de sus héroes yacían en tierra víctimas de horrible muerte: ante los hombres de Gunter el jefe tenía que huir por el camino.

Los del Baierland, al separarse del camino dejaban oír aún fuertes golpes. Los de Troneja fueron a perseguir sus enemigos, que no querían morir y huían con precipitación. Así dijo entonces el héroe Dankwart:

—Vamos a seguir nuestro camino y dejemos que se vayan; están bañados en sangre. Reunámonos con nuestros amigos; tal es mi consejo.

Cuando volvieron a pasar por donde se había dado la batalla, dijo Hagen de Troneja:

—Héroes, veamos aquí quién nos falta o quiénes hemos perdido en este combate por la cólera de Gelfrat.

Habían perdido a cuatro de los suyos; los lloraron con razón aunque estaban bien vengados, pues allí, de los del Baierland había más de cien muertos; los escudos de los de Troneja estaban húmedos y rojos por la sangre. La luna luminosa comenzó a asomar entre las nubes; Hagen dijo:

—Nadie diga a mi querido señor lo que aquí ha sucedido: dejémosle hasta mañana sin ningún cuidado.

Los que habían tomado parte en el encuentro los seguían, pero con fatiga: «¿Cuánto tiempo tendremos aún que caminar?» preguntaron algunos hombres. El fuerte Dankwart les contestó:

—Nosotros no tenemos por aquí alojamiento ninguno. Es menester seguir el camino hasta que sea de día.

Volker el atrevido, que cuidaba del acompañamiento, preguntó al mariscal:

—¿A dónde llegaremos hoy?, ¿dónde podrán reposar nuestros caballos y mi querido señor?

—No puedo decíroslo —respondió el fuerte Dankwart—. Nosotros podemos descansar aquí hasta que sea de día; estemos donde estemos echémonos en la hierba.

Al escuchar estas palabras experimentaron grande contento. Sin advertirlo, estuvieron rojos de sangre hasta que el luminoso sol se levantó por la mañana sobre las montañas; el rey los vio y comprendiendo que se habían batido, dijo con cólera:

—¿Qué ha sucedido, amigo Hagen? Muy poco habéis tenido en cuenta mi presencia, por cuanto vuestras cotas están teñidas de sangre. ¿Qué ha pasado?

—Else nos ha atacado esta noche.

» Se arrojó sobre nosotros a causa de la muerte de su barquero. Mi hermano mató a Gelfrat; Else huyó de la gran desgracia que le amenazaba: cien de los suyos y cuatro de los nuestros recibieron muerte en el combate.

No podemos nosotros indicar el sitio en que se detuvieron. Todos los habitantes del campo supieron en seguida que el hijo de la noble Uta iba a la fiesta. Poco después fueron muy bien recibidos en Pazzowe.

El tío del noble rey, el obispo Pilguerin, experimentó grande alegría al saber que estaban en su país sus sobrinos con muchos de sus guerreros: advirtieron que los querían mucho.

Todos los amigos salieron al camino para recibirlos. Como no todos podían ser alojados en Pazzowe, tuvieron que buscar un campo más allá del agua donde

levantar tiendas dichosas.

Permanecieron en aquel sitio un día y una noche. ¡Grandes atenciones tuvieron con ellos! Caminaron luego hacia las tierras de Rudiguero, que supo bien pronto la noticia de la llegada de ellos.

Cansados del camino y habiendo llegado al país, en la Marca encontraron a un hombre que dormía y al que Hagen de Troneja quitó la espada.

Era Eckewart, un buen caballero. Al advertir la pérdida de su espada sintió hondo pesar, porque aquellos héroes encontraban la Marca de Rudiguero muy mal guardada.

—¡Oh, que vergüenza para mí! —exclamó Eckewart—. Mucho me aflige el viaje de los Borgoñones: desde que he perdido a Sigfrido no hay alegría para mí: ¡oh Rudiguero, que mal he cumplido mi deber contigo!

Escuchando Hagen la lamentación del noble caballero le devolvió su espada y seis brazaletes de oro.

—Recíbelos con afección, héroe, y sé mi amigo, eres fuerte guerrero por cuanto estás aquí solo.

—Dios te pague tus brazaletes —le respondió Eckewart—; vuestro viaje hacia los Hunos me causa pena: vosotros habéis matado a Sigfrido y aquí se os odia; estad prevenidos, os lo aconsejo sinceramente.

—Que Dios nos proteja —le contestó Hagen—. Estos guerreros, los príncipes y su gente, no tiene cuidado más que por hallar alojamiento en este país donde descansaremos toda la noche.

» Nuestros caballos están fatigados por lo rudo del camino y nos faltan víveres —añadió Hagen el héroe—; nos hace falta esta noche un jefe que nos dé de su pan generosamente.

—Os indicaré ese jefe y en ningún país hallaréis casa más hospitalaria si vosotros, héroes atrevidos, lográis ver a Rudiguero —le respondió Eckewart.

» Este jefe vive a lo largo del camino y es el mejor que tuvo casa. Su corazón posee virtudes como la hierba flores en el brillante mayo, y cuando sirve a los héroes se siente satisfecho.

—¿Queréis ser emisario y preguntarle a mi amigo Rudiguero si por consideración a mí quiere recibir a los que me acompañan? —dijo el rey Gunter —; yo se lo agradeceré siempre.

—Con gusto seré vuestro mensajero —contestó Eckewart. Con gran placer emprendió la marcha e hizo saber a Rudiguero lo que le habían encargado. Hacía mucho tiempo que éste no recibía noticias que le agradaran tanto.

Viose ir corriendo hacia Bechlaren a un guerrero al que reconoció Rudiguero. Dijo: « Veo por el camino a Eckewart, uno del séquito de Crimilda» . Pensaba si los enemigos le habrían causado algún pesar.

Salió hasta la puerta en la que encontró al emisario: éste se desciñó la espada y la puso a su lado al alcance de la mano. No le hizo desear mucho tiempo las

noticias que llevaba, se las dijo en seguida.

—No tengáis cuidado ninguno —le dijo Eckewart—, me envían a vos tres reyes, Gunter de Borgoña, Gernot y Geiselher; estos valerosos guerreros os ofrecen sus servicios.

» Lo mismo hacen también Hagen y Volker con desinterés y buena fe; también os diré que el mariscal de los reyes me ha dicho que los guerreros tienen gran necesidad de alojamiento.

Con visible satisfacción le respondió Rudiguero:

—Mucho me agrada saber que los reyes tienen necesidad de mis servicios; no se los negaré y si entran en mi casa me sentiré orgulloso de ello.

—Dankwart el mariscal me ordena deciros que con él recibiréis en vuestra casa sesenta guerreros atrevidos y mil buenos caballeros con nueve mil servidores.

—Recibir a tales huéspedes —respondió Rudiguero— es una felicidad para mí, así como también tener en mi casa a señores tan ilustres. Saldré al encuentro de ellos con mis parientes y mi acompañamiento.

Echaron pie a tierra de sus caballos señores y escuderos: cuanto los jefes les mandaban les parecía bien y no negaban en modo alguno sus servicios. Todavía no sabía nada la señora Gotelinda que estaba en su cámara.

CANTO XXVII:

De cómo fueron recibidos en Bechlaren



l margrave fue a donde estaban su esposa con sus damas y su hija, y les comunicó la alegre noticia que acababa de saber de que los hermanos de la reina iban a llegar a su casa.

—Querida esposa —dijo Rudiguero—, necesario es que recibáis con agrado a los nobles y elevados reyes y a su acompañamiento, cuando lleguen a vuestros dominios; saludaréis también amistosamente a Hagen el vasallo de Gunter.

» Con ellos viene un guerrero que se llama Dankwart; y otro cuyo nombre es Volker de preclaro talento. Vos y mi hija abrazaréis a los seis y probaréis a esos guerreros que sois amigas suyas.

Prometiéronlo las mujeres y estaban dispuestas a hacerlo. Buscaron en los cofres los más hermosos vestidos, pues con ellos querían salir al encuentro de los guerreros. Muchas hermosas mujeres hicieron grandes preparativos.

No se veía allí ninguna mujer con colores: ciñiendo la cabeza llevaban brillantes bandas de oro para que el viento no las despeinara; estaban seductoras y hermosas.

Dejemos a las mujeres ocupadas en sus asuntos. Para salir al campo a recibir a los guerreros, los amigos de Rudiguero hicieron grandes preparativos; fueron muy bien recibidos en las tierras del margrave.

Cuando el margrave vio que se aproximaban, Rudiguero el valiente les dijo con cariño:

—Bienvenidos sean los señores y toda su gente, una satisfacción es para mí verlos en mis dominios.

Los guerreros dieron las gracias con buena fe y sin odio, pues les manifestaba claramente la alegría por su llegada. Saludó particularmente a Hagen, al que hacía mucho tiempo que conocía, y lo mismo con Volker, el héroe de Borgoña.

Recibió también a Dankwart; así dijo al fuerte héroe:

—Ya que consentís en recibirnos, ¿quién cuidará del acompañamiento que hemos traído de Worms sobre el Rhin?

—Ese cuidado es mío —respondió el margrave—. En este país se cuidará con esmero de vuestro acompañamiento y también de lo que habéis traído en caballos, plata y vestidos: pondré tan buena guardia que no se perderá nada, ni aun lo que valga media espuela.

» Criados, levantad tiendas en el campo; yo soy responsable de todo lo que se pierda; quitad las bridas y dejad libres los caballos.

Pocos huéspedes los habían recibido tan bien. Los extranjeros estaban alegres. Cuando estuvo todo preparado, los señores se alejaron de allí dejando a los criados que se acostaran en la hierba, donde reposaron bien. Pienso que en su viaje nunca se encontraron mejor.

La margrave había salido fuera de la ciudad con su hermosa hija. Allí se veían con ella mujeres admirables y muchas bellas jóvenes: llevaban muchas piedras preciosas y muchos ricos vestidos.

El fulgor de las piedras preciosas que llevaba en sus adornos se advertía desde muy lejos y estaban perfectamente puestos. Se acercaban ya los extranjeros y echaron pie a tierra. ¡Oh!, ¡cuántas cortesías hicieron los Borgoñones!

Sesenta y tres vírgenes y muchas más mujeres, cuyos cuerpos parecían formados por el deseo, se presentaron ante ellos rodeadas de un gran número de fuertes hombres.

Distinguidamente saludaron todos a las nobles mujeres.

La margrave besó a los tres reyes y lo mismo hizo su hija. Hagen estaba al lado de ellos. El padre le dijo que lo abrazara: ella lo miró y pareciéndole muy feroz y muy horrible, se hubiera abstenido de hacerlo de buena gana.

Pero tuvo que hacer lo que su padre le mandaba. Sus colores se mudaban, siendo ora pálidos ora rojos. También besó a Dankwart y después al distinguido

músico: este beso lo merecía por su valor y su arrojo.

La joven margrave tomó de la mano al joven Geiselher de Borgoña; y también hizo lo mismo su madre con el fuerte Gunter. Condujeron a los héroes con cariñosos miramientos.

El jefe, caminando al lado de Gernot, penetró en un anchuroso salón. Los caballeros y las señoras se sentaron allí y dieron a los extranjeros del mejor vino que podía encontrarse: nunca hubo héroes que fueran mejor tratados.

Todos fijaban sus ávidos ojos en la hija de Rudiguero, que estaba magníficamente vestida. En lo íntimo de su alma, más de un noble caballero le declaró su amor; en verdad que lo merecía, pues sus sentimientos eran nobles y puros.

Lo que ellos pensaban no podía realizarse. Los buenos caballeros veían por todas partes doncellas y mujeres, de las que había muchas. El noble artista quería mucho y bien al noble Rudiguero.

Se separaron después, según era costumbre en el país, yéndose los caballeros por un lado y las mujeres por otro. Pusieron las mesas en la ancha sala y sirvieron abundantemente a los desconocidos extranjeros.

En prueba de consideración a ellos, la noble margrave los acompañó a la mesa. A su hija la dejó en compañía de las doncellas como era conveniente. Esto no agradó a los huéspedes que deseaban verla.

Cuando hubieron comido y bebido bien, entraron las hermosas en la sala. No faltaron los cuentos chistosos: Volker habló mucho, era un guerrero fuerte y muy hábil. El músico dijo en alta voz:

—Muy rico margrave, Dios ha obrado con vos misericordiosamente: os ha dado una esposa honrada y bella y una dichosa vida.

» Si fuera rey —añadió el músico—, si ciñera una corona anhelaría tener por esposa a vuestra hermosa hija, ella ha impresionado fuertemente mi espíritu. Es digna de amor y además noble y buena.

—¿Cómo es posible que un rey pretendiera a mi querida hija? —le contestó el margrave—. Nosotros estamos desterrados aquí mi mujer y yo, y nada tenemos que dar; ¿para qué puede servir su belleza?

Gernot el noble y buen héroe dijo:

—En el caso de que se hubiera de escoger una esposa a mi gusto, mi corazón se estremecería de alegría al tenerla por mujer.

Entonces Hagen dijo en tono amistoso:

—Ya debe pensar en tomar mujer, mi señor Geiselher, y de tan ilustre prosapia es la joven margrave, que yo y todos los que me acompañan la serviríamos con gusto; menester es que se venga a Borgoña y ciña la corona.

Estas frases agradaron mucho al buen margrave y también a Gotelinda; luego muchos guerreros se arreglaron de modo que el noble Geiselher la tomó por esposa, según convenía a tan elevada persona.

¿Qué hay que oponerse a lo que se tiene que cumplir? Rogaron a la joven que fuera a la corte y prometieron al príncipe por medio de juramento la encantadora virgen. Él a su vez prometió amar a la joven digna de las mayores consideraciones.

Dieron a la desposada tierras y ciudades, y los nobles reyes confirmaron la donación extendiendo sus manos en señal de juramento. Así quedó hecho; el margrave añadió:

—Yo no tengo ciudades, pero siempre os seré fiel y constante con toda el alma. Doy a mi hija la plata y el oro que cien bestias de carga puedan llevar con trabajo, para que el honor del héroe quede satisfecho.



Hicieron que ambos permanecieran en un círculo como era costumbre. Muchos jóvenes guerreros de alegre carácter estaban frente a ellos. Se ponían en su caso como en tales ocasiones hacen los jóvenes.

Cuando preguntaron a la joven digna de amor si quería al guerrero, sintió tristeza; quería al arrogante joven, pero la pregunta la ruborizaba como acontece a muchas vírgenes.

Le aconsejó su padre Rudiguero que dijera que sí y que tomara su nombre con gusto: el joven Geiselher se adelantó rápidamente hacia ella y le cogió sus blancas manos. ¡Cuán poco gozó de su presencia! El margrave dijo:

—Nobles y ricos reyes, cuando volváis de vuestro viaje, os daré a mi hija según es costumbre, para que la llevéis con vosotros.

Así lo prometieron. Grande fue la alegría de todos, pero al fin tuvo que cesar. Aconsejaron a la joven que se retirara a su cámara, y a los huéspedes que fueran a dormir hasta que llegara el día. Se prepararon los víveres; el jefe los trató con verdadera munificencia.



Después de hacer la primera comida, hubieran querido partir para el Huneland.

—En verdad que tengo que oponerme —dijo el noble margrave —, pues rara vez tengo huéspedes que me sean tan queridos.

—No nos es posible detenernos —le respondió el margrave— ¿de dónde tomaríais los víveres, el pan y el vino, si aún hoy tuvierais que alimentar a tanta gente?

Al escuchar esto, dijo el jefe:

—No digáis eso mis queridos señores, no me neguéis lo que os pido. Sin trabajo ninguno os daré víveres durante catorce días para todo el acompañamiento que lleváis. Nada me ha negado hasta ahora el rey Etzel.

Por más que se defendieron, les fue necesario permanecer allí hasta la cuarta mañana. El generoso jefe hizo cosas de que se habló durante mucho tiempo: dio a sus huéspedes caballos y vestidos.

No podía durar esto mucho tiempo, porque tenían que marcharse. El valiente Rudiguero no escaseó nada; lo que cada uno deseaba se lo concedía y todos tenían razón para estar muy satisfechos.

Su noble acompañamiento condujo ante la puerta muchos caballos ensillados. Muchos valientes guerreros se adelantaron hacia ellos llevando el escudo en la mano, pues querían caminar hacia el país de Etzel.

El margrave había hecho los regalos a los héroes antes que los nobles extranjeros entraran en la sala. Podía vivir con honor y en abundancia, pues habían concedido su hermosa hija a Geiselher.

Regaló a Gernot una espada muy bien templada que el altivo guerrero usó después siempre en los combates. Este regalo agradó mucho a la esposa del margrave; por ella perdió luego el buen Rudiguero cuerpo y vida.

Regaló al rey Gunter, al héroe distinguido, una armadura que con honor podía llevarla el noble y rico rey, que casi nunca aceptaba los regalos. El rey manifestó su agradecimiento a Rudiguero.

Gotelinda dio a Hagen, según convenía, sus amistosos regalos: ya que el rey los aceptaba él no podía ir a la fiesta sin llevar los suyos; el noble guerrero dijo a pesar de todo:

—De cuanto he visto, nada deseo tanto como llevar este escudo que está colgado en la pared: quisiera llevarlo conmigo al Huneland.

Al escuchar estas palabras de Hagen, la margrave recordó sus penas y rompió a llorar. Pensaba con dolor profundo en la muerte de Nudungo al que

había matado Wittich; no pudo contener sus gemidos. Ella dijo al guerrero:

—Quiero daros ese escudo. Quisiera Dios del cielo que aún gozara de la vida el que se sirvió de él. ¡Murió en un combate! Lo lloraré siempre, así tiene que hacerlo una pobre mujer.

Se levantó de su asiento la amable margrave, y tomó con sus blancas manos el escudo que entregó a Hagen: éste se lo ajustó al brazo. Era un regalo de honor para el guerrero.

Una cubierta de brillantes telas velaba sus reflejos. Nunca a la luz del día habían brillado mejores piedras que las de aquel escudo, que de quererlo comprar habría costado mil marcos.

El héroe mandó que recogieran el escudo y en aquel momento su hermano Dankwart llegó a la corte. La hija de Rudiguero le regaló ricos vestidos que llevó con grande alegría al país de los Hunos.

De tantos regalos como tuvieron, nada hubieran disfrutado sin el cariño del jefe, que se los ofreció amistosamente. Sin embargo, llegaron a ser enemigos suyos y fueron los que le dieron muerte.

Volker, el atrevido guerrero, fue a colocarse con su viola ante la noble Gotelinda; tañó sus más dulces sones y entonó una troba; así se despidió al partir de Bechlaren.

La margrave hizo traer entonces una arqueta y vais a saber ahora cuales fueron aquellos cariñosos regalos: tomó doce brazaletes y se los puso en la mano:

—Volker, llevaréis esto al Huneland y por amor a mí, llevadlos en la corte para que cuando volváis me digan como me habéis servido en la fiesta.

Lo que ella deseaba lo hizo después el guerrero. El jefe dijo a los extranjeros:

—Para que caminéis mejor, quiero acompañaros yo mismo; todos os respetarán tanto que nadie se atreverá a molestarlos en el camino.

Las bestias de carga fueron preparadas inmediatamente. El jefe estaba preparado con quinientos hombres, caballos y vestidos, iba alegremente a la fiesta, pero ninguno de aquellos buenos caballeros volvió con vida a Bechlaren.

Con cariñosos besos se despidió Rudiguero de su esposa, y lo mismo hizo Geiselher, según el amor le aconsejaba. Besaron y abrazaron a las hermosas mujeres; después tuvieron que llorar muchas jóvenes.

Se abrieron las ventanas, el margrave iba a caminar con sus hombres. El corazón les predecía desgracias; muchas mujeres y tiernas jóvenes lloraron.

Sus amados amigos, a los que no volvieron a ver nunca en Bechlaren, les inspiraban pesar. Sin embargo, ellos marcharon con alegría por el camino y pasaron el Donau dirigiéndose hacia el Huneland.

Así dijo a los Borgoñones el amable margrave, el noble Rudiguero:

—Anunciemos sin tardanza la noticia de que nos aproximamos al Huneland. Nunca habrá recibido el rey Etzel una más alegre.

El rápido mensajero caminó por el Osterreicheland; en todas partes anunció a

las gentes que iban a llegar los héroes de Worms sobre el Rhin. Nada podía agradar tanto al acompañamiento del rey.

Los mensajeros esparcieron la nueva de que los Nibelungos llegaban al país de los Hunos. Crimilda la reina estaba en una ventana y desde ella veía llegar a sus parientes. Vio llegar a muchos hombres de su país natal; el rey que estaba a su lado, le dijo:

—Tú los recibirás bien, Crimilda esposa mía, un grande honor es para ti la venida de tus amados hermanos.

—Grande alegría es para mí —respondió Crimilda—. Aquí llegan mis amigos trayendo escudos nuevos y relucientes corazas: el que quiera ganar mi oro, que piense en mis penas y siempre le estaré agradecida.

» Quiero tomar venganza en esta fiesta y que alcance al que me ha causado tantas aflicciones; así quedaré satisfecha» .

CANTO XXVIII:[23]

De cómo Crimilda recibió a Hagen



uando los Borgoñones llegaron al país, lo supo el anciano Hildebrando de Berna, el cual lo dijo a su señor. Dietrich estaba con cuidado; y le rogó que recibiera bien a los fuertes y nobles caballeros.

Wolíhart el fuerte hizo traer sus caballos. Con Dietrich cabalgaron por el campo muchos atrevidos guerreros; en aquel sitio habían levantado muchas vistosas tiendas.

Cuando Hagen de Troneja los vio avanzar desde lejos, dijo a sus señores cortésmente:

—Echad pie a tierra guerreros, y salid al encuentro de los que vienen a recibiros.

» Veo venir hacia aquí a un grupo de señores que me son conocidos, son los valientes guerreros del Amelungenland. El de Berna los guía, son muy altivos: no rehuséis ninguno de los servicios que os ofrezcan.

Habiendo echado pie a tierra de los caballos, permanecieron al lado de

Dietrich muchos caballeros y criados. Se adelantaron hacia los extranjeros hasta el lugar en que estaban los héroes y saludaron amistosamente a los del país de Borgoña.

Desearéis saber lo que Dietrich dijo a los hijos de Uta cuando vio que se acercaban; aquella expedición le causaba pesar y pensaba que Rudiguero lo sabía y se lo habría dicho.

—Bienvenidos seáis señores Gunter y Geiselher, Gernot y Hagen, y también vos señor Volker y el arrojado Dankwart: ¿no sabéis que todavía Crimilda llora al del país de los Nibelungos?

—Ella puede llorar largo tiempo —contestó Hagen—. Muchos años hace ya que cayó muerto y debe amar al rey de los Hunos. Sigfrido no puede volver; hace mucho tiempo que está enterrado.

—Dejemos ahora las heridas de Sigfrido; por mucho que viva la señora Crimilda son de temer grandes desgracias. —Así dijo el noble Dietrich de Berna —. Por eso os debéis cuidar, jefe de los Nibelungos.

—¿Por qué he de cuidarme? —contestó el altivo rey—. Etzel nos ha enviado mensajeros. ¿Qué tenía más que preguntar para venir a su reino? También nos ha enviado su invitación mi hermana Crimilda.

Los tres reyes comenzaron a hablar entre sí, el señor Gunter y Gernot y el señor Dietrich.

—Dinos, noble y buen caballero de Berna, ¿en qué disposición has visto a la reina?

—¿Qué queréis que os diga? —contestó el héroe de Berna—. Todas las mañanas veo llorar y lamentarse de sus desgracias a la esposa de Etzel, la señora Crimilda, y quejarse al Dios del cielo de la muerte del valeroso Sigfrido.

—No nos es posible librarnos —dijo el fuerte Volker, el músico—: Iremos a la corte y veremos qué puede pasar a los atrevidos héroes entre los Hunos.

Los fuertes Borgoñones se dirigieron a la corte vestidos suntuosamente según la usanza de su país: muchos fuertes hombres de entre los Hunos admiraban la gallardía de Hagen.

Como lo referían, el pueblo supo bien pronto que él era quien había matado a Sigfrido el del Niderland, al guerrero más fuerte, al esposo de Crimilda: en la corte se hacían muchas preguntas acerca de Hagen.

El héroe era de magnífico aspecto, ancho de espaldas; sus cabellos eran grises; largas sus piernas, su rostro feroz y su andar imponente.

Los guerreros Borgoñones fueron llevados a sus alojamientos, quedando separados de ellos los del acompañamiento de Gunter. Esto era por consejo de la reina que lo odiaba: más tarde los escuderos fueron degollados en sus aposentos.

Dankwart el hermano de Hagen, era mariscal: el rey le recomendó mucho su acompañamiento para que le dieran cuanto pudiera necesitar. De todo cuidaba con esmero el fuerte héroe.

La hermosa Crimilda, rodeada de su acompañamiento, fue a recibir a los Nibelungos con falsa intención. Besó a Geiselher y lo cogió de la mano. Al ver esto Hagen de Troneja, se ciñó más su yelmo.

—Después de semejantes saludos —dijo Hagen— bien pueden tener cuidado los intrépidos guerreros. Saludan de distinto modo a los príncipes y a los que con ellos vienen: no hemos hecho buen viaje viniendo a esta fiesta.

—Sed bienvenidos para los que os ven con gusto —dijo ella—. No os saludo por la amistad con que os veo. Decidme que me traéis de Worms, sobre el Rhin, para que seáis bienvenido para mí.

—¿Qué queréis decir? —replicó Hagen—. ¿Debían traeros regalos estos guerreros? Os creía bastante rica, según me han dicho, y por esto no he traído presente ninguno al país de los Hunos.

—Pues bien, decidme, ¿del tesoro de los Nibelungos qué habéis hecho? Me pertenecía, bien lo sabéis, y eso podíais haberlo traído al país del rey Etzel.

—Por mi fe, señora Crimilda, que hace muchos días que no he visitado el tesoro de los Nibelungos. Mis señores me mandaron arrojarlo al Rhin y allí debe permanecer hasta el día del juicio.



—Ya me lo había yo pensado —le replicó la reina—, nada me habéis traído aquí de los bienes que eran míos y de que podía disponer. Por ti y por tus señores he tenido muchos días de pesar.

—¡Os traigo al demonio! —exclamó colérico Hagen—. Vengo cargado con mi escudo, mi arnés, mi brillante yelmo y la espada en la diestra: por esto no os traje nada.

—No me expreso de esta manera porque desee más oro: tengo tanto para dar que no necesito de vuestros obsequios. Un asesinato y varios robos se han cometido por mi mal y de esto, pobre de mí, quisiera hallar satisfacción. —La reina dijo después a los guerreros reunidos—: Ninguno llevará espadas en esta sala, me las entregaréis; las haré guardar.

—Por mi fe —respondió Hagen—, yo no haré eso.

—Rehuso el honor, amable hija de reyes, de que llevéis a vuestro aposento mi escudo y mi armadura —dijo Geiselher—; vos sois aquí la reina, pero mi padre me enseñó a que yo fuera mi camarero.

—¡Oh, qué dolor! —exclamó Crimilda— ¿por qué ni mi hermano ni Hagen quieren que se les guarde sus escudos? Están sobre aviso, y si supiera quién se los ha dado lo haría condenar a muerte.

Al escuchar esto, dijo con cólera Dietrich:

—Yo soy quien ha avisado a los ricos príncipes y al fuerte Hagen, el héroe de Borgoña: sin embargo, mujer de los demonios, no me haréis sufrir pena ninguna.

La noble reina se sintió confusa, pues el héroe Dietrich le causaba miedo. Se separó de ellos sin pronunciar una palabra, pero lanzó a sus enemigos furiosas miradas. Entonces dos guerreros se estrecharon la mano, el uno era Hagen, el otro Dietrich. El héroe valeroso dijo:

—Vuestro viaje al Huneland me causa pena. Porque la reina os ha hablado así.

—Estaremos con cuidado a todo —dijo Hagen de Troneja. Dicho esto, los héroes avanzaron el uno al lado de otro. Al ver esto, el rey Etzel preguntó:

—Quisiera saber quién es el guerrero que tan amistosamente ha sido recibido por Dietrich; parece muy animoso: sea quien fuese su padre, parece buen guerrero.

Uno de los hombres de Crimilda respondió al rey:

—En Troneja ha nacido; su padre se llamaba Aldriano; aunque parezca agradable es un hombre terrible: ya os probaré que no he mentido.

—¿Cómo conoceré yo que es terrible?

El rey no sabía aún los crueles lazos a que después atrajo la reina a sus parientes, de tal modo que ni uno pudo volver a salir del Huneland.

—Conocí mucho a Aldriano, pues fue vasallo mío: gloria y grande honor adquirió aquí a mi lado. Yo lo hice caballero y le di mi oro; como me era fiel lo quería mucho.

» Por esto conozco todo lo que a Hagen se refiere: dos nobles niños estuvieron aquí en gajes; él y Walther de España crecieron aquí. A Hagen lo envié a su patria; Walther huyó con Hildegunda.

Así pensaba en los hechos ocurridos en los pasados tiempos. Volvía a ver a su amigo el de Troneja que en su juventud le prestó grandes servicios. Ahora en su vejez, Hagen le mataría muchos amigos.

CANTO XXIX:[24]

De cómo ni Hagen ni Volker se pusieron de pie ante Crimilda



os dos héroes dignos de alabanza, Hagen de Troneja y Dietrich se separaron. El vasallo del rey Gunter miró por encima del hombro buscando un compañero de armas, que halló en seguida.

Allí cerca de Geiselher estaba el notable músico Volker; le rogó que lo acompañara, pues sabía que era muy amigo de querellas. Volker era en todo un noble y valiente caballero.

Dejaron a los príncipes en la corte y marcharon solos a través de ella dirigiéndose hacia un gran palacio. Aquellos guerreros escogidos no temían al rencor de nadie.

En aquella morada sentáronse en un banco que había frente al salón en que estaba Crimilda. Sus armaduras esparcían reflejos luminosos alrededor de ellos. Muchos de los que los veían hubieran deseado conocerlos.

Los Hunos veían con admiración a los atrevidos héroes, lo mismo que se mira a las fieras. La esposa de Etzel los vio desde la ventana y tal vista le afligió el alma.

Ellos le hacían recordar sus sufrimientos y rompió a llorar. Los guerreros de Etzel se extrañaban sin saber qué era lo que le causaba su aflicción. Ella dijo:

—Hagen tiene la culpa, buenos y valientes héroes.

—¿Cómo es eso? —respondieron a la señora— nunca os hemos visto contenta. Por fuerte que sea el que os ha agraviado, decidnos que os venguemos y le daremos muerte.

—Al que me vengue de las penas sufridas le daré todo cuanto desee. Yo os lo pido de rodillas —añadió la esposa del rey—. Vengadme de Hagen, hacedle perder la vida.

Inmediatamente se ciñeron las espadas sesenta guerreros. Por amor a Crimilda querían salir del salón al encuentro de Hagen y matar al fuerte héroe y al músico; hablaron acerca de esto. Viendo la reina que eran pocos, dijo con brío a los guerreros.

—Desechad la resolución que habéis tomado siendo tan pocos, nunca podréis luchar contra el terrible Hagen.

» Por fuerte y altivo que sea el de Troneja, más fuerte es aún el que está sentado a su lado, Volker el músico; es un hombre terrible: no debéis atacar a esos héroes siendo tan pocos» .

Al escuchar esto se armaron mayor número de ellos, hasta cuatrocientos. La soberbia reina sintió alegre el corazón pensando que quedarían vengadas sus ofensas. Los guerreros no dejaron de sentir grandes cuidados.

Cuando vio armado a su acompañamiento, la reina dijo a los atrevidos guerreros:

—Esperad todavía, permaneced quietos aún. Quiero pasar la corona por delante de mis enemigos.

» Quiero decir todo el mal que me ha hecho Hagen, el compañero de Gunter. Sé que es tan impertinente que no lo negará; pero tampoco me importa el mal que le pudiera suceder.

Cuando el hábil tañedor de laúd, el fuerte músico, vio a la reina bajar los escalones para salir de la casa, el fuerte Volker se volvió hacia su compañero de guerras y le dijo:

—Mira amigo, como se adelanta altiva la que con mala fe te ha invitado para que vengas a este país. Nunca vi a una reina acompañada de tantos hombres, con las espadas desnudas y las armaduras puestas.

» ¿Sabéis, amigo Hagen, si os odian? Si éstas son vuestras noticias, cuidad de vuestra vida y de vuestro honor; esto me parece conveniente, pues si no me engaño parece que siente gran cólera.

» Todos son anchos de espaldas, fuertes y valientes: tiempo es de defender la

vida. Creo ver que bajo la seda traen las corazas, pero nadie me ha dicho lo que quieren.

Así dijo con ira concentrada Hagen, el fuerte hombre:

—Bien sé que todos traen en las manos las brillantes espadas para atacarme; pero aún puedo salir de aquí y volver a Borgoña.

» Ahora dime, amigo Volker, ¿me harás el favor de ayudarme si la gente de Crimilda me quisiera atacar? Contéstame a esto en nombre del cariño que me tengas, yo por mi parte os serviré siempre fielmente.

—Os ayudaré —le contestó Volker—, y aun cuando viera venir en contra nuestra al rey Etzel con todos sus guerreros, mientras tenga vida, el temor no me hará retroceder un paso de vuestro lado.

—¡Ahora doy gracias al Dios del cielo, muy noble Volker! Si me atacaran, ¿qué otra ayuda puedo desear?

» Puesto que me queréis socorrer, según he oído, la cuestión será peligrosa para esos guerreros.

—Levantémonos de nuestros asientos —dijo el músico—. Hija de reyes es la que pasa. Hagámosle los honores a la noble reina. Así seremos más honrados.

—¡No!, por lo que me quieras —replicó Hagen en seguida—. Esos guerreros podrían creer que lo hacíamos por miedo y que nos queríamos ir. No me levantaré de mi asiento por ninguno de ellos.

» Bueno es que nos dejemos de cortesías. ¿Por qué hacer honores a quien me odia? No, nunca los haré en mi vida. ¿Qué puede importarme en el mundo el odio de Crimilda?

El soberbio Hagen cruzó sobre sus rodillas una brillante espada, en cuyo pomo había un jaspe deslumbrador, verde como la hierba. Crimilda reconoció muy bien que era la de Sigfrido.

Al reconocer la espada experimentó grande aflicción. El puño era de oro, la vaina de galón rojo. Acudieron a su mente todos sus pesares y rompió a llorar. Creo que Hagen lo había hecho ex profeso.

Volker el fuerte colocó a su lado, en el banco, un duro arco, largo y fuerte semejante a un acerado machete. Allí permanecieron sentados sin ningún temor aquellos dos guerreros valerosos.

Los dos fuertes héroes estaban con tanta altivez que por temor de que creyeran otra cosa, no se levantaron de sus asientos. La reina pasó por delante de ellos y les hizo un saludo en el que se advertía el odio.

—Me parece señor Hagen —dijo ella—, que sabéis todo el mal que habéis hecho a quien os ha mandado buscar, a quien os ha invitado a venir a este país. Obrando con un poco de juicio debíais haber renunciado.

—Nadie me ha mandado buscar —respondió Hagen—. Pero han invitado a este país a tres héroes que son mis señores; yo soy de sus huestes y nunca me he quedado atrás cuando la corte hace una expedición.

—Decidme —replicó ella— ¿por qué siempre obráis de manera que se excite mi cólera? Vos habéis matado a Sigfrido mi querido esposo, del que hasta mi fin lloraré la muerte.

—¿Aún hay más palabras? —dijo él—, ya son bastantes. Yo soy Hagen, el que mató a Sigfrido, el arrogante héroe. ¡Qué caro pagó el insulto que la señora Crimilda hizo a la hermosa Brunequilda!

» No quiero mentir, rica reina, de todos vuestros males y pesares yo soy la causa. Ahora vénguese el que quiera, mujer u hombre. Yo no lo niego, os he causado grandes penas.

—Ya lo oís, guerreros —dijo ella—, no niega ninguno de los males que me ha causado; ya no me inspira cuidado nada de lo que pueda suceder hombres de Etzel.

Los feroces guerreros comenzaron a mirarse. Si se hubiera comenzado el combate, el honor habría sido para los dos compañeros que tantas veces habían vencido en las batallas. Pero el temor les hizo abandonar el intento que habían formado.

Así dijo uno de los guerreros:

—¿Por qué me miráis? No quiero realizar lo que había prometido: por obsequios de nadie quiero perder la vida. Mal nos quiere guiar la esposa del rey Etzel.

Otro dijo:

—En el mismo sentido me hallo yo. Aunque me dieran torres enteras de oro rojo y bueno no querría combatir con ese músico, pues horribles son las miradas que le he visto dirigir.

—También conozco a Hagen desde su juventud, y creo cierto cuanto de él hayan dicho. Lo he visto en veintidós combates, y por sus hechos muchas mujeres han sentido su corazón roto.

» Él y el de España han realizado muchas proezas cuando al lado de Etzel combatían con honor del rey. Con mucha frecuencia ha sucedido, y por esto no puede dudarse del honor de Hagen.

» Entonces el guerrero era casi un niño; los jóvenes de aquel tiempo han envejecido ya. Está todo el vigor de su espíritu, y es un hombre furioso: ciñe la Balmung que adquirió de una manera desleal.

Después de esto, se separaron sin librar combate, lo cual fue para la reina un pesar de corazón. Los guerreros se retiraron de allí, pues tenían miedo a la muerte de mano de los dos héroes hubieran sido para ellos un gran peligro.

—Ya hemos visto que tenemos aquí enemigos según nos habían anunciado —dijo el fuerte Volker—; vamos a reunimos con el rey en la corte, y nadie se atreverá a dirigir un ataque contra nuestros señores.

—Está bien, os sigo —respondió Hagen. Fueron a reunirse con los arrogantes guerreros que se preparaban para ser recibidos en la corte. Volker el fuerte

hablaba en alta voz. Dijo a sus señores:

—¿Cuánto tiempo vais a permanecer aquí, dejándoos estrujar? Id pronto a la corte y procurad saber cuáles son las intenciones del rey.

Los valientes guerreros se comenzaron a reunir. Dietrich de Berna, tomó de la mano al rico Gunter de Borgoña; Irnfrido tomó la de Gernot el fuerte caballero, y viose ir hacia la corte a Geiselher con su suegro.

De cualquier modo que fueran, no se separaron Volker y Hagen hasta la muerte, sino en un solo combate. Por esto lloraron pesarosas nobles mujeres.

Viose ir hacia la corte a los reyes con su acompañamiento de mil fuertes guerreros; además los sesenta héroes que había escogido en su país el valeroso Hagen.

Hawart e Iring, dos notables guerreros, marchaban el uno al lado del otro acompañando a los reyes. Después iban Dankwart y Wolfhart un héroe distinguido, que en altas virtudes excedían a los demás.

Cuando el rey del Rhin entró en el palacio, Etzel el rico no permaneció sentado. Se levantó de su asiento al verlos llegar, y nunca hasta entonces habían tenido mejor recibimiento los reyes.

—Bienvenidos para mí, señor Gunter, señor Gernot y vos su hermano Geiselher. Os hice ofrecer con afección y lealtad mis servicios en Worms sobre el Rhin; bienvenido sea también todo vuestro acompañamiento.

» Seáis también bienvenidos a este país para mi esposa vosotros valientes guerreros, Volker el fuerte y vos señor Hagen. Ella os envió muchos mensajeros al Rhin.

Así le contestó Hagen de Troneja.

—Ya lo he sabido. Si no hubiera venido con mis señores al país de los Hunos, lo habría hecho sólo por tener este honor.

Entonces el noble rey tomó a sus amados huéspedes de la mano y los condujo a los asientos que tenían preparados. Escanciaron con la mejor voluntad a los extranjeros, hidromel, moral y vino en copas de oro, y manifestaron contento por la feliz llegada de los guerreros.

—Puedo aseguraros —dijo el rey Etzel—; que nada me podía ser tan agradable en este mundo como el que vosotros, héroes, hayáis llegado. También la reina desechará la tristeza que posee.

» Muchas veces me preguntaba con extrañeza qué os podía haber hecho, yo que a tantos huéspedes he recibido en este país, para que no quisierais venir a mi reino. Para mí es un gran placer ver aquí a mis amigos.

Así le respondió Rudiguero, el caballeros altivo:

—Podéis recibirlos bien; su buena fe es grande: los hermanos de mi señora han querido honraros, pues han traído en su compañía muchos nobles héroes.

En los días con que media el estío, habían llegado los jefes a la corte del rey Etzel. Nunca se había oído decir que un buen rey hubiera recibido a sus

huéspedes con más cariño.

Llegada la hora se dirigió a la mesa con ellos.

Nunca un rey fue tan espléndido con sus huéspedes. Diéronles que beber y que comer en abundancia, y dispuestos estaban a darles cuanto pudieran desear. De aquellos héroes se habían contado grandes maravillas.

El altivo Etzel había empleado en una morada sus cuidados, su dinero y mucho trabajo: había hecho construir en una gran población su palacio con muchas torres y un magnífico salón, que muchos guerreros venían a visitar en todos tiempos. Además del acompañamiento se hallaban cerca del rey, doce ricos y elevados reyes y muchos valientes guerreros que estaban allí en todo tiempo.

Jamás un rey tuvo cerca de sí tanta gente. Rodeado de sus parientes y vasallos, disfrutaban de una felicidad sin límites. Aquel buen jefe sentía el alma alegre con el ruido de los torneos que celebraban muchos atrevidos héroes.

CANTO XXX:[25]

De cómo Hagen y Volker estuvieron de centinela



l día caminaba a su fin; se aproximaba la noche. Los guerreros fatigados del camino se preocupaban por saber dónde hallarían un lecho y cuándo reposarían. De esto habló Hagen y lo tuvieron pronto.

Gunter dijo al rey:

—Dios os conceda la felicidad. Queremos retirarnos a dormir, despedidnos y si lo mandáis volveremos mañana temprano.

El rey se despidió contento de los extranjeros. Se vio a los extranjeros ir deprisa por todas partes. Volker el fuerte, dijo a los Hunos:

—¿Cómo os atrevéis a pasar delante de esos guerreros? Si volvéis a hacerlo os sucederá una desgracia.

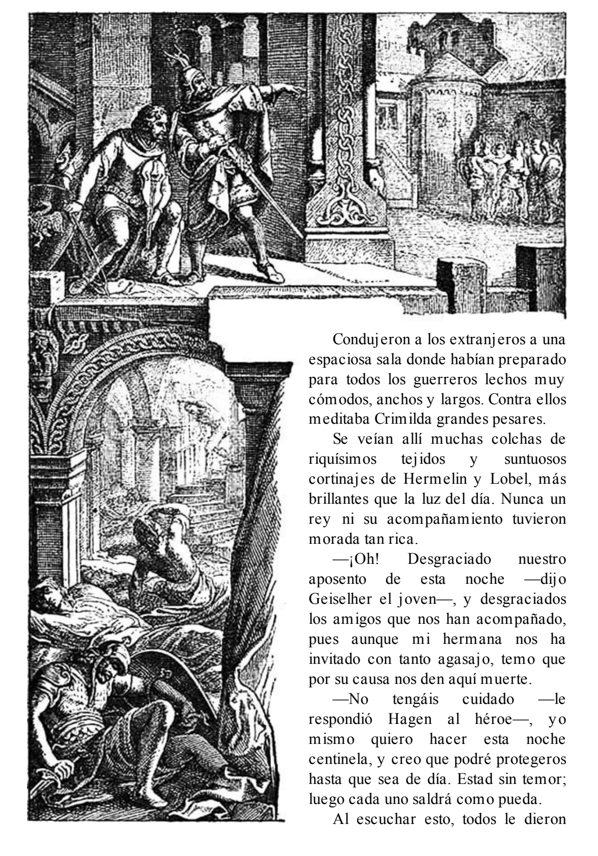
» Dispararé sobre cualquiera de vosotros tan fuerte flechazo que si tiene algún amigo fiel lo llorará sin remedio. Vosotros debéis andar detrás de nuestros guerreros, esto es lo que debéis hacer. Todos somos guerreros, pero no todos

tienen igual valor.

En tanto con gran cólera hablaba así el músico, el fuerte Hagen miró hacia atrás y dijo:

—El valiente músico os aconseja bien: volved a vuestros aposentos, soldados de Crimilda.

» Me parece que ninguno llevará a cabo lo que ha pensado, pero si queréis comenzar, esperad a mañana temprano. Dejadnos reposar ahora, pues somos extranjeros. Me parece que nunca los caballeros obrarían de otro modo.



Condujeron a los extranjeros a una espaciosa sala donde habían preparado para todos los guerreros lechos muy cómodos, anchos y largos. Contra ellos meditaba Crimilda grandes pesares.

Se veían allí muchas colchas de riquísimos tejidos y suntuosos cortinajes de Hermelin y Lobel, más brillantes que la luz del día. Nunca un rey ni su acompañamiento tuvieron morada tan rica.

—¡Oh! Desgraciado nuestro aposento de esta noche —dijo Geiselher el joven—, y desgraciados los amigos que nos han acompañado, pues aunque mi hermana nos ha invitado con tanto agasajo, temo que por su causa nos den aquí muerte.

—No tengáis cuidado —le respondió Hagen al héroe—, yo mismo quiero hacer esta noche centinela, y creo que podré protegeros hasta que sea de día. Estad sin temor; luego cada uno saldrá como pueda.

Al escuchar esto, todos le dieron

las gracias. Después se retiraron a los lechos y no tardaron mucho los héroes en quedarse dormidos. Hagen el fuerte se comenzó a armar. El músico, el valeroso Volker, le dijo:

—Si no te opones, amigo Hagen, quiero hacer guardia en tu compañía hasta que brille la aurora.

El guerrero le dio las gracias con cariño. Ambos se ciñeron las brillantes armaduras, y cada cual embrazó su escudo; salieron del salón y se colocaron ante la puerta donde velaron por sus compañeros con gran lealtad.

Volker el valiente apoyó su escudo contra el muro de la sala y entró en ella para coger su laúd. Después hizo con sus amigos lo que convenía a un héroe tan magnánimo.

Sentóse en una piedra a la puerta del palacio. Nunca se había oído a un músico tan notable. Hirió las cuerdas de su instrumento y sacó sones tan dulces, que los extranjeros le dieron las gracias.

Las cuerdas resonaban en toda la sala, pues su habilidad y su fuerza eran iguales. Comenzó a tocar más suave y más melodiosamente y muchos guerreros cuidadosos se durmieron.

Cuando vio que estaban dormidos, embrazó de nuevo el escudo y saliendo del salón se colocó ante la puerta para guardar a los Borgoñones de los guerreros de Crimilda.

Hacia la media noche o más (no puedo decirlo de cierto), Volker el esforzado vio brillar en la tinieblas unos yelmos. Los guerreros de Crimilda deseaban atacar a los extranjeros. Antes de enviar a los suyos, Crimilda les había dicho:

—Si por gracia de Dios os los encontráis, os ruego que no matéis más que al traidor Hagen; dejad la vida a los demás.

—Amigo Hagen —dijo el músico—, nos conviene luchar juntos contra el peligro. Me parece que se acercan unos guerreros y si no me engaño quieren atacarnos.

Un guerrero Huno vio que en la puerta había centinela y dijo el atrevido.

—Debemos desechar nuestro propósito; el músico está de guardia en la entrada.

» Lleva en la cabeza un yelmo brillante duro y bruñido, fuerte y de una sola pieza. Su coraza brilla también como el fuego. A su lado está Hagen: los extranjeros tienen buena guardia.

Se retiraron inmediatamente. Cuando lo advirtió Volker, dijo con cólera a su compañero:

—Déjame que vaya detrás de esos guerreros; les preguntaré noticias de la gente de Crimilda.

—Si me quieres no hagas tal cosa —le replicó Hagen al momento—. Si os alejáis de la sala tal vez os ataquen esos guerreros hasta tal punto que me será necesario acudir a vuestra defensa aunque cueste la muerte a todos mis

parientes.

» Cuando los dos estemos en la pelea, dos o cuatro de ellos se arrojarán al momento sobre esta habitación y asesinarán a nuestros amigos de modo que jamás podremos olvidarlo.

—Hagamos por lo menos de modo que comprendan que los hemos visto —respondió en seguida Volker—, a fin de que los hombres de Crimilda no puedan negar que han querido ser desleales con nosotros.

El músico gritó a los Hunos:

—¿A dónde vais armados de ese modo, atrevidos guerreros? ¿Vais de merodeo, acompañantes de Crimilda? Si es así iremos en vuestra ayuda yo y mi compañero de armas.

Nadie dijo una palabra; por lo cual se puso furioso.

—¡Oh!, ¡malvados cobardes! —exclamó el buen héroe—. ¿Habéis querido asesinarnos durante nuestro sueño? Rara vez ha sucedido semejante desgracia a guerreros tan bravos.

Dieron a la reina la noticia de que nada habían hecho sus enviados: ¡se afligió con razón! Ella pensó en otros medios, pues su alma estaba furiosa. Quería hacer morir a guerreros fuertes y buenos.

CANTO XXXI:[26]

De cómo los señores fueron a la iglesia



e tal modo siento frío en mi arnés —dijo Volker—, que pienso que la noche no debe durar mucho. Por lo frío del aire opino que no tardará en ser de día.

Velaron por los muchos que aún dormían. La brillante mañana iluminó a los extranjeros en la sala. Hagen comenzó a despertar a los guerreros para que fueran a misa a la iglesia. Según las costumbres cristianas, las campanas comenzaron a tañer.

Se escuchaban distintos cantos, marcándose así la diferencia entre cristianos y paganos. La gente de Gunter quería ir a la iglesia; todos habían dejado el lecho al mismo tiempo.

Avanzaron los guerreros llevando trajes tan magníficos como nunca los habían llevado héroes. Hagen experimentó pena y dijo:

—Aquí es menester gastar otros vestidos, pues bien sabéis lo que sucede. En vez de rosas hay que llevar en las manos las espadas; en lugar de capacetes

adornados, los brillantes y bien templados yelmos. Ya sabemos cuál es el ánimo de Crimilda.

» Tal vez tengamos que combatir, quiero que lo sepáis. En vez de túnicas de seda, vestíos buenos tabardos; y en vez de ricas capas, llevad vuestros acerados escudos: si alguno os ataca, que podáis defenderos.

» Mis queridos señores y amigos, id a la iglesia y rogad a Dios con todo corazón por vuestros cuidados y penas pues estad seguros de que se acerca vuestra muerte.

» No olvidéis nada de lo que habéis hecho y sed ante Dios humildes y sumisos. Quiero que sepáis, valerosos guerreros que si el Dios del cielo no os salva, no volveremos a oír misa.

Los príncipes y sus gentes se dirigieron a la iglesia. El terrible Hagen hizo que se detuvieran junto al santo cementerio para que no se separaran y les dijo:

—Nadie sabe todavía lo que nos pasará con los Hunos.

» Dejad, amigos míos, vuestros escudos a los pies y si alguno os hiciera el saludo con hostilidad, causarle heridas mortales; éste es el consejo de Hagen. Así aprenderán que sabéis portaros de una manera digna de encomio.

Volker y Hagen fueron a colocarse ambos ante la anchurosa iglesia. Hacían esto porque sabían que la reina tenía que pasar por allí. Sentían terrible furia en su alma.

Llegaban ya el soberano del reino y su hermosa esposa, cubiertos los cuerpos con suntuosos trajes y acompañados de muchos esforzados guerreros que formaban su séquito. La caballería de Crimilda levantaba el polvo del camino.

Cuando el rico rey vio armados a los príncipes y a los de su acompañamiento, dijo:

—¿Cómo es que mis amigos llevan sus yelmos? Esto me causa pena, a fe mía, pues no los he ofendido.

» Os daré satisfacción de la manera que os parezca buena. Si os ha causado alguien pesar en el corazón o en el alma, le haré saber que me ha ofendido. Cuanto pidáis estoy dispuesto a concedéroslo.

A estas palabras respondió Hagen:

—Nadie nos ha hecho mal, pero es costumbre de mis señores permanecer armados durante tres días en todas las fiestas. Si alguien nos ofendiera lo haríamos saber a Etzel.

La reina comprendió lo que Hagen quería decir y miró al héroe con rencorosos ojos. A pesar de todo, no dijo cuál era la costumbre en su país, aunque mucho tiempo hacía que conocía a los Borgoñones.

Por grande y fuerte que fuera la cólera de la reina, si cualquiera hubiera dado a Etzel noticias de lo que pasaba hubiera evitado lo que sucedió después, pero por grande orgullo nadie quería confesarlo.

Crimilda se dirigió a la iglesia rodeada de la multitud, y los dos compañeros

no quisieron ceder un paso de la anchura de dos manos; esto causó gran pesar a los Hunos. Ella se vio obligada a rozar con los fuertes guerreros.

A los camareros de Etzel no pareció bien esto. Si se hubiesen atrevido a ello habrían provocado el furor de los guerreros ante el noble rey. La multitud se apretó mucho, pero no hubo nada más.

Cuando terminó el servicio divino, e iban a salir, llegaron a caballo muchos Hunos. Al lado de Crimilda se veían muchas hermosas doncellas y más de siete mil caballeros acompañaban a su reina.

Crimilda, con sus mujeres, estaba sentada a la ventana al lado de Etzel, lo cual le agradaba mucho. Quería ver pasar a caballo a los héroes esforzados. ¡Oh!, ¡cuántos altivos caballeros pasaron ante ella por la corte!

El mariscal había llegado con sus caballos. El fuerte Dankwart llevaba todo el acompañamiento que sus señores habían traído de Borgoña. Admiraron las monturas que llevaban los caballos de los Nibelungos.

Los príncipes y sus guerreros habían ido a caballo; el atrevido Volker les comenzó a aconsejar que hicieran un torneo como tenían por costumbre en su reino. Los guerreros comenzaron entonces a esgrimir armas.

No se arrepintieron de hacer lo que el héroe les aconsejaba: el ruido de los choques de las lanzas se hizo muy grande. En la corte se reunieron muchos hombres, a los que también comenzaron a mirar Etzel y Crimilda.

Llegaron al torneo diferentes hombres, guerreros de Dietrich, para encontrarse con los extranjeros. Querían justar con los Borgoñones y con placer lo hubieran hecho si le hubieran dado permiso.

¡Oh!, ¡qué de buenos caballeros habían ido con ellos! Hicieron saber al héroe Dietrich que no permitiera a los suyos justar con el acompañamiento de Gunter; temía por sus gentes y esto era una desgracia.



Cuando se marcharon los que habían ido con Dietrich, llegaron de Bechlaren los fieles de Rudiguero en número de quinientos, los cuales entraron en la sala cubiertos con los escudos. El margrave sentía pesar, pues no querían que justaran.

Se acercó recatadamente a las compañías, y dijo a sus hombres que podían advertir, como los que habían ido con Gunter estaba de mal humor y que le darían un placer con no tomar parte en el torneo.

Cuando se retiraron estos héroes, llegaron los de Turinga, según nos han dicho, y los fuertes de Dinamarca. A los golpes volaron en astillas las astas de muchas lanzas.

Irnfrido y Hawart llegaron al torneo: los del Rhin lucharon contra ellos con ánimo esforzado, esgrimiendo fuertes lanzadas contra los de Turinga; más de un fuerte escudo quedó agujereado.

Llegó el guerrero Blodel con tres mil de los suyos. Etzel y Crimilda lo vieron al momento, pues justaban ante ellos. La reina los vio venir con

gran placer en odio a los Borgoñones. Así pensaba en su interior y ocurrió más tarde.

—Si ofende a cualquiera confío en que principiará el combate; podré vengarme de mis enemigos y terminarán mis cuidados.

Schrutano y Gibek, Ramungo y Hornbogo llegaron al torneo a la manera de los Hunos e hicieron frente a los guerreros Borgoñones: las astillas de las lanzas saltaron por encima de las paredes del palacio.

Por mucho que todos hicieron, no era más que ruido. En el palacio y en los salones se escuchaba el chocar de los escudos de los hombres de Gunter. Allí consiguió su acompañamiento grande honor.

El torneo era fuerte y tan animado que los buenos caballos que montaban los guerreros arrojaban espuma a través de los bocados. Justaron con los Hunos por deferencia. El fuerte Volker, el noble músico, dijo:

—Creo que esos guerreros no se atreverán a hacernos frente. He oído decir que nos odiaban, nunca se les ha presentado mejor ocasión.

—Ahora —dijo el altivo rey— es necesario llevar nuestros caballos; volveremos por la noche cuando sea hora. Tal vez entonces la reina conceda el premio a los Borgoñones.

Vieron llegar a uno más bello que todos los Hunos que hasta entonces se había presentado. En la ventana debía de estar la que amaba, y se adelantaba con tan airoso continente que parecía un recién desposado.

—¿Quién es el que llega? —dijo Volker—. Ese afeminado debe sentir mis golpes. Nadie lo podrá evitar, porque en ello va su vida: ¿qué me importa a mí la cólera de la esposa de Etzel?

—No hagáis eso si me quieres —le dijo el rey—, la gente nos censuraría si lo acometiéramos: deja que los Hunos comiencen, esto será mejor.

El rey Etzel seguía en la ventana al lado de la reina.

—Quiero animar el torneo —dijo entonces Hagen—. Hagamos ver a esas mujeres y a esos guerreros que sabemos cabalgar; de cualquier manera que sea, no concederán el premio a los héroes de Gunter.

Volker el atrevido entró de nuevo en la liza causando al corazón de muchas mujeres grandes sobresaltos. Esgrimió su lanza contra el cuerpo del rico Huno; se vio en seguida llorar a muchas mujeres y doncellas.

Inmediatamente Hagen con sus guerreros, en número de sesenta, se dirigieron al sitio en que justaba el músico. Etzel y Crimilda veían todo aquello.

Los reyes no quisieron dejar sin ayuda al buen músico en medio de los enemigos. Fueron allá con mil guerreros caminando con maestría; todo cuanto querían lo llevaban a cabo cortésmente.

Cuando el rico Huno fue herido de muerte, se escuchó a sus parientes llorar y quejarse. Todo el acompañamiento preguntó: « ¿Quién ha hecho eso? Eso lo ha hecho el músico, Volker el esforzado artista» .

Los parientes del margrave de los Hunos, pedían a grandes voces sus escudos y sus espadas; querían dar muerte al músico. El rey había visto todo aquello desde la ventana.

Por todas partes lanzaban gritos los Hunos. Los príncipes y Volker echaron pie a tierra ante la sala, y el acompañamiento de Gunter dejó a un lado los caballos. Llegó el rey Etzel y separó a los dos grupos. De manos de un primo suyo de los Hunos, arrancó una afilada espada, y esgrimiendo los separó a todos; grande era su cólera.

—¡Oh!, ¡cómo voy a perder los servicios de estos héroes, si matáis aquí al noble artista! —exclamó el rey Etzel—. Yo he visto cómo atacó a ese Huno. Él no ha tenido la culpa, sino su caballo que se ha desbocado. Es menester dejar en paz a mis huéspedes.

Él mismo lo acompañó. Llevaron los caballos a sus cuadras donde muchos criados los curaron y vendaron con esmero.

El príncipe con sus amigos se dirigió al salón, y contuvo con impero todos los odios. Pusieron las mesas y trajéronles agua. Los del Rhin tenían allí fuertes enemigos.

Aunque Etzel le incomodaba, se vio mucha gente armada que se agolpaba cuando pasaron los príncipes para ir a la mesa: todo revelaba el odio hacia los extranjeros.

Querían vengar a su pariente si había tiempo para ello.

—Preferir comer con vuestras espadas, que sin ellas, es ya una descortesía —dijo el soberano del país—. Si alguno de vosotros hace la menor ofensa a mis huéspedes, le cuesta la cabeza. Sabedlo, Hunos.

Antes que se sentara pasó mucho tiempo, los cuidados de Crimilda eran grandes. Ella dijo:

—Príncipe de Berna, os pido ayuda y consejo; mi angustia es grande.

A estas palabras respondió Hildebrando, el noble caballero:

—El que ataque a los Nibelungos lo hará sin mi ayuda; ningún tesoro podrá decidirme, y además le sucederá una desgracia. Estos esforzados guerreros no han sido vencidos todavía.

—Hagen me ha causado grandes pesares, pues él asesinó a Sigfrido, mi amado esposo. Daría todas mis riquezas al que lo separara de los suyos, pero si uno más pereciera, sentiría grandísima aflicción.

—¿Cómo podría matársele cerca de los suyos?

—Fácil es que comprendáis —le respondió en seguida Hildebrando— que si atacara a ese héroe, se empezaría en seguida un combate, en el que tendrían que perecer pobres y ricos.

El señor Dietrich, animado de los mejores sentimientos, añadió:

—Dejad esas palabras rica reina; vuestros parientes no nos han inferido ofensa ninguna que pueda llevarnos a un combate contra los fuertes guerreros.

» Vuestra petición os favorece muy poco, noble esposa del rey, y no es bueno querer quitar la vida a vuestros parientes. Con gran confianza han venido a este país. Sigfrido no será vengado por la mano de Dietrich.

No hallando deslealtad ninguna en el de Berna, prometió hacer mandar a Blodel una extensa marca que en otro tiempo tenía Nudungo. Bien pronto matándole, le hizo olvidar Dankwart el regalo.

—Tú me ayudarás, hermano Blodel —dijo ella—. Aquí en esta casa están mis enemigos, los que asesinaron a Sigfrido mi querido esposo. Al que me ayude a vengarlo, quedaré siempre reconocida.

—Señora —le respondió Blodel—; bien sabéis que no puedo dar satisfacción a vuestro odio, pues Etzel quiere mucho a vuestros hermanos. Si les causara algún mal, la cólera de Etzel caería sobre mí.

—No, señor Blodel, yo os lo agradecería siempre, os daré en premio toda mi plata y oro y una hermosa esposa, la viuda de Nudungo: placer tendríais acariciando su hermoso cuerpo.

» Yo os daría además tierras y ciudades; siempre podríais vivir satisfecho, noble caballero, si consiguierais la marca que tenía Nudungo. Todo lo que yo os prometo lo cumpliría fielmente.

Cuando Blodel conoció toda la recompensa, como aquella hermosa le agradaba mucho, se preparó a conseguir, combatiendo, la hermosa mujer. Pero en aquella empresa debía perder la vida. Dijo a la reina:

—Entraré en la sala y sin que nadie pueda sospechar provocaré un combate. Menester es que Hagen pague el mal que os ha hecho. Os entregaré amarrado al vasallo de Gunter.

» Ahora —exclamó Blodel— armaos, todos los de mi séquito. Iremos en busca de nuestros enemigos a su alojamiento. La esposa de Etzel me lo pide y no se lo puedo negar; por esto, héroes, debemos exponer nuestros cuerpos.

Cuando la reina dejó al guerrero Blodel dispuesto a emprender el combate, se dirigió a la mesa donde estaba Etzel con su acompañamiento. Había preparado una horrible traición contra los extranjeros.

Quiero deciros como fue el banquete: se veían allí ricos reyes con la corona ceñida marchando delante de ella, muchos elevados príncipes y muchos valerosos guerreros que hacían grandes honores a la reina.

El rey hizo dar asiento a todos los extranjeros, colocando cerca de sí a los de más valía. Hizo servir lo mismo a los cristianos que a los paganos, siempre con abundancia, pues así lo quería el sabio rey.

Los del acompañamiento comieron en sus habitaciones y les habían puesto sirvientes para que los atendieran con esmero. No pasó mucho tiempo sin que aquella hospitalidad se convirtiera en llanto y duelo.

Como no podía provocarse el combate de otro modo y Crimilda sentía siempre el dolor en su corazón, hicieron llevar a la mesa al hijo de Etzel. ¿Cómo

una esposa podía vengarse de una manera tan cruel?

Llegaron luego cuatro hombres de Etzel llevando a Ortlieb el hijo del rey, y colocaron al príncipe en la mesa en que estaba Hagen. El niño tenía que morir a los golpes de su terrible odio.

Cuando el rey vio a su hijo, dijo amistosamente a los hermanos de su mujer:

—Mirad, amigos míos, ése es mi hijo único y de vuestra hermana por lo que todos seréis buenos con él.

» Si crece en relación con su origen, llegará a ser un fuerte hombre, rico y noble además, valeroso y atrevido. Si vivo le daré doce ricos dominios de reyes y con esto el joven Ortlieb podrá serviros bien.

» Por esto os ruego, queridos amigos míos, que cuando volváis al Rhin llevéis al hijo de vuestra hermana y obréis cariñosamente con ese niño.

» Educadlo en el honor hasta que sea un hombre y si alguna vez en vuestro país os ofende alguien, él os ayudará a vengaros tan pronto como sus fuerzas se lo permitan.

—Esos guerreros podrían tener confianza en él, si llegara a hombre —dijo Hagen—, pero el joven rey morirá bien pronto: muy difícilmente se me podrá ver ir en la corte de Ortlieb.

El rey miró a Hagen; aquellas palabras le afligían y le causaban inquietud, pero nada le respondió. Los intentos de Hagen no se armonizaban con la fiesta aquélla.

Lo que Hagen había dicho afligió a todos los príncipes y a los que formaban su acompañamiento. Estaban tristes por tenerlo que soportar y aún ignoraban lo que muy pronto tenía que hacer aquel guerrero.

Muchos de los que le habían escuchado hubieran querido atacarle al momento y el mismo rey lo hubiera hecho de permitírselo su honor. Bien pronto Hagen hizo más, pues mató al niño a su propia vista.

CANTO XXXII:

De cómo Blodel luchó con Dankwart en el alojamiento



os guerreros de Blodel estaban listos. En número de mil avanzaron hacia la sala en que Dankwart estaba a la mesa con los criados. Entre los héroes estalló la lucha más violenta. Cuando el guerrero Blodel pasó junto a las mesas, Dankwart el mariscal lo recibió amistosamente.

—Bienvenido por aquí, mi señor Blodel: ignoro lo que ocurre; ¿qué noticias vais a darme?

—No te está permitido saludarme —le respondió; pues mi venida aquí es para tu muerte por causa de tu hermano Hagen, que mató a Sigfrido. Menester es que los Hunos te lo hagan pagar a ti y a muchos guerreros.

—Nada de eso, señor Blodel —le replicó Dankwart—, pues si fuera así tendríamos que arrepentimos de nuestro viaje a esta corte. Era aún un niño cuando Sigfrido perdió la vida. No sé pues que puede exigir de mí la esposa del

rey Etzel.

—Nada puedo deciros acerca de eso; tus parientes Gunter y Hagen lo hicieron; ahora defenderos, pobres gentes, no podéis escapar y es menester que vuestra muerte sea una satisfacción para Crimilda.

—¿De modo que no queréis dejarnos? —preguntó Dankwart—. ¡Siento las disculpas que os he dado y que hubiera podido ahorrarme!

El rápido y fuerte guerrero saltó de la mesa y tiró de una acerada espada ancha y fuerte. Con ella asestó tan fuerte tajo a Blodel que la cabeza cubierta con el yelmo cayó a sus pies.

—Sea ésta el *morgengabe* —dijo el fuerte Dankwart— para la viuda de Nudungo a quien querías ofrecer tu amor.

» Mañana podrán desposarla con otro hombre y si quiere tener bienes esponsalicios se le tratará del mismo modo.

Un huno, que lo quería, le había dicho que la esposa del rey les preparaba crueles emboscadas. Cuando los guerreros de Blodel vieron muerto a su señor, no quisieron tener consideración por más tiempo de los extranjeros. Con las espadas levantadas y poseídos de indecible rabia, acometieron a los sirvientes, pero muchos se arrepintieron. Dankwart gritó a los jóvenes:

—Bien veis, nobles jóvenes, lo que os aguarda. Ya que somos extranjeros, defendámonos bien. Estamos en peligro por más que Crimilda nos haya invitado afectuosamente.

Los que no tenían espadas se defendieron con los bancos, cogiendo del suelo los anchos escabeles. Los servidores de los Borgoñones no querían retroceder. Con las sillas abollaron muchas corazas.

¡Con cuánta furia se defendieron aquellos jóvenes lejos de su patria! Echaron fuera de los alojamientos a los invasores quedando muertos quinientos o más de ellos. Todos los del acompañamiento estaban húmedos y rojos de sangre.

Esta noticia la supieron al poco tiempo los guerreros del rey Etzel y les causó gran dolor el que Blodel con sus hombres hubieran muerto y que la causa fuera el hermano de Hagen y su acompañamiento.

Antes que el rey lo supiera, se reunieron los Hunos en número de dos mil o más. Se dirigieron contra el acompañamiento como tenía que suceder y de todos ellos no dejaron a uno con vida.

Los infieles llevaron un fuerte ejército delante del alojamiento. Los servidores extranjeros se defendieron valerosamente: ¿pero de qué les servían sus pujantes esfuerzos? Ellos debían sucumbir. Poco tiempo después sucedió una terrible catástrofe.

Oiréis contar cosas maravillosas de un horrible acontecimiento. Nueve mil servidores yacían en tierra destrozados, como también doce caballeros feudatarios de Dankwart. Viósele solo resistir todavía a sus enemigos.



El ruido se calma, el estruendo



cesa, Dankwart, la buena espada, mira hacia atrás y exclama:

—¡Qué desgracia!, ¡cuántos amigos he perdido! Ahora, ¡ay de mí!, yo sólo tengo que hacer frente a mis enemigos.

Las estocadas llovían sobre su cuerpo. Muchas mujeres de héroes lloraron en estos momentos: levantado su escudo apretó las correas e hizo correr más de una cota de mallas.

—¡Desdichado de mí!, qué sufrimiento —exclamó el hijo de Aldriano—. ¡Retroceded ahora, guerreros hunos! Dejadme tomar aire, que el viento me refresque, porque estoy muy fatigado del combate.

Y viose al héroe avanzar resueltamente. Cansado de luchar se precipitó fuera de aquella sala. ¡Cuántas espadas resonaron sobre su casco! Los que no vieron las maravillas hechas por su brazo, se precipitaron al encuentro del guerrero del país de Borgoña.

—Dios quiera —dijo Dankwart — que yo tenga un mensajero, para hacer saber a mi hermano Hagen a qué extremo me reducen los que me atacan. Él me libraría de ellos o caería muerto a mi lado.

Los Hunos le respondieron:

—Tú mismo serás el mensajero cuando te llevemos muerto ante tu hermano. Entonces el hombre de Gunter conocerá por fin el dolor. Tú has causado aquí muchos males al rey Etzel.

—Cesad vuestras amenazas y

alejaos de mí —replicó Dankwart—, o inundaré aún de sangre la coraza de más de uno de vosotros. Yo mismo iré a la corte a dar la noticia y me quejaré a mi señor de vuestros furiosos ataques.

Se defendió tan vigorosamente contra los hombres de Etzel, que ya no osaron atacar con la espada. Lanzaron sus picas contra su escudo, que se puso tan pesado, que se vio obligado a dejarlo caer.

Creyeron vencerle ahora que no llevaba escudo, pero les hizo muchas profundas heridas a través de sus cascos. Muchos hombres valientes cayeron a sus pies. El atrevido Dankwart adquirió mucha gloria.

Por ambos lados se precipitaron sobre él, pero más de uno se lanzó demasiado pronto al combate. Corrió ante sus enemigos, como corre el jabalí ante los perros en la selva. ¿Podía mostrarse más valiente?

Señaló su camino humedeciéndole con la sangre que vertía. Jamás un guerrero solo ha combatido sus enemigos mejor que él lo hizo. Se vio al hermano de Hagen dirigirse fieramente hacia la corte.

Los reposteros y escanciadores al oír el ruido de las espadas, dejaron caer de sus manos el vino y las viandas que llevaban a los convidados. Él encontró ante las gradas de la escalera muchos vigorosos enemigos.

—¡Qué es esto!, reportaos —dijo el héroe fatigado—, pensad en servir convenientemente a vuestros huéspedes, llevad buenas viandas a esos héroes y dejadme dar noticias a mis queridos señores.

Entre los que confiando en su fuerza, se avanzaron ante los escalones, pegó algunas tan fuertes estocadas, que todos por temor volvieron a las escaleras. Su poderosa fuerza habían hecho grandes prodigios.

CANTO XXXIII:[27]

De cómo los Borgoñones se batieron contra los Hunos



uando el esforzado Dankwart llegó ante la puerta, mandó al acompañamiento de Etzel que se hiciera atrás. Todo su vestido estaba manchado de sangre y en la mano llevaba desnuda su acerada espada.

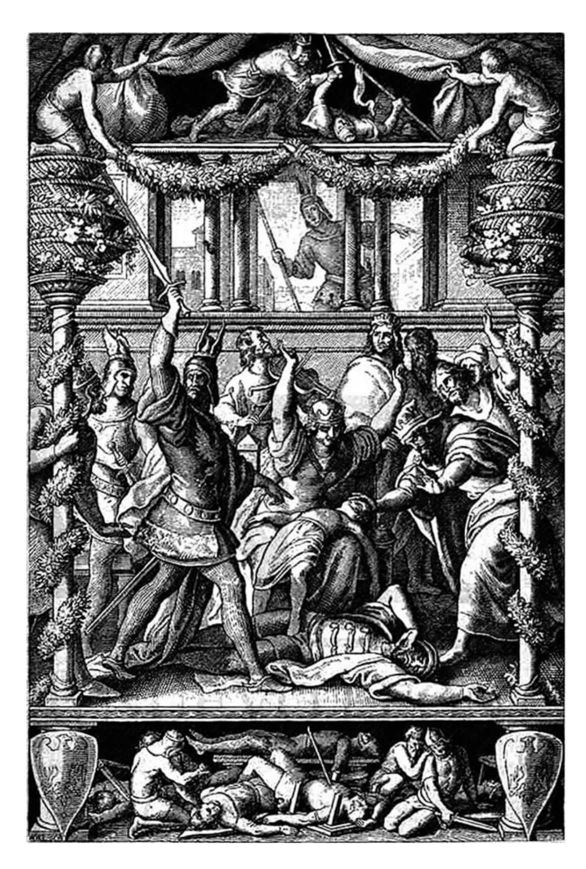
En el mismo momento en que Dankwart llegaba a la puerta pasaban a Ortlieb el elevado príncipe de mano en mano por la sala sobre las mesas: aquellos terribles acontecimientos causaron la suerte del niño. Dankwart gritó al guerrero:

—Permanecéis sentado mucho tiempo, hermano Hagen, y a Dios del cielo y a vos me quejo de nuestra desgracia; caballeros y escuderos han sido asesinados en sus alojamientos.

—¿Quién ha hecho eso? —contestó el interpelado.

—El guerrero Blodel y los que iban con él, pero he de deciros que lo ha pagado caro: con estas manos he hecho rodar su cabeza.

—Es una desgracia insignificante —respondió Hagen— cuando nos dan una noticia de que un guerrero ha sido matado por un héroe: menos tendrán que sentir las hermosas mujeres.



» Pero decidme, querido hermano, ¿cómo estáis tan ensangrentado? Me parece que vuestras heridas os causarán gran dolor. ¿Quién os las ha inferido en este país? Aunque el negro demonio venga en su ayuda perderá la vida.

—Como veis, no tengo herida ninguna: mi traje está húmedo de sangre, pero es de las heridas de otros buenos guerreros. He matado a tantos hoy que no podría contarlos aunque me tomaran juramento.

—Hermano Dankwart —dijo él—, guardad la puerta y no dejéis salir a un solo hombre de los Hunos. Quiero hablar a esos guerreros como la necesidad nos obliga a hacerlo: nuestro acompañamiento ha recibido de ellos una indigna muerte.

—Por cuanto soy camarero —dijo el hombre esforzado—, creo que podré servir bien a tan ricos reyes; guardaré esta bajada con honor.

A los guerreros de Crimilda no podía suceder cosa peor.

—Me causa admiración —dijo de nuevo Hagen— lo que aún dicen entre sí los Hunos: creo que bien quisieran prescindir del que guarda la puerta y del que ha traído a los Borgoñones la horrible noticia.

» He oído decir desde hace mucho que Crimilda no podía olvidar las aflicciones de su corazón. Ahora bebamos por el amor y paguemos el vino de Etzel.

A Ortlieb el niño dio tan fuerte tajo Hagen, el valeroso héroe, que la sangre corrió a lo largo de la espada y la cabeza fue a parar a las rodillas de la reina. Entonces principió entre los guerreros una grande y espantosa carnicería.

Dio tan fuerte golpe al camarero que tenía al niño en las manos, que al momento cayó la cabeza a sus pies debajo de la mesa; triste era la recompensa que daba a aquel maestre de la corte.

Vio cerca de la mesa de Etzel a un músico y dirigiéndose hacia él con cólera, dejóle caer la mano derecha sobre la viola:

—Esto es por el mensaje que llevaste a Borgoña.

—¡Ah!, ¡mi mano! —exclamó Werbel el músico de Etzel—. Señor Hagen de Troneja, yo ¿qué os he hecho? Yo fui con la mayor buena fe al país de vuestros señores ¿cómo podré hacer resonar los acordes, ahora que he perdido mi mano?

A Hagen le importaba muy poco el que nunca volviera a tocar. Poseído de horrible furor hirió a muchos guerreros del rey Etzel y dejó muertos en la sala a muchos de ellos.

Volker se levantó de la mesa de un salto e hizo crujir en sus manos el arco. El músico de Etzel hacía escuchar sones horribles ¡Oh!, ¡cuántos enemigos se hizo entre los fuertes Hunos!

Se levantaron de la mesa los tres ricos reyes: ellos hubieran querido separar a los combatientes, antes que ocurrieran más desgracias. Pero nada pudieron evitar, pues la cólera de Volker y de Hagen era muy grande.

Viendo el rey del Rhin que no podía evitar el combate, hizo también

profundas heridas a través de las bruñidas corazas de los enemigos. El héroe era esforzado y lo hizo ver de una manera horrible.

También se lanzó al combate el fuerte Gernot y dio muerte a muchos guerreros Hunos con la acerada espada que le había regalado Rudiguero. Muchos males causó a los guerreros de Etzel.

El más joven de los hijos de la señora Uta se arrojó también en la contienda, y lanzó su brillante jabalina a través de los yelmos de los guerreros del rey Etzel del Huneland. Grandes prodigios realizó la mano del fuerte Geiselher.

Por arrojados que fueran los reyes y sus gentes, siempre se vio a Volker delante de todos, haciendo frente al enemigo; era un héroe valeroso. Hizo rodar a muchos heridos, bañados en su propia sangre.

Con un vigor indecible se defendieron los soldados de Etzel. Los extranjeros lo recorrían todo esgrimiendo a su alrededor las aceradas espadas, y por todas partes se oía espantoso ruido de gritos y lamentos.

Los que estaban fuera, querían entrar al lado de sus amigos, pero avanzaban muy poco hacia la puerta. Los que estaban dentro querían salir de la sala; Dankwart no dejaba a ninguno ni subir ni bajar.

Junto a la puerta se formó una enorme barricada y las espadas crujían al caer sobre los cascos. El fuerte Dankwart estuvo en gran peligro, pero su hermano veló por él con grande afecto. Hagen gritó a Volker en alta voz:

—Compañero, mira allá abajo cómo lucha mi hermano contra muchos Hunos. Salva a mi hermano, amigo mío o perderemos al héroe.

El músico le respondió:

—Inmediatamente lo haré.

Y esgrimiendo el arco comenzó a atravesar la sala: una terrible espada llevaba desnuda en la mano y resonaba a los golpes. Los guerreros del Rhin hacían lo mismo en el interior. Volker el fuerte dijo a Dankwart:

—Habéis sufrido aquí fuertes ataques, y vuestro hermano me encarga que venga en vuestro socorro. Poneos detrás de mí, yo me pondré a la parte de afuera.

Dankwart el atrevido se puso fuera de la puerta, y arrojaba por la escalera a los que se presentaban para subir. Las fuertes espadas resonaban en las manos de los héroes. En el interior hacía lo mismo Volker el borgoñón. Así gritó el fuerte músico por encima de todos:

—La casa está muy bien cerrada, amigo Hagen; han corrido los cerrojos a la puerta del rey Etzel, las manos de los héroes y ellas valen más que mil barras.

Cuando Hagen de Troneja vio la puerta tan bien guardada, el atrevido buen héroe se puso el escudo a la espalda y comenzó a vengar los males hechos a sus amigos. Su cólera era terrible, muchos caballeros perecieron en el combate.

Cuando el señor de Berna vio maravillado que Hagen hendía tantos yelmos, el rey de los Amelungos gritó desde su banco:

—Aquí vierte Hagen la más amarga de las bebidas.

El rey estaba en gran cuidado, su esposa desolada. ¡Cuántos queridos amigos fueron matados ante sus ojos! Él mismo pudo librarse con mucho trabajo de sus enemigos. Estaba sentado con gran angustia: ¿de qué le servía ser rey? Crimilda la rica, gritó a Dietrich:

—Sálvame la vida, noble caballero, por todos los príncipes que habitan el Amelungo, pues si Hagen me alcanza me dará muerte al instante por su mano.

—¿Cómo ayudaros aquí noble reina? —le respondió Dietrich—. Tengo que defenderme yo mismo. Tan grande es la cólera de los que acompañan a Gunter, que en este momento no puedo salvar a ningún amigo.

—En manera alguna, señor Dietrich, noble y buen caballero. Poned hoy de manifiesto vuestro valor y virtud ayudándome a salir, pues si no me darán muerte. Salvadme a mí y al rey, o de lo contrario pereceremos.

—Quiero probar si me es posible ayudaros: ha mucho tiempo que no he visto en parte ninguna a tantos caballeros enfurecidos de esta suerte. ¡Yo veo salir la sangre a través de los yelmos a cada tajo!

Con toda su fuerza comenzó a gritar el caballero en tan alta voz, que resonaba como un cuerno de bisonte, y toda la ciudad retemblaba. La fuerza de Dietrich era horriblemente grande.

Escuchando el rey Gunter gritar a aquel hombre sobre la tempestad, prestó atención y dijo:

—La voz de Dietrich ha llegado a mis oídos: nuestros héroes deben haber matado a alguno de sus guerreros.

» Lo veo sobre la mesa haciendo señas con la mano. Amigos y parientes míos de Borgoña, haced alto en el combate, dejadme escuchar y ver lo que han hecho a Dietrich mis hombres.

Entonces el rey Gunter, mandando y rogando, consiguió que cesaran las espadas en el combate, e hizo aún un esfuerzo mayor para que nadie hiriera. Pidió al de Berna que le dijera lo que ocurría. Le dijo:

—Muy noble Dietrich, ¿qué os han hecho mis amigos? Estoy dispuesto a vengaros, será para mí una amarguísima pena.

—A mí no me han hecho nada —le respondió Dietrich—. Dejadme salir en paz de la sala con mi acompañamiento, y que abandone esta horrible lucha. Siempre os quedaré agradecido, guerrero.

—¿Por qué suplicar tan pronto? —preguntó Wolfhart—. Ese músico ha cerrado la puerta de una manera tan fuerte que no podemos abrirla, tan ancha como es.

—Callaos pronto —le dijo Dietrich—. Estáis haciendo de demonio.

—Quiero permitíroslo —le respondió el rey Gunter—, sacad de la sala muchos o pocos, pero que no sean mis enemigos; ésos deben quedar aquí, pues me han hecho gran mal en el país de los Hunos.

Cuando escuchó esto el de Berna, tomó del brazo a la noble reina cuya angustia era grande; del otro lado tomó a Etzel y salió de la sala. Muchos más guerreros acompañaron a Dietrich.

Así dijo el margrave Rudiguero:

—Si alguno más de los que están en la sala y os sirve quiere salir, hacédnoslo saber: una paz constante debe reinar entre buenos amigos.

A estas palabras de su suegro respondió Geiselher:

—Paz y buena fe reinará entre nosotros, pues nos habéis sido fieles vos y vuestra gente. Salid de aquí sin ningún cuidado con vuestros amigos.

Cuando el margrave Rudiguero salió de la sala de Etzel, lo siguieron quinientos hombres o más. Los héroes habían consentido con buena fe, pero luego resultó desgracia para el rey Gunter.

Viendo un guerrero Huno salir al lado de Dietrich al rey Etzel, quiso marchar también, pero el músico le dio tan horrible tajo que su cabeza fue volando a los pies del rey. Cuando el rey del país hubo pasado por la puerta de la sala se volvió y dijo mirando fijamente a Volker:

—Terrible desgracia es para mí la llegada de esos huéspedes: ¡por ellos todos mis guerreros tienen que recibir la muerte!

» ¡Desgraciada fiesta! —añadió el elevado rey— dentro hay uno que se llama Volker, que se bate como un furioso jabalí y es músico; yo no me he salvado sino librándome de ese demonio.

» Sus cantos son fúnebres, sus acordes sangrientos y a sus sones mueren muchos héroes. No sé porqué nos odia ese músico, pero en la vida he tenido un huésped más malvado.

Dietrich de Berna y el margrave Rudiguero, los dos héroes distinguidos, se fueron a sus alojamientos. No querían mezclarse en el combate y rogaron a sus guerreros que no perturbaran la paz.

Si los extranjeros hubieran sabido todos los males que los dos habían de causarles, no los hubieran dejado salir tan fácilmente del palacio y les hubieran hecho sentir su fuerza.

A todos los que querían los dejaron salir de la sala. Los extranjeros se vengaron de todo lo que les había ocurrido. ¡Cuántos yelmos hizo pedazos el fuerte Volker! El rey Gunter se volvió hacia donde se oía el ruido:

—Hagen, ¿escuchas los cantos que Volker canta a los Hunos cuando se acercan a la puerta? El arco de su viola está empapado de sangre.

—Siento mucho —respondió Hagen— haber estado separado de ese guerrero. Yo era su compañero y él el mío; si volvemos alguna vez quiero ser siempre su amigo.

» Ahora mira, noble rey, como te es fiel Volker; como merece abundantemente tu oro y tu plata. Su arco corta el duro acero y parte sobre los yelmos los adornos que brillan a lo lejos.

» Nunca vi a un músico que combatiera tan bravamente como hoy lo ha hecho Volker, el guerrero valeroso. Sus canciones se escuchan a través de los yelmos y los escudos: buenos caballos debe montar y vestir magníficos vestidos.

De todos los Hunos que estaban en la sala ninguno pudo escapar con vida. Cesó el ruido, pues ninguno sostenía el combate; los fuertes guerreros dejaron las espadas con que habían luchado.



CANTO XXXIV:[28]

De cómo sacaron los muertos de la sala



Después de tan gran fatiga reposaron los señores, Volker y Hagen salieron del palacio. Se apoyaron en los escudos aquellos bravos, y los dos héroes conversaron largamente. Así dijo Geiselher, el héroe de Borgoña:

—Aún no podemos descansar, queridos amigos: es menester sacar los muertos del palacio, pues en verdad os digo que seremos atacados de nuevo.

» Es menester que no estén bajo nuestros pies durante más tiempo. Antes que en el combate logren vencer los Hunos, les causaremos aún muchas heridas. Esto será para mí —añadió Geiselher— una gran alegría.

—Feliz yo que tengo dos señores —dijo Hagen—. El consejo que ahora nos da nuestro joven señor es digno de un héroe distinguido: por esto, Borgoñones, podéis estar contentos.

Siguieron el consejo y sacaron de la sala siete mil muertos, que echaron abajo y que cayeron delante de los escalones. Entonces se escucharon los

lamentos angustiosos de sus parientes.

Muchos de ellos tenían heridas tan ligeras que si los hubieran curado se habrían salvado, pero aquella horrible caída les causó la muerte. Sus amigos gimieron, pues era para ellos amarguísima pena. Así habló el músico, el héroe valeroso:

—Ahora veo que es verdad lo que me han dicho; los Hunos son cobardes, lloran como las mujeres; mejor harían si cuidaran a sus heridos.

Escuchando esto un margrave y creyendo que lo decía de verdad, cogió a un pariente suyo que se bañaban en la sangre y quiso llevárselo para curarle las heridas, pero de una lanzada lo tendió muerto el fuerte músico.

Los demás que vieron esto, se alejaron corriendo de la sala y todos maldijeron al músico, pero éste esgrimió la dura y afilada jabalina que uno de los Hunos le había lanzado.

La arrojó lejos, más allá de la multitud, al otro extremo de la población. Además indicó a los de Etzel el extremo de la sala en que debían detenerse. Todos llegaron a temer su horrible fuerza.



Delante del palacio de Etzel permanecían muchos hombres. Volker y Hagen comenzaron a hablar al rey de los Hunos y a decirle cuanto pensaban. Después tuvieron aflicciones aquellos héroes fuertes y buenos.

—Gran consuelo es para los pueblos —dijo Hagen— ver a los reyes tomar parte en sus combates, esto hace aquí cada uno de mis señores: ellos hienden los cascos y hacen correr la sangre por las espadas.

El rey Etzel que era valiente, tomó su escudo.

—No les des tu vida —le dijo Crimilda—, ofrece mejor a los guerreros un escudo lleno de oro; si Hagen te alcanza te dará muerte con sus manos.

El rey era tan valeroso que no quería prescindir del combate, como en nuestro tiempo lo hacen muchos príncipes distinguidos. Tuvieron que retirarlo de allí cogiendo las correas de su escudo.

El furioso Hagen comenzó a burlarse.

—Un parentesco lejano —dijo Hagen haciendo ademanes— une a Etzel con Sigfrido. Amó a Crimilda antes que vos la hubierais visto; cobarde rey Etzel ¿por qué has conspirado en contra mía?

Estas palabras las escuchó la noble reina. La cólera de Crimilda se aumentó al ver que se burlaban de ella en presencia de los guerreros de Etzel. Nuevamente comenzó a maquinar contra los extranjeros. Ella dijo:

—Al que mate a Hagen de Troneja y me traiga de regalo su cabeza, le llenaré de oro el escudo de Etzel y le daré además en recompensa, buenas ciudades y campos.

—Yo no sé por qué tardan tanto —dijo el músico—. No he visto guerreros tan cobardes cuando les ofrecen rica recompensa. Por esto Etzel debía retirarles su gracia.

» Veo permanecer quietos a muchos cobardes que comen el pan del rey y que lo abandonan en tan grande aflicción, allí veo a muchos sin vergüenza, que para siempre deben ser execrados.

Así pensaban los mejores de ellos: « Verdad es lo que Volker dice» . Pero ninguno se sintió tan enardecido como el margrave Iring, el señor de Daneland y bien pronto lo hizo ver.

CANTO XXXV:[29]

De cómo murió Iring



l margrave Iring de Daneland gritó:

—Con cuidado guardo mi honor desde hace mucho tiempo, y me he batido valientemente en muchas batallas sostenidas con distintos pueblos. Que me traigan mis armas, quiero batirme con Hagen.

—No os aconsejo tal cosa —le respondió Hagen—. Haced por el contrario que retrocedan los guerreros de Etzel, porque si dos o tres de ellos penetran en la sala, los arrojaré de mala manera desde lo alto.

—Lo que dices no me hará retroceder —le contestó Iring—. Yo me he encontrado en aventuras de mayor peligro, y quiero combatir contigo solo con la espada. De nada te servirá lo atrevido de tus frases.

El valiente Iring se armó muy pronto, así como también Irnfrido el fuerte de Turinga y Hawart el valeroso con mil hombres; ellos se encontraban dispuestos a socorrer a Iring en la empresa.

El músico vio avanzar una apuesta tropa que se aproximaba con Iring;

llevaban ceñidos los buenos y brillantes yelmos. El arrogante Volker se sintió poseído de fogosa cólera.

—¿Ves amigo Hagen, cómo se adelanta Iring que ofreció batirse contigo solo con la espada? ¿Mienten aquí los héroes? Desprecio tal manera de obrar; traen consigo mil guerreros o más.

—No me acuses de decir mentira —dijo el vasallo de Hawart—. Estoy pronto a hacer lo que prometí, y el terror no me hará desistir de mi empeño; por terrible que sea Hagen quiero combatir con él.

Rogó Iring a sus parientes y guerreros que lo dejaran combatir solo con el héroe; accedieron con pesar, pues conocían el valor terrible de Hagen el de Borgoña.

Tanto lo rogó que cedieron al fin, y cuando los de su acompañamiento vieron el decidido ánimo con que buscaba los honores lo dejaron ir. Entre los dos se empeñó un terrible combate.

Iring el de Daneland llevaba levantada la lanza y se encubría con el escudo el valeroso héroe; comenzó a subir los escalones para encontrarse con Hagen en la sala. Los golpes de los combatientes producían un horrible ruido.

Botaron sus lanzas contra los escudos, llegando con ellas hasta las bruñidas armaduras con tal fuerza, que las astas volaron en astillas. Furiosos los héroes, echaron entonces mano a las espadas.

La fuerza del terrible Hagen era muy grande; sobre él asestó Iring dos tajos que se oyeron en toda la ciudad. La sala y las torres retemblaban, pero el guerrero no pudo conseguir lo que se proponía.

Iring dejó a Hagen sin haberlo herido y se dirigió hacia el músico, creyendo que podría derrotarlo con sus terribles golpes, pero aquel esforzado héroe se supo defender bien de aquel ataque.

El músico descargó un golpe con tal violencia que rompió el escudo; dejando entonces a Volker, que era un hombre horrible, se dirigió contra Gunter el rey de Borgoña.

Ambos eran bravos en el combate. Por fuertes que fueran los golpes que Gunter diera a Iring y éste a Gunter, no consiguieron que la sangre brotara de las heridas. Sus armaduras que eran magníficas los preservaban.

Dejó a Gunter y se lanzó contra Gernot, haciendo brotar chispas de su cota de mallas. El fuerte Gernot de Borgoña hirió casi mortalmente al atrevido Iring.

De un salto se alejó el príncipe; era muy ágil. El héroe mató a cuatro nobles del acompañamiento de los señores venidos de Worms sobre el Rhin. Con esto se excitó el furor de Geiselher.

—Juro a Dios, señor Iring —dijo el joven Geiselher—, que me pagaréis la muerte de los que habéis matado.

Se arrojó con tanta fuerza contra el héroe del Daneland que logró derribarlo. Cayó sobre sus manos en la sangre, y todos creyeron que aquel buen guerrero no

podía dar un tajo más con su espada en el combate. Ante Geiselher yacía Iring, pero sin herida ninguna.

Con el choque en el yelmo y el ruido de la espada, había perdido el sentido y la fuerza aquel esforzado guerrero y parecía sin vida. Aquello lo había hecho con su fuerza el valiente Geiselher.

Pero cuando pasó la conmoción producida por los golpes sufridos en la cabeza pensó: « Estoy vivo y no tengo herida ninguna; ahora comienzo a conocer la fuerza del noble Geiselher» .

Escuchaba a sus enemigos cerca de sí; si hubieran sabido que vivía lo hubieran rematado. Vio también a Geiselher a su lado y pensaba en la manera de escapar con vida a sus enemigos.

¡Con cuánta fuerza saltó el héroe de la sangre! Con su gran rapidez dio un terrible salto hacia la puerta donde halló a Hagen, sobre el que descargó su férrea mano fuertes golpes.

Hagen pensó: « Es menester que seas de la muerte, y si el demonio no te protege no volverás a escaparte» . Iring hirió a Hagen por debajo de la celada de su yelmo; esto lo había hecho el héroe con Waske, que era una buena espada.

Cuando el furioso Hagen sintió la herida, hizo girar en su mano la espada: el vasallo de Hawart tuvo que retroceder, y Hagen siguió persiguiéndolo por la escalera.

Levantó sobre su cabeza el escudo Iring el fuerte, pero aunque aquella escalera hubiera tenido más peldaños, Hagen no le hubiera dejado dar un solo golpe. ¡Cuántas rojas chispas brotaron de sus yelmos!

Iring llegó sin herida hasta donde estaban sus amigos. Crimilda supo la noticia de que el de Troneja había sido herido en el combate; por esto la esposa del rey le dio expresivas gracias.

—¡Dios os lo recompense, Iring, bueno y excelente guerrero; tú animas mi corazón y mi alma. Desde aquí veo enrojecida por la sangre la armadura de Hagen! —Crimilda en su agradecimiento le tomó el escudo de la mano.

—No les des las gracias tan pronto —le gritó Hagen—, si quiere comenzar ahora la lucha, hará lo que debe, y si vuelve a luchar será un hombre valiente. No te alegres de la herida que he recibido.

» Si con la sangre de mi herida veis rojo el arnés, esto me excitará para dar muerte a muchos hombres, mi cólera crece con la primera herida que Iring me ha hecho.

Iring el de Daneland, se puso al aire refrescando su armadura y desatando su yelmo. Toda la gente decía que era fuerte y bueno, por lo que el margrave se sentía orgulloso. Iring gritó entonces:

—Ahora, amigos míos, es menester que me arméis en seguida; quiero ver si puedo domeñar a ese hombre impertinente.

Su escudo estaba agujereado, por lo que le dieron uno mejor.

Inmediatamente el guerrero se encontró mejor armado que la primera vez; cogió con furiosa cólera una fuerte lanza, la que en su odio quería esgrimir contra Hagen, pero fue recibido de una ruda manera.

Hagen el valeroso no lo esperó; saltó la escalera saliendo a su encuentro lanzando una jabalina y esgrimiendo su espada; terrible era su cólera. Para nada le sirvió a Iring el guerrero, su fuerza.

Golpeaban de tal modo sus escudos que parecían iluminados por rojas llamas. El vasallo de Hawart recibió de la espada de Hagen una terrible herida a través del yelmo y del escudo; ya no vivió más.

Cuando Iring el héroe sintió la herida, el fuerte hombre levantó el escudo hasta el casco. Le parecía que el rajo recibido era mortal, pero aún le dio uno mayor el guerrero del rey Gunter.

Hagen vio a sus pies una lanza tendida; la esgrimió contra Iring del Daneland con tal fuerza, que el asta le atravesó la cabeza. Terrible muerte le había dado Hagen.

Iring tuvo que retirarse hacia sus Daneses, y antes que pudieran quitarle el caso tuvieron que sacarle la lanza de la cabeza; estaba próximo a morir, su parientes lloraron, grande era la aflicción de ellos.



Llegó la esposa del rey y se inclinó sobre él, llorando al fuerte Iring, afligida por sus heridas. Así dijo ante sus parientes aquel guerrero fuerte y vigoroso:

—Dejad vuestro doloroso llanto, muy noble reina. ¿Para qué sirven vuestras lágrimas? Tengo que perder la vida por las heridas que he recibido. La muerte no me quiere dejar más tiempo a vuestro servicio y al de Etzel. —Luego dirigiéndose a los de Turinga y a los Daneses—: Nunca reciban vuestras manos los regalos de la reina, ni toméis su oro rojo; y si atacáis a Hagen es lo mismo que si corrierais ante la muerte.

En sus pálidas mejillas tenía los signos de la muerte Iring el valeroso; todos los

que estaba allí sentían pena por la muerte del héroe de Hawart; los Daneses querían comenzar de nuevo el combate.

Irnfrido y Hawart se dirigieron contra el palacio con mil guerreros; por todas partes se escuchaba un grande y terrible ruido. ¡Oh, cuántas flechas se lanzaron contra los Borgoñones!

Irnfrido el fuerte se dirigió hacia el músico, pero recibió grave daño de su mano: el noble músico hirió al margrave a través de su templado yelmo; su furor era indecible.

Él hirió al valiente músico, de tal modo que la armadura del guerrero brilló como si en el arnés tuviera una roja hoguera. A pesar de todo, el músico dio muerte al margrave.

Hagen y Hawart se habían encontrado y el que logró verlos pudo admirar maravillas. Las espadas se agitaban con rapidez en las manos de los Borgoñones.

Cuando los de Turinga y los Daneses vieron muertos a su señor, comenzó ante el palacio una horrorosa lucha antes de que llegaran a la puerta con sus fuertes brazos. Allí quedaron agujereados muchos yelmos y escudos.

—Atrás —exclamó Volker—, dejadlo entrar en la sala que ellos no conseguirán jamás lo que han pensado: aquí perecerán en poco rato y con la muerte ganarán lo que les ofreció la reina.

Cuando los valerosos penetraron en la sala, muchos perdieron la cabeza y fueron muertos por los golpes. A muchos mató el fuerte Gernot y lo mismo hizo Geiselher el héroe.

Mil cuatro habían entrado en el palacio: las espadas en rápidos molinetes despedían chispas. Todos los que habían entrado fueron muertos por los extranjeros; de los Borgoñones podrían contarse maravillas.

Cesó el tumulto y reinó el silencio; la sangre de los guerreros muertos corría por las aberturas y por los caños que daban salida a las aguas. Esto habían hecho los del Rhin con su terrible fuerza.

Sentáronse para descansar los Borgoñones y dejaron sus escudos y sus espadas. Allí delante del palacio se estaba el fuerte músico esperando que alguno lo invitara al combate.

El rey lloraba desesperado y lo mismo hacía la reina; doncellas y mujeres sentían turbada el alma. La muerte me parece que se había conjurado contra ellos; pronto los extranjeros les hicieron perder muchos más guerreros.

CANTO XXXVI:[30]

De cómo la reina mando incendiar la sala



hora aflojad vuestros cascos —dijo Hagen el héroe—, yo y mi compañero velaremos por vosotros y si los guerreros de Etzel quieren combatir nuevamente, avisaré a mis señores lo más pronto posible.

Muchos buenos caballeros se quitaron los yelmos de la cabeza y se sentaron en la sangre sobre los cuerpos a que habían dado muerte. Los nobles extranjeros seguían espiados por sus contrarios.

Antes que llegara la noche, el noble rey y Crimilda la reina hicieron que los Hunos intentaran nuevamente el asalto por si conseguían vencer; a su lado se veían más de veinte mil que debían emprender el combate.

Una horrible tempestad descargó sobre los extranjeros. Dankwart, el hermano de Hagen, aquel hombre fortísimo, dejó a sus señores y saltó hacia la puerta para hacer frente al enemigo. Creyeron que había muerto, pero apareció sano y salvo.

La terrible lucha continuó hasta que fue de noche: los extranjeros se defendieron como deben hacerlo los héroes, durante todo un día de verano contra los guerreros de Etzel. ¡Oh!, ¡cuántos buenos caballeros cayeron muertos ante ellos!

A mediados del estío tuvo lugar la gran matanza, y entonces fue cuando Crimilda vengó en sus más próximos parientes y en muchos guerreros, las aflicciones de su corazón. Desde entonces el rey Etzel careció de toda alegría.

Ella no había pensado en tan horrible carnicería: quería haber hecho de modo que en el combate pereciera sólo Hagen y ninguno más. Pero el maldecido demonio extendió en todos su desgracia.

Había pasado el día y sentía pesar y angustia. Ellos pensaban que valía más morir de una vez, que no soportar lentamente tan atroces dolores. Deseaban ya hacer la paz con sus enemigos, aquellos esforzados guerreros.

Rogaron que viniera el rey a la sala. Los héroes empapados en sangre y deslumbrando con el brillo de sus armas, salieron del palacio con los tres reyes. No sabían a quien quejarse de sus terribles males.

Etzel y Crimilda avanzaron los dos: el país era suyo y tenían muchos señores. Él dijo a los extranjeros:

—Decid ¿qué queréis de mí? ¿Creéis obtener paz?, eso difícilmente puedo concederlo, después de los grandes males que me habéis ocasionado. Por largo tiempo que viva no accederé a lo que queréis. Habéis matado a mi hijo y muchos de mis parientes, por esto es imposible toda compensación y paz.

A estas palabras respondió Gunter:

—A ello nos ha obligado la desgracia. Todos los de mi séquito han sido asesinados por tus guerreros en los alojamientos: ¿había yo merecido esto? Yo he venido con la mejor buena fe, creía que me seríais fiel.

Así dijo Geiselher el joven de Borgoña:

—Vosotros guerreros del rey Etzel que aún estáis vivos, ¿qué tenéis que reprocharme?, ¿qué os he hecho? Yo vine a este país en la mejor amistad.

—Vuestra bondad es la que ha esparcido tanta desolación por ciudades y campos —le respondieron ellos—; siempre desearemos que no hubierais venido nunca de Worms. ¡A cuántos habéis dejado huérfanos en el país tú y tus hermanos!

Fuertemente irritado, dijo Gunter el héroe:

—Si queréis hacer la paz con nosotros y desechar todo el violento odio, sería ventajoso para ambas partes. Nosotros no hemos merecido nada de lo que el rey Etzel nos hace sufrir.

—Mis males no son iguales a los vuestros —dijo el rey a los extranjeros—. La gran desgracia del combate, las pérdidas y las muertes que me habéis causado, son los motivos que tengo para que ninguno vuelva vivo de aquí y redundará en honor para vos.

» Entonces se decidirá pronto nuestra suerte. Muchos de los que os siguen están descansados y nos matarán porque nos abruma la fatiga: ¿qué tiempo podremos resistir a vuestros guerreros en el combate?

Los guerreros de Etzel se manifestaban dispuestos a consentir que los héroes salieran de la sala. Cuando Crimilda lo oyó sintió gran pesar, por esto se les negó la paz que solicitaban.

—No, nobles guerreros, yo os aconsejo que no hagáis lo que habéis pensado, pues si salen de la sala harán una horrible carnicería en la que todos vuestros parientes serán heridos mortalmente.

» Aunque no quedaran vivos más que los hijos de Uta y mis nobles hermanos llegaran a respirar el viento y a refrescar sus armaduras, estabais perdidos: en la tierra no ha habido nunca tan fuertes héroes.

—Muy hermosa hermana mía —dijo el joven Geiselher—; no esperaba tanto rigor cuando me invitaste a venir a este país: ¿por qué merezco que los Hunos me den muerte?

» Yo siempre te fui fiel y nunca te causé pesar; viene tu corte creyendo que me amabas, querida hermana mía. Piensa en nosotros con la afección que debes.

—No puedo tener misericordia con vosotros, sólo os tengo odio: a mí me han causado grandes pesares Hagen de Troneja y aquí en mi país ha matado a mi hijo, es menester que todos me lo paguéis.

» Si queréis entregarnos prisionero solo a Hagen, os dejaré a los demás la vida, porque sois hermanos míos, hijos de mi madre: entonces hablaremos de paz con los héroes que están aquí.

—No quiera tal cosa el Dios del cielo —contestó Gernot—, aunque fuéramos mil moriríamos todos tus fieles parientes, antes que entregar a un solo hombre prisionero; jamás haremos eso.

—Menester es que muramos —dijo Geiselher—, no abandonaremos a ninguno de nuestra escolta de caballeros. Los que quieran atacarnos que sepan que estamos aquí; no faltaré a la fe que debo a un amigo mío.

El fuerte Dankwart dijo, porque no le convenía callar:

—No quedará solo aquí mi hermano Hagen. Los que nos niegan la paz lo sentirán; le haremos ver que decimos la verdad.

—Llegad hasta la escalera —dijo la esposa del rey—, vosotros guerreros, y vengad mis ofensas. Yo os quedaré agradecida como debe ser. La impertinencia de Hagen recibirá por mí su recompensa.

» No dejéis salir a uno solo de la sala; yo haré prender fuego al palacio por sus cuatro extremos: así vengaré mis ofensas.

Los guerreros del rey Etzel estuvieron pronto dispuestos. Obligaron a entrar en la sala a los que habían salido, a lanzadas y flechazos: movióse terrible estruendo. Los príncipes y sus guerreros no quisieron separarse; no podían prescindir de la fe que se debían unos a otros.

La esposa de Etzel mandó entonces prender fuego a la sala y las llamas atormentaron los cuerpos de aquellos héroes. Con el viento ardió todo el palacio. Creo que nunca hubo guerreros que sufrieran tan atroz martirio.

—¡Oh!, ¡cruel desgracia! —gritaban muchos—, ¡mejor hubiera sido morir en el combate! ¡Dios tenga piedad de nosotros; estamos perdidos! ¡Con furia se venga la reina y descarga sobre nosotros su cólera!

—Aquí tenemos que morir —dijo uno de ellos—, por el humo o el fuego; ¡qué horrible desgracia! El calor me hace sufrir tanto con la sed, que creo que mi vida acabará pronto en tan terrible martirio.



Así dijo Hagen de Troneja:

—Vosotros nobles y buenos caballeros, a los que la sed os hace sufrir, bebed sangre. En calor semejante vale más que el vino; en este momento no hay nada mejor que beber.

El guerrero fue a donde estaba un muerto, se inclinó, desatóle el casco y comenzó a beber la sangre que manaba de sus heridas. Por raro que parezca,

aquello le hizo mucho bien.

—Dios os lo pague, señor Hagen —dijo el hombre sediento—, por lo bien que me ha hecho vuestro consejo de que beba. Nunca me fue escanciado mejor vino: por mucho que viva siempre os estaré agradecido.

Cuando los demás oyeron que aquello era bueno, hubo muchos que bebieron sangre: con esto se aumentó la fuerza de aquellos guerreros; y muchas amorosas mujeres perdieron luego a sus queridos esposos.

El fuego caía en la sala sobre ellos, pero se preservaban dejándolos resbalar por sus escudos. El humo y la sed les hacían sufrir mucho. Nunca se hizo sufrir tan grandes tormentos a los héroes. Hagen de Troneja, dijo:

—Arrimaos a las paredes; no dejar caer las ascuas sobre las celadas de los yelmos y apagarlas con los pies en la sangre. Una horrible fiesta es la que la reina nos ofrece.

En estos tormentos pasó la noche. Dentro del palacio el valeroso músico y Hagen, su compañero, estaba apoyados en los escudos esperando grandes ataques de los guerreros del rey Etzel.

El techo que cubría la sala preservó a los extranjeros y muchos lograron escapar con vida, pero sufrían grandes dolores con las llamas que entraban por las ventanas. Así se defendieron aquellos guerreros como el honor les prescribía. El músico dijo:

—Entremos en la sala: así creerán los Hunos que hemos muerto en el suplicio a que nos han condenado; pero nos verán permanecer fuerte después del combate.

Geiselher, el joven de Borgoña, dijo:

—Me parece que pronto será de día, pues llega hasta aquí un aire fresco. ¡Nos dejará el Dios del cielo vivir algún tiempo! ¡Espantosa ha sido la fiesta que nos ha dado mi hermana Crimilda!

—Ya diviso el día —añadió uno de ellos—. Ya que no ha de mejorar la suerte de los guerreros, armémonos y defendámonos. Pronto veremos venir a la esposa del rey Etzel.

El rey creyó que todos los extranjeros habían muerto a causa de la batalla o por el suplicio del fuego. Pero aún vivían de aquellos valientes más de seiscientos hombres como ningún rey los había tenido.

Los que desde lejos espiaban a los extranjeros habían visto algunos de ellos que vivían los príncipes y su gente, a pesar de cuantos tormentos les habían inferido para que murieran. Se los veía andar por el palacio sin el menor daño. Dijeron a Crimilda que muchos vivían todavía.

—No puede ser —contestó la reina— que uno solo se haya librado de las llamas. Mejor creo que todos han muerto.

Bien hubieran querido los príncipes y sus hombres escapar de aquella angustia, si les acordaran misericordia, pero no la hallaron en ninguno de los del

Huneland. Vengaron sus muertes con terribles manos.

A la mañana siguiente, desde muy temprano, comenzaron los ataques; los héroes se encontraron en gran peligro. Les arrojaron fuertes lanzas, pero supieron defenderse de una manera terrible aquellos bravos y valerosos guerreros.

Los guerreros de Etzel se hallaban muy encolerizados; ellos querían ganar el oro rojo y los regalos que habían prometido, así como también cumplir las órdenes que el rey había dado, por lo que murieron muchos. Acudió hacia la puerta un gran número de guerreros y el músico dijo:

—Aquí estamos. Nunca vi guerreros que acudieran tan presurosos al combate como los que por matarnos han recibido oro del rey.

Muchos de ellos contestaron:

—¡Al combate! Ya es tiempo de que concluyamos; aquí no morirá ninguno que no deba morir.

Inmediatamente se vieron las jabalinas llover sobre los escudos. ¿Qué más podré decir? Más de mil doscientos hombres asaltaron por todas parte. Los extranjeros saciaron su encono hiriendo a los enemigos. Nadie podía poner paz entre ellos y la sangre corrió a torrentes por las mortales heridas. Se escuchaba como cada uno llamaba a sus amigos. Todos los valientes y ricos reyes fueron muertos: los parientes que los amaban sintieron amarguísima pena.

CANTO XXXVII:[31]

De cómo fue muerto Rudiguero



os extranjeros habían combatido bien aquella mañana. El esposo de Gotelinda llegó a la corte y vio por todas partes una horrible carnicería. Interiormente lloró el fiel Rudiguero.

—¡Oh, desgraciado de mí, por qué he nacido! —exclamó el guerrero—, y por qué nadie ha podido evitar tan grandes desgracias. Intervendría para hacer la paz, pero el rey se negará; pues cada vez son mayores y más fuertes sus pérdidas.

El buen Rudiguero envió a Dietrich para ver si podía vencer la cólera del altivo rey. El de Berna le hizo contestar:

—¿Quién podrá contenerlo ya? El rey Etzel no quiere que se interponga nadie.

Un guerrero Huno, viendo allí a Rudiguero con los ojos llenos de lágrimas, de las que había vertido muchas, dijo a la reina:

—Ved cómo permanece quieto el que puede más cerca de Etzel.

» Y a quien está sometido el país y la gente. ¡Cómo ha obtenido tantas ciudades Rudiguero, sino por la generosidad del rey! En este combate aún no ha descargado un solo tajo.

» Pienso que se preocupa muy poco de lo que aquí ocurre, después que ha conseguido todo lo que deseaba. Dicen que es más fuerte que ningún otro, pero en esta ocasión no lo parece.

Con triste cólera escuchó el fidelísimo guerrero este discurso, y mirando de frente al Huno, pensó: « Ya me las pagarás; ¡dices que soy cobarde! Muy alto has dicho esa palabra aquí en la corte» .

Y apretando los puños se dirigió contra él, hiriéndole con tanta fuerza que el guerrero Huno cayó muerto a sus pies. Con esto se aumentó la cólera del rey Etzel.

—Fuera de aquí, fanfarrón —exclamó Rudiguero—, bastantes penas y dolores estoy sufriendo para que me reproches que no lucho. Cierto es que con razón debía sentir odio hacia esos extranjeros.

» Yo les hubiera hecho todo el mal posible, sino fuera el que hasta aquí ha traído a Gunter y su acompañamiento. Yo he sido su guía en el país de mi señor. Por esto mi brazo infortunado no debe atacarlos.

Así dijo al margrave el altivo rey Etzel:

—¿Es así como me ayudáis, noble Rudiguero? Teníamos ya tantos muertos en este país, que no era menester aumentar el número: no habéis obrado rectamente.

—Insultó mi valor y me reprochó los honores y los bienes que como obsequio recibí de vuestras manos —respondió el noble caballero—, por esto al mentiroso le ha ocurrido esa desgracia.

Llegó allí la reina, que había visto la cólera con que el guerrero había herido al Huno. Sus ojos se llenaron de lágrimas y dijo a Rudiguero:

—¿Cómo hemos merecido, ni yo ni el rey aumentar nuestra aflicción? Siempre nos has dicho noble Rudiguero que por nosotros expondrías vida y honor; escucho que todos los guerreros te aprecian más que a nosotros.

» Te recuerdo la fidelidad que me juró tu mano cuando me aconsejaste que tomara a Etzel por esposo, digno caballero, y que me ofreciste servirme hasta la muerte de uno de los dos. Yo, pobre mujer, no me he encontrado nunca en tan amarga desgracia.

—Verdad es, reina, que os juré dedicaros vida y honor; pero no juré perder mi alma, y yo he sido quien trajo a esta fiesta a tan elevados príncipes.

—Acuérdate de tu juramento, Rudiguero —respondió ella—, de tu fidelidad y de la constancia que prometiste en vengar mis ofensas.

—Yo no os negué nunca ningún servicio —contestó el margrave.

Etzel el rico suplicó también, y ambos se arrodillaron a los pies del guerrero.

Se veía conmovido al buen margrave, y el distinguido caballero dijo de este modo:

—¡Oh desgraciado de mí que he vivido hasta este día; menester es que me deshonre y que falte a mi fidelidad y a las virtudes que Dios me manda!, ¡oh Señor del Cielo, por qué no soy presa de la muerte!

» Cualquiera que sea el partido que escoja o que deseche, siempre habré obrado mal, y que lo tome o lo deje, todo el mundo me lo reprochará. ¡Quiera iluminarme el que me ha concedido la vida!

Con insistencia le suplicaron el rey y su esposa, y fue la causa de que muchos guerreros fueran muertos por Rudiguero y de que el héroe mismo pereciera. Diremos ahora como ocurrió la sensible desgracia.

Sabía que no le podían ocurrir más que penas y aflicciones. Él hubiera abandonado con gusto al rey y a la reina, pues temía que si mataba a un héroe, todo el mundo se lo había de reprochar. Aquel fuerte hombre le dijo al rey:

—Señor Etzel, recoged todo lo que de vos he recibido, tierras y ciudades; prefiero ir descalzo por extraños países.

» Quitadme todos mis bienes, abandonaré vuestro país y con mi esposa y mi hija de la mano, prefiero morir que faltar a mi buena fe, obré mal aceptando vuestro oro rojo.

—¿Quién me ayudará? —contestó el rey—. Te daré mi reino con los que lo habitan, Rudiguero, si me vengas de mis enemigos; serás al lado de Etzel un poderoso rey.

—¿Cómo entrar en el combate? —le respondió Rudiguero—. Los invité a hospedarse en mi casa y amistosamente les di de comer y beber haciéndoles además regalos, ¿he de contribuir yo a la muerte de ellos?

» La gente podrá creer que soy cobarde, pero nunca negué mis servicios a esos príncipes y los que los acompañan. Me arrepiento de la alianza que con ellos hice.

» A Geiselher el héroe le di a mi hija; en la tierra no podía estar mejor casada, si se atiende a las virtudes y el honor, a la lealtad y los bienes.

—Muy noble Rudiguero —dijo Crimilda entonces—, apiádate de mi aflicción y la del rey; piensa que nunca en la tierra un rey recibió huéspedes tan terribles.

El margrave contestó a la reina:

—Hoy debe pagar con la vida Rudiguero lo que vuestra afección y la del rey le han concedido: menester es que muera, esto no puede durar mucho.

» Sé que hoy mis ciudades y mis campos quedarán sin señor por la mano de esos héroes. Recomiendo a vuestra bondad mi mujer y mi hija, y los muchos expatriados que quedan en Bechlaren.

—Que Dios te lo pague, Rudiguero —le dijo el rey que lo mismo que la reina se sentían contentos—. Nosotros cuidaremos de tu gente, pero tengo fe en mi fortuna; tú te salvarás.

Él se lanzó a exponer su alma y su cuerpo. La esposa del rey Etzel rompió a llorar por lo que le dijo:

—Yo debo cumplir lo que os juré: ¡oh amigos míos!, voy a luchar bien a mi despecho.

Lo vieron separarse del rey muy afligido. Fue cerca de allí donde estaban sus guerreros y les dijo:

—Menester es que os arméis mis fieles, a pesar mío tengo que atacar a los Borgoñones.

Los guerreros mandaron que fueran a buscar sus armas, y los de su acompañamiento; les trajeron los yelmos y los escudos. Esta triste noticia la supieron pronto los fieros extranjeros.

Se habían armado Rudiguero y quinientos de sus hombres; además iban con él doce guerreros que querían conseguir el premio de valor en el combate; no sabían que la muerte estaba muy cerca.

Se vio al margrave cubierto con el yelmo; aceradas espadas llevaban la gente de Rudiguero y embrazaban anchos y brillantes escudos. El músico los vio y sintió amarga pena. El joven Geiselher vio venir a su suegro con el casco ceñido. ¿Cómo podría él suponer que no iba con buena intención? El noble rey sintió alegría en el corazón.

—¡Felices nosotros, amigos míos! —exclamó Geiselher—, que en el camino habernos conquistado buenos amigos. Por mi esposa conseguimos socorro: estoy contento por mi fe del matrimonio que hice.

—¡Qué os alegra! —dijo el músico—, ¿cuándo habéis visto que vengan con intenciones de paz los guerreros con el casco ceñido y la espada en la mano? Él quiere acrecentar a nuestra costa sus ciudades y sus campos.

Antes que el músico hubiera terminado su discurso, el noble margrave estaba ante el palacio. Puso su buen escudo a sus pies; no podía ofrecer sus servicios ni saludar a sus amigos. El noble Rudiguero dijo dirigiéndose a la sala:

—Ahora, fuertes Nibelungos, es menester que os defendáis. Tenéis que rechazar mis ataques cuando debíais contar con mi amistad; es menester que la alianza se rompa.

Esta terrible noticia abatió a los fuertes, pues ninguno pensaba que en su vida tendrían que combatir contra el que les había sido tan fiel.

—Quiera Dios del cielo —exclamó Gunter el héroe—, que tengáis aún misericordia, y nos manifestéis la buena fe de que hacíais gala; confío en vos y no haréis lo que habéis dicho.

—No puedo hacer otra cosa —contestó el fuerte guerrero—, debo combatiros como he prometido. Defended vuestras vidas héroes valerosos si os es cara, pues la esposa del rey Etzel no quiere librarme de esto.

—Tarde nos provocáis —le replicó el altivo rey—. Dios os recompensará, muy noble Rudiguero, si conserváis algo del afecto con que nos habéis tratado y

lo demostráis hasta el fin.

» Si nos hacéis gracia, yo y mis amigos os serviremos toda la vida; acuérdate de los regalos que nos hicisteis cuando nos guiabas al país del rey Etzel, noble Rudiguero.

—¡Bien quisiera hacerlo! —le respondió el héroe—, y que os pudiera dar más grandes regalos, como tenía esperanza de hacerlo; entonces no tenía que sufrir ningún reproche de la noble reina.

—Detente, noble Rudiguero —le dijo entonces Gernot—, ningún príncipe recibió más amistosamente a los extranjeros que tú nos recibisteis. Si vivimos te daremos la recompensa.

—Quiera Dios —respondió Rudiguero— que vos estuvierais en el Rhin y yo muerto. Así habría conservado mi honor y no tendría que combatiros. Nunca los guerreros han sido tan mal tratados por sus amigos.

—Que Dios os recompense, señor Rudiguero, vuestros ricos regalos —le contestó en seguida Gernot—. Me causaría pena vuestra muerte, por las grandes virtudes que con vos perecerían. Aquí tengo vuestra espada la que me habéis regalado, buen guerrero.

» En esta desgracia no se ha separado de mí, y su filo ha dado muerte a muchos guerreros. Es fuerte y bien templada, brillante y buena; pienso que un guerrero no hará nunca mejor regalo.

» Si no queréis renunciar a vuestro propósito, y uno de los amigos que aquí tengo es herido por vos, con vuestra espada, os quitaré la vida; lo sentiré tanto, Rudiguero, como vuestra esposa.

—Quiera Dios, señor Gernot, que así suceda, que en todo se cumpla nuestra voluntad y que vuestro amigo conserve la vida; yo os confiaré a mi esposa y a mi hija.

Así respondió el Borgoñón hijo de la hermosa Uta.

—¿Por qué obráis así, señor Rudiguero? Los que están conmigo os quieren, mal hacéis atacándonos; vais a dejar viuda a vuestra hermosa hija.

» Si vos y vuestros guerreros empeñan el combate en contra nuestra, me pagaréis mal la confianza que tuve en vos, mejor que en ningún otro hombre, cuando os pedí a vuestra hija por esposa.

—Recordad vuestro juramento —dijo Rudiguero—, y si Dios os saca de aquí, muy noble rey, que mi hija no padezca por causa mía; hacedlo así por vuestras elevadas virtudes.

—Así lo haré —contestó el joven Geiselher—, pero si mis ilustres parientes y los que están con nosotros en la sala tienen que morir, se romperá la alianza con vos y con vuestra hija.

—Dios tenga piedad —dijo el fuerte guerrero. Levantó el escudo y todos hicieron lo mismo para atacar a los extranjeros en la sala de Crimilda. Hagen gritó desde la escalera:

—Detente un momento, noble Rudiguero, aún no os hemos dicho ni yo ni mis señores cuál es nuestra desgracia. ¿Qué ventaja será para Etzel la muerte de estos extranjeros?

» Estoy en gran cuidado —añadió Hagen— porque el escudo que la señora Gotelinda me había regalado lo han agujereado los Hunos en mi brazo: amistosamente lo habían llevado en el país de Etzel.

» Quiera Dios del cielo concederme un escudo tan bueno como el que ahora embrazáis, muy noble Rudiguero; si lo tuviera, no me sería necesario en el combate llevar casco.

—Bien quisiera regalaros mi escudo si me atreviera a hacerlo en presencia de Crimilda. No importa, tomadlo Hagen y ceñidlo a vuestro brazo: ¡Oh!, ¡así podáis llevarlo a Borgoña!

Cuando lo vieron ofrecer generosamente su escudo, los ojos de muchos vertieron ardientes lágrimas. Fue su último regalo; después Rudiguero de Bechlaren no regaló nada a ningún guerrero.

Por furioso y colérico que estuviera Hagen, se conmovió al recibir el regalo que le hacía aquel buen guerrero, tan próximo a su fin. Muchos nobles caballeros lloraron con él.

—Dios os lo recompense, muy noble Rudiguero. Nunca tendréis semejante, que haga a los guerreros tan magníficos regalos. Dios permitirá que vuestra virtud sea eterna.

» Esta noticia ha aumentado mi desgracia —añadió Hagen—; habíamos sufrido ya grandes pesares y me quejo a Dios de tener que combatir con los amigos.

—Para mí es también un horrible pesar —replicó en seguida el margrave.

—Tendré en cuenta vuestro regalo, muy noble Rudiguero; sea lo que sea lo que estos guerreros hagan en el combate, nunca os herirá mi mano aunque matarais a todos los Borgoñones.

Al escuchar esto el buen Rudiguero dio las gracias. La gente toda lloraba, y era una horrible pena no poder evitar aquel encuentro. Rudiguero, el padre de todas las virtudes iba a morir. Desde lo alto de la escalera, dijo Volker el músico:

—Ya que mi compañero Hagen ha hecho la paz con vos, también os respetará mi mano. Bien lo habéis merecido desde que llegamos a vuestro país.

» Muy noble margrave, sed mi mensajero: estos rojos brazaletes me los regaló la señora Gotelinda, para que me los pusiera en esta fiesta: vedlos en mis brazos y sed testigo de ello.

—Quisiera el Dios del cielo —dijo Rudiguero— que la margrave os pudiera regalar más. Haré saber la noticia a mi querida esposa, si la vuelvo a ver alguna vez.

Después de esta promesa, Rudiguero con el alma inflamada levantó el escudo: sin tardar más se arrojó contra los extranjeros el héroe valeroso. Fuertes

golpes descargó allí el rico margrave.

Volker y Hagen estaban lejos, según lo habían prometido aquellos buenos héroes. Pero delante de la puerta halló tantos bravos que Rudiguero emprendió el combate con gran cuidado.

Con mortal intento lo dejaron entrar en el palacio Gernot y Gunter; lo sentían como héroes que eran. Geiselher se apartó, aunque con pena, esperaba aún la dicha y no quería encontrarse en la lucha con Rudiguero.

Los hombres del margrave se lanzaron contra los enemigos siguiendo a su señor con gran valor; llevaban en las manos afiladas espadas, con las que hendieron muchos yelmos y muchos brillantes escudos.

Los fatigados guerreros dieron también a los del Bechlaren muchos violentos golpes que partiéndoles las corazas les llegaron a los huesos. En la batalla realizaron prodigios.

La noble compañía había penetrado en la sala. Volker y Hagen salieron a su encuentro sin perdonar a nadie más que al jefe. A sus golpes la sangre brotaba de debajo de los cascos.

El choque de las espadas producía un triste ruido y a los golpes, los adornos de los escudos caían perdiéndose en la sangre. Era tan furiosa la pelea, que nunca se había visto otra semejante.

El jefe Bechlaren saltaba de una parte a otra, deseando poner de manifiesto su valor en el combate. Aquel día Rudiguero probó que era un guerrero valiente, fuerte y digno de alabanza.

Los guerreros Gunter y Gernot permanecían fuertes y mataron a muchos héroes en el combate. Geiselher y Dankwart no estaban lejos, y por ellos muchos vivieron su último día.

Rudiguero demostraba que era valiente, fuerte y que estaba bien armado: ¡a cuántos héroes mató! Viendo esto un Borgoñón se sintió poseído de cólera y acordó la muerte del noble Rudiguero. Gernot el fuerte, gritó al héroe, diciendo al margrave:

—No queréis dejar escapar con vida a ninguno de mis hombres, muy noble Rudiguero. Esto me aflige mucho y no puedo tolerarlo por más tiempo.

» Ya que me habéis privado de tan gran número de mis amigos, vuestro regalo os causará daño. Venid hacia mí, noble y fuerte hombre, haré por merecer el obsequio que me habéis hecho.

Antes que el margrave llegara a donde estaba, dejó tintos en sangre muchos brillantes arneses. Se lanzaron el uno contra el otro, parando cada cual los terribles golpes que el contrario le asestaba.

Eran tan cortantes sus espadas que nada podía detenerlas. El héroe Rudiguero hirió al rey Gernot por debajo del yelmo, y brotó la sangre a torrentes; pero se lo devolvió con aumento aquel caballero fuerte y bueno.

Esgrimió en sus manos la espada que Rudiguero le había regalado y aunque

herido de muerte, le dio tan terrible golpe que cayó sobre la celada después de partir el duro escudo. El fuerte Rudiguero tenía que morir.

Nunca tan rico regalo fue peor recompensado: herido el uno por la mano del otro, Gernot y Rudiguero cayeron en el combate. Hagen se tornó furioso al presenciar aquella catástrofe.

—Nos ha sucedido una horrible desgracia —dijo el héroe de Troneja—, pues con estos hombres tenemos una pérdida que no compensaremos nunca, ni reparará su pueblo ni su país. Que los de Rudiguero sufran la pena.



Ni uno ni otro bando se daban tregua: muchos que caían sin heridas hubieran podido librarse, pero era tal el tropel, que los que no eran alcanzados se ahogaban en la sangre.

—¡Ah!, ¡mi hermano ha muerto aquí!, por todas partes nos cerca la desgracia. Siempre lamentaré la pérdida del buen Rudiguero: ambas bandas pierden, nuestra aflicción es grande.

Cuando el joven Geiselher vio muerto a su hermano, puso en grave apuro a todos los que habían entrado en la sala. La muerte recogía pronta a los de su acompañamiento: de los de Bechlaren no escapó ni uno sólo.

Gunter y Hagen y también Geiselher, Dankwart y Volker, los buenos héroes, acudieron al sitio en que los dos estaban tendidos, y los guerreros lloraron la terrible desgracia.

—La muerte es terrible con nosotros —dijo el joven Geiselher—. Dejémonos de lágrimas y pongámonos al aire para que se refresquen nuestras armaduras: temo que el Dios del cielo no nos deje vivir mucho tiempo.

Sentáronse muchos de los hombres que allí se veían; estaban muy cansados. Los que acompañaron a Rudiguero yacían muertos; el ruido había cesado, y tanto duró el silencio que Etzel se irritó.

—¡Oh!, ¡desgraciada de mí! —exclamó la reina—. No nos ha cumplido lo que dijo, y la mano de Rudiguero no ha bastado para destrozar a nuestros enemigos; los dejará que puedan volver a Borgoña.

» ¿De qué nos sirve rey Etzel que le hayamos dado todo cuanto ha querido? Él no ha obrado bien. Él que debía vengarnos, quiere hacer la paz.

A estas palabras respondió Volker el audaz guerrero:

—No ha sucedido como dices, noble esposa del rey. Si me atreviera a decir que es mentirosa tan elevada señora, diría que a propósito de Rudiguero habéis dicho diabólicas mentiras. Él y sus guerreros han muerto sin proponer en ningún momento la paz.

» Tan fielmente ha cumplido las órdenes que rey le ha dado, que él y su acompañamiento han muerto. Mira a tu alrededor, señora Crimilda, para ver a quien das tus órdenes: hasta su fin os ha servido el valiente Rudiguero.

» Por si no queréis creerme vais a verlo.

Entonces para causarle mayor pena, trajeron al héroe con la cabeza hendida, al sitio desde donde pudiera verlo el rey. Los hombres de Etzel no habían experimentado nunca una pena mayor.

Cuando vieron al margrave muerto, ningún escritor podrá decir ni contar como lloraron hombres y mujeres. Todos sentían el corazón destrozado.



La pena del rey Etzel era también muy grande. Semejantes a los ruidos del león eran los lamentos del rico rey, y lo mismo hacía su esposa. Muchos lloraron la muerte del buen Rudiguero.

CANTO XXXVIII:

De cómo murieron los guerreros de Dietrich



or todas partes se escuchaban tan grandes lamentos que retemblaban las torres y el palacio. Lo oyó uno de los hombres de Dietrich de Berna y se apresuró a comunicar la horrible noticia. Dijo al príncipe:

—Óyeme señor Dietrich, en lo que he vivido no sentí tan grandes lamentos como los que llegan ahora a mi oído. Paréceme que el rey mismo ha perecido en esta fiesta.

» De otro modo ¿cómo habían de estar todos en tan grande aflicción? El rey o Crimilda, uno de los dos, ha muerto por la cólera de esos fuertes extranjeros. Muchos héroes soberbios lloraron amargamente.

—Mi querido guerrero —dijo el príncipe de Berna—, no te precipites tanto: cuanto hayan hecho esos extranjeros ha sido obligados por la necesidad: déjales la ventaja de que esté en paz con ellos.

—Yo iré a la sala para saber noticias de los que han hecho —dijo el fuerte Wolfhart—, y haré saber a mi querido señor cuál es la causa de los lamentos que se escuchan.

—Cuando se espera hallar la cólera —contestó el noble Dietrich—, las preguntas importunas irritan al alma de los guerreros: por esto, Wolfhart, no quiero que les preguntes nada.

Mandó a Helferico que fuera y preguntara lo que había sucedido, fuera a los hombres de Etzel, fuera a los extranjeros. Nunca habían visto a gente tan profundamente afligida. El mensajero llegó y preguntó:

—¿Qué ha sucedido?

Uno de los que allí estaban le respondió:

—Todos aquéllos a quienes amábamos en el Huneland han sido matados. Aquí yace Rudiguero, muerto por los Borgoñones.

» Ninguno de los que habían venido con él ha podido escapar.

La aflicción de Helferico no pudo ser mayor. Nunca había recibido una noticia que le causara tanta pena. Volvió a Dietrich llorando y lamentándose.

—¿Qué habéis podido saber? —preguntó Dietrich—, ¿por qué lloráis tanto, héroe Helferico?

—Gran motivo tengo para llorar —respondió el noble guerrero—, los Borgoñones han matado a Rudiguero.

—No lo habrá querido Dios. Sería demasiada venganza; sería una jugada del demonio. ¿Cómo puede ser que Rudiguero haya tenido tan triste suerte? Yo sé que es muy amigo de los extranjeros.

—Si han hecho tal cosa —le respondió el fuerte Wolfhart— es menester que lo paguen con la vida. Si lo sufriéramos sería una vergüenza, un deshonor. Grandes servicios nos ha prestado el brazo de Rudiguero.

El jefe de los Amelungos mandó tomar mejores informes. Sentóse a una ventana con el corazón oprimido. Luego dijo a Hildebrando que se acercara a los extranjeros para saber por ellos lo que había pasado.

El fuerte guerrero en los combates, el maestre Hildebrando, no llevaba en las manos ni escudo ni armas. Quería llegar cortésmente a los extranjeros, pero el hijo de su hermana le hizo una buena observación. El furioso Wolfhart, le dijo:

—Si vais sin armas, os ultrajarán y tendréis que retiraros de un modo vergonzoso; llevad vuestras armas y os respetarán muchos.

Siguiendo el viejo el consejo del joven, Hildebrando tomó sus armas, y antes que lo advirtiera, todos los guerreros de Dietrich tenían las espadas en la mano. Esto causó pena al héroe y hubiera querido evitarlo. Preguntó a dónde querían ir:

—Nosotros queremos ir contigo, porque Hagen de Troneja es tan osado que podría hablaros con desprecio, como hace con frecuencia.

Cuando escuchó esto, el héroe accedió a los deseos de los guerreros. Vio el fuerte Volker cómo avanzaban los guerreros de Berna, la gente de Dietrich, con

las espadas ceñidas y los escudos al brazo y lo hizo saber a sus señores de Borgoña. El músico dijo:

—Se aproximan hacia acá en actitud hostil los hombres de Dietrich, armados y cubiertos con el yelmo, querrán atacarnos y me parece que nos ocurrirá una desgracia.

Sin tardar más llegó Hildebrando: puso a sus pies su adornado escudo y preguntó a los que acompañaban a Gunter:

—Decidme, buenos héroes, ¿qué habéis hecho de Rudiguero?

» Me ha enviado mi señor Dietrich para que me digáis si la mano de uno de vosotros ha matado a ese noble margrave, según nos han dicho. Nosotros no podremos sufrir tan dura pena.

El furioso Hagen le respondió:

—Lo que os han dicho no es mentira; bien quisiera que vuestro mensajero os hubiera engañado y que Rudiguero gozara aún con vida; lo quería mucho; ya pueden llorarlo para siempre hombres y mujeres.

Cuando supieron ciertamente que Rudiguero había muerto, lloraron los guerreros como se lo exigía el afecto. Los hombres de Dietrich vertieron lágrimas que caían de sus mejillas a la barba: sentían un grandísimo pesar. Siegstab, el duque de Berna, dijo:

—Ha tenido fin la aventura que Rudiguero nos había proporcionado, después de nuestros días de desgracia. La alegría de un pueblo expatriado yace ahí muerta por vuestras manos.

El jefe de los Amelungos, el héroe Wolfwein, dijo:

—Aun cuando viera muerto a mi padre, no sufriría tanto pesar como con la muerte de Rudiguero. ¿Quién consolará ahora a la margrave?

—¿Quién guiará a nuestros guerreros en muchas expediciones como el margrave lo hizo? —dijo el héroe Wolfhart—. ¡Oh muy noble Rudiguero, lástima que te hayamos perdido!

Wolfrando, Helferico y también Helmnot con todos sus amigos, lloraron su muerte. El llanto no dejó preguntar más a Hildebrando.

—Ahora, guerreros, haced lo que mi señor me ha mandado.

» Sacad al muerto Rudiguero de la sala donde han muerto todas nuestras alegrías. Dejad que le tributemos honores al que nosotros y a muchos hombres ha hecho tan grandes beneficios.

» Nosotros, como Rudiguero, estamos aquí fuera de nuestra patria; ¿a qué suplicar? Dejad que nos lo llevemos para que lo honremos muerto; lo mismo hubiéramos hecho durante su vida.

—Ningún servicio es tan bueno como el que hace el amigo a su amigo muerto —respondió el rey Gunter—. Obrar así se llama fidelidad y constancia: con razón queréis honrarlo, os quería mucho.

—¿Cuánto tiempo rogaremos todavía? —preguntó el héroe Wolfhart—. Ya

que hemos perdido nuestro consuelo por vuestra causa y que no alegrará su presencia, dejad que lo llevemos a donde se entierran a los guerreros.

A estas palabras contestó Volker:

—Nadie os lo dará, pero entrad por él al palacio donde yace el héroe con muchas heridas en el corazón, bañado en su sangre. Así será completo el servicio que queréis hacer a Rudiguero.

—Dios sabe, señor músico —respondió el fuerte Wolfhart—, que no hace falta provocarnos: nos habéis causado grave daño. Si me atreviera delante de mis señores, os ocurriría una desgracia; pero tenemos que estar quietos, no nos es permitido combatir.

—Muy prudente el que deja de hacer lo que quiere —le replicó el músico—, porque le está prohibido, pero no puedo decir que eso lo hagan los valientes.

El discurso agradó a Hagen, su buen compañero de armas.

—No será vuestra la jugada —le contestó Wolfhart—, desafinaré de tal modo las cuerdas de vuestro laúd que no podréis alabaros cuando volváis al Rhin. Vuestra arrogancia no puedo soportarla sin deshonor.

—Si de mi instrumento rompéis los suaves tonos —dijo el músico—, mi brazo hará perder a vuestro casco su brillantez y sin que importe cómo, regresaré a Borgoña.

Wolfhart quiso arrojarse sobre él, pero su tío Hildebrando lo contuvo por la fuerza.

—Creo que no debes dejarte llevar de tu violenta cólera, pues si lo haces perderás el favor de mi señor.

—Dejad al león, maestre; se siente furioso, pero si se acerca a mí —dijo el buen héroe Volker—, aun cuando sus manos hubieran domeñado al universo, le daré un golpe que no lo deje hablar en lo venidero.

La cólera excitó al de Berna. Wolfhart el bueno y atrevido guerrero, se cubrió con el escudo y avanzó como un león furioso. Todos sus amigos lo siguieron al momento a la pelea.

A violentos saltos se dirigió contra los muros de la sala, pero el viejo Hildebrando llegó primero: no quería que nadie entrara en el combate antes que él. Pronto hallaron en los extranjeros lo que querían.

El maestre Hildebrando se arrojó sobre Hagen y se oyó crujir las espadas en la mano de los héroes. Su cólera era tan grande que le brillaban sus ojos. Las dos espadas movían un aire ardiente.

En lo más terrible del combate, fueron separados por la fuerza y la cólera de los de Berna. El maestre Hildebrando se separó de Hagen y entonces el atrevido Wolfhart acometió al fuerte Volker.

Descargó tan fuerte golpe en el casco del músico, que el filo de su espada se inflamó, pero con tal vigor se lo devolvió el artista que la armadura de Wolfhart despidió chispas.

Brotaba el fuego de sus corazas, pues la más grande furia animaba a los unos contra los otros. El guerrero Wolfwein de Berna los separó; sino hubiera sido un héroe, no lo hubiera conseguido nunca.

Gunter el fuerte rechazó con poderoso brazo a los terribles guerreros Amelungos. El joven Geiselher dejó tinto con olas de sangre más de un brillante casco.

Dankwart, el hermano de Hagen, era un hombre terrible: lo que en los combates anteriores había hecho de notable contra los guerreros de Etzel, no era más que aire. Ahora se batía con rabia verdadera el hijo de Aldriano.

Ritschart y Gerbart, Helferico y Wichart no se habían echado atrás en ningún combate: se lo hicieron ver a los guerreros de Gunter. Allí se veía a Wolfrando portarse bravamente en el combate.

El viejo Hildebrando se batía como un loco. Muchos buenos guerreros murieron a manos de Wolfhart y hallaron la muerte ahogados en sangre. Así vengaban la muerte de Rudiguero aquellos guerreros fuertes y buenos.



Cediendo a su cólera se batía el duque Siegstab. ¡Ah!, ¡cuántos magníficos yelmos hendió en aquella batalla el sobrino de Dietrich! En la pelea nadie podía portarse mejor.

Como viera Volker el fuerte que Siegstab hacía verter torrentes de sangre por las buenas armaduras, se sintió furioso y se lanzó contra él. Allí perdió la vida Siegstab a manos del músico: Volker dio tales pruebas de su arte, que con la espada le dio muerte. El viejo Hildebrando lo vengó, según su valor se lo exigía.

—¡Oh!, ¡desgracia —exclamó el maestre Hildebrando— mi querido señor yace aquí muerto por la mano de Volker! Ya no puede vivir más el músico.

¿Quién vio a nadie más furioso que el fuerte Hildebrando?

Dio a Volker con tanta fuerza, que los pedazos de su yelmo y las piezas del escudo del valeroso músico saltaron hasta las paredes de la sala, allí encontró su fin el terrible Volker.



Los hombres de Dietrich se apresuraban en el combate: daban tan fuertes golpes que hacían saltar las mallas de las cotas y las puntas de las espadas volaban. Por debajo de los cascos hacían correr torrentes de humeante sangre.

Hagen de Troneja vio muerto al guerrero Volker: esto era para él la pérdida mayor entre sus amigos y compañeros. ¡Con cuánta furia emprendió Hagen la venganza de su amigo!

—No gozará de su victoria el viejo Hildebrando: mi querido amigo, el mejor compañero de armas que he tenido, ha muerto a manos de ese guerrero.

Levantó su escudo y avanzó, amenazador contra él. Helferico el valiente mató a Dankwart causando gran pena a Gunter y a Geiselher, cuando lo vieron caer en la revuelta lucha. Su valentía había vengado de antemano su muerte.

(Aunque había allí mucha gente de distintos países y muy poderosos príncipes contra el pequeño grupo, si los cristianos no hubieran estado contra ellos, su valor hubiera bastado para rechazar a los paganos).

A pesar de todo, Wolfhart seguía saltando acá y allá matando sin tregua a los del acompañamiento de Gunter. Atravesaba por tercera vez la sala del combate, y su brazo derribaba muertos a muchos héroes. El valeroso Geiselher gritó a Wolfhart:

—¡Oh!, ¡qué terrible enemigo hemos encontrado! Noble y valiente guerrero, venid hacia acá; quiero ayudaros a terminar; esto no puede durar más tiempo.

Wolfhart se volvió luchando hacia Geiselher; cada uno hizo al contrario profundas heridas. Descargó con tanta fuerza contra el rey, que de la cabeza a los pies quedó bañado en sangre.

Encolerizado el hijo de la hermosa Uta, atacó a Wolfhart con horribles tajos. Por muy fuerte que fuera el guerrero, tenía que sucumbir. Nunca un rey tan joven fue más valiente.

Alcanzó a Wolfhart sobre la buena armadura, y de las heridas brotó la sangre en abundancia. Hirió de muerte al guerrero de Dietrich. Sólo siendo un héroe pudo dar un golpe semejante.

Cuando el fuerte Wolfhart recibió la herida, dejó caer el escudo: después con ambas manos levantó una cortante espada con la que hirió al héroe Geiselher a través del yelmo y la coraza.

Uno a otro se habían dado horrible muerte. El guerrero de Dietrich no podía conservar la vida. El viejo Hildebrando vio caer a Wolfhart: en su vida había experimentado mayor pena.

Todos los hombres de Dietrich y Gunter habían muerto. Hildebrando fue al sitio en que había caído Wolfhart, bañado en su sangre, y lo tomó en sus brazos el guerrero fiel y bueno.

Quiso sacarlo fuera del palacio, pero pesaba mucho. Aquel hombre mortalmente herido volvió los ojos hacia su tío, y vio que lo quería sacar de allí. El moribundo dijo:

—Muy querido tío mío, no es bueno que en este momento me dediquéis a mí mucha atención. Defendeos de Hagen; esto es lo que conviene: él siente en su corazón horrible odio.

» Si mis parientes quieren llorar mi muerte, decidles vos, que sois el mejor, que lloran sin motivo. He recibido honrosa muerte de manos de un rey.

» Tan bien vengué de antemano mi muerte en esta sala, que tendrán que verter lágrimas las mujeres de muchos buenos caballeros. Si os preguntara alguien, decid que con mi mano di muerte a más de cien enemigos.

Hagen se acordó del músico a quien el viejo Hildebrando había quitado la vida, y dijo al guerrero:

—Vos pagaréis la pena de mi dolor, pues en el combate habéis dado muerte a muchos guerreros.

Descargó tan fuertemente sobre Hildebrando que resonó Balmung, la espada que Hagen el fuerte había quitado a Sigfrido después de muerto. El viejo se defendió, pues era muy valiente.

El tío de Wolfhart dio a Hagen de Troneja un fuerte tajo con su espada de acerado corre: pero no pudo herir al vasallo de Gunter. Hagen sí, le atravesó el arnés.

Cuando el maestre Hildebrando recibió la herida, temió más fuertes golpes de manos de Hagen. El guerrero de Dietrich se puso el escudo a la espalda y a pesar de su herida logró escapar de Hagen.

Ninguno de los guerreros vivían ya sino Gunter y Hagen, los dos héroes terribles. El viejo Hildebrando caminaba bañándose en su sangre, y fue a dar a Dietrich la triste nueva.

Vio sentado y pesaroso al jefe, pero mayor pena iba a experimentar al príncipe. Cuando vio que se adelantaba Hildebrando con la coraza tinta en sangre, le preguntó con gran cuidado lo que ocurría.

—Decidme maestre Hildebrando, ¿por qué venís bañado en sangre de vuestras venas?, ¿quién os ha herido? ¿Os habéis batido con los extranjeros en la sala? Os lo había prohibido y debisteis evitarlo.

—Hagen lo ha hecho —contestó a su señor—, me hirió en la sala cuando quería librarme del guerrero. Trabajo me ha costado escapar con vida de aquel

demonio.

—Con razón os ha sucedido eso —respondió el de Berna—, pues habiendo escuchado que la amistad me ligaba con esos guerreros, no debisteis romper la paz que con ellos tenía. Si no fuera una vergüenza para mí os daría la muerte.

—No os irritéis tan pronto en contra mía, señor Dietrich: grande ha sido el daño para mí y para mis amigos. Queríamos sacar de la sala el cuerpo de Rudiguero, pero no quisieron acceder los guerreros de Gunter.

—¡Oh!, ¡qué dolor para mí!, ¿ha muerto Rudiguero? Nunca ha sido tan grande mi desgracia. La noble Gotelinda es tía mía. ¡Pobres huérfanos, los que quedan en Bechlaren!

Dolor y pena les causó aquella muerte, y sin poderse contener el héroe rompió a llorar.

—¡Oh!, ¡qué buen apoyo he perdido!, ¡nunca dejaré de acordarme del guerrero del rey Etzel!

» Podéis decirme de manera cierta, maestre Hildebrando, ¿quién es el guerrero que lo ha matado?

—El fuerte Gernot —le contestó—, pero el rey fue muerto también por la mano de Rudiguero.

—Decid a los míos que se armen pronto —dijo a Hildebrando—; quiero ir yo mismo. Decidles que me traigan mi brillante armadura de combate: quiero preguntar yo mismo a los héroes de Borgoña.



—¿Quién irá con vos? —le respondió el maestre Hildebrando—. Todos los que tenéis vivos, los veis a nuestro lado: yo soy el último de ellos; los demás han muerto.

Se aterró el rey con esta noticia y tenía motivo para ello, pues nunca en la tierra había sentido tanta amarga pena. Exclamó:

—¡Si todos mis hombres han muerto, es que Dios abandona al infortunado Dietrich! Yo era un rico rey, noble y elevado. —Dietrich añadió—: ¿Cómo ha podido ser que los hayan matado a todos estos héroes cansados del combate y reducidos al último extremo? ¡Si no me persiguiera la desgracia aún no habrían muerto!

» Ya que la suerte no me ha querido ayudar, decidme al menos, ¿vive aún alguno de esos extranjeros?

—Dios sabe que no viven más que Hagen y el altivo rey Gunter —dijo el maestre Hildebrando.

—¡Oh!, ¡querido Wolfhart, a quién he perdido!, nunca sentiría el haber dejado de nacer. Siegstab, Wolfwein, y también Wolfrando; ¿quién me ayudará ahora en el país de los Amelungos?

» Helferico el fuerte ha sido muerto también, ¿cómo lloraré a Gerbart y a Wichart? Hoy es mi último día de alegría. ¡Oh!, ¡triste de mí!, ¡qué nadie pueda morir de dolor!

CANTO XXXIX:[32]

De cómo murieron Gunter, Hagen y Crimilda



l mismo señor Dietrich cogió su armadura que le ayudó a ceñirse el viejo Hildebrando. Aquel fuerte hombre lloraba, y su voz hacía retemblar todo el palacio.

Pronto recobró toda su energía el valeroso guerrero, y el buen héroe se armó dominado por la cólera: embrazó el escudo y marcharon juntos él y el maestre Hildebrando. Hagen de Troneja dijo:

—Veo que se acerca el señor Dietrich: querrá luchar con nosotros por los grandes pesares que le hemos causado. Ahora podremos decidir cuál de los dos es más valiente.

» Aun cuando el guerrero Dietrich de Berna fuera más fuerte y más terrible, si quiere vengar en nosotros sus penas —añadió Hagen—, le haré frente con denuedo.

Estas palabras las escucharon Dietrich y el maestre Hildebrando. Él fue a

buscar a los dos guerreros, que estaban apoyados en el muro fuera de la sala. Dietrich puso a sus pies su buen escudo. Dominado por el dolor y por el cuidado, dijo Dietrich:

—¿Por qué has obrado así en contra mía, rey Gunter; cuando no soy de este país? ¿Qué os hice yo para que me hayáis dejado solo y sin ningún consuelo?

» No ha sido bastante para vos a matar a Rudiguero el valeroso héroe en esta espantosa lucha, sino que también habéis matado a todos mis hombres. Nunca os hice yo sufrir penas semejantes.

» Pensando en vosotros mismos, en vuestros pesares, en vuestros amigos muertos en este combate, debéis sentir el alma rota, buenos héroes. ¡Cuánto me aflige a mí la pérdida de deudos!

—Nosotros no somos culpables —respondió Hagen—; a este palacio han venido vuestros guerreros en gran tropel y fuertemente armados. Me parece que no te han dado las noticias con verdad.

—¿A quién le debo creer? Hildebrando me ha dicho que mis guerreros Amelungos os han pedido que les dejarais sacar del palacio el cuerpo de Rudiguero, y vosotros habéis respondido a los míos con burla.

—Querían llevarse de aquí el cuerpo de Rudiguero —dijo el rey del Rhin—; y yo se los negué en odio a Etzel, no por los vuestros, y entonces Wolfhart comenzó a insultarnos.

—Así tenía que suceder —replicó el héroe de Berna—. Gunter, noble rey, por tu virtud, repara la pena que en el corazón me has causado. Concede una compensación, fuerte caballero, para que te lo perdone.

» Entrégate, prisionero con Hagen tu vasallo: yo te defenderé aquí entre los Hunos, de modo que nadie os ofenda ni cause agravio. Sólo encontraréis en mí bondad y buena fe.

—No permita el Dios del cielo —respondió Hagen— que se entreguen a ti dos guerreros que bien armados puedan defenderse todavía con valor y que marcharán con la frente alta hacia el enemigo.

—No debéis despreciar mi ofrecimiento, Gunter y Hagen —añadió Dietrich —. Los dos habéis causado tan grandes tribulaciones a mi corazón, que obraríais bien si me compensarais.

» Os doy mi palabra, y mi mano os lo jura, que iré con vosotros hasta vuestro país. Os acompañaré con honor o sufriré la muerte y por vosotros daré al olvido mi gran desgracia.

—No lo pidáis más —replicó Hagen—. No nos conviene que se diga que dos tan fuertes guerreros se han entregado a vuestra mano, pues sólo os acompaña Hildebrando.

—Dios sabe, señor Hagen —dijo el maestre Hildebrando—, que la paz que el señor Dietrich os ofrece llegará un momento en que la echéis de menos: debíais aceptar la composición que os pide.

—Yo aceptaría esa paz —le respondió Hagen— antes que huir como un mal guerrero del campo del combate, según vos lo habéis hecho, maestre Hildebrando. Por mi fe, creí que erais hombre más valeroso.

—¿Por qué me insultáis? ¿Quién permaneció sentado en Wasgensteine, sobre su escudo, mientras Walther de España le mataba muchos de sus parientes? Hay mucho que decir acerca de vos.

—¿Cuándo se ha visto a los héroes cambiar palabras como a las viejas? Os prohíbo —dijo el noble Dietrich—, maestre Hildebrando, que habléis más. Gran dolor me aflige fuera de mi patria.

—Déjame oír, amigo Hagen —añadió Dietrich—, lo que decíais entre vosotros, guerreros valerosos, cuando me habéis visto venir armado. Decíais que ambos lucharíais conmigo en un combate.

—Nadie os lo negará —contestó Hagen el esforzado—, quiero sostener el combate con fuertes golpes a menos que no me falte la espada del Nibelungo: indignado me tiene que me hayáis solicitado como prisionero.

Cuando Dietrich conoció la horrible disposición en que Hagen se encontraba, el buen guerrero embrazó el escudo. ¡Con cuánta rapidez bajó Hagen los escalones a su encuentro! La buena espada del Nibelungo cayó con fuerza sobre Dietrich.

El señor Dietrich sabía que aquel hombre esforzado estaba de humor sombrío. El noble héroe de Berna se defendió bien de los golpes que le asestaba. Conocía bien a Hagen, el soberbio héroe.

Temía a la Balmung, la terrible espada, pero Dietrich esgrimió tan certeros golpes que logró vencer a Hagen en el combate. Le infirió una herida ancha y profunda. El noble Dietrich pensó: «Mírate en peligro; poco honroso sería para mí darte muerte. Quiero ver si te cojo y te llevo prisionero». Esto lo hizo con mucho cuidado.

Dejó caer el escudo; su fuerza era grande y cogió en sus brazos a Hagen: de este modo pudo domeñar a tan fortísimo hombre. Gunter el noble, al ver aquello rompió a llorar.

Dietrich amarró a Hagen llevándolo hacia Crimilda, en cuyas manos dejó al más fuerte guerrero que había ceñido espada. Después de tan grandes dolores, ella se sintió alegre. De alegría se inclinó ante el héroe, la esposa del rey Etzel.

—Sed siempre dichoso de cuerpo y alma; tú me has dado consuelo en mi desgracia, te estaré agradecida hasta la muerte.

—Es menester conservarle la vida —le contestó el noble Dietrich—, noble reina tal vez con sus servicios llegue a compensar todo el daño que os ha causado: es menester que no sufra porque os lo entrego amarrado.



Hizo llevar a Hagen a un calabozo, donde nadie podía verlo: Gunter, el noble rey, comenzó a gritar:

—¿A dónde ha ido el héroe de Berna? Él me ha causado gran pena.

Fue a donde él estaba el señor Dietrich de Berna. La fuerza de Gunter era grande y digna de un caballero; sin esperar más tiempo se precipitó fuera de la sala. Al chocar sus dos espadas se escuchó gran ruido.

Aunque desde hacía mucho se tenía en gran estima el valor de Dietrich, Gunter estaba tan animado por la cólera en el combate, sentía tanto odio que fue una maravilla que el señor Dietrich se escapara.

Bravos y fuertes eran los dos; a sus golpes retemblaron el palacio y las torres y los cascos se abollaban con las espadas.

El señor Gunter tenía, en verdad, un ánimo esforzado.

Sin embargo, el de Berna lo venció como había vencido a Hagen; se vio correr la sangre por debajo de la coraza a causa de un fuerte tajo dado con la acerada espada que llevaba Dietrich. El señor Gunter se había defendido allí de una manera caballeresca.

El rey fue amarrado por Dietrich de un modo tal, que nunca un príncipe sufrió nudo semejante. Pensaba temeroso que si dejaba libre a Gunter y a su vasallo, mataría a cuantos encontraran.

Dietrich de Berna lo cogió de la mano y lo llevó a donde Crimilda estaba. La reina se hallaba de un humor sombrío y exclamó:

—Rey Gunter, sed muy bienvenido.

—Os doy las gracias querida hermana mía —le contestó el rey—, si ese saludo me lo dirigía de buena fe. Sé reina, que tenéis sangrientos designios, que a Hagen y a mí no podéis hacer sino irónicos saludos.

—Reina elevada —dijo el héroe de Berna—; nunca han sido hechos cautivos mejores guerreros que los que ahora os entrego, noble señora. Creo que por afección a mí seréis buena con los extranjeros.

—Lo seré, respondió ella.

El señor Dietrich se alejó de los fuertes guerreros con las lágrimas en los ojos. La esposa de Etzel se vengó horriblemente; quitó a los buenos guerreros la vida.

Para atormentarlos los encerró separados, y en la vida no se volvieron a ver los héroes, sino cuando ella llevó a Hagen la cabeza de su hermano. La venganza de Crimilda fue terrible.



La reina fue donde Hagen estaba, y dijo al guerrero con colérico acento:

—Si me devolvéis lo que me habéis robado, os dejaré ir con vida al país de Borgoña.

—Tu ruego es perdido, muy noble reina —le respondió Hagen el terrible—. He jurado no decir donde se encuentra el tesoro, por larga que sea mi vida, en tanto que viva uno de mis señores.

—Iré hasta el fin —dijo la noble reina, y mandó que le cortaran la cabeza a su hermano. Cortáronsela y trajéronla de los cabellos a donde estaba el héroe de Troneja. Aquello fue para él terrible dolor.



Cuando el valiente vio la cabeza de su señor, dijo a Crimilda:

—Has llegado hasta el fin, como era tu voluntad, y ha sucedido todo lo que yo había pensado.

» Ahora ya está muerto el noble rey de Borgoña, Geiselher el joven y también el señor Gernot. Nadie sabe dónde está el tesoro sino Dios y yo: tú,

mujer de los demonios lo ignorarás siempre.

—Mal has reparado el mal que me has hecho —dijo ella—, pero quiero conservar al menos la espada de Sigfrido. Mi amado la llevaba la última vez que lo vi, y su muerte me ha hecho sufrir más que mis otros males.

Se la sacó de la vaina sin que pudiera evitarlo. Quería quitar la vida al guerrero y esgrimiéndola con las manos le cercenó la cabeza. Esto lo vio el rey Etzel y sufrió gran pesar.

—¡Oh! —exclamó el rey—, ¡como ha sido asesinado por manos de una mujer el más valeroso héroe que se lanzó en combates y embrazó el escudo! Por enemigo suyo que fuera, lo siento mucho.

El maestre Hildebrando dijo:

—No gozará del placer de haberlo matado, y aunque él me tuvo en grandísimo peligro, quiero vengar la muerte del héroe de Troneja.

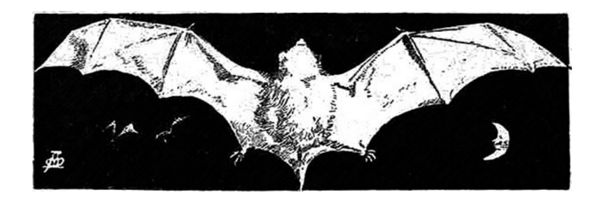
Colérico, Hildebrando saltó hacia Crimilda y descargó sobre la reina un fuerte tajo con la espada. Terrible fue para ella la cólera del guerrero; ¿de qué podían servirle sus desgarradores gritos?

Por todas partes se veían cadáveres, y allí estaba también la reina en dos pedazos. Dietrich y Etzel comenzaron a llorar; lamentaban la pérdida de sus parientes y guerreros.

Allí yacían muertos los valerosos héroes; la gente estaba afligida y pesarosa. La fiesta del rey acabó de una triste manera, pues muchas veces el amor termina con desgracia.

No puedo deciros lo que sucedió después, sino que cristianos y paganos lloraron, y que estaban en la mayor aflicción caballeros, mujeres y muchas hermosas vírgenes.


Aquí tiene fin la narración de *La Desgracia de los Nibelungos*.



NOTAS

En nuestro deseo de presentar a los lectores el poema, con la mayor fidelidad, hemos conservado exactamente la ortografía de los nombres propios; siendo poco general aún en nuestro país el conocimiento de la lengua alemana, creemos necesario hacer algunas observaciones acerca del valor fonético de sus consonantes. La H es siempre aspirada y equivale a nuestra J: la G es suave en todos los casos: la W debe pronunciarse como nuestra V y la V como si fuera F. Así pues nombres como *Gernot, Geiselher y Hagen* deberán leerse Guernot, Gueiseljer y Haguen. *Volker*, Folquer.

‡ ‡ ‡

En el texto original las divisiones del poema van marcadas con números romanos sin enunciado alguno. Sin embargo lo mismo Sinrock (Ed. Cotta 1880) que Junghaus (Ed. Leipzig 1876) emplean para cada una de ellas la palabra *Abenteur* (aventura) que nosotros hemos omitido ateniéndonos a más antiguas ediciones.

[1] **CANTO I** <<

Nuestra traducción de esta parte contiene las estrofas 1 a 12 del texto de Lachman (Berlín 1878); las 1 a 19 de Sinrocky la 1 a 18 de Junghaus.

ESTROFA 2.ª: *Crimilda, Kremhilte, Kriemhilde, Chriemhild*, nombre alemán compuesto de *grima*, casco, y de *hiltja*, combare.

ESTROFA 9.ª: *Troneja*, es la antigua Trondheim, ciudad de Noruega fundada en 997.

ÍDEM: *Alceya*, la Alteia de los romanos, cerca de Worms.

Comprende las estrofas 20 a 44 de Lachman; las 20 a 45 de Sinrocky las 19 a 43 de Junghaus.

ESTROFA 1.ª: *Niderland* de *nieder*, bajo, y *land*, país. En realidad con esta denominación se quiere indicar la Baja Alemania.

ÍDEM: *Xanten*, la *Castra vetera* o Colonia Ulpia de los romanos, ciudad de Prusia. Su nombre que parece griego igual al de una isla del reino de Grecia, del grupo de las Jonias, significa amarilla y ha sido referido por Aufrecht a la radical sánscrita *kandras* (brillante). En este lugar acampó J. Quintilio Varo con las legiones romanas 18.ª, 19.ª y 30.ª que le confiara Augusto para dominar la Germania y que fueron derrotados por Arminio.

ESTROFA 3.ª: Sigfrido, héroe de esta primera parte del poema acredita la influencia que en él han tenido las leyendas de los pueblos del Norte. Sigfrido es el Sigurd del Edda. Cuando en dicho poema se da a conocer a Griper (Gripers Weissagung) le dice:

« *Sigurd heisst ich, des Sigemund Sohn*» .

Soy Sigurd, hijo de Sigemundo.

[2] **CANTO III** <<

Comprende las estrofas 45 a 137 de Lachman; las 45 a 137 de Sinrock y las 43 a 144 de Junghaus.

ESTROFA 54.ª: Tarnkappa, Lcxer en el *Mittelhochdeutsches Wórterbuch* traduce *unsichbar machende kappe*, velo que cubre la cabeza y da lugar a la invisibilidad.

[3] **CANTO IV** <<

Comprende las estrofas 138 a 263 de Lachman; las 138 a 263 de Sinrock y las 144 a 265 de Junghaus.

ESTROFA 2.ª: *Sahsen*, forma germánica del latín Saxones, pueblo situado en la extremidad de la península Címbrica, desde la embocadura del Elba hasta el mar Báltico y el río Chaluso (Trave) en el Holstein moderno.

ÍDEM. En la cronología histórica de los reyes de Dinamarca no se encuentra Ludegasto, por lo que hay que suponer sea uno de los monarcas imaginarios inventados por los cronistas de aquel país, que aseguran existió su monarquía desde el año 2910 de la creación del mundo.

ESTROFA 40.ª: En alemán Marca (Marke) indica propiamente límite, separación.

[4] **CANTO V** <<

Comprende las estrofas 264 a 324 de Lachman; las 264 a 323 de Sinrock y las 266 a 328 de Junghaus.

[5] **CANTO VI** <<

Comprende las estrofas 324 a 376 de Lachman; las 324 a 376 de Sinrock y las 329 a 391 de Junghaus.

ESTROFA Iª: Islandia, la gran isla de Europa en el Océano glacial ártico, perteneciente a Dinamarca. Island significa propiamente *país del hielo*, del antiguo alemán *is*, hielo, y *latid*, país. La historia de este país puede decirse que comienza con las primeras emigraciones de los Noruegos capitaneados por Harald Haarfager en el siglo IX.

ESTROFA 6.ª: Brunequilda, esta reina de Islandia, tal como el poema la presenta, han querido identificarla algunos escritores franceses como Brunehaut o Brunhild, reina de Austria (*Ost Reich*), parte oriental del imperio de los francos merovingios, célebre por su rivalidad con Fredegonda, pero la coincidencia en el nombre que es lo que puede haber llevado a dicha opinión, es de todo punto fortuita y entre ambos personajes no existe relación ninguna. La ortografía de este nombre en el texto original del poema es Prünhilt.

ESTROFA 44.ª: El texto original Lachman IV est. 353 dice Zazamanc.

ESTROFA 67.ª: Isenstein, mod. Eisenstein, ciudad del reino de Brunequilda. Lexer.

[6] **CANTO VII** <<

Comprende las estrofas 377 a 450 de Lachman; las 377 a 450 de Sinrock y las 392 a 493 de Junghaus.

[7] **CANTO VIII** <<

Comprende las estrofas 451 a 495 de Lachman; las 451 a 495 de Sinrock y las 494 a 537 de Junghaus.

[8] **CANTO IX** <<

Comprende las estrofas 496 a 537 de Lachman; las 496 a 537 de Sinrock y las 538 a 585 de Junghaus.

[9] **CANTO X** <<

Comprende las estrofas 538 a 636 de Lachman; las 538 a 636 de Sinrock y las 586 a 700 de Junghaus.

[10] **CANTO XI** <<

Comprende las estrofas 637 a 666 de Lachman; las 637 a 666 de Sinrock y las 701 a 732 de Junghaus.

[11] **CANTO XII** <<

Comprende las estrofas 667 a 720 de Lachman; las 667 a 720 de Sinrock y las 733 a 786 de Junghaus.

Comprende las estrofas 721 a 756 de Lachman; las 721 a 756 de Sinrock y las 787 a 824 de Junghaus.

[12] **CANTO XIV** <<

Comprende las estrofas 757 a 819 de Lachman; las 757 a 819 de Sinrock y las 825 a 885 de Junghaus.

[13] **CANTO XV** <<

Comprende las estrofas 820 a 858 de Lachman; las 820 a 858 de Sinrock y las 887 a 925 de Junghaus.

[14] **CANTO XVI** <<

Comprende las estrofas 859 a 943 de Lachman; 859 a 943 de Sinrock y 926 11016 de Junghaus.

ESTROFA 89.ª: *Odetiwalde*: Odenwalde, *selva hueca*, se halla situada en la cordillera que ha tomado nombre de ella entre el Neckar y el Mein, en el Hesse Darmstadt.

Odenhein, pequeña población que aún existe perteneciente al Gran Ducado de Badén.

[15] **CANTO XVII** <<

Comprende las estrofas 944 a 1012 de Lachman; las 944 a 1012 de Sinrock y las 1017 a 1085 de Junghaus.

[16] **CANTO XVIII** <<

Comprende las estrofas 1013 a 1040 de Lachman; las 1013 a 1040 de Sinrock y las 1086 a 1113 de Junghaus.

Comprende las estrofas 1041 a 1082 de Lachman; las 1041 a 1082 de Sinrock y las 1114 a 1167 de Junghaus.

ESTROFA 18.ª: *Lo que constituían sus arras*… hemos traducido de este modo la expresión alemana *Morghengabe*, propiamente *regalo de la mañana* o sea los bienes que el marido entregaba a la mujer. Esta institución del derecho germánico está acreditada en todas las leyes de los pueblos del Norte y Tácito la registra ya, GERMANIA XVIII. *Dotem non uxor marito, sed uxori maritus offert.*

ESTROFA 40.ª: *Lorsche* —una errata de imprenta hace aparecer este nombre en vez de *Loche* que dicen todos los textos (Lachman 1077 - Sinrock 1077). Con respecto a tal nombre, ha ocurrido una duda a los comentaristas por hallarse escrito en unas copias con mayúscula y en otras con minúscula. De ser lo primero, *Loche* sería la moderna Lockheim, en cuyo caso la inteligencia es clara. Pero en el segundo caso la dificultad es mayor, pues *loche* está traducido en el lexicón de Lexer por *aufenthalstsort*, esto es, lugar que se habita, caverna (hablando de las fieras), y algunos autores han particularizado esta significación refiriéndola sólo a Loreley, ninfa del Rhin, que atrae con su canto a los barqueros haciendo que se estrellen contra las rocas.

ESTROFA 46.ª: *Lorsche* es actualmente una ciudad perteneciente al gran ducado de Hesse, cerca de la que se ven las ruinas de una abadía que se sabe fue fundada por Cancor y consagrada el 2 de septiembre de 794, en presencia de Carlomagno y de la reina Hidelgarda.

[17] **CANTO XX** <<

Comprende las estrofas 1083 a 1229 de Lachman; las 1083 a 1229 de Sinrock y las 1168 a 1317 de Junghaus.

ESTROFA 1.ª: *Etzel* nombre con el que los cronistas alemanes designan a Atila rey de los Hunos: es lo más probables que los dos nombres Etzel y Atila sean uno solo pronunciados de distinta manera. Acerca de esto se han emitido distintas opiniones; pretenden unos que Etzel es corrupción de Atila, y que Atila no es más que un diminutivo regular del gótico *Atta*, que significa padre. Esta opinión presenta el inconveniente de que un rey de los Hunos hubiera tomado nombre gótico, pero fácilmente se explica atendiendo a que el nombre con que aparece puede ser una traducción hecha por el pueblo, con quien primero estuvo en contacto del título honorífico que dicho rey llevara. Contribuye a hacer más probable esta opinión el hecho de que en todas las lenguas asiáticas que aún se hablan, *Atta Atti* radical del nombre en que nos ocupamos, significa padre y más aún el que en muchos otros idiomas, la radical *ata* indica padre, juez, jefe, rey, noble, etc. Además de esta opinión debemos mencionar otra que ofrece alguna probabilidad, cual es la que la etimología de Etzel y Atila, debe buscarse en las lenguas que ofrecen alguna afinidad con la que hablaban los Hunos: fijo en esto Otrokocsi afirma que el nombre Atila, en la lengua Húnica, significaba acero, y compara esta palabra con la Húngara *etzel*, que aún en magiar significa también acero.

ESTROFA 2.ª: *Helke*; entre las muchas esposas que se sabe tenía Atila, la historia no registra ninguna de este nombre. Creemos que tal vez la tradición haya convertido en éste el de la hermosa *Ildico*, en cuyo caso el hecho no tendría carácter histórico ninguno, pues se sabe que Atila murió a la mañana siguiente de haberse desposado con ella.

ESTROFA 20.ª: *Huneland*; el poema, al decir *país de los Hunos*, que es los que esto significa, no se refiere al territorio que en el Asia ocupara este pueblo de raza mogólica, sino a la gran extensión conquistada por ellos en Europa, a las órdenes de Atila o de jefes anteriores. Ésta se extendía desde las orillas del Volga hasta la parte septentrional de la Germania y la Escandinavia.

ESTROFA 32.ª: *Baierland*, Baviera, de alemán *Baiern* y *latid* país.

ESTROFA 102.ª: *Rotten*, forma germánica del latín Rhodanus de la que en castellano se ha hecho Ródano, río de los más importantes que cruzan la Europa,

cuyas fuentes se hallan en Suiza hacia la parte oriental del Cantón de Valais, al pie de la Horca, montaña próxima al monte de San Gotardo.

Comprende las estrofas 1230 a 1275 de Lachman; las 1230 a 1275 de Sinrock y las 1318 a 1364 de Junghaus.

ESTROFA 2.ª: *Donau*. El texto original dice Tuonouw, forma gótica del nombre Danubio, río, el mayor de Europa después del Volga. Acerca del origen de este nombre dice el geógrafo Etienne que a dicho río llamaban los Ercitas *Matoas*, esto es, el que no hace daño, pero que habiendo experimentado una pérdida al pasarlo en cierta ocasión, llamáronlo Danoubis, que quiere decir Causa del daño. Esta hipótesis no tiene fundamento ninguno y es lo más probable que tal nombre se deba a Abenow lugar de Zuabia donde nace y al que anteponiendo el artículo *die* se ha hecho Die Abenow y por contracción *Danaw*.

ÍDEM. *Vergen*, modernamente Mehering, cerca de Ingolstad.

ESTROFA 7.ª: *Passau*, en antiguo alemán Pazzouw, la Bacodurum, Passavium, Patavio de los romanos, plaza fuerte en Baviera.

ESTROFA 16.ª: *Tranne*, léase Traune.

ESTROFA 41.ª: *OstcrlaruL* Austria, del alemán *Oster*, Este, y *latid*, país.

ESTROFA 43.ª: *Traicem*, léase, Tracem.

ESTROFA 44.ª: *Traicemaner*, la *Trigisamum* de los romanos.

[18] **CANTO XXII** <<

Comprende las estrofas 1276 a 1326 de Lachman; las 1276 a 1326 de Sinrock y las 1365 a 1415 de Junghaus.

ESTROFA 4.ª: *Reuzen*, rusos. *Griechen*, griegos.

ESTROFA 5.ª: *Perchenege*, horda de Tártaros acampada en el siglo XI entre el Don y el Danubio.

ESTROFA 10.ª: *Tenemarke*, Dinamarca; *Duringa*, Turinga.

ESTROFA 1 Iª: *Blodel*, Bloda, hermano de Atila, confundido en el Edda con Budli, padre de ellos, que en los Nibelungos se nombra Botelungo.

ESTROFA 12.ª: *Dietrich*, forma antigua de Teodorico que aparece en el Edda con la de Thiothrec. En el *Heldenbuch* se halla incluido un poema de diez mil versos aproximadamente, titulado «La huida de Dietrich a los Hunos», compuesto especialmente de tradiciones mitológicas referentes a los pueblos germánicos y que termina relatando la traición de Emrich, tío de Dietrich de Berna, contra su sobrino y la huida de éste a la corte de Etzel o Atila.

ESTROFA 41.ª: *Heimburgo*, Hamburgo.

ESTROFA 42.ª: *Misemburg*, ortografía antigua de la moderna ciudad Wiselburg a orillas del Leita.

[19] **CANTO XXIII** <<

Comprende las estrofas 1327 a 1361 de Lachman: las 1327 a 1361 de Sinrock y las 1416 a 1452 de Junghaus.

ESTROFA 2.ª: *Ortlieb*. La historia admite en efecto un hijo de Atila con este nombre. V. Thierry *Histoire d'Attila*.

[20] **CANTO XXIV** <<

Comprende las estrofas 1362 a 1445 de Lachman; las 1362 a 1445 de Sinrock y las 1453 a 1541 de Junghaus.

[21] CANTO XXV <<

Comprende las estrofas 1446 a 1525 de Lachman; las 1446 a 1525 de Sinrock y las 1542 a 1628 de Junghaus.

ESTROFA 19.ª: *Ostfranken* de *Ost*. Éste y *Franken*, los francos.

ESTROFA 20.ª: *Schwanefeh*. Los campos de Suecia.

ESTROFA 30.ª: *Mujeres de las aguas*: hemos traducido así la palabra alemana *Meerweib*, pues es el equivalente perfecto por más que en este incidente mitológico, lo propio hubiera sido decir ondina o ninfa.

[22] **CANTO XXVI** <<

Comprende las estrofas 1526 a 1589 de Lachman; las 1526 a 1589 de Sinrock y las 1629 a 1696 de Junghaus.

Comprende las estrofas 1590 a 1655 de Lachman; las 1590 a 1655 de Sinrock y las 1697 a 1760 de Junghaus.

ESTROFA 50.ª: Nudungo, hijo de Rudiguero y Gotelinda, acompañó a Dietrich a la batalla de Ravena en la que murió. La citada batalla forma el asunto de un poema alemán que lleva igual título, en el que se encuentra consignada esta tradición.

[23] **CANTO XXVIII** <<

Comprende las estrofas 1656 a 1695 de Lachman; las 1656 a 1695 de Sinrock y las 1761 a 1801 de Junghaus.

[24] **CANTO XXIX** <<

Comprende las estrofas 1696 a 1755 de Lachman; las 1696 a 1755 de Sinrock y las 1802 a 1861 de Junghaus.

ESTROFA 1.ª: *Hildebrando* es el protagonista de otro poema incluido en el *Heldenbuch*.

[25] **CANTO XXX** <<

Comprende las estrofas 1756 a 1786 de Lachman; las 1756 a 1786 de Sinrock y las 1862 a 1897 de Junghaus.

[26] **CANTO XXXI** <<

Comprende las estrofas 1787 a 1857 de Lachman; las 1787 a 1857 de Sinrock y las 1898 a 1975 de Junghaus.

Comprende las estrofas 1858 a 1887 de Lachman; las 1858 a 1887 de Sinrock y las 1976 a 2007 de Junghaus.

[27] **CANTO XXXIII** <<

Comprende las estrofas 1888 a 1945 de Lachman; las 1888 a 1945 de Sinrock y las 2008 a 2086 de Junghaus.

[28] **CANTO XXXIV** <<

Comprende las estrofas 1946 a 1964 de Lachman; las 1946 a 1964 de Sinrock y las 2087 a 2139 de Junghaus.

[29] **CANTO XXXV** <<

Comprende las estrofas 1965 a 2017 de Lachman; las 1965 a 2017 de Sinrock y las 2140 a 2195 de Junghaus.

[30] **CANTO XXXVI** <<

Comprende las estrofas 2018 a 2071 de Lachman; las 2018 a 2071 de Sinrock y las 2196 a 2296 de Junghaus.

[31] **CANTO XXXVII** <<

Comprende las estrofas 2072 a 2171 de Lachman; las 2072 a 2171 de Sinrock y las 2297 a 2386 de Junghaus.

Comprende las estrofas 2172 a 2260 de Lachman; las 2172 a 2260 de Sinrock y las 2387 a 2444 de Junghaus en que termina.

[32] **CANTO XXXIX** <<

Comprende las estrofas 2261 a 2316 de Lachman y las 2261 a 2316 de Sinrock.

